

/ 01082

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

EL NACIONALISMO Y EL POPULISMO EN LA  
HISTORIA CONTEMPORANEA DE COLOMBIA.  
UN PROBLEMA HISTORIOGRAFICO

**T E S I S**

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:  
**DOCTOR EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**  
P R E S E N T A :  
**ALEXANDER BETANCOURT MENDIETA**

DIRECTOR: DR. IGNACIO SOSA ALVAREZ



FACULTAD DE FILOSOFIA  
Y LETRAS

MEXICO, D. F.

2002

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A Diana María*

## AGRADECIMIENTOS

Sea este el momento para reconocer el apoyo incondicional y el aliento que me representan la presencia de “don” Mateo y “don” Simón. Debo expresar mi gratitud con el Dr. Ignacio Sosa, mentor académico de esta investigación y un apoyo fundamental a la hora de persistir en la continuación de este proyecto. Del mismo modo debo referirme al Dr. Ignacio Díaz, director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, como un incondicional soporte de esta labor. No puedo desconocer el importante aporte de mis sinodales: el Dr. Álvaro Matute, la Dra. Regina Crespo, el Dr. Horacio Crespo, el Dr. José A. Matesanz y muy particularmente del Dr. Gustavo Vargas y el Dr. Bernardo Tovar. Igualmente fue muy valiosa la colaboración que me prestaron Claudia del Pilar Bolívar de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Santafé de Bogotá y las bibliotecarias del CCyDEL de la UNAM.

Muchas de las ideas que están expuestas pude documentarlas, aclararlas y discutir las en diferentes momentos y circunstancias con amigos como Sonia Peña, Miguel Ángel Beltrán, Armando Mora, Jesús Saldarriaga, Luis Gerena, Guillermo Bobadilla y Friedhelm Schmidt. Además de participar de este ejercicio intelectual fueron aliento y compañía en épocas difíciles. También me sirvió de estímulo y clarificación de las ideas la exposición ante mis alumnos de la licenciatura en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Por último, debo agradecer el apoyo financiero que me brindó durante los estudios del Doctorado, la obtención de una Beca de la Dirección General de Estudios de Posgrado de la UNAM entre los años 1998 y 2000.

Por supuesto, todas las deficiencias de este texto son responsabilidad mía.



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	V
I. INSTAURAR UNA NACIÓN: LAS PORFÍAS DE LA HISTORIA NACIONAL	20
El problema de la comunidad nacional	23
Apuntalar una unidad: entre la región y el Estado	43
Las ideas ilustradas y el sentimiento patrio	50
Delimitar el territorio, definir una "identidad nacional"	57
Exclusiones e inclusiones en la unidad nacional	62
Las vicisitudes la memoria histórica y la simbología nacional	66
La búsqueda de la legitimidad histórica	72
II. INSTITUCIONALIZAR EL PASADO NACIONAL	77
Oficializar el papel ideológico del conocimiento histórico	80
La creación de un monolito: los caracteres de la Academia Colombiana de Historia	85
La difusión del conocimiento histórico y la Academia	91
Avatares en la consolidación de una institución	98
Las discrepancias en el monolito	101
El diálogo de sordos	107
III. EL REVISIONISMO LIBERAL: LOS DIVULGADORES Y LAS NUEVAS TENDENCIAS METODOLÓGICAS	113
En busca de una patria	118
El liberalismo conservador	125
Las descripciones de la "sociología científica"	128
La literatura desplaza al conocimiento histórico	134
Otra faceta del "liberalismo": los nuevos radicales	142
La historia como polémica política: una nueva discusión sobre el rostro de la nación	150

La nueva interpretación sobre el pasado nacional: la obra de Nieto Arteta	161
IV. LOS ESFUERZOS REVISIONISTAS DE LA HISTORIA COYUNTURAL	174
Las reinterpretaciones del pasado nacional: los revisionismos	178
El revisionismo histórico desde la disidencia del Partido Liberal	187
El revisionismo histórico desde las izquierdas	193
Las aproximaciones a la realidad presente: el tema de la Violencia	204
V. LA HISTORIA PROFESIONAL: LOS ESFUERZOS FUNDADORES Y LOS HISTORIADORES FAMOSOS	209
El primer historiador profesional	213
La práctica de la historia profesional: un asunto de la política	232
Una ruptura local: la Nueva Historia colombiana	239
Repensar un modo de hacer historia	249
El mundo Colonial	259
La invisibilidad de la nación	269
VI. LOS BALANCES RECIENTES, EL RECURSO DE LA TEORÍA Y EL HORIZONTE DE UN OFICIO	275
Los rasgos de una disciplina profesional consolidada	277
Huir del presente	287
Esquivar a la política	301
El retorno a la nación	313
El legado de los estudios extranjeros sobre Colombia	315
Los balances y las perspectivas de un oficio	319
Un horizonte de perplejidad	327
BIBLIOGRAFÍA	333

## INTRODUCCIÓN

Los escritos de historia colombiana del siglo XX hacen parte de una tradición cultural que pretende fijar sus orígenes en la época de la conquista del territorio por las huestes españolas. Sin embargo, sólo a principios del siglo XIX se estableció la historia como un ejercicio de conocimiento que apuntó a la instauración del Estado y la nación colombiana y al fomento de un sentimiento de pertenencia a una comunidad claramente delimitada. Este proyecto estaba fundado en el establecimiento de las bases sobre las cuales la nación podría transitar el camino ascendente del “progreso” y la “civilización”.

La escritura de la historia en Colombia durante el siglo XIX se enfrascó en la tarea ardua y discutida de instaurar un pasado nacional y glorificarlo. También se ocupó con la consagración de los símbolos patrios y el establecimiento de las fiestas nacionales. Los gobiernos republicanos trataron de institucionalizar estos esfuerzos a través de la participación de los textos históricos en el proceso educativo mediante la elaboración de manuales escolares de “historia patria”, especialmente durante la segunda mitad del XIX. Las agitadas condiciones políticas y sociales impidieron llevar a cabalidad este proyecto educativo y el propósito tuvo que esperar hasta la celebración del Primer Centenario de la Independencia para plasmarse efectivamente. Sin embargo, el devenir de la escritura de la historia en el siglo XX determinó que aquel proyecto de unidad nacional no interesara a los profesionales de la historia que se implantaron en el

espacio cultural colombiano a mediados del siglo. No obstante, la dinámica de la sociedad colombiana revela que el tema de la nación es una tarea pendiente de las ciencias sociales que se ocupan de estudiar al país. A principios del siglo XXI, Colombia permanece como un rompecabezas de regiones desarticuladas. La nación apenas existe de manera nominal sin un Estado y una noción de identidad que unifique la atiborrada heterogeneidad social, cultural y política del país.

Desde los inicios mismos del Estado republicano existió la preocupación por hacer efectiva la unidad nacional. Se hicieron varios intentos y de manera simultánea. En primera instancia, se apeló al patriotismo difundido por los científicos ilustrados que trabajaron para los proyectos exploratorios fomentados por las reformas Borbónicas a mediados del siglo XVIII. Después, cuando se solucionó el problema militar de la Independencia, la construcción del Estado requirió la ayuda de la geografía para precisar sus límites y también de la historia para establecer los orígenes de la República. En el período finisecular del XIX y los inicios del siglo XX se ratificaron esos cimientos a través del esclarecimiento de la nación. Los caracteres de la religión y de la lengua castellana sirvieron a este propósito que se mantuvo incólume durante casi todo el siglo. La tarea que desarrollaron los grupos intelectuales que consolidaron las imágenes de la nación que circularon en Colombia durante esta centuria sirvieron para afianzar "una identidad preferida y subjetiva", que no servía para analizar la realidad sino para consolidar un determinado orden de la sociedad. La problemática situación al final del siglo permitió observar la eclosión de la heterogeneidad nacional que se había ocultado por la aceptación de las definiciones decimonónicas. El afán de las ciencias sociales, incluida la historia, se dirige hoy a explicar los rasgos de la diversidad colombiana. Por lo tanto, los estudios históricos contemporáneos buscan comprender de una nueva manera los procesos sociales y culturales colombianos.

El presente estudio no pretende ser la descripción y el análisis de la totalidad de la memoria del país ni ser un esfuerzo que abarque la integridad de la producción histórica antigua y reciente. Eso sería una tarea imposible para una sola persona. Su pretensión es más puntual, tiene que ver estrechamente con el oficio que se consolidó en el siglo XIX en torno al afán de alcanzar la unidad nacional y que avanzó un buen trecho del siglo XX postulando la necesidad de conseguir el desarrollo, pero que se percató al final del siglo de revisar los fundamentos de la nación que había aceptado sin analizar ni cuestionar.

La exploración sistemática por el oficio de la historia y su institucionalización en Colombia es parte de un ejercicio epistemológico que se encuadra en una postura crítica hacia la consolidación de las imágenes del pasado nacional. Las descripciones y las reflexiones que aquí se proponen tienen como punto de partida la necesidad de abordar y repensar una tradición de escritura de la historia. Esta meta lleva consigo la exigencia de reconstruir esa tradición — o tradiciones— para tratar de determinar en esas miradas al pasado, las formas que ha adquirido la nación, el modo como ha sido construida y retomada en diversos momentos de ese transcurrir. El pasado no es una entidad estática sino que hace parte de las construcciones y las deconstrucciones que afloran en las coyunturas del presente.

La investigación que el lector tiene entre sus manos pretende dejar sentado que la escritura de la historia en Colombia construyó un pasado nacional incapaz de constituir una imagen inclusiva de la nación. Prácticamente ninguna tradición histórica ha sido absolutamente inclusiva y la colombiana ve hoy la necesidad de historiar al conjunto de los grupos sociales que conforman el país, de derrumbar los mitos que se han establecido sobre cada uno de esos grupos, y presiente la importancia y la urgencia de acuñar categorías que pudieran facilitar esta labor. Las últimas publicaciones permiten creer en la necesidad de reconocer la complejidad de la estructuración social de Colombia. De esta manera,

puede afirmarse que el presente trabajo hace un balance crítico de carácter global que pondera tanto los factores metodológicos como los diversos usos políticos de la escritura de la historia dentro del ámbito social y cultural colombiano del siglo XX.

Es un hecho insoslayable que la historia no es la única vía para la constitución de imágenes inclusivas de la nación. Existen otros caminos: los museos, las conmemoraciones, las festividades patrias, que siempre están relacionados con el pasado. Si se miran con cuidado los procesos histórico sociales de Colombia se hace evidente que el reconocimiento y la pertenencia a la nacionalidad colombiana ha tomado caminos diferentes a los de la memoria histórica elaborada por los historiadores. La constitución de una identidad nacional colombiana ha sido mucho más efectiva dentro del círculo de la predicación eclesial y partidista o en el impacto social que significó el surgimiento, la cobertura, la permanencia y el prestigio social que han guardado los medios masivos de comunicación empezando por el periódico, pasando por la radio y terminando en la televisión. Si bien los historiadores no aparecen como monopolizadores de estas tradiciones nacionales sí han desempeñado un papel fundamental en la construcción de los fundamentos de una memoria histórica nacional.

Los historiadores colombianos produjeron una caracterización de la nación en la segunda mitad del siglo XIX que creía percibir la esencialidad de la sociedad colombiana. Sin embargo, el desenvolvimiento de los procesos históricos sociales demostraron que dichos esfuerzos desconocían las delimitaciones entre las categorías de cultura y región y sus variantes en la relación con el Estado y la nación. Vistos a la distancia, los historiadores decimonónicos escribieron poco más que crónicas de los acontecimientos de la capital y sus alrededores y prescindieron de la realidad de los demás territorios que llegaron a conformar el Estado colombiano.

La agitada vida pública y política de Colombia en el siglo XIX se movió en el teatro de las conflictivas relaciones entre las regiones y el

naciente Estado. Un estudio sobre la escritura de la historia colombiana no puede perder de vista que las pretensiones del discurso histórico nacional; es decir, la de afirmar un sentido de pertenencia y cohesión de una sociedad, encuentra una dificultad severa al reconocer que dentro del ámbito cultural y social del país ha predominado palpablemente el sentimiento de pertenencia regional por encima de una pretendida colectividad nacional. Por eso, se hace indispensable ponderar las dificultades de las instancias regionales para los proyectos de unidad nacional y la forma como tardíamente esta problemática emerge en el campo de la escritura de la historia en Colombia. De allí la necesidad de ahondar en un tema que hasta hace muy poco tiempo ha sido señalado reiteradamente pero que aún no se resuelve.

La preocupación por el modo en el que se desarrolló la escritura de la historia en Colombia en estos escenarios conflictivos me llevó también a estar atento a ciertas condiciones sociales e institucionales que afectaron la escritura de la historia en Colombia. Por eso, realizo una exploración sobre los marcos institucionales que posibilitaron la escritura de la historia que sirven de medio de interacción entre la historia y la sociedad. Me refiero a la creación de la Academia Colombiana de Historia y la apertura de los programas de historia dentro de las universidades públicas desde mediados de los años sesenta. Al abordar estos procesos me pude percatar de las formas cómo se elaboró y se constituyó la tradición de escritura de la historia nacional. Además, este marco me permitió hacer la distinción entre los historiadores “aficionados” o “eruditos” y los estudios de los “historiadores profesionales”.

El tema de la profesionalización es complejo y es un campo de trabajo de muy reciente configuración en el espacio académico internacional. Para el caso de la disciplina histórica buena parte de esta situación se explica por la tardía presencia del fenómeno de la profesionalización dentro del ámbito de los historiadores. El desarrollo profesional de la disciplina a nivel mundial es un proceso que se consolida

en el transcurrir del siglo XX. Como proceso no es simultáneo ni homogéneo, su eclosión en cada país es distinta. Sin embargo, la profesionalización es uno de los rasgos distintivos de la historia como actividad del conocimiento durante el siglo XX. De allí las dificultades para establecer los rasgos que caracterizan los aspectos de la profesionalización. No obstante es importante recalcar que se ha llegado a aceptar como un criterio unificador para abordar el fenómeno de la profesionalización de la historia la paulatina aceptación de ciertas bases comunes de investigación como prerequisites para establecer una comunidad de historiadores.<sup>1</sup> Esto no significa, por supuesto, la imposición de los criterios subjetivos de interpretación que hacen parte de los márgenes de libertad que manejan los historiadores.

La profesionalización de la historia en Colombia tiene caracteres que le dan una exclusiva particularidad, especialmente porque el pasado no constituye un objeto al que se le pueda atribuir un monopolio absoluto de los profesionales titulados. Sin embargo, la institucionalización de la carrera de historia dentro del ámbito universitario permitió trazar unas formas de aproximación al pasado que facilitan la distinción de los trabajos producidos por los “aficionados” y los “profesionales”. Considero que la profesionalización en el gremio de los historiadores en Colombia se establece en el momento que existen hombres que tienen un espacio universitario donde pueden formarse académicamente para ejercer una profesión. En los claustros universitarios los historiadores adquirieron el aprendizaje de ciertas técnicas que les permitió desempeñar una ocupación de tiempo completo, en vez de un pasatiempo, y regular la producción de ese conocimiento a partir de ciertos consensos metodológicos. De este modo, los historiadores profesionales colombianos

---

<sup>1</sup> Sobre las dificultades para abordar el tema de la profesionalización y la corroboración de este fenómeno como un dato reciente en el ámbito mundial, son interesantes las observaciones que se encuentran en Rolf Torstendahl, “An assessment of 20th-century historiography: professionalisation, methodologies, writings”, en *Proceedings, reports, abstracts and round table introductions. 19th International Congress of Historical Sciences 6-13 august 2000*, Oslo, University of Oslo, 2000, pp. 101-122



podieron establecer de manera clara un cierto monopolio sobre el estudio del pasado, reconocido por el lugar social que adquirió la profesión, y una autonomía relativa con respecto a otras aproximaciones hacia el pasado como objeto de estudio. Creo, pues, que la profesionalización de la disciplina histórica corresponde al establecimiento de una serie de normas y estilos metodológicos que permiten distinguir sus relatos de cualquier otro tipo de abordajes sobre el pasado. Esta metodología presupone, inicialmente, el diálogo con ciertas tradiciones que construyen un conocimiento acumulado al interior de la disciplina sobre las realidades que estudia y de las cuales se debe partir. De esta forma, se establece una comunidad científica que sostiene la existencia y la vivacidad de un oficio de conocimiento, ya que anima los presupuestos epistemológicos y las temáticas que justifican la pertinencia de ese conocimiento al interior de una sociedad determinada. La existencia de esta comunidad permite estudiar las implicaciones sociales del conocimiento histórico, de los modos de configurarse en su interior y la forma cómo se relaciona con su entorno.

A partir de estos criterios, donde se hace evidente la presencia de las reflexiones que sobre el tema de la profesionalización hizo el historiador norteamericano Peter Novick, es necesario precisar que este trabajo no se ocupa solamente de los “historiadores profesionales”. Si bien la profesionalización de la historia es un “parte aguas” en la tradición histórica nacional, no se puede entender esta ruptura si no se reconoce con respecto a quien se da la transformación. Por eso, el trabajo examina los escritos y los aportes de muchos intelectuales colombianos que escribieron sobre el pasado nacional, repensándolo y ofreciendo nuevas perspectivas, sin que ellos pudieran ser considerados como “historiadores”, en el sentido que establece la historia profesional. En la misma situación se pueden colocar los trabajos de “los hombres de letras” del siglo XIX que después fueron reconocidos como “los primeros historiadores nacionales”. Por lo tanto, si bien estos escritores no cumplen los aspectos de lo que es

un “historiador profesional” les reconozco sus aportes a la tradición histórica colombiana y especifico para ellos el lugar que considero que tienen dentro del desenvolvimiento de esa tradición, de acuerdo a los criterios que he señalado anteriormente.

Los esfuerzos que antecedieron a la presente exploración crítica sobre los logros de la historia colombiana han sido pocos pero muy valiosos. Su carácter ha sido sellado por la descripción y la coyuntura; aunque, el último lustro da indicios de la apuesta por la reflexión como una vía para orientar los senderos por los que transita la disciplina histórica en Colombia.

El primer estudio destacado en esta dirección, con un claro espíritu crítico para establecer los criterios de clasificación y orientación para los estudios que se empezaban a producir en la universidad pública a fines de los años sesenta se puede encontrar en el artículo de Jorge O. Melo: “Los estudios históricos en Colombia” (1969). Este texto, que bien podría tomarse como el manifiesto de “la nueva historia” local, planteó una ruptura con la producción histórica hecha hasta ese momento. Melo indicó allí el rompimiento con las bases conceptuales de la historia hecha por la Academia y la tradición decimonónica, que ella consagró como parte del canon sobre el pasado nacional. Además de subrayar con puntualidad esta fractura también consagró los orígenes de una nueva corriente de escritura de la historia en el panorama nacional y los temas que la hacen novedosa. Este esfuerzo ha sido consolidado por la aparición regular de balances historiográficos hechos por el actual director de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, recopilados en el libro *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas* (1996) y que hasta ahora concluyen con su intervención en el Congreso Nacional de Historia realizado en el mes de agosto del año 2000.

El trabajo de Melo encontró un interesante eco en los esfuerzos de Bernardo Tovar que publicó: “El pensamiento historiador colombiano sobre la época colonial” (1982). Este artículo constituía un extenso estudio

sobre las obras históricas que se ocuparon con este periodo particular del pasado colombiano, pero que a pesar de su centralidad temática delineó, por primera vez, los momentos del quehacer histórico en Colombia.

A diferencia de estos importantes historiadores profesionales, el presente trabajo no supone la linealidad de la escritura de la historia. Es revelador que para los análisis de Melo y Tovar, que a veces caen en la enumeración y en la reseña, el desenvolvimiento de los estudios históricos se sucedan de acuerdo al “avance” de la disciplina o a la recepción de las modas, como lo supone la idea del progreso. Sin embargo, una aproximación como la que aquí se propone, si bien está estructurada en un marco cronológico, no supone ni teórica ni temáticamente esta idea diacrónica. En las etapas que estudio, debe tener claro el lector, su existencia es simultánea a otras etapas, a la recepción de las corrientes de ideas, a los distintos modos de elaborar las interpretaciones del pasado. Por eso, no se puede perder de vista, por ejemplo, que el mayor desenvolvimiento de los estudios de la Academia de Historia se despliega al mismo tiempo que surgen y se difunden los escritos de Luis Eduardo Nieto Arteta. En este punto en concreto, quiero resaltar la consideración de la simultaneidad en este trabajo.

El quehacer de Bernardo Tovar Zambrano se plasmó más ampliamente con la publicación historiográfica de más largo aliento realizada en el país como es *La historia al final del milenio* (1994). Esta obra editada por Tovar recoge los trabajos de los profesores del departamento de historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede de Santafé de Bogotá, con interesantes réplicas de profesionales extranjeros especialistas en historia de Colombia. Además, el trabajo lo complementan las útiles descripciones y análisis de obras publicadas sobre Colombia en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y Francia, rematadas por las colaboraciones de historiadores latinoamericanos sobre la historiografía de países como Ecuador, Bolivia y México.

El esfuerzo de *La historia al final del milenio* tiene como limitación lo desigual de las colaboraciones que, a veces pecan por quedarse en el plano meramente central de la Universidad Nacional; además, de asumir una actitud explícitamente descriptiva y de enumeración que es útil pero no crítica. De todos modos, esta obra consagró e institucionalizó la necesidad de sintetizar los esfuerzos hechos por los primeros historiadores profesionales, llegados ya a la madurez, para ofrecer una especie de legado a quienes apenas se inician en el oficio. *La historia al final del milenio* describe y reúne de manera sistemática una producción que se hallaba dispersa por el mundo académico y editorial del país sin que se reconocieran todavía sus logros y sus vacíos.

La aproximación detallada al desenvolvimiento que tiene la historia profesional en Colombia me permitió resaltar que una de las características más notables en esta comunidad profesional es la ausencia de debate y diálogo crítico entre los historiadores. Se comprueba este hecho en la recepción de tres esfuerzos individuales que no obtuvieron contestaciones, en el sentido del debate y la crítica, a pesar de los señalamientos decisivos que hicieron para el quehacer de la historia profesional colombiana. En primera instancia se encuentra el interesante aporte del historiador norteamericano Frank Safford en su artículo: "Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del siglo XIX: variaciones sobre un tema" (1985). Este extenso ensayo reflexivo fue publicado en el principal medio de difusión de los trabajos históricos en el país, el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Pese a su difusión y al cuestionamiento de una de las bases más sólidas en las que se fundamentó buena parte de los estudios históricos profesionales sobre el siglo XIX, la relación mecánica entre la economía y los alineamientos políticos, no recibió una réplica.

Por su parte, Germán Colmenares publicó en la última etapa de su vida una serie de artículos dispersos sobre las preocupaciones que le despertaban los temas de reflexión historiográfica. Las consideraciones

contenidas en su último libro: *Las convenciones contra la cultura* (1987) tenían como fundamento una serie de señalamientos desplegados en sus obras de historiador y en sus reseñas, pero especialmente en artículos como: “Sobre fuentes, temporalidad y escritura de la historia” (1987), “La *Historia de la Revolución* por don José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica” (1986) y el informe presentado al Instituto Colombiano para el Fomento de la Ciencia y la Tecnología (COLCIENCIAS), publicado póstumamente con el título: “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia” (1991). Estos trabajos dejaron en claro que para el ilustre historiador colombiano el examen de las ideologías y los valores implícitos en los libros de historia constituían una necesidad para los historiadores contemporáneos, ya que a través de ese análisis se podían confrontar y hacer evidentes “nuestras presunciones ideológicas” y “la inevitabilidad de nuestros valores.” Los alcances de estas reflexiones para el ámbito de los historiadores profesionales colombianos aún no pueden percibirse, de ello es sintomático que la publicación de los ensayos teóricos del historiador bogotano en la serie que lleva por título *Biblioteca Germán Colmenares* (1997), no contara ni siquiera con una presentación y menos con una reflexión acerca de su valor y pertinencia dentro de la tradición histórica colombiana.

En última instancia, Jesús A. Bejarano publicó una serie de estudios historiográficos referidos especialmente a la historia agraria y económica, que fueron reunidos en *Ensayos de historia agraria colombiana* (1987) e *Historia económica y desarrollo* (1995). Sin embargo, dentro del espíritu de una preocupación más general por el quehacer histórico es clarificador la exposición de sus inquietudes en el extenso artículo: “Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana” (1997), que apenas mereció ciertas menciones superficiales en el más reciente Congreso Nacional de Historia, pero que no despertó una respuesta crítica como la que merecía.

A diferencia de estos balances realizados por importantes figuras de la producción histórica colombiana, el presente esfuerzo no tiene como

finalidad la enumeración y catalogación de obras y autores. Tampoco constituye un intento de reflexión abstracta sobre la crisis de una disciplina. La investigación pretende ocuparse con "textos innovadores" de la historia colombiana y cómo ellos participaron y enriquecieron una tradición cultural y de conocimiento sobre la realidad nacional. Entiendo por tales, aquellos textos que en determinado momento constituyeron la síntesis de un desarrollo o inauguraron una determinada tendencia dentro del quehacer histórico en el país. Como elementos de ruptura dentro de una tradición de conocimiento, estos trabajos y sus autores abrieron nuevas vías temáticas y metodológicas a la escritura de la historia. Su innovación, por supuesto, debió ser discutida y trabajada por otros estudios posteriores que hicieron de ellos hitos importantes dentro de la tradición histórica por los avances y reajustes que implicaron para el conocimiento del pasado; aunque ello no signifique la presencia constante y adecuada del debate y la lectura crítica dentro del gremio de los historiadores colombianos.

Los textos que sirvieron de objeto de estudio a la presente investigación también se encuentran estrechamente relacionados a la ingerencia que dichos trabajos tuvieron en la conformación y arraigo de ciertos prejuicios e imágenes sobre la conformación de la sociedad colombiana. Ellos instauraron ciertos períodos, ciertos autores, ciertos personajes y ciertas perspectivas de comprensión como los símbolos de la unidad nacional colombiana y fundamentos del Estado nacional. De esta manera, queda en evidencia que el supuesto general sobre el que se desenvuelve mi trabajo gira en torno al tema de cómo se construyen las imágenes de la nación en la tradición histórica colombiana del siglo XIX y XX.

El primer capítulo se ocupa con el surgimiento del oficio del "historiador" a partir de la utilización de determinadas convenciones narrativas para ocuparse con la creación de un pasado que justificara el nacimiento y la permanencia del Estado que surgió después de la

disolución de la Gran Colombia y el fin del proyecto militar bolivariano. Además, señala otros intentos de constitución de la realidad nacional, especialmente los esfuerzos realizados por la geografía y destaca los aportes realizados por los proyectos científicos Borbónicos para impulsar los sentimientos de pertenencia a una “patria”. Después, recalca cómo el patriotismo se redujo al regionalismo y los obstáculos que ellos representaron para la conformación de un Estado nacional.

El segundo capítulo ofrece la trayectoria de la historia como una tarea controlada por el Estado y al servicio de sus fines políticos y cívicos. Pero al mismo tiempo señala las limitaciones de este tipo de construcción del conocimiento como una labor que se agotó en sí misma a partir de los presupuestos metodológicos y epistemológicos que tuvo por base, los cuales fueron incapaces de abordar los retos que ponía sobre la mesa la realidad agobiante de la sociedad colombiana del siglo XX. Trata también de resaltar los aportes que hizo a la escritura de la historia nacional y en la consolidación de un oficio. Señala finalmente cómo se relaciona la Academia con la producción de los historiadores profesionales y de qué manera expresa la marginalidad de la producción Académica en el contexto colombiano de finales del siglo XX.

Los capítulos tres y cuatro tratan de explicar el surgimiento y los alcances de obras revisionistas del pasado nacional. En una primera instancia, el revisionismo histórico provino de los trabajos de divulgadores, escritores que trataron temas del pasado para el “gran público”. Allí destacaron la participación popular en los más importantes acontecimientos históricos del país. Sin embargo, no avanzaron más allá ni cuestionaron abiertamente las interpretaciones que existían sobre ese pasado. En un segundo momento, sí existió una abierta reinterpretación del pasado nacional basado en un maniqueísmo interpretativo, que al final mantuvo los rasgos esenciales de la metodología y las imágenes de la nación elaboradas por la “historia tradicional”.

Los dos últimos capítulos se ocupan con el desenvolvimiento de la historia profesional. Distingue dos etapas en esta breve existencia. La primera asociada al desenvolvimiento bajo los supuestos de la dependencia, el desarrollo y el marxismo que impulsaron la “profesionalización” de un oficio y le abrieron un espacio importante en el espectro cultural colombiano a los estudios sobre el pasado. Sin embargo, su ligazón con la política, primeramente, y la vinculación con el éxito editorial llevaron a que muchas de las propuestas y los trabajos iniciales se quedaran trancos, tal vez continuados de manera, a menudo desigual, por algunos de sus estudiantes. Una segunda etapa, proviene de las crisis epistemológicas y políticas que afectaron los postulados anteriores. Es decir, el derrumbe del mundo soviético que sirvió de referente a muchos de los postulados de la etapa anterior de la historia profesional y el cambio en las perspectivas del mundo político colombiano con la eclosión del narcotráfico y la elaboración de una nueva Constitución en 1991. Estos acontecimientos que revelaron caras inéditas de la realidad colombiana se acompañaron el ámbito de la historia con la apertura de nuevos campos temáticos, así como la necesidad de emprender novedosos esfuerzos historiográficos.

Son muy escasas las producciones históricas que han trascendido el límite nacional, como ha sucedido con las producciones históricas de casi todos los países latinoamericanos. Prácticamente se puede apuntar que la historia colombiana ha estado enclaustrada en el ovillo de sus problemáticas internas y sus aportes a una interpretación histórica continental han sido muy escasos. Los esfuerzos que tuvieron en cuenta el mundo latinoamericano no provinieron de los estudios históricos sino de la libre imaginación; de los empeños de la pluma talentosa de Germán Arciniegas, uno de los escritores colombianos más conocidos en el exterior, o de los apuntes de Fernando González, y aún de las reflexiones de Baldomero Sanín. A lo sumo, se puede destacar como una excepción, los



trabajos de Antonio García, un historiador *sui generis* dentro del mundo intelectual colombiano.

Unido al aislamiento que provoca el encerramiento en los marcos nacionales, está la ausencia de un ejercicio crítico de recepción de las corrientes historiográficas y de los balances hechos por algunos historiadores. El abandono de una postura crítica de recepción de los trabajos foráneos se manifiesta en la particular desatención hacia la reflexión historiográfica y en la omisión del diálogo crítico entre los historiadores. Por eso, esta investigación comprueba que los avances más recientes postulan la necesidad de precisar los marcos de la nación colombiana. Es decir, existe el requerimiento de plantear una reflexión sobre las tradiciones históricas nacionales que implican un diálogo con los referentes culturales e institucionales que supusieron el marco de producción de los escritos históricos. En este horizonte se adscriben los aportes que hace este trabajo

**CAPÍTULO I**

**INSTAURAR UNA NACIÓN:  
LAS PORFÍAS DE LA HISTORIA NACIONAL**

En el siglo XIX aparecieron las primeras obras históricas en Colombia. Las condiciones posteriores a la Independencia permitieron que los “hombres de letras” que escribieron sobre el pasado en el siglo XIX encontraran las condiciones apropiadas para darle un carácter fundacional a los acontecimientos y los asuntos que más les interesaron: el Descubrimiento y las conquistas de los territorios, al igual que las acciones de los héroes epónimos de la Independencia. Simultáneamente, sus interpretaciones sembraron un dudoso silencio sobre lo que acallaron y dejaron de lado.

Los intentos de la historia para configurar sus imágenes sobre la sociedad colombiana complementaron una serie de esfuerzos por configurar una idea del país, de su territorio y de su sociedad. Por eso este capítulo alude a los trabajos integradores realizados en el siglo XIX por la literatura, las nociones de ciudadanía, los proyectos educativos, pero especialmente se detiene en los valiosos aportes de los ejercicios geográficos.

Los trabajos científicos fomentados por la Corona española para apuntalarse de mejor manera en sus dominios tuvieron como consecuencia indirecta servir de acicate a los sentimientos de pertenencia a la tierra de parte de los americanos. La difusión activa del *patriotismo* inspiró, posteriormente, los trabajos de delimitación de la nueva República, inicialmente como una labor exclusivamente geográfica, que después serían complementados por los historiadores, entre otro tipo de esfuerzos venidos desde la literatura y la museografía; con ello, unos y otros cumplieron el papel forjador de los mitos fundacionales de la República.

Las labores de unificación y construcción del Estado colombiano encontraron la realidad problemática del regionalismo. Su existencia presentó constantemente resistencias a la consideración de cualquier intento unificador desde la política a la imaginación. La compleja situación planteada por el regionalismo permite considerar la gran importancia, y a

la vez su debilidad, que alcanzaron las imágenes que pretendieron forjar la unidad nacional como aquellas que fueron ofrecidas por los trabajos históricos, pese a las limitaciones de los sistemas educativos que le sirvieron de canal de difusión.

En el caso, de la historia, la mayor parte de los escritos ocupados con el pasado en el siglo XIX obviaron el problema regional y más bien se orientaron colaborar con el afianzamiento de una institucionalidad estatal todavía incipiente. Es decir, los escritos históricos plantearon por encima de todo la tarea de la unidad, aunque dicha misión tuvo un obstáculo difícil de allanar. Durante el siglo XIX los escritos de historia fueron de la mano de la política. Esta tendencia abrió una característica permanente en este tipo de trabajos; por eso, las obras históricas que se escribieron en esa época realizaron y promovieron juicios morales sobre los sucesos que ocuparon su atención. Las preocupaciones de los partidos dividieron aquella producción histórica en el siglo XIX. El ejercicio del poder de un grupo promovió en la escritura de la historia el valor y la función que se le dio al pasado. De allí, la importancia de las interpretaciones que ofrecieron los escritos ocupados con el pasado y el enorme peso político y cultural que adquirieron los “tiempos anteriores” que les interesaron o silenciaron.

A fines del siglo XIX triunfó en el ámbito político el proyecto defendido por la Regeneración. Con él se impusieron lo que se consideró las auténticas bases de la nación colombiana, las cuales estaban forjadas sobre la continuidad de la herencia cultural española sintetizada en la lengua y la religión. En el ámbito de las preocupaciones del pasado, las obras que se consagraron en este período fijaron las referencias narrativas de los relatos históricos nacionales posteriores y establecieron un canon sobre el pasado Colonial y nacional, que pocas modificaciones sufrieron en el transcurso del siglo XX.

Pese a que la escritura de la historia en el siglo XIX fue una actividad esporádica y militante, todos esos esfuerzos hicieron parte y

constituyeron los complejos procesos de establecimiento de una disciplina del conocimiento en la tradición cultural colombiana.

### **El problema de la comunidad nacional**

Las divisiones territoriales coloniales que unieron temporalmente a Ecuador, la Nueva Granada y Venezuela no pudieron permanecer unidas artificialmente después de que España fue derrotada. Ninguna de estas regiones fue predominante y la Gran Colombia (1821-1830), el proyecto político encabezado por Simón Bolívar, fue incapaz de controlar y satisfacer los intereses específicos de cada una de estas sociedades y sus territorios. Tampoco fue competente para crear una memoria común, pese a los intentos del neogranadino José Manuel Restrepo.

La *Historia de la Revolución de Colombia* (1827) de Restrepo fue considerada por los historiadores colombianos que le fueron contemporáneos, y aun por los historiadores del siglo XX, como la obra fundadora de la tradición historiográfica nacional.<sup>1</sup> Este escrito constituyó el primer esfuerzo sistemático por darle forma a los sucesos de la Independencia, de los cuales el autor fue testigo presencial, ya que en muchos de ellos participó como alto funcionario. Su intervención en estos acontecimientos le dieron la posibilidad de construir una periodización "natural" de la Independencia en Colombia a la que muy pocos retoques se le han hecho.

Restrepo compartió el clima de las ideas ilustradas que circularon por América Latina a fines del siglo XVIII. Buena parte de esta herencia se debió a su proximidad con algunos miembros de la Expedición Botánica

---

<sup>1</sup> Cf. Jorge O. Melo, "La literatura histórica en la República", en Varios autores, *Manual de literatura colombiana*, vol. II, Bogotá, Procultura-Planeta, 1988, pp. 589-663. Rafael Gómez, "José Manuel Restrepo, fundador de la República y padre de la historia moderna" (1963), en Varios, *Historiadores colombianos*, Caracas, Italgáfica-Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1981 (Opúsculos, 21), pp. 3-27 y "Bicentenario del natalicio de don José Manuel Restrepo, historiador de Colombia", en *BHA*, vol. LXIX, núm. 737, 1982, pp. 410-425.

(1783-1807). Los principios ilustrados que compartió Restrepo se expresaron en la redacción del *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia* (1809). Este rasgo permaneció intacto durante la elaboración del relato de la *Historia de la Revolución* cuando se descubre con facilidad algunos de los apartados reunidos en los Apéndices de los distintos volúmenes, donde Restrepo señala descripciones y datos de las condiciones geográficas, sociales y políticas referidos a las regiones que constituían la Gran Colombia —Venezuela, Ecuador y Nueva Granada—,<sup>2</sup> y que conformaron el “marco natural” de las crónicas heroicas, militares y políticas que narró con gran detalle.

En el mismo sentido, pero restringido al ámbito ideológico, la *Historia* de Restrepo partió de un hecho incuestionable para los criollos ilustrados de todo el subcontinente: “la esclavitud degradante” de los pueblos americanos durante los trescientos años de dominio español. La reacción hacia la Colonia y la defensa de la República fueron esgrimidas por el historiador neogranadino desde un elemental contraste entre el mundo colonial con la dirección y el acento que ponían los esfuerzos republicanos. Por eso, la intención última que impregna a la obra de Restrepo fue la defensa de la constitución de las instituciones recién forjadas por la Independencia y particularmente, la justificación de la Gran Colombia. La *Historia* se escribió para que

(...) la posteridad pueda juzgar imparcialmente sobre los inmensos beneficios que la revolución debe traer a los pueblos de Colombia, y

---

<sup>2</sup> Restrepo integra como base documental descriptiva, por ejemplo, el censo de 1800 de la población de Santafé de Bogotá y de las Provincias del Nuevo Reino de Granada; así mismo, trae datos de las exportaciones y de los diezmos en Venezuela. Las fuentes de estas informaciones son variadas y van desde los documentos que poseía Restrepo o a los que tenía acceso pasando por la información que utilizaba de los libros de viajeros hasta concluir en las citas tomadas del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Alexander von Humboldt.

para que vea los progresos del espíritu humano en estos países, (por lo que A. B.) es necesario fijar el punto de donde partió.<sup>3</sup>

De este modo, Restrepo consagró la Independencia a través de la historia como el origen de la República. La Colonia y todo lo que ella representaba debía caer en el olvido; es decir, la desconoció completamente y cuando se refirió a ella la evocó en términos de inmovilidad y oscurantismo.<sup>4</sup> La fe en los orígenes de la República —en el sentido de que al reconocer el origen se ha dicho todo—<sup>5</sup> y las anomalías que registró con desagrado, como el desarrollo de los esfuerzos federalistas o la oposición y los obstáculos que representaron las regiones al Sur de la Nueva Granada para los proyectos independentistas,<sup>6</sup> le dio fortaleza al relato pero también expuso su debilidad.

En la Colombia del siglo XIX la determinación de los orígenes de la comunidad nacional se constituyó en una de las tareas más importantes en el ámbito cultural y político. Buena parte de esta tarea debió partir de la comprobación de los principios sobre los cuales descansaba la nación. Fijar el comienzo de la “nación colombiana” implicaba plantear la

<sup>3</sup> José M. Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, vol. I, Medellín, Bedout, 1969, p. 16 (Bolsilibros Bedout, 48)

<sup>4</sup> En este punto Restrepo comparte una tendencia de toda la historiografía liberal latinoamericana que expuso claramente para Sudamérica, Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX*, 2ª ed., Bogotá, Tercer Mundo, 1989. En el caso mexicano esto es explícito en Antonia Pi-Suñer, “La generación de Vicente Riva Palacio y el quehacer historiográfico” y José Ortiz, “Los orígenes literarios de México a través de los siglos y la función de la historiografía en el siglo XIX”, en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. (México), núm. 35, 1996, pp. 83-108 y 109-122 respectivamente. También es interesante el escrito de E. Bradford Burns, “Ideology in nineteenth-century Latin American historiography”, en *Hispanic American Historical Review* (Washington), vol. 58, núm. 3, 1978, pp: 409-431. Citada en adelante como *HAHR*

<sup>5</sup> Marc Bloch subrayó que los historiadores debían reconocer que muchas veces su trabajo se desacreditaba por no reflexionar acerca del papel que tenía “la obsesión por los orígenes”. Comúnmente el establecimiento del origen se entiende como “un principio que explica. Peor aún, que basta para explicar”, con eso se desconoció que aunque sea indispensable el conocimiento de los comienzos esto no es suficiente para comprender los fenómenos históricos. Cf. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, trad. María Jiménez y Danielle Zaslavsky, n. Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica- INAH, 1996, pp. 141-147

<sup>6</sup> Cf. el relato del sometimiento a la Provincia de Pasto en José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución*, Op. cit., vol. IV, p. 360

explicación de la naturaleza misma de esa sociedad. En el ámbito de la escritura de la historia, la delimitación del comienzo implica una tarea fundamental: el ordenamiento de los acontecimientos del pasado de acuerdo a ciertos principios en los que cree el historiador. Precisar ese punto inicial en el siglo XIX estuvo estrechamente ligado a las concepciones e interpretaciones de la sociedad de las que participaron los historiadores como miembros de una capa de la sociedad. En buena parte de los escritos históricos de la época se planteó la existencia de una cierta comunidad nacional con rasgos característicos consolidados o en avanzado proceso de formación.

La necesidad de definir “el principio” era un acto de legitimación y de jerarquización de la memoria histórica. El relato que transcurre en toda la obra de Restrepo sólo se desenvuelve en el período de la Independencia, con lo cual hay una definición de la memoria histórica nacional y, por ende, republicana. Al establecer “el origen” de la República en la Independencia, este nudo temporal se torna en un punto axial desde donde se seleccionan e interpretan los demás segmentos del pasado nacional. Esta decisión, además, identificó la legitimidad de las acciones tomadas por los primeros republicanos a partir del grupo social al que perteneció el propio historiador.

La posición de la “gente de orden” que trató de describir Restrepo era la del “pueblo nuevo” que surgió de la Independencia: el “pueblo” de los criollos blancos que conformaron “una pequeña parte de más ilustración, que tenían algunas riquezas y bastante influjo” y que esperaba que “el resto seguiría sus pasos, luego que estallase el movimiento revolucionario.”<sup>7</sup> Es decir, aquellos que compartían las características propias de un verdadero “ciudadano”; por lo tanto, estos elementos se convirtieron en los factores de exclusión de un núcleo bastante amplio de la población movilizada durante las guerras, en la medida que al centrar el

---

<sup>7</sup> Restrepo, *Historia de la revolución*, vol. I, Op. cit., p. 45



relato en las acciones de “los héroes patriotas”, los demás miembros que participaron de los acontecimientos de la Independencia sólo sirvieron como elementos del escenario donde se desarrolló la trama y quedaron por fuera del núcleo de las interpretaciones del proceso independentista colombiano y del valor que Restrepo le dio a la Independencia como lugar de origen del Estado republicano.

En el ámbito político, el historiador neogranadino argumentó todo el tiempo a favor de la conformación de un Estado centralista y de la tarea de Simón Bolívar, a quien fue dedicada la obra y a quien Restrepo llegó a proponer como el “dador de una base fija y eterna a la República”. Por eso, acusó reiteradamente a las ideas federalistas como causantes de los males más serios de la República. De esta manera, la *Historia* entró de lleno y con una postura definida en la célebre polémica en torno a la configuración administrativa y política de las Repúblicas recién forjadas por las guerras contra España. Este hecho demuestra cómo el pasado fue determinante para la justificación de la acción política y los trazos que se anhelaban para el futuro de la República. En el marco de la segunda edición de su *Historia* afirmaba:

Tan grande apatía y egoísmo provincial eran necesaria consecuencia del sistema de gobierno federativo que por desgracia había escogido la Nueva Granada. Multitud de males habría evitado, si desde el principio de la revolución se hubiese conservado la unidad a que estaban acostumbrados sus pueblos. La experiencia empero demasiado costosa no había enseñado aún que nuestras provincias no tenían ni la capacidad ni los elementos indispensables para adoptar el sistema federativo, conforme se hallaba establecido en los Estados Unidos de América del Norte. El que se hubiera empeñado entonces en persuadir esta verdad hoy evidente, aunque algunos ilusos todavía piensen lo contrario, hubiera pasado por un hombre que nada entendía del derecho político de las naciones.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución*, vol. I, Op. cit., p. 224

Restrepo reclamó constantemente que el gobierno federalista fue la causa “más poderosa” para la reconquista española de 1816 y la disolución de la Gran Colombia:

Hecha una vez la separación de Venezuela, de la Nueva Granada y del Ecuador, les parecía más conveniente su independencia absoluta en todos los ramos de gobierno, que no el contraer vínculos laxos de federación. En su concepto (de ciudadanos influyentes en la Nueva Granada A. B.) sólo servirían estos para impedir que se hiciera oportunamente el bien, de motivos para disputas y acaso para guerras. Por otra parte, aun cuando se constituyera un gobierno general ¿qué podría disponer para hacerse obedecer por los Estados relativamente fuertes que se confederaban? Nada; hubiera sido preciso dividirlos, lo que ninguno de ellos quería, y con razón, para no exponer su unidad y existencia a los azares de la federación. Esta en la América antes española ha sido por donde quiera, y nos parece que será perpetuamente el origen fecundo de anarquía, de guerras civiles y de todo linaje de desordenes.<sup>9</sup>

El sistema federalista, según esta lapidaria conclusión, fue la fuente de la debilidad del gobierno central que

(...) jamás tuvo ni ejerció las atribuciones que le correspondían. Muchas veces no eran obedecidas sus órdenes; otras, se cumplían mal; de modo que el mejor proyecto quedaba frustrado por la ninguna cooperación de los Gobiernos provinciales, que obraban con absoluta independencia, sobre todo en materias de Hacienda.<sup>10</sup>

Desde el punto de vista del análisis historiográfico, es importante la revelación sobre el horizonte desde donde participa Restrepo en la polémica política. La postura que sostuvo el célebre historiador colombiano se fundaba en el convencimiento de que la historia era una guía para el accionar humano con base en la cual se podría trazar el futuro de la República:

<sup>9</sup> *Ibíd.*, vol. VI, pp. 614-615

<sup>10</sup> *Ibíd.*, vol. I, p. 130

(...) la posteridad y los Gobiernos sacaran siempre lecciones útiles de estos acontecimientos, su meditación servirá algún día para que la pluma de un filósofo trace con fuertes caracteres la historia de la especie humana, y de las naciones que han aparecido en el Nuevo Mundo.<sup>11</sup>

La historia era la *magistrae vitae* que debía estar en la base del accionar político. Pero esto también indicaba la importancia de la política en el mundo de la escritura de la historia.

La política medió en la elección de los objetos de estudio que acapararon la atención de los “hombres de letras” que se ocuparon con el pasado, más tarde reconocidos como los primeros historiadores de la República. La formalización de los dos partidos políticos predominantes en el espectro político del país se realizó a mediados del siglo XIX en torno a las discusiones sobre temas como los modelos administrativos y económicos que debía aplicar el Estado naciente, la caracterización de las fuerzas sociales y sus relaciones con los partidos, el lugar de la Iglesia en el ámbito nacional y su vinculación con el Estado. Estas cuestiones unidas a la del régimen político, el centralismo o el federalismo, planteadas en esta época con tanto ardor, ocupó y contextualizó la aplicación de los primeros historiadores nacionales.

La aparición de la *Historia* de Restrepo coincidió con el principio del fin de la labor bolivariana, así como con el cuestionamiento profundo a la consolidación de un Estado central grancolombiano; por eso, Restrepo tuvo que realizar una segunda edición de su obra casi treinta años después.<sup>12</sup> Si bien el desarrollo de los acontecimientos en torno a la disolución de la Gran Colombia llevó a que el trabajo de José Manuel Restrepo resultara finalmente como un infructuoso intento por anudar el

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, vol. I, p. 187

<sup>12</sup> La *Historia de la Revolución de Colombia* se editó en 10 tomos y un atlas en París cuando apareció publicada en 1827. La segunda edición salió en Besançon en el año de 1858, editada en 4 tomos, corregida y con el título de *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*. La segunda edición del texto contempló los límites exteriores de la Nueva Granada y el uso de fuentes históricas venezolanas y españolas posteriores a la aparición de la primera edición.

supuesto "destino común" de las sociedades que conformaban a la Gran Colombia, en el contexto de la agitada mitad del siglo XIX, la segunda edición de la obra constituyó un importante hito en una época propicia dentro de los intentos que hicieron los participantes dentro de las querellas políticas para escribir relatos sobre el pasado.

A pesar de todas las dificultades del orden político y epistemológico, la labor de Restrepo ocupó el lugar de obra pionera de la tradición histórica nacional.<sup>13</sup> Restrepo contribuyó a marcar de manera muy clara la senda por la que transitó una buena parte de la escritura de la historia decimonónica colombiana, tanto en el modo de tratar el tema de la Independencia como en la concepción que le dio al oficio de escribir historia. El trabajo de Restrepo, por ejemplo, sentó la creencia de que su labor era fundamental porque había presenciado y participado de los acontecimientos históricos de la Independencia, consagrado en las versiones liberales como el inicio mismo de la República, y que por ello pudo conocer "las intenciones de los actores". Este accidente temporal le dio un prestigio incólume que prevalece aún dos siglos después, pese a los reparos que mantienen los historiadores con el tema de la contemporaneidad, especialmente aquellos que asumieron y consagraron, paradójicamente, esta obra como un relato fundador.<sup>14</sup>

Sin embargo, las objeciones con respecto al trabajo de Restrepo no se detuvieron en el carácter testimonial de su relato sino en otros ámbitos. Especialmente se han hecho notorias las falencias que procuran las tensiones que perduran en su texto entre la legitimidad de las acciones de

---

<sup>13</sup> La faena de Restrepo contó con los reparos que provinieron de sus primeros lectores, entre ellos Bolívar mismo, por dedicarse a relatar los sucesos más inmediatos. En este aspecto, el libro de Restrepo constituyó un problema para los defensores de la historia como una ocupación con lo añejo a pesar de reconocerle el lugar de "texto fundador". Quizás por eso, el *Diario político y militar* que empezó a escribir en 1819 y que prosiguió el relato de los sucesos gubernamentales hasta concluir en 1858 sólo vio la luz un siglo después, en 1954. El *Diario* fue una de las fuentes de Restrepo a la hora de escribir la *Historia*. El *Diario* se publicó fragmentariamente en 1890. Posteriormente se editó algunos apartes en 1936 y en 1954 se publicó en 2 volúmenes.

<sup>14</sup> Cf. nota 1

los grupos dirigentes, las instituciones y el imperio de la ley enfrentadas a las amenazas de caos y anarquía que representaban “las castas” y “la plebe”. Estas tensiones abrieron las grietas para la disidencia cuando la obra de Restrepo se leyó desde otros parámetros temporales, ideológicos y epistemológicos durante la década de los años ochenta del siglo XX. Las consecuencias para un replanteamiento del quehacer histórico y la relectura de los “orígenes” de la República son muy evidentes en una postura como esta; sin embargo, estas reflexiones no han generado todavía el modo de superar el esquema originario de Restrepo, que lo han convertido en una “prisión historiográfica”.<sup>15</sup> Más revelador para esta fase del presente texto es el señalamiento de las reacciones que le fueron contemporáneas a la obra de Restrepo. Las disidencias se expresaron a partir de los límites cronológicos que como toda periodización, son la muestra de la parcialidad de la labor histórica de Restrepo.<sup>16</sup>

La ausencia de todo el período Colonial en la obra de Restrepo, por ejemplo, despertó el interés por los tiempos anteriores a la gesta independentista que desarrollaron varios autores que escribieron en este mismo período. Este paso abrió la posibilidad de situar los comienzos de la colectividad nacional en un momento anterior; aunque la ampliación cronológica no contuviera diferencias en los principios interpretativos de la sociedad republicana que consagró Restrepo. Es importante notar que ninguno de los autores que, por alguna razón alcanzó a ocuparse con los periodos tratados por Restrepo entró en discusión con él en cuanto a los

<sup>15</sup> Las reflexiones críticas más agudas sobre estos presupuestos se encuentran en Germán Colmenares, “La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, en Germán Colmenares et al., *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 7-23 (Colección de Autores Nacionales: tercera serie, 7)

<sup>16</sup> En la primera edición de la *Revolución*, el historiador antioqueño se circunscribía al marco cronológico entre 1810 y 1819. La segunda edición extendió el relato político y militar hasta 1832 y le agregó una historia de la revolución en Venezuela. Los acontecimientos se extendían hasta la organización de las tres repúblicas que conformaron la Gran Colombia. Los señalamientos de los acontecimientos posteriores a estos límites cronológicos reposaron en las páginas inéditas de su *Diario*.



acontecimientos que ocuparon su pluma, excepto en las aclaraciones mínimas que se encuentran en el ámbito de las *Memorias*.

En la época de la segunda edición de la obra de Restrepo salieron a la luz distintos escritos que se ocuparon de los períodos no tratados por el historiador neogranadino; así, pues, el coronel Joaquín Acosta publicó el *Compendio histórico del Descubrimiento y Colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto* (1848) y José Antonio de Plaza escribió las *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su Descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810* (1850). Estas dos obras se ocuparon de manera inédita del período del Descubrimiento y la Conquista; además, se convirtieron en los baluartes de los estudios históricos sobre el período y también participaron de la pugna política e ideológica que se vivía en ese momento acerca del proyecto nacional mediante las interpretaciones que hicieron sobre el pasado.

El coronel Joaquín Acosta, por ejemplo, se propuso llenar un vacío que él notaba en las condiciones de la época como era el de recuperar “los hechos esenciales” de la historia antigua de la Nueva Granada oculta en “las fábulas” de los cronistas del siglo XV y XVI. Acosta, a semejanza de Restrepo, puso en juego el ideal del historiador neutral basado exclusivamente en los documentos, de los cuales reimprimió algunos en el apéndice; varios de ellos, según señala en la Presentación de la obra, los pudo consultar en los Archivos de Sevilla. Acosta, además, pretendió guardar ante los acontecimientos “la parquedad del juicio” y la supresión de cualquier discusión acerca de la mayor veracidad de una u otra fuente. El ideal rankeano de describir las cosas “tal como fueron” encarnó en las pretensiones meramente ilustrativas del coronel:

Si mi ánimo estuviera en la disposición en que se hallaba durante la guerra con España por la independencia, confieso francamente que no me habría creído con la suficiente imparcialidad para escribir esta relación, mas al leer los sucesos de la época á que me refiero, he visto por las impresiones de mi alma que no carecía de los sentimientos de

justicia para hacerla al valor, sufrimiento y heroicas calidades de los intrépidos Castellanos que descubrieron y se establecieron en el Nuevo Mundo, y que las simpatías por los indígenas de aquel continente que tanta compasión deben inspirar á un corazón humano no serian parte para extravíar la pluma dirigida por una mano de origen español.<sup>17</sup>

Muchos de los historiadores decimonónicos colombianos consideraron que sus escritos permitían enfrentar los prejuicios elaborados en Europa sobre las distintas regiones latinoamericanas, a la vez que cumplían una labor educativa en la que esa restauración del pasado constituía un mensaje básico para la supervivencia y consolidación futura de la nación. De esta manera, los relatos históricos parecieron tener la capacidad de operar sobre las condiciones que pudieran llevar a cabo el ideal del progreso. El trabajo de Acosta se inscribió en esta tendencia porque buscó enaltecer las bondades de la Nueva Granada. Estas empezaban por las condiciones geográficas que la hacían ocupar “la posición más importante de la América meridional”, y continuaban en el espíritu de su sociedad, arraigado en este suelo desde las primeras fundaciones:

Gozan de paz y de las instituciones más liberales. El respeto más profundo y más arraigado de la propiedad es un dogma reconocido por sus habitantes, que brindan la hospitalidad á los que quieran trasladar su capital y su industria á aquellas regiones afortunadas, cuyos moradores están resueltos á rechazar toda reforma que incentiva la fuerza brutal en sus banderas y a no admitir sino las mejoras que se introduzcan por medios legales y pacíficos.<sup>18</sup>

El carácter propagandístico de Acosta no ocultó el rescate que hizo de la gesta española y de la importancia que este suceso representó para la existencia de la República.

---

<sup>17</sup> Joaquín Acosta, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*, Paris, Imprenta de Beau, 1848, pp. VIII-IX

<sup>18</sup> *Ibid.* p. XVI

En los avatares del “medio siglo”, las aspiraciones de Acosta contrastan con el trabajo de José Antonio de Plaza, quien hizo una dura recriminación de la presencia española en suelo americano:

Algunos autores peninsulares señalando las causas de haberse desgajado del tronco paterno, i una en pos de otra ramas tan fructíferas del imperio castellano, desaprueban la conducta de los americanos, por haber roto los lazos de union colonial que los sujetaba a la madre patria i gradúan tal porte de ingrato i aun villano (...) A los que vieron i sufrieron el poder opresor nada tenemos que reprocharles; a los presentes i venideros solo les diremos que consulten imparcialmente la historia i aes responderán que la España jamas quiso ser justa con los habitantes de América, tratándolos como siervos sin estenderles una sola vez una mano amiga i fraternal.<sup>19</sup>

En el mismo tono de su contemporáneo Acosta, De Plaza quiso escribir esta historia para educar a la juventud granadina sobre su pasado, al que sólo tenían acceso por “fabulosas tradiciones i mentidas”. Este gesto de “amor a la patria nativa” y de crítica a la obra de Acosta se decidió, a diferencia del coronel, a emitir un ataque sobre el mundo español y de sus obras en el suelo colombiano. En este aspecto, De Plaza ratificó el juicio que buena parte de los primeros historiadores liberales colombianos hicieron de ese pasado: “No es la historia de la Nueva Granada, la que puede narrar grandes i portentosos hechos, ni guerras ilustres, ni grandiosos proyectos políticos”, pero en contravía de quienes después desmentirían las causas de esta situación resaltó que las razones se podían descubrir en el influjo que tuvieron la conquista y gobierno de los españoles “sobre el jenio, costumbres nacionales i progreso del pais”; es decir, en el “profundo sueño que se le hizo sufrir por tan dilatado tiempo”. De ahí que el objetivo último del relato planteara la cuestión de

si había llegado ya la edad de la adolescencia para la Nueva Granada, i si justo i necesario era ya tambien sacudir una tutela incómoda y

<sup>19</sup> José Antonio de Plaza, *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su Descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810*, 2ª ed., Bogotá, Incunables, 1984, p. 442



gravosa, que quería conservar en las fajas de la infancia a pueblos tan lejanos i de tan distintos caracteres.

Pueda este deseo patriótico recabarnos la indulgencia de nuestros conciudadanos i alentar a otros para coronar una obra cuyas bases tenemos la satisfacción de asentar, los primeros .<sup>20</sup>

La obra de Plaza encontró rápida respuesta de sus contemporáneos. La interpretación del período Colonial como una triple cadena de "ignorancia, superstición i servidumbre" y la exaltación de los próceres de la Independencia no encontraron una aceptación unánime como la que él podía haber llegado a suponer.

La obra polémica de José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* (1869) fue la respuesta más inmediata y sistemática a De Plaza. En ella Groot plasmó la escisión ideológica entre los intentos por caracterizar "el espíritu de la nación" colombiana mediante el ejercicio de carácter documental como metodología de la historia, haciendo a un lado los relatos de *Memorias*. Groot insistía en el uso adecuado de los documentos y de fuentes inéditas, pero el carácter polémico de su obra lo llevó a cuestionar permanentemente las versiones de sus fuentes y de las interpretaciones hechas por De Plaza. Groot inició así su escrito:

Cuando en 1856 emprendí este trabajo, no fue mi ánimo ocuparme con la parte civil ni menos política de nuestra historia, sino únicamente del establecimiento y desarrollo de la Religión Católica en la Nueva Granada, porque me parecía poco honroso para un país católico y civilizado carecer de la historia de su Iglesia, y mayormente cuando su clero ha sido tan injustamente calumniado por algunos escritores nacionales de nuestros tiempos, que lo han presentado a las nuevas generaciones como enemigos de las luces y hostil a la causa de la independencia americana.<sup>21</sup>

La forma en la que Groot emprendió esta labor comprobaba fundamentalmente dos hechos ligados entre sí: el complejo problema de

<sup>20</sup> *Ibid.*, Introducción, Op. cit, s/p.

<sup>21</sup> José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, vol. I, Bogotá, 3ª ed., Ministerio de Educación Nacional, 1956, p. 7 (Biblioteca de Autores Colombianos)

construir un Estado y caracterizar a una nación debido a la debilidad del control social que en estos momentos no pasaba por la autonomía del Estado. El poder del Estado descansaba en esa época en los niveles regionales de los recién fundados partidos políticos. Por eso, para que el control social se trasladara a una organización nacional suprarregional, como debía ser el Estado, Groot y los políticos conservadores de la época en general, apelaron a la característica que consideraron como la más permanente y más abarcadora de la sociedad colombiana: la religión y la Iglesia católica.

Groot pretendió establecer el fundamento mismo de la sociedad colombiana; por eso, en su obra es primordial el rescate de la herencia colonial. La Colonia, según él, tenía los elementos necesarios para construir la nación colombiana y la Iglesia tenía el papel principal en la tarea de la “civilización” y “el progreso”. De acuerdo a este planteamiento, los individuos debían estar supeditados a un orden institucional, que no podía ser otro que aquel que iniciado en la Independencia se apoyaba en la herencia que había dejado en el país la presencia de España y de la Iglesia católica.<sup>22</sup>

La pluma polémica de Groot estaba encaminada a rescatar la labor civilizadora de la Iglesia y su importante presencia en la realidad cultural y social colombiana. Sus descripciones y explicaciones trataron de comprobar a cada paso que: “A medida que la sociedad civil progresaba en el Nuevo Reino, el espíritu piadoso se desarrollaba con las fundaciones religiosas y obras pías.”<sup>23</sup> Es decir, la presencia de la Iglesia es absoluta al lado de todas las gestas “civilizadoras” de España. Esta participación marcó, según él, la realidad política y social de la Nueva Granada

---

<sup>22</sup> En estos aspectos es interesante tener en cuenta los trabajos de Bernardo Tovar, “El pensamiento historiador colombiano sobre la época Colonial”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá) núm. 10, 1982, pp. 5-118, citado en adelante como ACHSC. Del mismo autor puede consultarse: “La historiografía colonial”, en Bernardo Tovar Z. (comp.), *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol. I, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1994, pp. 21-134

<sup>23</sup> José M. Groot, *Historia eclesiástica*, vol. I, Op. cit., p. 387

convirtiéndose en el elemento inmutable de esta sociedad. La religión católica se constituyó, pues, en el hilo conductor entre la República y la Colonia y el medio a través del cual se podía recuperar la verdadera herencia cultural de este período desdeñado por los historiadores y políticos liberales garantizando la continuidad temporal y cultural de la República.

Estas disputas interpretativas participaron y expresaron los enfrentamientos políticos de la época. Mientras predominaron los liberales las referencias a la Colonia fueron críticas, las *Memorias* de De Plaza; por ejemplo, defendieron la importancia del individuo y de su libertad como factor fundamental del progreso. Estas afirmaciones estaban a tono con las reformas ejecutadas por los liberales a mediados del siglo y en las que se trató de reducir la injerencia de la Iglesia en el Estado y en la vida social y política del país. Cuando las circunstancias políticas cambiaron el giro en el peso que tuvieron las distintas interpretaciones del pasado nacional se trocaron.

Pese a este desenvolvimiento existió un elemento homogeneizador entre las capas letradas que realizaron estas interpretaciones: una cosmovisión compartida por los grupos dirigentes de los diferentes grupos políticos. Este elemento compartido se observa en la caracterización nacional elaborada por los ensayistas políticos como José María Samper y Sergio Arboleda, que en la segunda mitad del siglo XIX dejaron entrever la necesidad de crear condiciones de la unidad nacional. Desde el punto de vista "liberal", Samper caracterizó a la sociedad colombiano como "el país de mestizos".<sup>24</sup> Mientras que en la vertiente opuesta, Sergio Arboleda consideró que el lazo de unidad que unía a la sociedad colombiana era la

---

<sup>24</sup> Cf. José M. Samper, *Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada*, Bogotá, Incunables, 1984. La primera edición es de 1853. Lo mismo que el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas)*, Bogotá, Universidad Nacional, 1969. La primera edición es de 1861.

religión católica.<sup>25</sup> Ambas explicaciones de la realidad social del país participaron de la disputa por el predominio de un determinado proyecto político para el país. La determinación de los factores esenciales de la colectividad colombiana debería conducir al establecimiento de formas racionales de dar una solución al problema de la gobernabilidad y la instauración de un Estado fuerte y nacional. De este modo, estos ensayistas políticos dejaron entrever en sus obras la gran dificultad que representaba cualquier propuesta de unificación política y cultural. Por eso, plantearon la exigencia de la adecuación de las instituciones republicanas a la realidad social, y dar cuenta de la heterogénea composición social de la sociedad colombiana y de sus implicaciones para el establecimiento de un orden social.<sup>26</sup>

El enfrentamiento entre los distintos proyectos políticos confluían en el diagnóstico y en la urgencia de controlar a la sociedad; los sucesos políticos posteriores confluyeron en una especie de síntesis en el triunfo de la Regeneración (1884-1902). Esta proyecto económicamente liberal y políticamente conservador llevo a cabo las tareas de centralización del Estado nacional. En el ámbito ideológico y cultural concibió el trabajo de José Manuel Groot como la versión más aceptada sobre el período Colonial y como una de las principales fuentes explicativas de los orígenes culturales de la nación colombiana. Esta interpretación fue el complemento de la explicación política dada por José Manuel Restrepo.

---

<sup>25</sup> Cf. Sergio Arboleda, *La República en la América española*, Bogotá, A.B.C., 1951. La primera edición es de 1868-1869.

<sup>26</sup> Este tema ha sido poco estudiado y requiere una exploración más profunda, especialmente en la forma cómo estas imágenes penetran en el discurso político. Es cierto que el presente trabajo hace parte de esta preocupación pero sus límites son precisos, se refiere exclusivamente a los escritos históricos y en este punto los ensayos políticos y sociológicos de Samper, Arboleda, López de Mesa y buena parte de la literatura de Laureano Gómez, que indican la permanencia de este tema entre el XIX y el XX, están por fuera de los objetos de estudio con los que se ocupa la presente investigación. Sin embargo, es importante reconocer los aportes de Jaime Urueña, "La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento colombiano: una mirada histórica", en *Análisis Político* (Santafé de Bogotá), núm. 22, 1994, pp. 5-25 y Marco Palacios, "Apuntaciones históricas sobre ciudadanía y gobernabilidad en Colombia", en *Análisis Político* (Santafé de Bogotá), núm. 29, 1996, pp. 3-19

Ellas fueron dosificadas por la mayoría de los grupos dirigentes y letrados hasta bien entrado el siglo XX.<sup>27</sup>

Si unas décadas antes las diferencias en torno al papel de España y, específicamente de la Iglesia en el pasado desató “el lenguaje de las pasiones” en la escritura de la historia decimonónica colombiana y permitieron poner al descubierto la competencia entre dos proyectos sobre el futuro de la República, el triunfo de la Regeneración posibilitó que el período Colonial se incorporara como un elemento decisivo de la tradición nacional; de esta manera, la Colonia fue “nacionalizada” por el ejercicio de los historiadores. Además, el desenvolvimiento político y los planes educativos de la Regeneración planteó claramente el consenso existente sobre el modo de concebir al “pueblo”, el grueso de la nación, como ignorante y católico.

Las discrepancias de los partidos en el siglo XIX en torno al papel que debía desempeñar la Iglesia en la sociedad y en sus relaciones con el Estado, encontraron una vía polémica para expresarse en las controversias sobre la reforma educativa *radical* (1860-1880) elaborada en 1870.<sup>28</sup> La propuesta *radical* consistió en una reforma al sistema educativo colombiano con base en la idea de que la educación era la vía más apropiada para conquistar “la civilización” fundada en un ideario liberal de progreso. Este principio rector permitió planear un proceso integral de la educación que abarcaba desde la formación del maestro hasta la construcción de los edificios escolares pasando por la constitución de una pedagogía apropiada para alcanzar aquel fin. Con ello se asentó, por

<sup>27</sup> En 1981, la Academia Colombiana de la Historia reprodujo la Introducción que escribió Miguel Antonio Caro para la *Historia eclesiástica y civil* donde se encuentra la siguiente afirmación: “Monumento grandioso, elevado en vindicación de la Iglesia y en gloria de la patria, con materiales acumulados en largos años, y concluido por su autor en avanzada edad, cuando la razón experimentada sólo aprueba lo que es verdadero, y la pluma desapasionada sólo estampa lo que es justo” en Miguel A. Caro, “José Manuel Groot” (1873), en Varios autores, *Historiadores colombianos*, Op. cit., p. 37

<sup>28</sup> Cf. Jane Meyer Loy, “Primary education during the colombian federation: the school reform of 1870”, en *HAHR*, núm. 51, 1971, pp. 275-294 y “Los Ignorantistas y las escuelas: la oposición a la reforma educativa durante la federación colombiana”, en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 9, 1982, pp. 9-24. En adelante *RCE*.

primera vez en la historia de Colombia, la imposición de la educación primaria y la ruptura con la enseñanza obligatoria de la religión católica. Estos puntos desataron las más devastadoras críticas y conflictos que se unían a los obstáculos de orden económico y político que no hicieron viable todo este programa educativo.

Pero si el período Colonial constituía un punto de polémica y enfrentamientos no lo era menos la caracterización de los orígenes de los partidos políticos que ya habían iniciado sus contiendas. En este punto es fundamental la obra del general Joaquín Posada Gutiérrez que redactó sus *Memorias histórico-políticas* (1865 y 1881) al calor de su oposición a los triunfadores liberales en 1848. En este período las *memorias* se constituyeron en un mecanismo para aclarar situaciones, para justificar a los amigos y juzgar a los contrincantes. En sentido historiográfico, las memorias asientan los testimonios de los testigos presenciales y no es extraño encontrar que buena parte de esta época de la historia nacional se haya escrito con base en esta documentación, pero a pesar de su carácter coyuntural, las *memorias* dejan al descubierto una forma de concebir el quehacer histórico.<sup>29</sup>

Posada Gutiérrez se inscribía en un pesimismo acendrado ante la hegemonía liberal, él que había sido participante en las guerras de la Independencia y compartido sus esperanzas. El general continuaba la concepción de la historia que desplegó Restrepo al considerar el relato del pasado como un tribunal:

En el juicio contradictorio seguido entre el Gobierno legítimo y la Rebelión (...) la justicia es clara e incontrovertible. Pero ¿quién la aplica? Los vencedores niegan a los vencidos la facultad de dirimir la

---

<sup>29</sup> En "La literatura histórica en la República" de Jorge Orlando Melo puede inferirse cómo se publicaron un número considerable de *memorias* por parte de muchos de los principales actores de los primeros años de la República como Francisco de Paula Santander, *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada* (1837); José M. Obando, *Apuntaciones para la historia* (1842); Florentino González, *Memorias* (1933); Francisco Soto, *Mis padecimientos y mi conducta pública desde 1810 hasta hoy* (1841); José H. López, *Memorias* (1857) y José M. Espinosa, *Recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819* (1876).

competencia. (...) Por tanto, en este juicio que dará galardón al justo y derramará el oprobio sobre el culpable, no hay más que dos jueces competentes para fallar en definitiva: Dios en el cielo; la Historia en la tierra.

Tenemos, pues, los contemporáneos el deber de ilustrar la Historia con escritos verídicos que le sirvan de derrotero, para que pueda encontrar el rumbo por entre los escollos de la mentira.<sup>30</sup>

Posada Gutiérrez también creía que la historia podía ser la fórmula salvadora de una situación tan crítica como la de mediados del siglo XIX para el grupo que respaldaba y que él, como participante de las luchas independentistas, representaba. Al señalar el error podía proponer el camino certero que debería tomar la República, el cual tenía orientaciones muy claras:

Examinen los hechos y sus consecuencias, y dando algunos momentos a la reflexión concienzuda, piensen cuál será el fin de esta sociedad de la que ellos (la juventud A. B.) son la esperanza, empujada al ateísmo, haciendo de Dios un problema, del alma una mentira, de la Religión una comedia; la desmoralización cundiendo; la República oscilando de teoría en teoría, de sistema en sistema; los partidos asesinándose alternativamente, y la patria agonizando sin alivio y sin esperanza.<sup>31</sup>

La postura nostálgica de las *Memorias* captaba muy bien la necesidad de precisar los orígenes de los partidos en contienda, que el general remonta hasta 1826, coincidente con la perplejidad que atemorizaba a los miembros del partido liberal y conservador después de movilizar a "la plebe" que se encauzó, fuera de su control, en los períodos revoltosos de los gobiernos de los militares José María Melo y José María Obando a mediados del siglo.

El paso hacia la recuperación de un pasado glorioso y una sociedad más definida está dado en estas apreciaciones de Posada Gutiérrez. La

<sup>30</sup> Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, vol. I, Medellín, Bedout, s/f, p. 18 (Bolsilibros Bedout, 84)

<sup>31</sup> *Ibid.*, vol. I, p. 19

revalidación de la herencia española y Colonial estaba pues muy cercana a sus apreciaciones del desenvolvimiento de la República.

Queda en claro, pues, que la historia practicada en el siglo XIX en Colombia participó claramente de las luchas ideológicas a partir de una concepción historiográfica en la que el conocimiento del pasado fue fundamental para guiar la acción del presente. La aproximación al pasado no era solamente un ejercicio de erudición sino que constituía una herramienta de justificación y de orientación de la política. Además, la fundamentación del proyecto político requería establecer el origen de ese proyecto y asociarlo con el de la República y la nación sobre la que quería incidir; por eso, el conjunto de estos escritos históricos constituyeron por su lectura del pasado nacional y su entroncamiento como justificantes de la República de Colombia, los barruntos del canon historiográfico nacional. Sus pretensiones eran obvias: construir un espacio de comprensión homogéneo que instaurara los elementos donde podrían insertarse las redes de pertenencia y legitimidad que cubrieran por igual a todas las regiones geográficas y culturales que abarcaba el país. Su labor consistió en crear una imagen colectiva de pertenencia y orígenes comunes que debía imponerse sobre la realidad de una sociedad plural. Este esfuerzo unificador resultó mucho más preciso a raíz del triunfo de los conservadores en 1880, que perduraría en el poder hasta 1930. Con este triunfo se instauraron las bases de la integración nacional que se mantuvieron incólumes durante casi todo el siglo XX y se construyeron una serie de imágenes sobre el período liberal *radical* que resultó derrotado en la pugna por el poder. El liberalismo como tendencia política quedó relegado con signos negativos y abandonado al ostracismo de la memoria nacional, que sólo hasta los años treinta del siglo XX; aunque ello



no implicó la superación de muchos de los lugares comunes consagrados por la Regeneración.<sup>32</sup>

### **Apuntalar una unidad: entre la región y el Estado**

En el marco de la escritura de la historia, la problemática de la región y los regionalismos supone un problema que no ha podido ser superado. La unidad de análisis de la que parten los relatos históricos del siglo XIX, y buena parte de los estudios realizados en el siglo XX, es la conjunción entre Estado y nación, pero los procesos históricos colombianos plantean una pugna entre estos núcleos de análisis. Colombia fue un país eminentemente rural hasta bien entrado el siglo XX cuando proporciones significativas de la población se desplazaron hacia las ciudades. El medio urbano creció muy lentamente y la concentración de la mayoría de la población se aisló en las montañas y en los valles interandinos. A esto se une la inexistencia de una economía exportadora estable en el siglo XIX, una escasa inversión en las vías de comunicación, que debido a la geografía las hacían difíciles y caras, y una muy pequeña inmigración extranjera. Es decir, la preeminencia del mundo rural explica cómo la lealtad a cualquier área pequeña era mucho más firme que a un ente imaginado, la nación, como la República que emergió después de 1830.

Pese a los avatares políticos y los discursos que pretendieron establecer las características fundamentales sobre la composición y la caracterización esencial de la sociedad colombiana, puede descubrirse que

---

<sup>32</sup> Helen Delpar indicó los estereotipos historiográficos sobre el liberalismo colombiano decimonónico elaborados desde la Regeneración hasta la historiografía profesional de fines del XX. Con ello, Delpar llamó la atención sobre la superación de los prejuicios e invitó a la investigación "científica" de la segunda mitad del siglo XIX colombiano. Helen Delpar, "The liberal record and colombian historiography an indictment in need of revision", en *Revista Interamericana de Bibliografía* (Washington), vol. XXXI, núm. 4, 1981, pp. 524-537; consideraciones similares de Delpar se encuentran de manera anticipada en "Aspects of Liberal factionalism in Colombia, 1875-1885", en *HAHR*, vol. 51, núm. 2, 1971, pp. 250-274

como en la época de la Independencia, los nuevos dirigentes republicanos desconocieron la compleja realidad de las zonas marginales y de frontera interior. Esos discursos estaban inscritos en la urgencia de crear un Estado nuevo sobre situaciones sociales y políticas confusas e inestables, y hasta desconocidas, para aquellos que recibieron el poder después que fue derrotada España en la América continental. En el caso colombiano, los alcances de esos discursos se circunscribieron a la imagen recatada del altiplano central que se impuso como "imaginario nacional". Esta imagen de la colectividad nacional no tenía aplicación alguna como criterio de unificación como lo demostrarían los prejuicios que expresaron los grupos letrados andinos por las llamadas "tierras calientes" y la permanencia de los regionalismos durante el siglo XIX y XX en el ámbito de todas las relaciones entre el Estado y la sociedad colombiana.<sup>33</sup>

Estos hechos evidencian que los procesos históricos colombianos están penetrados por un problema particular: la interrelación entre la región, el Estado y la nación. La administración Colonial del área correspondiente a lo que es hoy Colombia se vio sometida a la combinación del principio centralista, manejado por la organización que le dio España a sus posesiones ultramarinas en América, con la autonomía regional, que se imponía en la práctica por el aislamiento geográfico de las ciudades y

---

<sup>33</sup> La Iglesia católica, la institución más "nacional" según la concepción del líder regeneracionista Rafael Núñez, se refería constantemente a las dificultades que tenía de abarcar la totalidad del territorio, especialmente las "tierras calientes" donde se establecieron los cultivos de agroexportación en el siglo XIX. Prácticamente estos territorios estaban por fuera de los alcances de las poblaciones urbanas desde la época Colonial y se constituyeron en refugio y espacio en el que surgieron sociedades que escapaban a todos los moldes de "civilización" que pregonaban las elites ilustradas urbanas. En este aspecto, son muy reveladoras las concepciones sobre la "tierra caliente" que en aquella época se tenía en la capital como lo revelan los escritos de Eugenio Díaz, *Novelas y cuadros de costumbres*, Bogotá, 2 vols., Procultura, 1985 (Nueva Biblioteca de Cultura). Los estudios de Virginia Gutiérrez de Pineda también ilustran claramente sobre este punto en trabajos pioneros como *Familia y cultura en Colombia. Tipologías, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y las estructuras sociales*, 2ª ed., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975 (Biblioteca Básica Colombiana, 3) Editado por primera vez en 1963 y complementado con el trabajo *La familia en Colombia: trasfondo histórico*, Medellín, 2ª ed., Universidad de Antioquia, 1997. La primera edición es de 1968. También

sus regiones. El sistema montañoso de tres cordilleras que surcan el actual territorio de la República de Colombia con más de un millón de kilómetros cuadrados hicieron difícil la comunicación, el transporte y la administración como una unidad política.

A pesar de la existencia de un numeroso conjunto de núcleos urbanos, compuesto por villas, ciudades y pueblos desde la etapa más temprana del asentamiento español, no pudieron superar la fragmentación y el aislamiento de vastas regiones del país. Sólo hasta la formación de un mercado nacional y un sistema de transportes moderno en el siglo XX se logró vencer, parcialmente, el aislamiento regional. En el país existen todavía, a principios del siglo XXI, fronteras de colonización y grandes zonas no incorporadas a la vida nacional.

Sólo cuando el desarrollo económico y de los transportes, además del contacto entre unas regiones y otras crearon unos intereses económicos y políticos comunes de amplitud nacional, se dieron las condiciones reales para la existencia de un Estado unitario y centralizado.<sup>34</sup>

La fragmentación regional supone, entonces, que durante los procesos de constitución del Estado nacional durante los siglos XIX y XX, existieron tensiones entre las regiones y el Estado. Y si se tiene en cuenta el papel preponderante de las ciudades cordilleranas, donde vive la mayoría de la población, implica que estas relaciones tirantes se limitaron a un reducido espacio geográfico: la zona central andina que sólo conforma una tercera parte del territorio. La existencia de las regiones y los regionalismos que le son inherentes explican que el territorio no es sólo un dato físico sino una construcción histórica. Por eso, la región es un foco de

---

<sup>34</sup> Jaime Jaramillo Uribe, "Nación y región en los orígenes del Estado Nacional en Colombia", en Inge Buisson et al., *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*, Bonn, Inter Naciones, 1984, p. 353. Estas condiciones, según Jaramillo Uribe, se dan a partir de 1880 y buena parte de la historia de los años setenta y ochenta considera que el café es el producto básico de esta integración nacional.

tensiones, conflictos y dificultades para las propuestas de construcción de un Estado nacional y para delimitar la pertenencia a una nación.

Desde el período Colonial era evidente que fuera del estrecho ámbito del mundo urbano era casi imposible la estructuración de la normatividad, los valores y las cosmovisiones españolas. Más allá de la ciudad existieron una serie de jerarquías sociales y de atribuciones legales y políticas que las administraciones virreinales aceptaron resignadamente. El mundo rural que se explayaba en esos territorios ignotos es mucho más complejo de lo que las representaciones de esta realidad han hecho creer. Las descripciones de viajeros, las memorias, las corrientes costumbristas y románticas, los estudios protosociológicos de la Comisión Corográfica, no pudieron explicar "cómo tales sociedades pretendidamente tan estáticas y tan estratificadas fueron tan difíciles de controlar."<sup>35</sup> El mundo republicano descubrió en todo su esplendor esta realidad durante las guerras de la Independencia, pero fue incapaz de integrarla dentro de la perspectiva de un Estado y un proyecto político único y homogeneizante.<sup>36</sup>

La existencia incontrovertible de este mundo rural en combinación de núcleos urbanos aislados solventó la existencia de la región y las dificultades en la constitución del Estado nacional. Los deseos de alcanzar una "identidad nacional" que proviniera del Estado encontró este gran inconveniente. A esta situación se le añadió, en la segunda mitad del siglo XIX, la presencia de la militancia partidista.

La pertenencia regional que descansó en "el patriotismo", como se analizará más adelante, encontró un refuerzo inesperado cuando los

---

<sup>35</sup> Cf. Malcolm Deas, "Venezuela, Colombia y Ecuador" en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1991, vol. 6, p. 183. Del mismo autor es importante resaltar las observaciones que se encuentran en: "Algunas consideraciones sobre la historia del caciquismo en Colombia" en *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 127, 1973, pp. 118-140

<sup>36</sup> Estos elementos fueron observados agudamente por José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976 y Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hannover, Ediciones del Norte, 1984. En el caso colombiano esto fue señalado por Fabio Zambrano, "Cultura e identidad nacional, una mirada desde la historia" en *Nómadas* (Santafé de Bogotá), núm. 1, 1994, pp. 59-67

intereses regionales se unieron a los objetivos de los partidos políticos. Fernán González indicó, por ejemplo, cómo la fragmentación del poder permitió que las regiones tuvieran una participación importante en el Estado, pero al mismo tiempo esta fragmentación dificultó cualquier tipo de reformas que pudieran cuestionar las jerarquías regionales basadas en condiciones de sociedades “tradicionales”. Esta es una de las raíces de la separación entre el discurso formal de los funcionarios y la realidad social.<sup>37</sup>

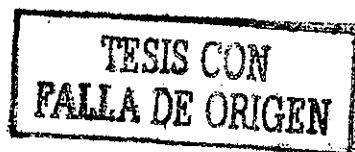
Los dos partidos políticos hegemónicos en Colombia —el liberal y el conservador—, fundados a mediados del XIX, se esforzaron por establecer instituciones de orden nacional y de articular las decisiones a una efectiva política nacional, que tenía como presupuesto la integración de la totalidad del territorio. El regionalismo representó —lo sigue siendo hasta hoy— para el accionar político en Colombia uno de los retos más importantes: poder llegar a convertirse en una verdadera “política nacional”. Es decir, una política que abarcara al mismo tiempo una “ideología nacional”, que fuera reconocida en todos los estamentos de la sociedad y, a la vez, que estuviera respaldada en una organización efectiva que llegara a todo el territorio.<sup>38</sup>

Los partidos fueron verdaderas “federaciones nacionales de oligarquías regionales y locales” que competían por la hegemonía del Estado y por la mediación de aquel con las sociedades regionales. Los partidos rápidamente se tornaron en núcleos donde se negociaron los beneficios del Estado a nivel regional y local, dando origen al carácter

---

<sup>37</sup> Fernán E. González, “Aproximación a la configuración política de Colombia” en *Controversia* (Bogotá), núm. 153-154, 1989, p. 38

<sup>38</sup> Cf. Marco Palacios, “La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica” en *Revista Mexicana de Sociología* (México), vol. XLII, núm. 4, 1980, pp. 1663-1689. pp. 19-72



clientelista de la política colombiana y a fomentar la integración de las regiones mediante al antagonismo bipartidista.<sup>39</sup>

La labor electoral de los gamonales y las pasiones electorales a nivel local fueron dos de los escenarios donde se desarrollaron las fidelidades transgeneracionales por los partidos políticos. Las continuas jornadas electorales —y las subsecuentes actividades de participación: campañas, comicios, escrutinios y declaraciones de victorias— y las guerras civiles que les iban asociadas, apuntalaron de manera sólida la participación política local en el siglo XIX. Esta situación le dio especial relevancia a la actividad electoral de los gamonales realizada en núcleos poblacionales concentrados regionalmente, que derivaron en el fenómeno de la preferencia partidista según la ubicación geográfica del municipio. Al mismo tiempo, los grupos dirigentes de esos partidos reafirmaron la existencia de una “identidad oligárquica” que quiso sobreponerse a las realidades locales y que supuso *su identidad* como la de todo el país.<sup>40</sup>

Pese a estas constataciones, el tema regional sigue siendo un tema abstruso y en el que comienzan a hacerse exploraciones más sistemáticas. En el ámbito de las ciencias sociales, el mayor problema del abordaje de la región lo constituye la delimitación del uso de esta categoría, que más bien ha podido alcanzar cierta autonomía a partir de obviar la reflexión sobre el concepto de región y centrarse en una práctica empírica, muchas veces asociada a las limitaciones y principios epistemológicos de los

<sup>39</sup> Cf. Fernán E. González, “Aproximación a la configuración política de Colombia”, Op. cit. y Malcolm Deas, “La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República” en Marco Palacios (comp.), *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México, El Colegio de México, 1983, pp. 149-173

<sup>40</sup> Varios de estos aspectos son desarrollados por Eduardo Posada Carbó, “Alternancia y República: elecciones en Nueva Granada y Venezuela” y Francisco Gutiérrez Sanín, “La literatura plebeya y el debate alrededor de la propiedad (Nueva Granada 1849-1854)”, en Hilda Sabato (comp.), *Ciudadanía política y formación de las naciones, Perspectivas históricas de América Latina* México, Fondo de Cultura Económica- El Colegio de México 1999, pp. 162-180 y 181-201 (Fideicomiso Historia de las Américas). Igualmente en Ángela L. Serrano, *El ejercicio del sufragio de los colombianos residentes en el exterior*, México, 2001, tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 45

historiadores, los economistas, los sociólogos, los antropólogos. El concepto de región deviene así en una categoría susceptible de ser llenada con cualquier contenido.<sup>41</sup>

En el entorno de las ciencias sociales, la región es una unidad de análisis funcional que se ocupa con un espacio estructurado con ciertos elementos homogeneizadores que lo define con respecto a otros pero sin desconocer la diversidad interna. La región, pues, es un espacio que abarca elementos homogéneos y heterogéneos de análisis —clima, geomorfología, distribución, diferenciación social— sobre los cuales se da una determinación de acuerdo a un orden clasificatorio dependiente del ámbito desde el que se hace.<sup>42</sup> La región se constituye en un concepto heurístico, una forma peculiar de la organización de una espacialidad, determinada por el tiempo, definida por coordenadas históricas y no sólo geográficas, dinámica, diversa pero con características propias en cada momento histórico. Es un vínculo de fenómenos pertenecientes a categorías heterogéneas que utiliza el investigador social. Por eso, el tema regional si bien es una realidad actuante y fundamental en los complejos

---

<sup>41</sup> La presencia de los estudios regionales dentro de las ciencias sociales en Colombia y el enfrentamiento con las dificultades teóricas de aplicación del concepto en el contexto de una historia que apela a “lo nacional” son una vertiente que apenas surge en la historia colombiana en los años setenta del siglo XX, muchas veces relacionada con circunstancias accidentales más que de orientación de investigación, pero que apareció como una muestra más de la profesionalización de la disciplina histórica colombiana. En este sentido es oportuno recordar la situación personal del historiador Germán Colmenares que a partir de su salida de la capital en 1972 para trabajar en Cali, lo llevó a reconocer “un paisaje radicalmente diferente a mi experiencia de mi propia provincia, Bogotá” en el que debía emprender investigaciones con recursos y realidades completamente distintas a las que se había ocupado hasta ese momento. Germán Colmenares, “El concepto de región en la historia de Colombia”, *Otras Quijotadas*, Op. cit., p. 11

<sup>42</sup> Cf. Luis J. Ortiz, “Aproximaciones al concepto de región en la historia de Colombia” en *Otras Quijotadas* (Medellín), núm. 4-5, 1987, pp. 12-19. Jaime Álvarez y Néstor J. Rueda, “Nación-Región: perspectiva histórica en tiempos de negociación” en *Vanguardia Liberal Dominical* (Bucaramanga), 23 de abril de 2000, p. 1. Darío Fajardo, “Cultura y región en la construcción de una nueva sociedad”; Francisco Cifuentes, “Introducción al estudio de los procesos culturales regionales” y Hernán Henao, “Territorios e instituciones de la cultura. En torno a los procesos culturales regionales” en Varios autores, *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia. Regiones, ciudades y violencia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1991, pp. 133-144, 159-170 y 181-197 respectivamente.

procesos colombianos, no es un tema esclarecido pese a la importante prehistoria del tema en el territorio colombiano.<sup>43</sup>

### **Las ideas ilustradas y el sentimiento patrio**

Las dificultades de las propuestas políticas e intelectuales de integración en Colombia destacan la tendencia aislacionista de las regiones. Sin embargo, estas regiones no fueron tan fuertes como para aislarse absolutamente ni el Estado colombiano fue lo suficientemente vigoroso para superar los regionalismos. A pesar de estas tensiones, se pudo establecer una delimitación del territorio nacional y en cierta medida, un sentido de pertenencia a él, cuyas raíces hacen parte del complejo proceso de criollización que vivió la Nueva Granada desde el período Colonial, cuya eclosión se sintetizó en el período de la Independencia.

Al momento de establecerse el acto formal de la declaración de la Independencia el 20 de julio de 1810, la ruptura con España se percibió al interior de la Nueva Granada como el afianzamiento de la soberanía de las provincias. El predominio de Santafé de Bogotá tenía resistencias: de Cartagena de Indias y de Popayán especialmente, para ser la capital de la nueva República. Desde el siglo XVIII las reformas borbónicas habían dado paso al surgimiento de nuevos polos urbanos que fueron núcleos de la colonización de las fronteras interiores del Reino. Junto a las ciudades coloniales de Popayán, Cartagena y Santafé aparecieron Medellín, Mompox, Honda, San Gil, Socorro y los poblados del valle del río Cauca.<sup>44</sup>

---

<sup>43</sup> Desde la promulgación de la Constitución de 1991 donde se estableció la necesidad de repensar el actual ordenamiento territorial, se han llevado a cabo 11 proyectos de reglamentación de la Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial. Los más recientes debates sobre el tema todavía se mueven en torno a la discusión sobre la pertinencia de establecer para el Estado colombiano una estructura político-administrativa: centralista, federalista o regionalista. Cf. "¿Federalismo, centralismo o regionalización?", en *El Tiempo*, 19 de julio de 2001

<sup>44</sup> El Nuevo Reino de Granada estaba subdividido hacia 1808 en tres macroregiones muy fragmentadas internamente: a) El occidente aurífero; b) El reino o región centrorientales y c) La costa caribe. Estas apreciaciones aparecen en Marco Palacios, "Independencia y



Las ciudades coloniales desarrollaron procesos económicos, sociales y políticos que configuraron realidades regionales muy marcadas que se hicieron más evidentes a la hora de tratar de hacer reales los proyectos de construcción de los estados republicanos. Esto significa que el proceso colonial español en el territorio de la Nueva Granada fue incompetente para consolidar una administración centralista que superara las realidades regionales geográficas y sociales que se hicieron explícitas en las disputas entre las principales ciudades coloniales neogranadinas. Una vez dada la señal de la declaración de la Independencia, surgió en toda la Nueva Granada una serie de estados provinciales con sus propias constituciones que dieron paso a las rencillas entre federalistas y centralistas que favorecieron la reconquista española en 1816.<sup>45</sup>

La época que abarcó el proceso de la Independencia constituyó en Colombia una maraña de sentimientos encontrados y coexistentes. Desde fines del siglo XVIII hasta 1830 el “amor por la tierra” —el patriotismo— y los enojos contra España permitieron formular un sentido abstracto de pertenencia hacia una “Grande Patria”: América. Después, estos mismos sentimientos permearon la fundación de los estados nacionales en todo el subcontinente.

El “sentido de pertenencia” que pudiera permitir hablar del surgimiento de una “conciencia de patria” se expresó formalmente en los núcleos dirigentes que llevaron a cabo la labor de encabezar el proceso de Independencia. Las actitudes separatistas de los criollos neogranadinos se

---

subdesarrollo. Notas sobre los orígenes del liberalismo económico en Colombia”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Santafé de Bogotá), vol. XXIX, núm 31, 1992, pp. 3-23. Citado en adelante como *BCB*.

<sup>45</sup> La primera separación absoluta de España la proclamó Cartagena en 1811, las demás provincias permanecieron leales al rey de España primeramente, después proclamó la independencia total. Tunja anunció su nueva Constitución en 1811, Antioquia en 1812 y 1815, Cundinamarca en 1811 y 1812, Mariquita y Neiva en 1815. Estos vaivenes dejaban en claro que la conveniencia de un Estado central. Este sería el gran tema de la historia republicana colombiana; aunque, la situación de este período ofreció la posibilidad de resolverlo militarmente. Al momento del acto de Independencia, la Nueva Granada se dividió en las provincias de Panamá, Riohacha, Santa Marta, Cartagena, Pamplona, Chocó, Antioquia, Socorro, Tunja, Casanare, Santafé, Mariquita, Neiva y Popayán.

vincularon estrechamente con los fundamentos y propósitos que les ofrecieron las empresas científicas y políticas que adelantaron los Borbones en la segunda mitad del siglo XVIII.

El afianzamiento de los “sentimientos patrios” está relacionado con el impacto que se le atribuyó a la recepción del carácter pragmático y utilitario de las ideas ilustradas en la Nueva Granada. La exploración de los territorios ultramarinos con finalidades económicas fue una de las políticas de restablecimiento del poder colonial de España sobre esas tierras. El principio ilustrado acerca de la necesidad de esclarecer las relaciones del hombre con el entorno ecológico, geográfico y social permitió la conformación de grupos científicos que integraron el conocimiento de médicos, geógrafos, cosmógrafos, físicos y naturalistas.<sup>46</sup> Esta claridad de conciencia tenía, especialmente para el alicaído Imperio español, precisas connotaciones económicas y políticas.

Las expediciones científicas españolas del siglo XVIII tuvieron la misión de inventariar los recursos naturales de las colonias para proceder a su explotación. El centro de estas exploraciones fue el Real Jardín Botánico de Madrid.<sup>47</sup> Sin embargo, la Independencia americana dejó en claro que el proyecto expedicionario español no logró estructurar una reforma al comercio colonial ni sirvió para los propósitos de propaganda y explotación económica del Imperio. Algunas de las consecuencias indeseables que enfrentaron estos proyectos radicaron en tres elementos: la primacía de los intereses personales, la formación de científicos americanos que emplearon sus conocimientos como baluartes de los

---

<sup>46</sup> Cf. José L. Peset, “Ciencia e independencia en la América española”, en Antonio Lafuente, Alberto Elena y María L. Ortega (eds.), *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*, Madrid, Doce Calles, 1993, pp. 195-217

<sup>47</sup> El programa expedicionario tuvo un antecedente en la expedición franco-española al virreinato del Perú en 1735. El programa Borbón incluyó a la Expedición Botánica del Perú (1777-1788), la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1783-1808), la Real Expedición Botánica de la Nueva España (1788-1803), la Expedición Malaspina (1789) y algunas expediciones mineralógicas a Chile, Perú y México.

movimientos independentistas y el aprovechamiento de los materiales recogidos por científicos no españoles.<sup>48</sup>

Los esfuerzos científicos en las colonias americanas guiados por los intereses políticos y económicos de España experimentaron las trabas que traería consigo el desarrollo del criollismo. Los choques entre los científicos españoles y los criollos fueron frecuentes, lo que empujó a que el género de la polémica encontrara en este momento un punto álgido.<sup>49</sup> Esta dinámica discursiva permitió decantar la idea de “la diferencia” del mundo americano entre las dos partes contendientes y “la identidad” en aquellos que descubrieron de esta forma a su *patria*. De aquí surgió una magnífica justificación a la que apelaron posteriormente los insurgentes que quisieron apropiarse del territorio política y científicamente “con ansias de mejora o perfección”.

Las ideas ilustradas ayudaron a configurar dentro del grupo de “los científicos” criollos la conciencia de una identidad política y cultural; de tal forma que la adhesión sentimental al país pudo llegar a ser un modo de movilización política. La acción política y la ideología que justificaron los levantamientos hacia la Independencia contó, además de la pertinencia de la “diferencia” publicitada desde los trabajos científicos, con otras fuentes ilustradas y otros problemas a tener en cuenta. Tal sería el caso de la difusión de las ideas liberales a partir de acontecimientos nodales como la Independencia Estadounidense en 1776, la Revolución Francesa de 1789,

---

<sup>48</sup> Cf. Patricia Aceves, “Las políticas botánicas metropolitanas en los virreinos de la Nueva España y del Perú” y Francisco J. Puerto y Antonio González, “Política científica y expediciones botánicas en el programa colonial español ilustrado”, en Antonio Lafuente et al., *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*. Op. cit. pp. 287-296 y 331-339 respectivamente.

<sup>49</sup> La obra publicada en periódicos de José Antonio de Álzate y Ramírez (1738-1799) es un ejemplo de esta afirmación. Álzate se enfrentó con los botánicos de la Expedición española a la Nueva España con base en la defensa de una ciencia propia que se hundía en “el genio” de la “antigua nación mexicana”. Una reacción semejante pero más tardía se encuentra en el neogranadino Florencio Vezga (1833-1890). Cf. Roberto Moreno, “La ciencia y la formación de la mentalidad nacional en Álzate”, en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* (México), vol. 6, núm. 1, 1989, pp. 93-107 y Diana Obregón, “La Sociedad de Naturalistas Neogranadinos y la tradición científica”, en *ACHSC*, núms., 18-19, 1990/1991, pp. 101-123.

la invasión napoleónica a España en 1808, las Cortes de Cádiz (1810-1812), la restauración del absolutismo en España (1812-1814), la creación de la Santa Alianza (1815) y la revolución liberal en España en 1820, que sirvieron de base para resquebrajar los principios de la legalidad Colonial y el fomento del ideario liberal. Todo este conjunto de acontecimientos serían las fuentes de los principios políticos e ideológicos a los que apelarian los discursos separatistas y fundadores de Repúblicas independientes en las colonias americanas.

En el caso de la Nueva Granada, estos discursos fueron esgrimidos generalmente por criollos ilustrados que participaron en las expediciones científicas o que compartieron los principios pregonados por ellas. Sin embargo, la organización nueva tuvo que contar con la existencia de realidades coloniales que le provocaron problemas organizacionales.

Los científicos criollos difundieron sus ideas sobre el beneficio que le podría traer a la *patria* la aplicación y difusión de los conocimientos útiles. Al mismo tiempo, varios de aquellos científicos neogranadinos se reconocieron a sí mismos como “ciudadanos” y “patriotas”, como lo manifestaron en distintas oportunidades a través de las tertulias y los periódicos, sin que ello indicara en principio el deseo de la emancipación del Imperio.<sup>50</sup>

La Expedición Botánica que dirigió el gaditano José Celestino Mutis fue el semillero de aquellas ideas en el virreinato de la Nueva Granada. Mutis había llegado a Santafé de Bogotá en 1760 como médico virreinal, pero sus intereses se extendieron a la botánica, la minería y la astronomía. A raíz de la invitación que le hizo el virrey Amar y Borbón, Mutis se hizo

---

<sup>50</sup> Cf. Hans J. König, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856*, Santafé de Bogotá, trad. Dagmar Kusche y Juan José de Narváez, Banco de la República, 1994, pp. 76-89. La primera edición en alemán es de 1988. El periódico en especial fue el principal medio de comunicación en este período. Había sido promovido por los virreyes Borbones para difundir las ideas ilustradas, ya que fue entendido como un vehículo de enseñanza que muchas veces pretendía llenar el vacío que dejaba la precariedad o la ausencia de los institutos de educación.

cargo de la Expedición en 1783, cuya labor se concentró en trabajos de botánica, zoología, antropología y geografía referentes a la descripción y análisis del medio físico, flora y fauna del Nuevo Reino. Estos trabajos los llevo a cabo un equipo de especialistas en cada uno de esos ramos. La Expedición Botánica se constituyó en la primera gran empresa científica en la actual Colombia y ofreció la primera descripción de su territorio desde los parámetros de la ciencia. Al interior y en el entorno de la Expedición se formó un grupo de criollos que participaron activamente en el proceso independentista y la mayoría de ellos cayeron fusilados por la reconquista española en 1816.<sup>51</sup>

Del seno de la Expedición salieron explícitamente los primeros esfuerzos por “modernizar” la educación en el virreinato. Y si bien en una primera etapa estos deseos contaron con apoyo, rápidamente se transformaron en un proyecto trunco. Para Mutis, “modernización” en la educación significó el fomento de los llamados “estudios útiles” en detrimento de los “estudios escolásticos y especulativos”, tendencia que mantuvieron la mayoría de aquellos quienes lo secundaron después. La vanguardia de esta instrucción era la medicina y la botánica. Para lograrlo, Mutis planteaba la urgencia de formar maestros criollos y de abolir la práctica de importar maestros foráneos.<sup>52</sup> Las primeras autoridades republicanas continuaron esta tendencia y le prestaron particular atención

---

<sup>51</sup> A nivel crítico sobre los logros de la Expedición destaca el trabajo de Luis A. Palau, “Valenzuela, Mutis, Lozano y Caldas: alcances y limitaciones del saber de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1783-1816)”, en *Quipu*, vol. 11, núm. 2, 1994, pp. 173-193

<sup>52</sup> Mutis dirigió todos sus esfuerzos a modernizar específicamente el saber médico; aunque, esto implicaba modificar todo el sistema educativo de la época. El deseo del científico gaditano acerca de la formación de médicos con base en las enseñanzas de profesores nativos no fue resuelto hasta la segunda mitad del siglo XIX. Prácticamente el desenvolvimiento de las ciencias en la Nueva Granada dependió de los instructores foráneos, con las dificultades que ello representaba para un Estado naciente, durante todo este periodo. Cf. Frank Safford, “Acerca de la incorporación de las ciencias naturales en la periferia: el caso de Colombia en el siglo XIX”, en *Quipu*, vol. 2, núm. 3, 1985, pp. 423-435 y Emilio Quevedo y Amarillys Zaldua, “Antecedentes de las reformas médicas del siglo XVIII y XIX en el Nuevo Reino de Granada. Una polémica entre médicos y cirujanos”, en *Quipu*, vol. 3, núm. 3, 1986, pp. 311-334

a los esfuerzos por reformar la educación para que prevalecieran los conocimientos “útiles”; aunque, la precaria situación fiscal los llevó a ser la punta de un iceberg de proyectos fracasados.<sup>53</sup>

A pesar de los inconvenientes políticos y económicos para llevar a cabo las propuestas sobre la educación, prosperó la necesidad de un buen conocimiento de “lo propio” y proponer las soluciones desde el interior. Una muestra de esta actitud fue el afán de fundar colegios originados en iniciativas privadas, al igual que la existencia de las Sociedades Económicas de Amigos del País que como organizaciones, entre privadas y públicas, pretendieron fomentar la prosperidad económica con base en el aumento de la producción agrícola, el fomento de las artes y el comercio a través de la divulgación de las nuevas ideas, técnicas y métodos.<sup>54</sup>

Quedaba en claro que el sentimiento de pertenencia que divulgaron y fomentaron los criollos neogranadinos apoyó e impulsó las posibilidades económicas que ellos descubrieron en los territorios a los que dedicaron sus esfuerzos intelectuales. Una vez lograda la Independencia, aquel sentimiento de pertenencia debió corresponder a un ejercicio eficaz de poder dentro de un territorio definido, el cual era vagamente enunciado

---

<sup>53</sup> El propósito de modernizar la educación se remonta al proyecto del neogranadino Francisco Antonio Moreno y Escandón (1774) y el proyecto de la Universidad del arzobispo Antonio Caballero y Góngora (1787). En la época de la Independencia se inscribe en este marco las disposiciones de Francisco de Paula Santander en 1820 y del Congreso de Cúcuta de 1821 que posibilitaron la fundación de colegios, escuelas normales y casas de estudios, así como la reorganización de algunas universidades. En 1826 se redactó el “Plan general de estudios superiores” y entre 1842 y 1844 se planteó una reforma conservadora que trataba de equilibrar lo útil con las humanidades. Cf. Jaime Jaramillo, “Proceso de la educación del virreinato a la época contemporánea”, en *Manual de historia de Colombia*, vol. III, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 248-339 (Biblioteca Colombiana de Cultura). El plan de Caballero y Góngora está reproducido íntegramente en Guillermo Hernández, “Contribución al estudio del desarrollo de las humanidades en Colombia”, en Guillermo Hernández, *Aspectos de la cultura en Colombia*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1947, pp. 130-165 (Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana)

<sup>54</sup> La primera sociedad se fundó en Medellín en 1781. Cf. Hans J. König, *En el camino hacia la nación*. Op. cit. pp. 121-126 y Rodrigo Llano, “La Sociedad Económica de Amigos del País en el Nuevo Reino de Granada”, en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), vol. 85, núm. 801, 1998, pp. 557-575. Citado en adelante como *BHA*.

durante este período y por eso requirió de su reconocimiento y delimitación.

### **Delimitar el territorio, definir una “identidad nacional”**

Una vez disuelta la Gran Colombia fue necesario demarcar los territorios teniendo en cuenta los límites internos y externos. La apropiación del “espacio nacional” adquirió un papel determinante. La Independencia y el fin de la Gran Colombia pusieron sobre la mesa la necesidad de la unificación política de la Nueva Granada. Una de las salidas inmediatas a esta problemática se dio a partir de la elaboración de una geografía “identitaria”.<sup>55</sup>

El conocimiento de las divisiones territoriales y administrativas españolas, así como de sus modificaciones sucesivas, le dieron un peso importante a la geografía y a la historia como justificantes de las nuevas fronteras. La idea de organizar una expedición geográfica se inscribió en el espíritu científico y expedicionario de la época de las reformas Borbónicas pero ahora con el la necesidad de apuntalar la Independencia de las nuevas Repúblicas que pretendían conocer y ejercer, de esta forma, la explotación efectiva de los recursos dentro de sus territorios de acuerdo a las posibilidades e intereses de los gobiernos. Estos fines requerían el uso de nuevas técnicas, la planeación, el diseño y la ampliación de vías de comunicación y de otras obras públicas, así como la formación de técnicos nacionales.

Al consagrarse la desmembración de la Gran Colombia, el primer paso en este aspecto lo dio Venezuela, pese al antecedente de la fallida misión científica contratada por el neogranadino Francisco Antonio Zea en 1822 y dirigida por el francés Jean Baptiste Boussingault con el fin de

---

<sup>55</sup> Parto de las sugerencias hechas sobre este concepto para el caso brasileño por Antonio C. Robert Moraes, “Notas sobre a identidade nacional e institucionalização da geografia no Brasil”, en *Quipu*, vol. 8, núm. 3, 1991, pp. 349-360

fomentar la agricultura del país, las “artes” y el comercio.<sup>56</sup> Desde 1830 el gobierno venezolano ordenó la formación de una Comisión Corográfica para inventariar los recursos del país. Este esfuerzo dirigido por el ingeniero italiano Agustín Codazzi estuvo enmarcado por el trabajo histórico del que resultó el célebre *Resumen de la historia de Venezuela* (1841) de José María Baralt y Ramón Díaz, la primera historia nacional de aquella República.<sup>57</sup>

La Nueva Granada pretendió seguir el mismo camino, pero las divisiones internas que se expresaron en varias guerras civiles y la precariedad de las finanzas hicieron inviable el proyecto de una Comisión Corográfica formulado en 1839 pero llevado a cabo sólo hasta 1850. La primera administración del general Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) dio los pasos iniciales en esta dirección al elaborar un plan de obras públicas, abrir un Colegio Militar (1849-1854), que se centró en la formación de los primeros ingenieros nacionales,<sup>58</sup> y en la contratación de una Comisión Corográfica para que reconociera las provincias, los recursos naturales y humanos. Con base en ello, el Estado podría fortalecer la economía y crear o reformar las instituciones que debían administrar estos recursos. Para eso se planeó contratar dos ingenieros que exploraran el país para que levantaran la cartografía e hicieran una descripción geográfica detallada.

El antecedente ilustrado de la Comisión era claro: la Expedición Botánica de 1783, aunque funcionalmente la Comisión venezolana le sirvió

---

<sup>56</sup> Cf. Alfredo D. Bateman, “Una misión científica en los albores de la República”, en *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá), vol. II, núm. 17, 1953, pp. 207-213

<sup>57</sup> Cf. Germán Carrera Damas, “Los estudios históricos en Venezuela”, en *Cuestiones de historiografía venezolana*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964, pp. 15-62 (Avance, 7) y Agustín Millares, *Rafael María Baralt (1810-1860). Estudio biográfico, crítico y bibliográfico*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969, pp. 34-67 (Ediciones de la Biblioteca, 38)

<sup>58</sup> Cf. Frank Safford, “In search of the practical: colombian students in foreign lands, 1845-1890”, en *HAHR*, vol. 52, núm. 2, 1972, pp. 230-249 y *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional-El Áncora, 1989. La primera edición en inglés es de 1976



como modelo inmediato para la organización de las expediciones y las tareas de sus miembros. La Comisión fue contratada finalmente en 1850 por el gobierno de José Hilario López para que hiciera la carta general de la República y un mapa corográfico de cada una de las provincias; es decir, debía incluir descripciones de sus condiciones físicas, producción natural y manufacturas, población, fauna, flora, minería, clima y estadísticas militares. Todo esto debía hacerse en un término de seis años a partir del 3 de enero de 1850.

La Comisión fue el primer proyecto científico de la República, su misión le dio un carácter excepcional en la tumultuosa vida política de mediados del siglo. La Comisión estuvo por encima de las agitadas luchas partidistas y sobrevivió a los continuos cambios de gobierno y los conflictos que les eran inherentes. Sin embargo, no pudo sobrevivir a la muerte de su director. Codazzi murió en 1859 y con él la Comisión. Sus trabajos estaban parcialmente publicados y no habían concluido.<sup>59</sup> Pese a las tareas inconclusas, los trabajos que realizaron los miembros de la Comisión a lo largo de los nueve años en que funcionó resultaron ser las primeras representaciones de "las costumbres", "las razas", los monumentos antiguos y la naturaleza de la República independiente.

---

<sup>59</sup> Los informes de Codazzi sobre caminos y la "Peregrinación" de Ancizar aparecieron en la *Gaceta Oficial* y en periódicos privados. En 1852 la *Gaceta Oficial* comenzó a publicar por entregas la *Geografía física i política de las Provincias de la Nueva Granada*. Los sucesos de 1854 provocaron la suspensión de la publicación de la *Geografía* y de los trabajos botánicos de José J. Triana que se publicaban desde 1852. Hacia fines de 1855 la Imprenta del Neo-Granadino publicó la *Geografía*, que comprendía la descripción de las provincias del Socorro, Vélez, Tunja y Tundama. Poco después los esfuerzos de Ancizar y otros amigos de Codazzi hicieron que el presidente Mosquera, en su segundo gobierno (1860-1863), realizara una serie de contratos para recuperar el trabajo realizado por la Comisión. De allí resultó que Manuel Ponce recopilara y publicara en 1861 los mapas sin terminar de Codazzi. En 1862 Felipe Pérez preparó y publicó la *Geografía de los Estados Unidos de Colombia*, de acuerdo con los estudios de Codazzi. Al año siguiente publicó la *Geografía física y política del estado del Tolima*, que incluía el estudio de Codazzi: "Antigüedades indígenas, Ruinas de San Agustín". En 1864, en París se publicó la *Carta Jeográfica de los Estados Unidos de Colombia (antigua Nueva Granada), construida por orden del gobierno jeneral en arreglo a los trabajos del jeneral A. Codazzi*. Finalmente en 1889 nuevamente en París se publicó el *Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia (antigua Nueva Granada), el cual comprende las Repúblicas de Venezuela y Ecuador. Con 27 mapas*.

Estos trabajos fueron vitales en el reconocimiento del ámbito nacional y constituyeron el paso preliminar de la institucionalización de las ciencias sociales en el país.<sup>60</sup>

En buena medida, la amplitud de logros de la Comisión se debió a la orientación que le imprimió Codazzi a este trabajo. A pesar de concentrarse en la geografía física no dejó de lado la geografía humana. Esta labor incluyó notas etnográficas y sociológicas, que encontraron un ámbito más específico en las labores encargadas a los diferentes miembros del equipo.<sup>61</sup>

De los muchos aportes que hizo la Comisión con miras al tema del reconocimiento de “la comunidad nacional”, el más relevante, en mi

---

<sup>60</sup> El tema de la Comisión Corográfica ha sido ampliamente estudiado por Olga Restrepo, “La Comisión Corográfica y las ciencias sociales”, en Jaime Arocha et al., *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984, pp. 131-158; “La Comisión Corográfica: un acercamiento a la Nueva Granada” en *Quipu*, vol. 1, núm. 3, 1984, pp. 349-368 y “Un imaginario de la nación. Lecturas de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica”, en *ACHSC*, núm. 26, 1999, pp. 30-58. Una lista de las producciones de la Comisión, reproducidas en los periódicos de la capital y de las regiones por donde transitó, ya que Codazzi presentó informes a los gobernantes de las provincias, se encuentra en Andrés Soriano, *Itinerario de la Comisión Corográfica*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1968. A nivel artístico es muy interesante el aporte de Efraín Sánchez, “El arte y el proyecto de la nacionalidad a mediados del siglo XIX”, en Varios, *El nacionalismo en el arte. Textos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1984, pp. 61-87 y *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada, bibliografía*, Santafé de Bogotá, Banco de la República-El Áncora, 1998.

<sup>61</sup> La Comisión se integró en 1850 de la siguiente manera: Codazzi (1850-1859), director, ingeniero y geógrafo; Manuel Ancizar (1850-1851) secretario, encargado de reunir datos y formar un “Diccionario Geográfico y Estadístico de la Nueva Granada”, que no elaboró, y de escribir la marcha de la Comisión destacando las “circunstancias dignas de mención”. De su pluma quedó la magnífica obra: *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 y 1851* (1853). Santiago Pérez (1852-1853), secretario sucesor de Ancizar, escribió *Apuntes de viaje* (1853 y 1854) publicados en periódicos de la capital donde dejó plasmadas las descripciones del Pacífico y sur occidente del país. José J. Triana (1851-1857) hizo los estudios botánicos que lo convirtieron en el principal botánico del país en el siglo XIX. Carmelo Fernández (1850-1851), Enrique Price (1852) y Manuel M. Paz (1855-1859) fueron los dibujantes de la Comisión, cuya labor además de concentrarse en la elaboración de mapas, también tenían la responsabilidad de hacer láminas de trajes y paisajes que fueran útiles “al conocimiento perfecto del país”. Estos trabajos dieron comienzo al costumbrismo pictórico, que tuvo pintores contemporáneos como algunos viajeros extranjeros y la obra de Ramón Torres M. (1808-1885). De esta labor quedó una pequeña porción que fue recogida a fines del siglo en el *Álbum de la Comisión Corográfica*. A la Comisión también se integraron los primeros ingenieros nacionales, Manuel Ponce (1859) e Indalecio Liévano (1859) para levantar planos y hacer el estudio de caminos.

criterio, fue la percepción de la singularidad de las regiones del país y de la dimensión propia que adquirieron de sí mismas a través de la difusión de los estudios que se elaboraron en su seno.<sup>62</sup> Los trabajos de la Comisión percibieron lo característico de cada región pero no tenían la intención de constituir una geografía regional. La geografía de Codazzi y su proyecto era el de conjugar lo particular en lo general, quería establecer las bases de la integración. La unidad debía construirse a partir del reconocimiento de los islotes socioculturales y políticos que describió pero esas peculiaridades debían apuntalar los elementos más permanentes de la realidad nacional. Por eso, la Comisión se concebía a sí misma como un medio para alcanzar la modernización estatal y la unificación nacional. Sin embargo, el efecto fue contrario gracias a un Estado incapaz de unificar los datos obtenidos. La sensación de pertenencia no alcanzó la forma de un sentimiento nacional sino que fue utilizado por los estados federados de aquella época para acentuar sus diferencias locales con respecto a los otros estados. A partir de la Comisión se asentó la tipología localista que prevaleció durante el siglo XX. Esta tipología estaba basada en criterios como “la raza” y el determinismo geográfico que popularizó en la primera mitad del siglo XX la obra de Luis López de Mesa.<sup>63</sup>

La geografía proporcionó la idea de “lo nacional” como un espacio que redujo la nación al territorio, ante la insuficiencia de otras formas de apropiarse de la nación para darle un carácter de unidad, como por

---

<sup>62</sup> Cf. nota 15.

<sup>63</sup> Esta tipología tiene antecedentes en los trabajos geográficos de fines del XVIII realizados por Francisco J. de Caldas y supone que la nación colombiana está compuesta por un mosaico cultural que presume características homogéneas al interior de cada una de las regiones: la antioqueña, la santandereana, la boyacense, la caucana, la cundinamarquesa, la nariñense, la costeña y la llanera. Es sintomático el peso de esta percepción del país que se puede ver de manera sorprendente en un trabajo de filiación marxista como el de María T. Uribe y Jesús M. Álvarez, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana. 1810-1850*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987. Aquí se despliegan todos los tipos regionales colombianos tal como provienen del siglo XIX y como los popularizó Luis López de Mesa, sólo que revestidos de novedad y criticismo en la categoría de “pueblos históricos” elaborada por Otto Bauer. La obra de López de Mesa será tratada más adelante.

ejemplo, la ausencia de un discurso indiano. Sin embargo, la geografía como recurso identitario no logró prevalecer ante las precarias condiciones de las instituciones de educación. Lo que hacía que estos aportes se mantuvieran en el marco de las noticias “exóticas” que proporcionaban las anotaciones de los miembros de la Comisión. Además, la geografía sufrió las acusaciones que se le imputaron a los informes de la Comisión como elementos que proporcionaban informaciones básicas para la conformación de ejércitos regionales;<sup>64</sup> por eso, esta disciplina científica fue confinada al ámbito militar. A nivel de una “imagen común vinculante”, la geografía se encontró con el obstáculo que representaba el énfasis en el sentido de la pertenencia establecida en el espacio que justificaba las tendencias regionales, a las cuales después se añadió la pertenencia política.

La geografía fue uno de los primeros intentos más efectivos para la construcción de una “identidad nacional” en Colombia. Sus esfuerzos expresan también el enorme trabajo para superar el peso de la identificación por referencia al territorio y dirigirla hacia la identificación de simbolismos emanados de una autoridad central.

### **Exclusiones e inclusiones en la unidad nacional**

La idea de una unidad nacional en el ámbito social no pudo consolidarse mediante la geografía, la política y la historia. Esto le daba relevancia a dos criterios que no habían entrado aún en escena: la lengua y la confesión religiosa.

El proyecto ideológico, cultural y político que encarnó en la *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867) de José María Vergara y Vergara, ilustra acerca de la combinación de aquellos dos nuevos criterios para identificar la nación colombiana y describe cómo se nacionalizó el pasado

---

<sup>64</sup> Cf. Marco Palacios, “Modernidad, modernizaciones y ciencias sociales”, en *Parábola dei liberalismo*, Santafé de Bogotá, Norma, 1999, p. 34, nota a pie.

colonial y se sustentó la exclusión de los grupos que no se amoldaban a las formas ideales del proyecto nacional promovido, posteriormente, por las elites de la Regeneración.

La *Historia de la literatura*, uno de los primeros intentos en América Latina por historiar este tipo de tradición cultural, se escribió para llenar un vacío en la historia colombiana. Vergara reconoció que buscó la historia literaria en las pocas obras de historia que existían y lo que encontró fue el señalamiento de la mediocridad en este campo subvalorado por el peso de la política. Específicamente Vergara puso manos a la obra ante el siguiente juicio de José Antonio de Plaza: "La historia literaria de este país hasta 1800, no presenta un solo rasgo característico nacional, ni un sábio de quien gloriarnos."<sup>65</sup> No sólo era el interés de enfrentarse ante lapidaria afirmación, también ideológicamente Vergara se encontraba en el lado opuesto a de Plaza.

La *Historia de la literatura* es una respuesta a las afirmaciones que despreciaban la herencia Colonial:

El lector que haya tenido la paciencia de leer las páginas anteriores está convencido ya de la falsedad sentada por nuestros políticos, cuando aseguraban que antes de 1810 no había *nada* entre nosotros. Antes de 1810 había *todo*: se había patentizado ya lo que hoy *somos*. En la Naturaleza nada se improvisa; todo es resultado inmediato o lejano de causas bien determinadas. Si hoy somos algo de *ayer*, y este *ayer* es nuestra historia antigua. Estudiar, pues, nuestra historia antigua, es buscar nuestro propio origen, es estudiar no sólo a España, sino a nosotros mismos (...) Es, pues, indisputable que nuestra cuna intelectual está en los primeros años de la Colonia.<sup>66</sup>

Vergara hizo una revisión del pasado en busca de raíces de identidad nacional. Esa búsqueda correspondía a una contrastación entre el período Republicano y la Colonia, en la cual sostenía que la literatura granadina

<sup>65</sup> José Antonio de Plaza, *Memorias*, Op. cit., p. XI

<sup>66</sup> José M. Vergara y Vergara, *Historia de la literatura de Nueva Granada. Parte primera: desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*, vol. II, Bogotá, Banco Popular, 1974, p. 220 (Biblioteca Banco Popular, 63) La segunda parte nunca se publicó.

no estaba sujeta a una ruptura radical con la literatura española, a pesar de que la concepción de literatura que manejó Vergara y Vergara tenía como supuesto que la creación literaria estaba enlazada con los sucesos políticos. El primer historiador de la literatura nacional encontró la continuidad en dicha tradición y en ello basó su defensa e incorporación a la República de la herencia Colonial de la misma manera que lo hizo José Manuel Groot:

Mas, ya que lo que buscaba, las letras, lo encontré siempre en el seno de la Iglesia misma, no tenía para qué negar que me es muy grato reunir las glorias de la Iglesia a las de la patria (...) Cristiano, trabajo para mi religión; ciudadano, trabajo para mi patria.<sup>67</sup>

Las afirmaciones de Vergara son esclarecedoras para observar la unidad entre política y patriotismo. Su alegato a favor de la tradición hispánica y católica era una postura de justificación acerca de una tradición y de una afiliación literaria, pero también de una posición política dentro del contexto en el que apareció publicada esta obra.

La actividad de Vergara y Vergara fue aún más lejos. Él fue la figura principal en la creación de la Academia Colombiana de la Lengua (1871), la cual tenía por objetivo primordial la conservación del idioma español en Colombia y la entronización de la tradición literaria peninsular como el modelo a seguir por la literatura colombiana.

La *Historia de la literatura* como la *Historia eclesiástica* solidificaron en la historia colombiana del siglo XIX un juicio acerca de la sociedad, que se manifestaba en la práctica social y política, que asumía los elementos “populares”: indios, negros y mestizos como piezas que estaban por fuera de los relatos sobre el pasado nacional; por lo tanto, excluidos del proyecto de unificación nacional.<sup>68</sup>

---

<sup>67</sup> *Ibid.*, vol. I, p. 24

<sup>68</sup> Cf. Las consideraciones de Vergara en el capítulo XVIII de su *Historia*, Op. cit., pp. 205-220

Tanto la literatura como los ensayistas políticos del siglo XIX en Colombia estuvieron preocupados por las formas del poder y del orden que planteó la situación social explosiva de mediados de siglo, que expuso la existencia de la heterogeneidad de la sociedad colombiana. Por ejemplo, la literatura costumbrista buscó restituir la memoria perdida de las costumbres que ante los cambios que se vivían por los distintos procesos históricos y políticos señalados, se olvidaron o estaban a punto de ser olvidadas. En esta literatura se intentó rescatar la permanencia de los lazos sociales y las creencias católicas que mantuvieran la armonía, idealizada hacia el pasado Colonial pese a los indicios que mostraba *El Carnero*, una fuente utilizada recurrentemente por los historiadores y los literatos, frente a los cambios que representaban las transformaciones presentes.<sup>69</sup>

Lá constitución de discursos acerca del pasado, como los de Vergara y Vergara y, posteriormente en el ámbito de la Academia de Historia, sirvieron para impulsar una idea de nación que tenía contornos precisos. Los límites de la nación estaban en la inclusión y exclusión de los sujetos en los relatos fundadores de la nacionalidad. Esta consagración realizada a través de la palabra y de un canon tenía como contrapartida el establecimiento de una realidad factual.

El esfuerzo por caracterizar a la sociedad colombiana permitieron que la idea de la nación colombiana estuviera mediada por los valores del catolicismo y el hispanismo. En este sentido, la postura de Arboleda fue favorecida políticamente por el triunfo político de los conservadores y en el ámbito intelectual fortalecida por las retractaciones posteriores de Samper. De esta manera, los grupos políticos liberales y conservadores

---

<sup>69</sup> *El Carnero* es una crónica escrita por Juan Rodríguez Freyle en 1638, descubierta en el siglo XIX y publicada hasta 1859. Con respecto a las observaciones literarias confrontar a Carmen E. Acosta, "Literatura del pasado sobre la literatura del pasado: la novela histórica, vicisitudes de un género", en *ACHSC*, núm. 25, 1998, pp. 135-145

restringieron los alcances y la participación de lo que la retórica de la época llamaba “el ciudadano” y a emplear a la religión y la Iglesia como:

(...) un dique de las pasiones incontrolables de las masas y que al mismo tiempo se reconocían como un nexo indispensable entre dirigentes y dirigidos, (a pesar de que A. B.) iba a ser la fuente de controversias doctrinales agotadoras y de cruentas guerras civiles.<sup>70</sup>

El interés por crear y consolidar la identidad de Colombia se expresó en la instauración de instituciones que corroborarán las imágenes construidas por los discursos. Así, pues, este espíritu es el que preside la fundación de la Academia Colombiana de la Lengua (1871), la Academia Nacional de Música (1882) y la Escuela de Bellas Artes (1886), creadas para “vulgarizar el buen gusto”. Ya entrado el siglo XX, dentro del mismo lineamiento el Estado colombiano fundó la Academia Colombiana de Historia (1902) y el Instituto Caro y Cuervo (1941). Este último organismo trataba de complementar la actividad de aquellas academias mediante la difusión de la investigación filológica e histórico-literaria que reafirmaba la idea de un país amante del purismo de la lengua, establecido en la segunda mitad del XIX y resumido en la afirmación de un país de “filólogos y gramáticos” cuya obra cumbre sería la inconclusa labor de Rufino José Cuervo con su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (1886). La terminación de esta obra constituyó la principal tarea del Instituto Caro y Cuervo desde el momento de su fundación.<sup>71</sup>

### **Las vicisitudes la memoria histórica y la simbología nacional**

<sup>70</sup> Germán Colmenares, “La ley y el orden social” Op. cit., p. 17

<sup>71</sup> El *Diccionario* se publicó en París en dos volúmenes que iba de la letra A a la D; el Instituto Caro y Cuervo lo complementó entre 1953 y 1986 y publicó una edición definitiva en 8 volúmenes en 1994. La reafirmación del pasado hispánico a través de la herencia cultural encontró un especial reconocimiento en las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América. Cf. Marco González, “Fiestas estatales en Colombia. Las celebraciones cívicas en el siglo XIX”, en *Credencial Historia* (Santafé de Bogotá), núm. 93, 1997, en [www.banrep.gov.co/blaa](http://www.banrep.gov.co/blaa)



Los esfuerzos ideológicos y políticos de unificación llevados a cabo por la Regeneración retomaron de una manera precisa los ideales que impulsaron los textos conservadores de Vergara y Groot. Estas apreciaciones se sintetizaron en los manuales de historia que circularon en Colombia desde mediados del siglo XIX y en donde la forma catequística y la admiración a la obra española y de la Iglesia, permitieron poner en circulación “los juegos de veracidad”, que favorecían el autorreconocimiento, y “los juegos de legitimación”, donde se apoyaban aquellas imágenes. De ahí surgió la necesidad de apelar a los héroes, que involucraron desde los primeros descubridores, como sucedió con Gonzalo Jiménez de Quesada, hasta las figuras de la Independencia como Simón Bolívar o Francisco de Paula Santander. Conocer la biografía de los héroes implicó no sólo conocer la historia de esos tiempos, sino los valores de la República y la nación. Los manuales buscaron promover la unidad nacional a través de los héroes y sus hazañas pero el linaje de la unidad nacional no gozó de consenso. El peso de la política determinó la orientación de estos esfuerzos.

Para los liberales *radicales* los orígenes de la República se ubicaron en la consecución de la Independencia de España a principios del XIX. Esta figuración del tiempo, como lo explicó Germán Colmenares, fue la que consolidó a la Independencia como la cuna de la República, con la intención de que fuera el momento axial que

(...) debía afectar las vidas de las generaciones por venir, ubicándolas en una sucesión temporal que había sido marcada por un nuevo comienzo (...) la gesta, el momento único de la virtud heroica, sustituía el resto del pasado.<sup>72</sup>

A pesar del esfuerzo de aquellos historiadores liberales su punto de partida fue constantemente puesto en debate por las posturas conservadoras. La interpretación liberal de los orígenes de la República y

---

<sup>72</sup> Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Op. cit., pp. 98-99

la nación sucumbieron al triunfo político de los conservadores a fines del XIX. La Independencia no alcanzó el *status* de una conciencia mítica que imposibilitara cualquier asalto a su legitimidad. Ni siquiera durante el afianzamiento del período liberal *radical*; por ejemplo, existió entre los propios liberales *radicales* una alusión nostálgica hacia la “edad heroica”. Los ataques sistemáticos al ejército, que hundía su raíz en ese período y donde se afincaban los supervivientes de aquella época, mostraban el desdén con el que los *radicales* percibían a los héroes y señalaban la convicción de que la Independencia no había alcanzado a beneficiar a la totalidad del cuerpo social. Por eso, el joven José María Samper podía afirmar en 1849 que

Tal vez si todos los hombres que se batieron en las guerras de la independencia hubieran estado muertos! Entonces su memoria habría significado un estímulo y habrían merecido la reverencia. Pero no. Están vivos y su influencia se hace sentir fuertemente en nuestra sociedad.<sup>73</sup>

Discusión parecida protagonizaron Miguel Antonio Caro y José María Quijano Otero en torno a la principal festividad patria: el día de la Independencia. Pese a ello, la Independencia alcanzó cierto consenso como elemento fundador de la República, pero la nacionalidad con sus valores y arquetipos no se remontaba allí y convirtió a la Independencia en un mito transicional. El espíritu de la nación debía tener una forma que no sucumbiera fácilmente a los avatares de la temporalidad; por eso, la nacionalidad radicaba en la obra de España, la cual debía encarnar en la

---

<sup>73</sup> José M. Samper, *El Siglo*, núm. 2, 8 de abril de 1849 y *El Suramericano*, núm. 24, 2 de diciembre de 1849, citado por Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales*, Op. cit., p. 183. Este aspecto recuerda la famosa polémica en Chile que protagonizaron José Victorino Lastarria y Andrés Bello en el seno de la Sociedad de Literatura entre 1844 y 1848, donde aquel y sus seguidores manifestaron un rechazo global a la tradición española y una cautela especial hacia la generación de la Independencia.

figura aventurera y letrada de Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador del actual territorio colombiano.<sup>74</sup>

A pesar de que la historia decimonónica trató de sintetizar el proyecto nacional promovido por los partidos políticos que ejercieron el poder, y de consolidar una imagen de la sociedad y de sus pilares fundamentales, en su ámbito no se dio una obra de síntesis a la manera de *México a través de los siglos* (1887-1889) coordinada por Vicente Riva Palacio o *La evolución política del pueblo mexicano* (1900-1902) de Justo Sierra. Lo más próximo a una visión “total” del desenvolvimiento de la sociedad colombiana en el tiempo es el manual de Jesús María Henao y Gerardo Arrubla publicado en 1911. Por eso, las consideraciones acerca del futuro nacional se hicieron más evidentes en los ensayos políticos y sociológicos que emplearon con asiduidad los sectores liberales. Obras como *Peregrinación de Alpha* de Manuel Ancizar, el *Ensayo sobre las revoluciones políticas* de José María Samper, *La miseria en Bogotá* (1867) de Miguel Samper y los estudios de Salvador Camacho Roldán, fueron los antecedentes inmediatos de la aproximación a las características de la sociedad colombiana y a los obstáculos que ella presentaba para ser completamente “civilizada”. Estos escritos se convirtieron en las fuentes de la renovación de los estudios históricos colombianos en el siglo XX y

<sup>74</sup> Me refiero al interesante debate sostenido en 1872 por Miguel A. Caro y José M. Quijano Otero sobre el significado del 20 de Julio de 1810. La polémica fue reproducida en *BHA*, núm. 267, 1937, pp.18-63. Acerca de la simbología nacional es significativo que buena parte de los símbolos se hayan adoptado en el transcurso del periodo de la Regeneración, o en el lapso siguiente de dominio conservador. La bandera actual fue diseñada por Francisco Miranda y oteó pro primera vez en 1806. Retomada por la Gran Colombia en 1819 y usada por las legaciones en el extranjero y la marina desde 1890, se adoptó como pabellón nacional desde 1924. El escudo nacional fue diseñado en 1834 y si bien aparece en él el Istmo de Panamá fue ratificado como tal en 1924. El himno se le debe al pluma de Rafael Núñez y a la música del italiano Oreste Sindici. Fue presentado como tal en 1887 pero sólo fue adoptado oficialmente en 1920. A nivel literario, desde la obra de Vergara y Vergara hasta la del crítico literario contemporáneo Héctor H. Orjuela, pasando por Menéndez Pelayo y Germán Arciniegas, el conquistador Jiménez de Quesada es el “creador de la nacionalidad y el fundador de nuestra literatura”. Cf. Héctor H. Orjuela, *Estudios sobre literatura indígena y colonial*, Bogotá, Imprenta Patriótica, 1986. Nelson A. González O., *Formación y subversión del concepto oficial de historia y literatura nacional en Colombia*, Wisconsin, 1992, Ph. D. Dissertation, University of Wisconsin-Madison.

fueron reconocidos como los fundadores de las ciencias sociales en Colombia.

Por su parte, los manuales sintetizaron el esfuerzo de los historiadores y recogieron algunas de las apreciaciones de los ensayistas. Ellos fueron los pilares de la difusión que debía hacerse del pasado nacional en las escuelas. Si bien desde 1836 la historia apareció como una asignatura del programa educativo básico, su función fue precaria. La educación en el siglo XIX no fue un elemento efectivo y real en la sociedad colombiana sino hasta la centuria siguiente y menos la historia desterrada por la necesidad de fomentar los conocimientos útiles.<sup>75</sup>

No obstante, la intención de difusión del pasado nacional existió hasta el punto que en la década de los setenta, en plena hegemonía liberal, existieron tres textos para la enseñanza de la "historia patria": el de José Antonio de Plaza, el trabajo de José Benito Gaitán, *El Institutor. Colección de textos escogidos para la enseñanza en los colejos i en las escuelas de los Estados Unidos de Colombia* (1870), redactado en forma de preguntas y respuestas como parte de un compendio del pensum obligatorio de la enseñanza primaria de aquella época, y el texto de José Joaquín Borda, *Historia de Colombia contada a los niños* (1870), que se utilizó en los colegios regentados por los jesuitas hasta 1910.

En 1874, José María Quijano publicó, por encargo de la presidencia, el *Compendio de historia patria* para usarlo en las escuelas primarias, el cual se convirtió en modelo para la enseñanza de la historia nacional. La aceptación y difusión que hicieron de él los gobiernos *radicales*, a pesar de su postura protohispánica en cuanto a la caracterización de la nación, permitió sugerir la presencia compartida de una mentalidad conservadora por parte de los dirigentes políticos colombianos. La adecuación con esta mentalidad conservadora posibilitó una reedición en 1883 que constaba de

---

<sup>75</sup> Cf. Renán Silva, "La educación en Colombia, 1880-1930", Op. cit. Aline Helg, *La educación en Colombia 1918-1957: una historia social, económica y política*, Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1987. La primera edición en francés es de 1984

una ampliación en el relato de los sucesos hasta 1881, y una versión hecha por Enrique Álvarez Bonilla con el título de *Historia patria* (1891), se editó por la tipografía de la comunidad salesiana hasta bien entrado el siglo XX, y cuya tendencia fue resaltar el carácter hispánico de Colombia.<sup>76</sup>

Como cualquier elaboración de un manual, los compendios de Historia Patria en la Colombia del siglo XIX, contaron con la suerte que les deparaba su dependencia directa de la presencia de los cursos de historia en los programas docentes. Asimismo, los manuales no tenían exclusivamente el problema de la difusión sino que debieron contar con los inconvenientes de las fuentes de referencia que permitieran su elaboración. La aceptación de un “corpus historiográfico” de orientación requería que éste existiera primeramente, y después, necesitó ser aceptado por quienes patrocinaban el manual, por quien lo elaboraba y por quienes lo iban a utilizar como instrumento de enseñanza.<sup>77</sup>

### **La búsqueda de la legitimidad histórica**

La unidad de análisis de la que parten los relatos históricos del siglo XIX, y buena parte de los estudios realizados en el siglo XX, es la conjunción entre Estado y nación. La presencia de los regionalismos plantean una pugna entre estos núcleos de análisis.

Buena parte de las vicisitudes enfrentadas por los discursos históricos del XIX descansan en las limitaciones de uno de los primeros intentos por crear una imagen de la nación: el recurso jurídico y político implícito en la categoría de ciudadano. Esta categoría pretendió superar

---

<sup>76</sup> Cf. Ornán Roldán hizo un recuento de este tipo de textos hasta los años sesenta y demuestra la continuidad pedagógica de los textos.

<sup>77</sup> Cf. Nikita Harwich, “La historia patria”, en Antonio Annino et al., *De los Imperios a las naciones*, Op. cit., pp. 427-437 y especialmente, Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Op. cit. Miguel Aguilera, *La enseñanza de la historia en Colombia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951 y Javier Ocampo, “Identidad de la realidad nacional colombiana e hispanoamericana”, en *BHA*, vol. 71, núm. 746, 1984, pp. 671-719

las tensiones de la heterogeneidad social y convertirse en el criterio que sirviera para proclamar la unidad nacional. Tal esfuerzo estuvo encaminado a inhibir la lealtad hacia el rey y dirigirla hacia la *patria*. Por eso, el uso del título de “ciudadanos” supuso la transformación y la forma en la que se debería construirse la nueva sociedad.<sup>78</sup> Sin embargo, la apropiación del espacio público que dejó la administración Colonial contenía una paradoja ante sí: la necesidad de garantizar un vínculo entre los dirigentes y la “masa popular”.

La existencia de ideas ilustradas entre los criollos neogranadinos no presuponía que ellos superaran los resabios coloniales con respecto a la conformación social. La sociedad neogranadina estaba basada en una serie de jerarquías sociales coexistentes en el orden racial, económico, ocupacional y de género, que era fuente de todo tipo de conflictos y que la República no pudo superar.<sup>79</sup>

---

<sup>78</sup> Los criollos neogranadinos entendieron el término de “ciudadano” como aquel que caracterizaba al hombre libre que tenía derechos políticos en la nueva vida constitucional y que podía participar en el poder político como miembro del cuerpo estatal con derechos iguales; además, tenía la acepción sinónima de *patriota* ya que el ciudadano estaba obligado a defender su patria. Estas consideraciones justificaban la construcción de un “cuerpo de nación” donde la unidad era además geográfica, económica política y administrativa matizada por los derechos cívicos individuales; sin embargo, estos criterios no superaron los límites de la retórica política y el formalismo jurídico. La existencia de las desigualdades sociales basadas en prejuicios raciales constituyó, y de cierta manera prevalecen todavía, en uno de los mayores obstáculos para el establecimiento de una “unidad social” que ofreciera “participación política e integración social económica” a la totalidad de los habitantes del territorio nacional. Cf. Hans-Joachim König, “Símbolos nacionales y retórica política en la Independencia: el caso de Nueva Granada”, en Inge Buisson et al., Op. cit., pp. 390-405 y François-Xavier Guerra, “El soberano y su reino. Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina”, en Hilda Sabato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones*, Op. cit., pp. 33-61

<sup>79</sup> Cf. Jaime Jaramillo, “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada”, en ACHSC, núm. 3, 1965, pp. 21-48. Anthony McFarlane, *Colombia antes de la Independencia: economía, sociedad y política bajo el dominio Borbón*, Santafé de Bogotá, Banco de la República-El Ancora, 1997. Frank Safford, “Race, integration and progress: elite attitudes and the indian colombian”, en HAHR, vol. 71, núm. 1, 1991, pp. 1-33. La incapacidad para superar estas jerarquías sociales se evidencian en toda serie de coyunturas en el transcurso de los siglos XIX y XX, de lo cual es sintomático el desenvolvimiento de las ciencias sociales en el país a través de los ensayos descriptivos y reflexivos de algunos políticos colombianos como lo señala Jaime Uruña, “La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento colombiano: una mirada histórica”, Op. cit. En el ámbito del siglo XX es demostrativo el sello del espíritu de la nueva Constitución de 1991 que rescata el carácter plurirracial, pluriétnico y pluricultural del país. Cf. Roberto

El proyecto liberal de los criollos independentistas encontró dificultades serias que enfrentar. De ninguna manera pretendieron que los “sectores de población” que movilizaron para la guerra se incorporaran completamente al espacio político y público de la nueva República. Esto se manifestaba en la ambigüedad sobre el cambio de la fidelidad al rey hacia la *patria* a través del “culto abstracto a la ley”, que encarnó una figura tan polémica y tan discutida como Francisco de Paula Santander. Los enemigos de ese “culto nuevo” lo representaron “las costumbres” que no podían borrarse de un plumazo y que encaminó al proyecto liberal de los constructores del Estado colombiano al “sistema de las transacciones”. Este mecanismo de imposiciones y concesiones sirvió para mantener el control social y obviar los conflictos entre los principios ideológicos y la realidad; además, de abrirle pasó a la política como factor determinante de las relaciones entre lo público y lo privado, entre lo regional y lo nacional.<sup>80</sup>

La institucionalización que se llevó a cabo durante y después de las guerras independentistas se orientaron fundamentalmente por el carácter político de sus cimientos y funciones. Estas instituciones constituyeron el monopolio de algunos grupos criollos que trataron, por diferentes vías, de alcanzar el reconocimiento dentro del grueso de la población; por eso, la “nación de ciudadanos” en Colombia fue un producto de la labor de legitimación de los inicios del estado republicano. Esta situación se expresó en el papel asignado a la educación como el medio de superar las

---

Pineda, “La Constitución de 1991 y la perspectiva del multiculturalismo en Colombia”, en Myriam Luque, Montserrat Ordoñez y Betty Osorio (eds.), *Colombia en el contexto latinoamericano. Memorias del IX Congreso de la Asociación de Colombianistas*, Santafé de Bogotá, Imprenta Patriótica, 1997, pp. 97-139

<sup>80</sup> Cf. Germán Coimenaes, “La ley y el orden social. Fundamento profano y fundamento divino”, en *BCB*, vol. 27, núm. 22, 1990, pp. 3-19 y Marco Palacios, “El (Des)encuentro de los colombianos con el liberalismo”, en *Parábola del liberalismo*, Op. cit., pp. 145-236. Hermes Tovar, “Guerras de opinión y represión en Colombia durante la Independencia (1810-1820)”, en *ACHSC*, núm. 11, 1983, pp. 187-234 y “Problemas de la transición del Estado colonial al Estado nacional (1810-1850)”, en J. P. Deler e Y. Saint-Geours (comps), *Estados y naciones en los Andes. Hacia una historia comparativa: Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú*, vol. II, Lima, Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 1986, pp. 369-395

diferencias, que la convirtió en el núcleo de fuertes disputas por su control hasta bien entrado el siglo XX.

En el desarrollo de estos procesos surgió por primera vez la historia como instrumento promotor de la identidad. El uso del pasado se expresó inicialmente a través de la elaboración de evocaciones como las que se plasmaron en los primeros discursos de los líderes republicanos en las que se hacían alocuciones e imágenes de “los nuevos ciudadanos” en comparación con la situación de “vasallos” vivida anteriormente. Pero también se emplearon imágenes del pasado en las monedas que se acuñaron. En aquellas representaciones se trató de recuperar principalmente la figura del “indio”, en abstracto, para destacar el dominio esclavizante de España y el papel vengador de los criollos. En este contexto, la apelación al indio servía para

(...) delimitarse tanto de los conquistadores españoles, sus antepasados, como de los españoles contemporáneos, los nuevos conquistadores, condenando de esta manera el dominio colonial español como dominación extranjera por vencer.<sup>81</sup>

Este uso de la historia implicaba que la autodefinición de los criollos neogranadinos como “americanos” se hiciera en torno a la idea del “destino común”. América era diferente a Europa, como lo habían enseñado los proyectos ilustrados, pero la diferencia no era ni cultural ni lingüística sino política y geográfica. Por eso, los criollos neogranadinos formularon inicialmente como factor de la unidad la situación de subordinación colonial. Las debilidades de la Gran Colombia se obviaron mientras hubo un enemigo común y permitió que se mantuviera incólume la figura de

---

<sup>81</sup> Hans J. König, *En el camino hacia la nación*. Op. cit. p. 244. El discurso indiano es pasajero y se agotó rápidamente porque si bien explotaba la condición de oprimido de los indígenas, los nuevos republicanos no compartían con ellos la tradición comunitaria en la propiedad de la tierra ni la memoria histórica y cultural. Cf. Georges Lomné, “El ‘espejo roto’ de Colombia: el advenimiento del imaginario nacional, 1820-1850”, en Antonio Aninno, Luis Castro y François-Xavier Guerra (coords), *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, Ibercaja, 1994, pp. 383-399



Simón Bolívar. Cuando apelaron a la historia como un medio de justificación y de homogeneización de la sociedad encontraron que la enseñanza de la historia nacional se vio limitada por las restricciones de los proyectos educativos y la insuficiente cobertura de las escuelas; no obstante, logró construir una imagen de la nación con base en el establecimiento de ciertos rasgos culturales que consideraba permanentes y continuos en el tiempo desde la llegada de los conquistadores españoles, pese a la presencia indiscutida del mestizaje y a las pretensiones retóricas de la Independencia. Alfonso Múnera, por ejemplo, ha indicado que la historia colombiana consolidó una serie de mitos en torno a los orígenes de la nación. Especialmente las narraciones que dan por sentado la unidad política desde fines del siglo XVIII alrededor de Santafé de Bogotá y la preponderancia de la elite criolla andina en las guerras de la Independencia. Al mismo tiempo, la obra del historiador cartagenero anuncia la existencia de proyectos de elites regionales que son derrotados por el Estado andino en el siglo XIX, cuyo ejemplo es el menoscabo de la propuesta de autonomía del Caribe colombiano.<sup>82</sup>

A pesar de sus limitaciones, la escritura de la historia decimonónica colombiana tuvo la intención de unificar al país a través de la memoria histórica. Su estrecha ligazón con la política hizo que sus héroes y sus acontecimientos se convirtieran en temas polémicos constantemente interpelados y cuestionados desde las otras orillas ideológicas, que a su vez, propusieron una reinterpretación de los hechos. La historia participó de la lucha política y no dejó de hacerlo en casi todo el siglo XX.

La producción histórica colombiana del XIX intentó también resolver el problema de la heterogeneidad social y cultural del país. Sus esfuerzos, basados en la labor de los eruditos que querían aclarar ciertas acciones y

---

<sup>8282</sup> Alfonso Múnera, "El Caribe colombiano en la República Andina: identidad y autonomía política en el siglo XIX", en *BCB*, vol. XXXIII, núm. 41, 1996, pp. 29-49. Del mismo autor, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1816)*, Santafé de Bogotá, Banco de la República-El Ancora, 1997. La primera edición en inglés es de 1995

acontecimientos, sentaron las bases de un oficio basado en la metodología positivista que utilizaba los documentos, pero que no pudo superar los límites de los prejuicios y las preconcepciones sobre la realidad enraizados en los arquetipos que tuvieron de la civilización y el progreso, y por contraste, del mundo rural colombiano donde vivía la mayoría de la población. El resultado fue la difusión e imposición de una "imagen convencional" de la vida rural y de la nación que la habitaba. Tendría que desenvolverse el siglo XX para que estas imágenes empezaran a ser cuestionadas

**CAPÍTULO II**  
**INSTITUCIONALIZAR EL PASADO NACIONAL**

Los acontecimientos traumáticos de la guerra civil de los Mil Días (1899-1901) y la separación de Panamá (1903) marcaron la entrada de Colombia en el siglo XX. El caótico inicio sirve de contexto para rastrear la problemática acerca de la unidad nacional colombiana en aquel siglo. En este período resalta el ascenso y el predominio de grupos dirigentes a nivel económico y político que no tenían como horizonte un espacio nacional. Este hecho demostraba la necesidad todavía palpable de construir una nación como parte complementaria del Estado levantado bajo los signos de la Regeneración.

Un predominio político y económico como aquel puede explicar el modo en el que muchas producciones intelectuales surgidas del seno de algunos grupos trataron de dar una posible definición de los elementos constitutivos de la nación. Las imágenes y los estereotipos que produjeron sobre la composición de la sociedad y el territorio manifestaban ciertos prejuicios y perspectivas acerca de la nación que dirigían. Esclarecer estas representaciones plasmadas en textos puede ayudar a explicar, de cierta manera, los conflictos sociales desarrollados a lo largo del siglo XX, que señalaron constantemente la necesidad de la unidad nacional a través del fortalecimiento del Estado.

A principios del siglo XX, la modernización se entendió como el fortalecimiento del Estado y se tradujo en la centralización y la profesionalización de la burocracia, siempre insuficiente e ineficaz pero omnipresente, debido a la constante injerencia de la política clientelista y los intereses privados que deseaban participar de los beneficios del Estado. Como parte de esta modernización unificadora, el Estado colombiano quiso abarcar el ámbito del conocimiento. Para ello formuló un programa central de educación que a pesar de estar centralizado, dependía de las condiciones económicas y sociales de los municipios, con lo cual se incrementó la importancia de la Iglesia, a quien también se le delegó desde 1887 todo el programa de asistencia social del Estado. Estos cambios apuntaban a determinar de una manera más precisa los alcances del

Estado dentro del país y la necesidad de una más amplia homogeneización de la sociedad colombiana. Sin embargo, esta búsqueda tenía que superar diversos escollos y uno de ellos consistió en el importante peso que adquirieron en la esfera política los intereses cafeteros.

Como parte de la política centralizadora del Estado, los gobiernos conservadores con los que se inició el siglo XX, crearon y fortalecieron la Academia Colombiana de Historia como vehículo de homogeneización de la memoria nacional. La Academia, que respondía más a las características de un club privado que gustaba mucho de recrear problemas de genealogías familiares, creó un campo de conocimiento preciso. Sus labores, unidas a ciertos esfuerzos individuales que fueron encauzados en la progresiva aparición y desarrollo de las universidades públicas, consolidaron en la primera mitad del siglo una profesión; la cual, finalmente, dio fruto en la profesionalización de los estudios históricos en el país en la década de los sesenta.

En la primera mitad del siglo XX la historia colombiana transitó en dos vertientes: la consolidación de una vía institucional de escribir historia a través de la producción de la Academia, cuyas limitaciones le granjearon la marginalidad que fue adquiriendo en el mundo intelectual colombiano durante la segunda mitad del siglo. La otra vía fue la de los divulgadores de la historia, que se abordara en el capítulo siguiente.

La Academia fue una muestra de los esfuerzos que el Estado colombiano trató de hacer para alcanzar un dominio de todas las esferas posibles del país. La memoria del pasado nacional, en el ámbito cultural, debía ser uno de esos objetivos que habían caído en el siglo XIX bajo el monopolio de esfuerzos individuales y privados. Ahora tenía que darle una forma al pasado nacional e indicar oficialmente cuál era la estructura y esencia de ese pasado. A esta tarea se entregó la Academia Colombiana de Historia como ente encargado de fomentar los estudios históricos en el país, de orientar los contenidos de la enseñanza de la historia en los planteles educativos, en la asesoría y enriquecimiento de los acervos de la

ESTA TESIS NO SALE  
DE LA BIBLIOTECA

Biblioteca Nacional, el Archivo General de la Nación y el Museo Nacional de Colombia.

Los presupuestos bajo los cuales se creó la Academia indican que la historia juega un papel importante en la constitución de sentimientos de pertenencia, especialmente si el conocimiento del pasado constituye una fuente de legitimación para las prácticas que inculcan valores y normas de conducta, tal como sucede con las ceremonias cívicas, las conmemoraciones históricas, la consagración de los símbolos nacionales y sus rituales de reconocimiento. Al mismo tiempo, estos ejercicios establecieron un mausoleo nacional constituido por los héroes que personifican los valores de la nación.

A pesar de los logros, el paulatino aislamiento de la Academia en el ámbito educativo y cultural colombiano desde los años sesenta, plantean la necesidad de reflexionar sobre los alcances de esta corriente de escritura de la historia que forma parte de la tradición histórica de Colombia.

### **Oficializar el papel ideológico del conocimiento histórico**

A pesar de las vicisitudes de los proyectos educativos en el período de la Regeneración y los subsecuentes gobiernos conservadores, el Estado colombiano consideró como parte de los planes de reorganización no sólo amalgamar a la política y la educación sino también unificar a la memoria del pasado nacional. La fundación de la Academia Colombiana de Historia en 1902 coincidió, además, con la situación crítica como la que vivió el país a raíz de la devastadora guerra interna vivida entre 1899 y 1901 y la subsecuente pérdida del Istmo de Panamá en 1902. La historia se institucionalizó, pues, como un oficio al servicio de la unificación nacional.

El establecimiento de la Academia tuvo que ver con la necesidad de crear una tradición nacionalista y republicana. Esta tradición debió construirse con base en la idea de que la historia de la República

constituía un proceso exitoso y pudiera sentar las bases de una pedagogía cívica que se uniera a la consolidación de la imagen de la nación propuesta desde el diagnóstico hecho por los ideólogos de la Regeneración. La historia podía llegar a ser en el futuro una importante herramienta para crear comportamientos patrióticos y fomentar un sentimiento de lealtad frente al Estado. Esta finalidad presupuso que la historia podía ser un instrumento para “la formación de la conciencia nacional, para la identificación con la patria y el patriotismo.”<sup>1</sup>

La constitución de la historia como una disciplina autónoma en los países latinoamericanos tiene una estrecha ligazón con las condiciones sociales, políticas e institucionales que tuvo la “cultura letrada” en el ámbito de las particulares sociedades latinoamericanas. Puede notarse que en comparación con instituciones similares en América Latina, la apertura de la Academia colombiana es tardía. La fundación del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro se remonta a 1838; el Instituto Histórico y Geográfico de Uruguay fue fundado, a semejanza de aquel en 1843; la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, donde la historia jugó un papel central, fue inaugurada en 1843; el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata fue fundado por Bartolomé Mitre en 1854; la vecina Venezuela creó en 1888 la Academia Nacional de la Historia a través del esfuerzo de Juan Pablo Rojas Paúl.

En la segunda mitad del siglo XIX, muchos de aquellos países superaron la inestabilidad política y las guerras civiles; por lo tanto, ya se había dado el triunfo de ciertos proyectos políticos en competencia con otros. Sin embargo, en lo que concierne al objetivo de este trabajo, no puede perderse de vista que, pese a las vicisitudes de cada una de esas instituciones; en general, el aislamiento y la brevedad de su existencia, aunque hubo sus excepciones, ellas tenían por meta crear condiciones

---

<sup>1</sup> Cf. Hans-Joachim König, “Los caballeros andantes del patriotismo. La actitud de la Academia Nacional de la Historia Colombiana frente a los procesos de cambio social”, en Michael Riekenberg (comp.), *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza, 1991, pp. 135-154

propicias para ocuparse con el pasado. Esos centros serían los pilares de las formas de asociación y producción del conocimiento en torno al tema del pasado nacional.

La producción de aquellas agremiaciones intelectuales del siglo XIX estuvo ligada estrechamente a los vínculos privados en los temas que interesaban a sus miembros, generalmente biografías de hombres unidos familiarmente con el biógrafo o el carácter excepcional que le daba a ciertas narraciones la proximidad temporal y personal del autor. Estos lazos fueron la base de la distribución y difusión de los documentos históricos y de los libros de historia. Es decir, la producción de conocimientos sobre el pasado nacional se basó inicialmente en un ejercicio privado cuya circulación difícilmente sobrepasó la esfera de aquellas asociaciones; aunque, el carácter utilitario de estos trabajos para las faenas de afianzamiento de los Estados y las naciones le abrieron posibilidades de expansión que sólo hasta el siglo XX permitieron la consolidación y el establecimiento de la investigación histórica y de normas comunes de trabajo. En este sentido, se distinguen, sin duda, dos esferas en la constitución del pasado nacional: la de la producción de este conocimiento, inicialmente recluida al ámbito privado de los "primeros historiadores" nacionales, y la pública, asociada a los vínculos entre el poder político y los "historiadores".

El espíritu en el cual surgieron de las asociaciones de intelectuales en el siglo XIX, especialmente los salones literarios cuyo espíritu también abarcó los Institutos de Historia y Geografía, marcaba el interés de constituir un lugar de "asociación" diferente al ámbito público de la política. A pesar de este propósito, era inevitable su participación en el mundo de la política debido a la característica misma de la que estaba impregnada la producción intelectual en las nacientes Repúblicas latinoamericanas en las que las letras eran un instrumento de la política.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Cf. Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. Joaquín Díez Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1949 y el texto de Rafael



Buena parte de los historiadores nacionales del XIX pusieron de manifiesto la presencia de la esfera pública y privada de sus elaboraciones al participar en el manejo de la política nacional; o al menos, en la organización de entidades tan importantes para el oficio de la historia como las bibliotecas públicas y los archivos.<sup>3</sup> Las relaciones particulares que sostenían entre sí los miembros de estas asociaciones permiten hablar y detectar redes de historiadores al sur del continente americano, que al mismo tiempo, participaron en la consolidación de los estados nacionales.

Con frecuencia, las historias nacionales del siglo XIX fueron escritas por hombres que participaron del mundo político y de la conformación de los Estados que le servían de sujeto de estudio. De cierta manera, esto coadyuvó a la creciente importancia que se le adjudicó a la difusión de los conocimientos históricos como elementos fundamentales en la creación de una "conciencia nacional".<sup>4</sup>

---

Gutiérrez Girardot, *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, Maryland, Latin American Studies Center, 1990 (Latin American Studies Center Series, 3)

<sup>3</sup> Para no reiterar el caso de Mitre, se pueden hacer referencias a "hombres de letras" que no figuraron en cargos decisivos en el ámbito de la política interna, pero que sí participaron en cargos públicos que fueron decisivos en la construcción de instituciones fundamentales para la consolidación de la historia nacional. Es el caso de Vicente Quesada y Paul Groussac en Argentina como directores de la Biblioteca Nacional de Argentina, Barros Arana en la rectoría de la Universidad de Chile y el caso de Genaro García y Jesús Galindo y Villa en el Museo Nacional en México, por ejemplo. La pertenencia a las Academias de Historia suponía una relación estrecha con el Estado y la remuneración de algunos de sus miembros, especialmente de los presidentes de estas instituciones, provenía del tesoro público. Esto indicaba la presencia política y pública de los hombres que accedieron a estos cargos como es el caso de Ricardo Levene en Argentina, Germán Arciniegas en Colombia o Jorge Salvador Lara en el Ecuador.

<sup>4</sup> El caso argentino es paradigmático en el establecimiento de estas relaciones, por ejemplo en la figura de Bartolomé Mitre, sin olvidar la situación de José Manuel Restrepo en el caso colombiano. También es importante tener en cuenta la situación de los historiadores chilenos. Cf. Pablo Buchbinder, "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* (Buenos Aires), 3ª serie, núm. 13, 1996, pp. 59-82. En un tono tradicional se reflejan los elementos de la configuración de la disciplina histórica en los datos que ofrece Ricardo Donoso, *Diego Barros Arana*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1967. Una explicación pertinente sobre la permanencia de una concepción historiográfica en el ámbito colombiano se encuentra en el estudio de Germán Colmenares, "La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica" en Germán Colmenares et al., *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 7-23

El surgimiento de entidades públicas dedicadas exclusivamente a la práctica histórica es el resultado de la consolidación y modernización de la administración estatal. Esto quiere decir que a pesar de la existencia de las asociaciones privadas ocupadas con el pasado desde el siglo XIX, la escritura de la historia de manera institucional está referida fundamentalmente al siglo XX en toda América Latina. Aquellas agrupaciones de intelectuales en sí mismas no configuraron un "campo autónomo de conocimiento" porque sucumbieron rápidamente a los vaivenes de la política y de los proyectos en disputa. Por eso, cuando ya se consolidó el triunfo sólido de algún de los proyectos en contienda se creó el clima favorable para que se pudieran fundar instituciones "modernas" encargadas de construir un pasado nacional.

El proceso de fortalecimiento de los Estados llevó a desplazar la ingerencia de aquellas asociaciones privadas en un ámbito público como es el del pasado nacional. Esto se puso de manifiesto con la creación de las Academias de Historia, las cuales tenían como precedente, generalmente, una asociación privada.<sup>5</sup> La concepción que el Estado tenía del trabajo que le encomendaba a las Academias es explícita en las funciones que se les comisionaron: proteger las reliquias históricas, consignar y preparar los días conmemorativos, promover el respeto de los símbolos patrios, preservar en la memoria popular a "los artífices de la nacionalidad" mediante estatuas y placas conmemorativas.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Así fue como en Argentina se abrió paso la Junta de Historia y Numismática (1893) rebautizada en 1938 como Academia Nacional de la Historia, por ejemplo.

<sup>6</sup> Cf. El "Decreto disponiendo la creación de la Academia Nacional de la Historia, de fecha 28 de octubre de 1888", en *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio*, sel., introd. y notas Germán Carrera, vol. I, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, pp. 274-275 (Ciencias Sociales, IV). Igualmente Aurora Rabian, "La fundación, el impulso mitrista y la definición de los rasgos institucionales. Bartolomé Mitre (1901-1906) y Enrique Peña (1906-1911)", en Academia Nacional de la Historia, *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, vol. I, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995, pp. 23-59. En el artículo 3 de los Estatutos de la Academia Colombiana de Historia se lee: "Será tarea esencial de la Academia (...) procurar su creciente conocimiento (el de la historia nacional A. B.) y su eficaz enseñanza, y en despertar y avivar el interés por el pasado de la patria, con permanente criterio de imparcialidad y exactitud, honrando y enalteciendo la vida y

## La creación de un monolito: los caracteres de la Academia Colombiana de Historia

En su caso, el Estado colombiano siguió aquella línea de modernización y estableció, de esta manera, una institución que organizara y regulara el conocimiento histórico. Al mismo tiempo, eran:

(...) interlocutoras privilegiadas tanto para ser destinatarias de fondos estatales para la recuperación de colecciones documentales como, y sobre todo, para ser consideradas las instituciones idóneas para dar una interpretación oficialmente válida de sucesos y personajes del pasado.<sup>7</sup>

La Academia Colombiana de Historia era la institución que tenía la tarea de cuidar “las tradiciones nacionales” y la “ampliación de los conocimientos en el área”. Esta noción de la historia implicó una actitud vigilante hacia los “recuerdos de antiguas glorias, los cuales guardan con veneración los pueblos cultos, como conservan las familias el apellido de un antepasado.”<sup>8</sup>

Con base en estos puntos de partida, el conocimiento histórico que organizó y dirigió la Academia buscó “tonificar las virtudes, vigorizar el respeto por los patricios meritorios y explorar nuevos caminos de perfeccionamiento espiritual y material.” Pero también pretendió fomentar como “caminos del perfeccionamiento espiritual”: el sacrificio y la resignación, ya que la historia es “purgatorio” y “sitio de compensaciones” porque ella enseña

---

obras de sus grandes hombres”, en Alberto Lee López, “Qué es y qué actividades desarrolla la Academia Colombiana de Historia”, en *Academia Colombiana de Historia. 70 años de su fundación 1902-1970*, Bogotá, Kelly, 1972, p. 55. Igualmente es útil leer en el mismo libro la Ley 15 de 1920 del Congreso de Colombia sobre “Festejos Patrios”, p. 46

<sup>7</sup> Fernando Devoto, “La enseñanza de la historia argentina y americana. Nivel superior y universitario: dos estudios de caso”, en *La Junta de Historia y Numismática Americana*, Op. cit., vol. II, p. 389

<sup>8</sup> Miguel Aguilera, *La enseñanza de la historia en Colombia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, p. 91



(...) tanto más cuanto mejor se conozcan las virtudes ciudadanas de los héroes, próceres y varones insignes que gracias a su amor por la República, observaron una conducta ciudadana digna de ser imitada: la moral o ética, que lleva consigo la obediencia a normas religiosas y a preceptos de simple equidad (...) que a fuerza de pregonarse la grandeza del renunciamiento y de la abnegación, y de ilustrar el evento con casos frecuentes, la abnegación y el renunciamiento se impregnan en el futuro como la regla general.<sup>9</sup>

La orientación que le imprimió la Academia al trabajo histórico convirtió a la historia en una apología de las capas dirigentes colombianas; con lo cual, el pasado se transformó en un proceso unilineal y perfectivo en donde no existían otros procesos, otros tiempos, otros sujetos y otras historias. En esta representación del pasado es imposible percibir las contradicciones de la sociedad y al interior de las capas dirigentes. La Academia recogió, sentó y difundió las bases de una práctica y una visión de la historia que predominó sin oposición ni disensión interna en la primera mitad del siglo XX.

Como institución oficial; es decir, fundada y patrocinada por el Estado colombiano, la Academia adoptó un rol directivo con respecto al establecimiento del pasado nacional. El principal objetivo de esta labor descansó en la instauración de los orígenes y formación de la República. Para ello debió poner a funcionar todos los recursos a mano que iban desde la fundación y ampliación de los museos y el establecimiento y organización de estatuas, placas y festejos conmemorativos hasta la codificación de los archivos nacionales y la producción de textos impresos. En este último sentido, desde la fundación misma de la Academia se dio prioridad a la publicación de un *Boletín* donde se expusieran los adelantos hechos por los miembros de la institución y se designaron recursos oficiales para la publicación de este órgano de difusión así como el

---

<sup>9</sup> Ibid., pp. 20-21

sostenimiento de una serie de colecciones acordes con los objetivos y tareas de la Institución.<sup>10</sup>

La Academia también delimitó su presencia en el ámbito público nacional. El carácter de institución consultiva del Estado le permitió consolidarse como una institución decisoria en la esfera del conocimiento, ya que una de sus funciones era supervisar y aprobar los textos para la enseñanza de la historia, así como crear o elevar a la categoría de Academia a los centros de historia regional. Esta última labor debía hacerse a través de leyes de la República. La consecuencia de esta decisión pudo plasmarse en el reconocimiento jurídico de estas asociaciones culturales que llegaron a ser entidades oficiales.<sup>11</sup>

El quehacer de los miembros de la Academia situó la constitución de la historia como disciplina dentro de un marco metodológico, más o menos, homogéneo. Una preocupación permanente en este sentido consistió en el reordenamiento de las fuentes documentales y la publicación de algunas de ellas unido a la organización de los Archivos Nacionales<sup>12</sup> que permitió el despliegue de un trabajo factual riguroso

---

<sup>10</sup> El canon histórico nacional que estableció la Academia quedó plasmado en la publicación de diversas colecciones como la Biblioteca de Historia Nacional, la edición del Archivo de Santander, la Biblioteca Eduardo Santos, la Biblioteca de Historia Eclesiástica, Cartas y mensajes del General Francisco de Paula Santander y Documentos inéditos para la historia de Colombia, entre otras publicaciones de difusión o coyunturales como el *Boletín de Historia y Antigüedades*, la serie de Biografías sintéticas, etc.

<sup>11</sup> Así ocurrió con la Academia de Historia de Cartagena, la Academia de Historia de Antioquia, el Centro Vallecaucano de Historia y Antigüedades y los centros de historia de Popayán, Tunja, Pasto y Barranquilla, que desde 1928 se convirtieron en entes oficiales.

<sup>12</sup> Desde la época Colonial había distintas pretensiones de mantener un acopio de la información oficial relevante en archivos. Cuando concluyeron las luchas independentistas se decretó el cuidado de todos los papeles y objetos que sirvieran directa o indirectamente a formar la memoria de "la nacionalidad colombiana" y se encargó esta labor a los distintos Secretarios de Estado. Hasta 1868 se concentró toda esta información en los Archivos Nacionales de Colombia pero las vicisitudes de los documentos acumulados fueron muchas durante y después de su recolección. Hasta finales del siglo XIX se empezó a tratar de crear algunos índices de los legajos allí contenidos, pero sólo en 1938 el Estado colombiano se concentró en darle un carácter sistemático a esta información cuando incluyó los Archivos como parte de la Biblioteca Nacional de Colombia. En 1989 se consolidó el actual Archivo General de la Nación. Cf. Mauricio Tovar G., "Archivo General de la Nación. Cuatro siglos y medio de papel-historia", en *Credencial Historia* (Santafé de Bogotá), núm. 106, 1998. [www.banrep.gov.co/blaa/credencialhistoria](http://www.banrep.gov.co/blaa/credencialhistoria)

dentro de los cánones establecidos. Estos cánones se refieren a una orientación metodológicamente documentalista y positivista, la cual le dio un sello característico a la conformación de las primeras etapas de la disciplina histórica en el país.

A principios del siglo XX el cultivo de la escritura de la historia en Colombia adoptó una tendencia que ya había madurado en Europa y los Estados Unidos. La historia positivista y documentalista consagró unas reglas que debía seguir detalladamente todo historiador para alcanzar un ideal epistemológico, lo cual, permitió que simultáneamente se conformaran ciertos modos de aproximarse al pasado; estos procesos concluyeron en la coronación de un arquetipo: la objetividad. La consagración de ese "ideal" como la tarea a la que debían dedicarse los historiadores estableció una normatividad que permitió reunir los criterios suficientes para distinguir los textos históricos de otro tipo de aproximaciones al pasado y asentó los fundamentos sobre los que se constituyeron las "Asociaciones de Historiadores" como verdaderas comunidades científicas.<sup>13</sup>

La metodología que adoptaron los miembros de la Academia posibilitó la edición y publicación de obras documentales, la elaboración de biografías de hombres ilustres, la exaltación de ciertos acontecimientos políticos y militares y la organización de los Archivos nacionales. Es decir, sobre esta metodología la Academia justificó sus producciones a lo largo de

<sup>13</sup> Como constitución de esta corriente de "hacer historia" no se puede olvidar el ejemplar ejercicio reflexivo de Johan G. Droysen, *Histórica: lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia*, trad. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, 1983. La primera edición en alemán es de 1858 y el célebre manual de Charles Langlois y Charles Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972. La primera edición es de 1900. No es el objetivo de este trabajo realizar una profundización sobre el tema historiográfico de la metodología y los ideales manejados por los historiadores en diferentes momentos, pero es indispensable indicar que lo que hoy se nombra peyorativamente como "historia tradicional" ha carecido de una aproximación mínima a sus referentes teóricos y a sus logros concretos dentro del campo histórico. Si bien este no es un vacío exclusivo del ámbito colombiano ni latinoamericano, es necesario recordar la aparición de trabajos tan reveladores como el de Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, trad. Gertrudis Payas e Isabel Vericat, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997 (Itinerarios). La primera edición en inglés es de 1988.

cien años de existencia;<sup>14</sup> lo cual, no deja de ser un hecho de vital importancia, más allá de los alcances y las dificultades que se le puedan hacer desde el surgimiento de nuevas corrientes historiográficas.

Dentro de la problemática regional del país, la metodología positivista y documentalista de la Academia se reprodujo especialmente en la elaboración de historias regionales. La fundación de instituciones regionales a semejanza de la Academia impulsó la realización y publicación de esas historias, especialmente en los núcleos de más peso político y económico del país: Cali, Medellín y Bogotá. En ellas puede observarse cómo se siguieron los conceptos metodológicos impulsados por la Academia y especialmente cómo respetaron la moldura cronológica y los “nudos historiográficos” que ya habían sido consagrados como los marcos temporales y temáticos de la historia nacional. La creación de las Academias regionales no sólo permitió la reproducción de un modelo de “hacer historia”, sino que al mismo tiempo, consagró un “credo nacional”.<sup>15</sup>

La Academia impuso un pasado e instauró una tradición historiográfica a través del reconocimiento de ciertas obras y autores que reconocieron como fundadoras de esta tradición. Especialmente glorificaron los escritos decimonónicos como los de José Manuel Restrepo, José María Vergara y José Manuel Groot. Ellos les brindaron los héroes a tratar, la imagen de la nación, las pautas estilísticas y los períodos importantes. Por eso, los miembros de la Academia asumieron como suya la visión en torno a la realidad social de “la nación” y de “la cultura

---

<sup>14</sup> Cf. Daniel Ortega R., *Índice general del Boletín de Historia y Antigüedades, volúmenes I-XXXVII 1902-1952*, Bogotá, Pax, 1953; también la lista de las publicaciones de la Academia en *Academia Colombiana de Historia. 70 años de su fundación 1902-1970*, Op. cit., pp. 86-95 y la “Bibliografía de la Academia Colombiana de Historia”, en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 765, 1989, pp. 465-501

<sup>15</sup> El efecto más notorio del surgimiento de las Academias regionales no fue sólo la reproducción de un modelo de trabajo sino también la ampliación de la investigación histórica sobre las regiones, que buscó levantar la autoestima de cada región, las cuales debían tener su prócer o sus héroes, o a lo menos un grupo de “patricios” prestantes que demostraban su contribución a la formación de la nación, lo que finalmente concluyó en el ejercicio de la prosopografía de los grupos dirigentes regionales.

colombiana” esbozadas en aquellas aproximaciones hacia el pasado nacional, y que fueron retomadas como las bases de las perspectivas acuñadas en el proyecto regeneracionista. De allí que sea tan significativo que durante el transcurrir de la Academia sus miembros provinieran del seno de las capas más pudientes, generalmente encabezados por expresidentes, exministros, altos prelados de la Iglesia católica y personajes de las capas más altas de algunas regiones.<sup>16</sup>

Las temáticas y preferencias que centraron la atención de los miembros de la Academia, como el período Colonial y la Independencia por ejemplo, fueron abordados a partir de la recopilación de fuentes, de biografías, que a menudo se originaron por la relación de parentesco entre el historiador y la personalidad biografiada. Por supuesto, también predominaron los temas concernientes a los acontecimientos políticos y militares. Debido a la metodología que adoptaron estos trabajos, en ellos se obvia todo análisis socioeconómico y cualquier referencia explícita a las problemáticas contemporáneas. Que si bien pueden ser criticados desde una perspectiva temporal posterior no pueden hacer olvidar la homogeneidad metodológica de los trabajos publicados por la Academia y la constancia de este esfuerzo.<sup>17</sup>

Los criterios y supuestos en torno al oficio de la historia que desarrolló la Academia durante todo el siglo XX son la base de la consolidación de una tradición histórica nacional. Esta tradición constituye la proyección de una idea acerca de la tarea que debía

<sup>16</sup> Los diferentes número del *Boletín de Historia y Antigüedades* traen una lista de los miembros de la Academia que componen y ascienden dentro de la institución —la Academia tiene tres clases de miembros: honorarios, numerarios y correspondientes—, se incorporan o fallecen. En esas listas se puede observar esta tendencia permanente de la Academia.

<sup>17</sup> Entre 1902 y 1952 de más o menos mil artículos publicados por la Academia, el 29% se refiere al período de la Independencia, el 25% al Descubrimiento y civilizaciones indígenas, 23% al período entre 1550-1810, el 12% a la Conquista y 11% a la República, sobre el siglo XX no había publicaciones. Esta tendencia en 1966 había aumentado ya que sobre la Independencia se ocupaba el 50% de las publicaciones de la Academia. Jorge O. Melo, “Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes”, en *Universidad Nacional. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural* (Bogotá), núm. 2, 1969, nota a pie, p. 4



desempeñar la historia y en torno acerca de las características esenciales de la nación colombiana. La selección de un pasado, que fue reconocido como nacional, se estableció desde la perspectiva del presente que tenía el pensamiento conservador predominante en las esferas de decisión política en Colombia y que se hará evidente en los intentos por unificar una “memoria histórica nacional”.

### **La difusión del conocimiento histórico y la Academia**

La creación de distintas corporaciones culturales desde fines del siglo XIX, como las Academias de la Lengua, Música, Bellas Artes e Historia consagraron los gustos, los ideales y el patriotismo de unas capas dirigentes que mitificaron ciertas individualidades ejemplares, que sintetizaron los rasgos esenciales de la comunidad nacional y sobre las cuales, descansó “la responsabilidad histórica” de la República. Por este camino, se establecieron los ideales a los que debían referirse los individuos cuando se evocaran en las conmemoraciones cívicas los sentimientos de la pertenencia a una colectividad nacional, con lo cual se dio paso a la conformación de una “nación cultural” antes que a una “nación política”.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> El concepto de “nación cultural” corresponde a la noción de comunidad basado en la unidad del lenguaje, la religión y la mitología. En América Latina esta categoría fue usada en los años cuarenta los trabajos históricos de Pedro Henriquez Ureña y Mariano Picón Salas. Por su parte, el concepto de “nación política” se refiere a la unión entre los elementos culturales y una estructura legal que reconoce por igual a todos los miembros de la comunidad. Estas nociones fueron las que utilizaron en su momento los movimientos políticos “antioligárquicos” de la primera mitad del siglo XX como los Radicales en Argentina y el Aprismo peruano, y que también serían la base de los llamados movimientos populistas. Estos términos son usados, aunque con derivaciones problemáticas en el trabajo de Nelson González, *Formación y subversión del concepto oficial de historia y literatura nacional en Colombia*, Wisconsin, 1992, Ph. D. Dissertation, University of Wisconsin-Madison. Es un hecho que la construcción de la nación está estrechamente ligado con los grupos dirigentes de una sociedad; por eso, este proceso no se puede encarar como un fenómeno solamente ideológico y político sino que debe reconocerse su dimensión cultural. En este sentido, Anthony D. Smith apuntó a la comprensión de los antecedentes premodernos de las naciones actuales a través de los cuales puede remontarse hasta los orígenes étnicos de la vida social, por ejemplo. Para el historiador inglés, las condiciones de los procesos de globalización plantean el problema

La difusión y la incorporación de los esfuerzo de integración y de unificación de una memoria histórica, así como de los sentimientos de identidad nacional se desplegaron fundamentalmente en el trabajo educativo. El mejor ejemplo de esta orientación lo constituye la publicación del manual: *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* (1911), elaborado por los Académicos Gerardo Arrubla y Jesús María Henao; el cual fue escrito para la conmemoración del Primer Centenario de la Independencia y fue síntesis de la postura mantenida por la Academia de Historia desde su fundación.

Los historiadores Académicos se sabían miembros de un grupo hegemónico directamente involucrado con el proceso creador de la nacionalidad y de la consolidación de la República. Por eso, el tema principal abordado por la historia que se escribía en este momento histórico trató de explicar cómo la herencia española y los procesos de las guerras de Independencia llevaron tanto a la emancipación como a la constitución del Estado nacional colombiano.

La *Historia* de Henao y Arrubla se convirtió rápidamente en la matriz de todos los textos escolares hasta la década de 1970. El gobierno nacional adoptó este trabajo como el manual oficial de enseñanza de la historia de Colombia en 1910.<sup>19</sup> El texto buscaba instruir a la población colombiana a

---

de la identidad nacional como un elemento fundamental de "nuestra vida social y política". Cf. "Tres conceptos de nacionalismo" en *Revista de Occidente*, (Madrid), núm. 161, octubre, 1994, pp. 7-22; el libro *La identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997 y "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales", en *Revista Mexicana de Sociología* (México), vol. 60, núm. 1, 1998, pp. 61-80

<sup>19</sup> La base de la adopción oficial se debió a que dentro de las actividades para conmemorar el Centenario de la Independencia se convocó el concurso para textos de enseñanza de la historia nacional. Al concurso sólo se presentaron los trabajos de Henao y Arrubla. Su propuesta era la de un *Compendio de Historia de Colombia*, para la enseñanza primaria y una *Historia de Colombia in extenso*, para la secundaria. Los trabajos fueron calificados por la Academia de Historia, que se había constituido desde 1909 en un cuerpo consultivo del gobierno. La obra ganadora dictaminada por la Academia debía adoptarse por el Estado como texto para la enseñanza de la historia nacional en las escuelas y colegios oficiales del país. El carácter consultivo y oficial de la Academia permaneció hasta 1958 cuando se convirtió en una entidad privada.

través de la moralización, el fomento del patriotismo, el cultivo de la memoria y, especialmente, la ilustración acerca de

(...) la capacidad de formar opiniones precisas y sanas, para quedar a cubierto de las influencias dañosas de la ignorancia y de la credulidad que oscurecen la verdad y comprometen la paz y el orden.<sup>20</sup>

El carácter moral de las afirmaciones subrayadas se inscriben en el mejor espíritu de las historias decimonónicas que emplearon este tipo de relatos. Estos textos y sus autores pretendieron, como lo analizó Germán Colmenares, que sus análisis examinaran moralmente los acontecimientos que describieron. De allí que crearan una continuidad temática y de sentido general con la proyección que se le dio al conocimiento histórico en el siglo XIX. Los autores del manual, como la Academia misma, se vieron a sí mismos como herederos de ese legado y como sus legítimos continuadores.

Para Henao y Arrubla, además, la enseñanza de la historia tenía un carácter pragmático en vista a la constitución de un orden nacional. La base de esta didáctica residía en una información “fidedigna” aportada por “muchos compatriotas” que con base en su trabajo sobre el pasado ya le habían dado una forma en torno a ciertas figuras y héroes que impregnaron las virtudes que constituyen el patriotismo y el mito del patriota. Es decir, que tras el discurso apologético de los historiadores Académicos se construye la figuración de un culto que establece con el pasado una relación de imitación y de identificación reforzada mediante la “momificación simbólica” de la estatua y el monumento.<sup>21</sup> Henao y Arrubla sintetizaron este sentir al hacer el siguiente juicio:

---

<sup>20</sup> Jesús M. Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, 4ª ed., Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán & Tamayo, 1926, p. 3. Los subrayados son míos.

<sup>21</sup> El tono psicoanalítico de estas afirmaciones puede observarse en el interesante trabajo de Bernardo Tovar, “Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana”, en Carlos M. Ortiz y Bernardo Tovar (eds.), *Pensar el pasado*, Santafé de

La Constitución de Rionegro, separándose de las anteriores, borró de su preámbulo el nombre de Dios que el Estatuto liberal de 1853 había escrito así: “En el nombre de Dios legislador del Universo y por autoridad del pueblo”; el de 1863 dice: “En nombre y por autorización del pueblo”. Esta novedad hería hondamente el sentimiento religioso de un pueblo esencialmente católico, que ha tenido y tiene como principio fundamental de su credo, que toda potestad viene de Dios (*Non est potestas nisi a Deo*).<sup>22</sup>

Esta afirmación de la herencia cultural y la “esencia” de la sociedad colombiana podría contraponerse a la creciente presencia de las ideas liberales, tanto en el ámbito político como en el ideológico, que acompañaron la extraordinaria transformación que vivió la sociedad colombiana durante las tres primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, el desarrollo de las ideas socialistas como las marxistas no se enfrentaron a las representaciones que se tenía de la nación. Como se indicara posteriormente, las organizaciones que promulgaron estas ideas partieron de la consideración de que sus luchas concordaban con “la razón de ser del pueblo colombiano que es fundamentalmente cristiano”, con lo cual se retomaba un lenguaje religioso y un cristianismo sin mediaciones y sin rasgos de resignación como instrumentos eficaces para la lucha revolucionaria.<sup>23</sup>

Las interpretaciones hechas por Henao y Arrubla delimitaron la esencia de la nación colombiana a la que equipararon con la herencia hispana. El fundamento de esta afirmación radicaba en las consideraciones hechas por los historiadores de militancia conservadora en el siglo XIX, los cuales servían de base al esfuerzo de los Académicos en estas apreciaciones; aunque, el deseo del *Manual* era establecer la convivencia y la unidad cultural y espiritual del “pueblo colombiano” sobre

---

Bogotá, Archivo General de la Nación- Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, 1997, pp. 125-169

<sup>22</sup> Jesús M. Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, Op. cit., p. 671. El subrayado es mío.

<sup>23</sup> Cf. Mauricio Archila, “La otra opinión: la prensa obrera en Colombia 1920-1934”, en *ACHSC*, núm. 13-14, 1985/1986, pp. 209-237

las diferencias políticas. La tarea principal del *Manual* era describir el proceso de unidad nacional y la demostración de este logro de parte de la República centenaria. Al describir las luchas y las vicisitudes de los héroes de la Independencia por encarnar y fortalecer los ideales de la nación, así como la consagración de estos ideales con los logros de la “obra civilizadora” de España en los procesos de Descubrimiento y Conquista, el *Manual* sentó las bases sobre las que se debería asentar la unidad nacional que debía desarrollarse en el siglo XX.

Las referencias a la herencia hispánica y católica del *Manual* expuestas en las interpretaciones de la nación y la cultura colombiana estaban estrechamente ligadas al peligro que representaba la presencia creciente de los Estados Unidos en el país. Ya que no solamente había cometido la injusticia de Panamá sino que “amenaza nuestra gloriosa raza latina que por doquiera ostenta hermosos sarmientos en todo lo que vivificó España con su aliento.”<sup>24</sup> Con lo cual, el *Manual* sellaba una interpretación hispanizante, jerárquica y conservadora de la nación ratificada a menudo en diferentes ocasiones.

Las conclusiones sobre las características de la nación que expuso el *Manual* fueron aceptadas con cierta unanimidad. Uno de los miembros de la Academia llegó a la siguiente afirmación a mediados de los años sesenta: “Empero, si fuera dado reducir, podría decirse que, por comparación, Colombia es la más española de las repúblicas americanas”. Esta misma consideración fue ratificada cuarenta años después por un grupo de intelectuales, caracterizados en su mayoría por ser de los más reconocidos en el campo de la producción literaria colombiana de la segunda mitad del siglo XX, de la siguiente manera:

Aunque las guerras de independencia hayan cortado el cordón umbilical que nos unía políticamente a la Península, los colombianos no hemos dejado de sentir, porque sabemos que es cierto, que nuestra imaginación, nuestra lengua mayoritaria, nuestros referentes

---

<sup>24</sup> Jesús M. Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia*, Op. cit., p. 762

culturales más importantes provienen de España. Aquí nos mezclamos con otros riquísimos aportes de la humanidad, en especial con el indígena y el negro, pero nunca hemos renegado, ni podríamos hacerlo, de nuestro pasado español. Nuestros clásicos son los clásicos de España, nuestros nombres y apellidos se originaron de allí casi todos, nuestros sueños de justicia, y hasta algunas de nuestras furias de sangres y fanatismo, por no hablar de nuestros anticuados pundonores de hidalgo, son una herencia española.<sup>25</sup>

Los puntos de partida para explicar la conformación de la nacionalidad expuestos por el *Manual* consagraron también una línea de continuidad que entroncaba con dos momentos anteriores: con los postulados de José María Vergara y Vergara y José Manuel Groot; de tal forma que el principio unificador de la nacionalidad era el legado español de la lengua y la religión. De allí a dar un paso más atrás a una temporalidad verdaderamente originaria estaba muy cerca y en eso no escatimó tempranamente la historia literaria elaborada en el siglo XX:

Para este país constituye una fortuna el haber sido conquistado, no por un aventurero ignorante y brutal, sino por un hombre culto y letrado (...) Aún cuando nacido en España, Jiménez de Quesada pertenece a Colombia, no sólo por haber sido conquistador del nuevo Reino de Granada, sino porque imprimió, de manera indeleble, los rasgos típicos de su persona en la nación que fundó. Su profesión fue la de hombre de leyes; y este país ha sido profundamente legalista, enamorado de las fórmulas de la ley escrita y amigo del régimen civil en el gobierno. Esa tendencia legalista cuando degenera, conduce al rabulismo, parodia ominosa del recto ejercicio de la jurisprudencia. Quesada fue militar de ocasión, como la ha sido la mayor parte de nuestros grandes guerreros (...) <sup>26</sup>

Gómez Restrepo llevó a la pluma una consideración generalizada dentro del ámbito conservador colombiano, el padre de la nacionalidad

<sup>25</sup> Gabriel García Márquez, Fernando Botero, Álvaro Mutis, Fernando Vallejo, William Ospina, Darío Jaramillo Agudelo y Héctor Abad Faciolince, *Carta dirigida al Presidente de España, José María Aznar, del 18 de marzo de 2001*, en *El País* (Madrid), 18 de marzo de 2001. La cita del Académico es de Abel Naranjo Villegas, *Morfología de la nación colombiana. Aproximación a su antropología cultural*, Bogotá, Lerner, 1965, p. 262 (Historia Extensa de Colombia, XXII)

<sup>26</sup> Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la literatura colombiana*, vol. I, Bogotá, Imprenta Nacional, 1938, pp. 15-16. Los subrayados son míos.

colombiana era un español y, con ello, definía la visión criolla e hispánica como la de la nación.

El logro en las pretensiones de las caracterizaciones de la nación realizadas por la Academia constituyen un éxito notable. Pero este logro no puede circunscribirse absolutamente a la labor de difusión de la Academia a través de sus publicaciones, ni mucho menos a la labor generalizada de la escuela. Especialmente si se tiene en cuenta que la educación en Colombia fue un tema que se mantuvo en el siglo XX bajo la perspectiva del siglo XIX: como uno de los botines preciados de los dos contendientes políticos. Eso explica por qué sólo hasta 1963 se pudo unificar la educación primaria en el país —medida que se limitó a imponer los cinco años de enseñanza elemental en todas las escuelas del país—. Sólo hasta las reformas que se realizaron dentro del contexto de modernización del Estado entre 1968 y 1972 se fortaleció la actividad del Ministerio de Educación Nacional para coordinar la centralización administrativa de la educación. En general, la educación en el país reprodujo las divisiones sociales y políticas y careció de parte de todos los gobiernos hasta 1991 de la iniciativa para proponer un sistema educativo oficial para todos.<sup>27</sup>

Un aparato educativo que no podía minimizar el problema del analfabetismo, pese a la explosión de la matrícula en la década de los setenta, dejó el campo abierto para que los referentes nacionales acuñados por la Academia entre los años veinte y sesenta circularan por otros canales, ellos fueron los medios de comunicación de masas.

Es notable destacar el enorme peso de un medio como la radio en Colombia. La radio obviaba el tema de la alfabetización y, además, se desarrolló con una notable rapidez desde su aparición en el panorama nacional en el año de 1923. Instrumento primordial en las batallas políticas, la radio en los años cuarenta abarcaba la casi totalidad del

---

<sup>27</sup> Cf. Aline Helg, *La educación en Colombia 1918-1957: una historia social, económica y política*, Bogotá, CEREC, 1987 y "La educación en Colombia 1958-1980", en Álvaro Tirado (coord.), *Nueva historia de Colombia*, vol. IV, Bogotá, Planeta, 1989, pp. 135-158

territorio poblado del país y permitió que en los años cincuenta surgieran las cadenas radiales que hasta hoy monopolizan la información. Para el año 1974 se estimaba que el 93% de los hogares situados en las zonas urbanas poseían uno o más radiorreceptores y un 70% de los hogares rurales. Mientras que el periódico se circunscribía casi exclusivamente al ámbito urbano con una venta de 1'500.000 ejemplares y un cubrimiento potencial de 5'000.000 de lectores, en una población total de 24'000.000 de habitantes.<sup>28</sup>

La radio consagró, pues, los referentes de la nacionalidad y desplazó a los "héroes tradicionales", encumbrando a los nuevos ídolos: deportistas, artistas y políticos. La radio reprodujo también los estereotipos regionales e impuso algunos de ellos como si fueran los de todo el país como sucedió con la música caribeña y su gran eclosión en los años cuarenta y cincuenta. De esta forma, puede afirmarse que las vías de la pertenencia nacional no son exclusividad de la actividad académica, pero es necesario reconocer cómo ella acuñó ciertos elementos que confluyeron en las representaciones de la nación.

### **Avatares en la consolidación de una institución**

Una vez apuntaladas las tareas de la Academia y su presencia en el ámbito nacional, los miembros de la institución eran conscientes de su participación en los avatares de la política colombiana. En varias oportunidades coyunturales se apeló a la labor histórica en determinados momentos críticos que se sucedieron con frecuencia en el desenvolvimiento de la Academia durante el siglo XX.

La caída de la hegemonía conservadora establecida por medio siglo permitió el acceso al poder y a la vida pública colombiana del partido

---

<sup>28</sup> Estos temas están poco estudiados todavía en el país; sin embargo, existen estudios panorámicos como el de Luis López Forero, "La radio en Colombia", en *Introducción a los medios de comunicación*, 3ª ed., Bogotá, Universidad Santo Tomás, 1986, pp. 335-404



liberal. Esta nueva hegemonía perduraría durante quince años y la “convivencia” política viviría momentos de crisis hasta fines de los años cincuenta cuando se restableció el “pacto convivialista” a través de la creación del Frente Nacional (1958-1974).

En la etapa de hegemonía liberal, la Academia vislumbró con particular claridad la necesidad de fundamentar históricamente al nuevo régimen y proponer una versión liberal de la historia nacional. El cuadro de miembros de la entidad se transformó paulatinamente y tuvieron acceso a él prominentes figuras liberales como el presidente Eduardo Santos, Luis López de Mesa, Indalecio Liévano Aguirre y Germán Arciniegas, entre otros. Además, en los avatares de las disputas políticas, la Academia se apresuró a rescatar con particular avidez la figura del prócer Francisco de Paula Santander, referente mítico de la militancia liberal y se expresó en los años cuarenta con la dedicación de varios volúmenes del *Boletín* a rescatar la imagen de Santander como “el hombre de las leyes”. También se apresuraron en entregar al público los 24 tomos del Archivo de Santander y otra serie de documentos referidos al prócer.

Sin embargo, el papel coyuntural de la Academia se reafirmó en 1948, unos meses después de los acontecimientos desatados tras el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. El gobierno colombiano publicó el decreto 2388 del 15 de julio de 1948 donde se ordenó intensificar la enseñanza de la historia patria para “atender mejor a la formación del ciudadano e imprimir en el educando un vigoroso sentimiento colombiano”. Con base en ello, en octubre de ese mismo año formuló el decreto 3408 en el que implementaba las medidas para intensificar los estudios de “historia patria” en los planteles de educación pública del país.<sup>29</sup>

En esta misma época se expuso la necesidad de elaborar una gran historia nacional. Para llevar a cabo esta pretensión, el congreso

---

<sup>29</sup> Cf. Miguel Aguilera, *La enseñanza de la historia en Colombia*, Op. cit., pp. 141-142

colombiano expidió la Ley 13 de 1948 (octubre 2) en la cual, se decretaba que

*Artículo 1°*— La Academia Colombiana de Historia emprenderá, a la mayor brevedad posible, la elaboración de una Historia de la República, desde el descubrimiento del territorio hasta la época presente, en varios volúmenes, y con la colaboración de historiadores especializados en cada uno de los ramos o periodos del pasado colombiano. Esta obra deberá estar terminada dentro del término de tres años, contados a partir de la promulgación de la presente Ley, y se irá editando por volúmenes a medida que el contenido de cada uno de estos esté listo para su publicación.<sup>30</sup>

La *Historia extensa* se convirtió en el mejor motivo para celebrar los cincuenta años de existencia de la Academia; sin embargo, la obra presentó una irregularidad palpable que aún la mantiene incompleta. Pese a los planes realizados por López de Mesa y los directores de la obra, los académicos Enrique Otero, Daniel Ortega, Horacio Rodríguez y Luis A. Cuervo, el proyecto no pudo realizarse en los plazos determinados por la Ley. Desde la formulación como proyecto en los años cuarenta hasta la entrega de los primeros volúmenes corrieron casi veinte años. Los primeros volúmenes se entregaron en 1965. Posteriormente se han hecho varias entregas pero el plan no ha sido realizado a plenitud, pese a la publicación de 24 tomos en 49 volúmenes. El proyecto inicial de 21 volúmenes fue sobrepasado con facilidad y el incumplimiento de algunos autores contratados o las dificultades en la financiación de los distintos volúmenes han hecho imposible la consolidación de esta labor.

Pese a la homogeneidad del proyecto ideológico y metodológico de la Academia, la obra resultó sin uniformidad y con una calidad muy desigual. Pese a que la mayoría de los autores pretenden colaborar en la explicación sobre una "unidad de existencia histórica concreta". Si bien la Academia pudo consolidar una representación de la nación en el ámbito cultural colombiano, su orientación metodológica no logró un consenso absoluto.

---

<sup>30</sup> Ley 13 de 1948 (3 de octubre), en *Academia colombiana de historia*, Op. cit. pp. 47-48

### Las discrepancias en el monolito

El ejercicio de la Academia Colombiana de Historia monopolizó paulatinamente el espacio de la educación y se presentó como la versión acabada del proceso histórico colombiano así como la justificación misma de la patria y de sus símbolos. Sin embargo, no fue un esfuerzo que contara desde sus orígenes con la unanimidad. Al interior de la propia Academia se presentaron disidencias y formulaciones novedosas que se expresaron en diversos momentos a través de la polémica y las disensiones. La más renombrada de estas posturas críticas la formuló un breve escrito del Académico Juan Friede.

El historiador europeo sostenía que la historia en Colombia se cultivaba por un pequeño número de personas que se ocupaban con el pasado por razones familiares o por conveniencias políticas e ideológicas. Esta forma de trabajar la historia no permitía, según él, una investigación seria y sistemática y más bien promovió la improvisación y la confusión con el género literario:

En ninguna universidad colombiana existe una Facultad de Historia o Institutos de Investigación Histórica como los hay en Chile, Argentina y otros países. La historia la hace cualquiera que tenga suficiente ocio o entradas económicas que se lo permitan. Las Academias de Historia, únicas instituciones que mal o bien se preocupan por la historia de Colombia, no pueden sustituir a los institutos de investigación ni a las facultades universitarias, así como la Academia de la Lengua no sustituye a los estudios lingüísticos. Su objeto natural e inherente es la *regulación* y no la investigación.<sup>31</sup>

Es decir, para Friede la tarea de los Académicos sólo se limitaba a una “*interpretación* de los hechos —a veces incluso insuficientemente estudiados— con el fin de confirmar tal o cual postura ideológica”. De esta forma, la mayoría de las publicaciones de la Academia no representaban

<sup>31</sup> Juan Friede, “La investigación histórica en Colombia”, en *ECB*, vol. VII, núm. 2, 1964, p. 221. La cursiva es del original.

una “severa y reposada investigación” sino que eran la manifestación más concreta de la improvisación y la generación de “obras que por su estilo y planteamiento pertenecen más bien al género literario que al histórico.” Por eso, concluía el célebre historiador europeo que

(...) tal situación produce en los pueblos que ignoran su trayectoria histórica o solo la conocen superficialmente, una especie de “complejo de inferioridad” ante las influencias o las acciones del exterior o ante los graves problemas que se presentan en su vida nacional. Creo que cualquier observador desapasionado puede fácilmente constatar que Colombia está en esta situación y lo estuvo no pocas veces en el pasado.<sup>32</sup>

Las aseveraciones de Friede, especialmente el señalamiento del papel regulador de la Academia, pusieron en claro el carácter con el cual se desarrollaban las actividades de la Academia. Por supuesto, el texto promovió una respuesta redactada por el presbítero Rafael Gómez Hoyos que expresaba el sentir de la institución y que se publicó inmediatamente después que apareció la muy breve síntesis de la posición de Friede.

La contestación de Gómez Hoyos es muy etérea en la medida que responde a los planteamientos que expuso Friede en el seno de la corporación y del que el artículo citado anteriormente es sólo una breve síntesis. Los planteamientos de Friede quedaron en ese ámbito y Gómez Hoyos responde de acuerdo a esas discusiones y no como una referencia detallada al artículo publicado por Friede. El artículo de Gómez Hoyos se limita a tomar una serie de puntos muy generales y sueltos a los que responde con la cita de argumentos de los más variados que oscilan entre Rickert, Toynbee y Menéndez y Pelayo. De todos modos, el artículo reafirmó los puntos básicos sobre los que descansaba la actividad de la Academia: la defensa a ultranza de los héroes, de las grandes personalidades y el reconocimiento de que

---

<sup>32</sup> *Ibíd.* p. 222

El hecho innegable de que el factor económico y el hombre medio, el hombre común, hayan adquirido en nuestros tiempos una notoria preponderancia, no autoriza a mirar el pasado histórico bajo este sólo prisma y con este criterio esencial y casi excluyente.<sup>33</sup>

A pesar de que el artículo de Gómez Hoyos se realizó como una serie de replicas esbozadas al interior de la Academia, se publicó en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* como un informe aprobado unánimemente para cerrar el debate, al que no se le dio mayor publicidad por petición del propio Friede, y en el que se expresa finalmente como

(...) una proposición en la cual la Academia, reafirmando su criterio tradicional, rechace los principios expuestos por el académico Friede, y manifieste por lo menos su extrañeza ante los ataques injustificados de que ha sido objeto por parte de uno de sus miembros de número.<sup>34</sup>

La Academia no aceptó una disidencia en su interior y trató, por los medios a su alcance, de conservar sus "criterios tradicionales".

El historiador polaco, a pesar de sus diferencias, aceptó las directrices de la Academia al mantener en privado las consideraciones que hizo y al colaborar en la máxima empresa de la institución: la *Historia Extensa de Colombia* donde publicó algunas de sus contribuciones más importantes en torno a las sociedades indígenas colombianas, campo en el que fue un pionero y en las que mantuvo una postura distinta a la pregonada por la Academia. En esta colaboración manifestó abiertamente su oposición al cultivo de "la historia heroica" que considera a los individuos como los genuinos promotores de la historia. Para Friede

La investigación del pasado enseña que ningún individuo, se trate de un jefe militar, legislador, filósofo o artista, actúa en el vacío y sin el concurso —positivo, restrictivo o negativo— de grupos sociales a cuya estructura material y espiritual pertenece. Es la sociedad la que, en último término, acepta o rechaza su intervención: unas veces

<sup>33</sup> Rafael Gómez H., "Replica a las observaciones críticas del académico Friede", en *BCB*, vol. VII, núm. 6, 1964, p. 989

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 993

pasivamente; otras, por el contrario, precediendo una lucha entre los diferentes grupos de intereses.<sup>35</sup>

Juan Friede apuntó al núcleo que daría pie al desplazamiento del monopolio del conocimiento histórico ejercido por la Academia. Sus observaciones coincidían con las constataciones que hacían los propios miembros de la Academia a mediados de los años ochenta. Para ellos era muy claro que las vicisitudes externas e internas de sus miembros llevaban al paulatino aislamiento de la corporación.<sup>36</sup>

Por otra parte, Friede indicó cómo la institución gubernamental no se había ocupado con la tarea de formar profesores. Además, la pertenencia a la corporación se mantuvo a través de la calidad de “ciudadano ilustre” o por tener un “comprobado interés por los estudios históricos”. A raíz de las críticas llevadas a cabo por Friede, la corporación convocó a reuniones sobre métodos de investigación y enseñanza de la historia y se plasmó este esfuerzo en el reconocimiento oficial en 1969, de los cursos impartidos por el Instituto Superior de Historia de Colombia, fundado en 1963.

El Instituto retomó la cátedra de Historia de Colombia que se impartió con mucha irregularidad desde 1939 y trató de revivir al desaparecido Instituto de Estudios Históricos creado en 1952, que hacía parte de las actividades de la Academia proyectadas hacia la comunidad y como un sustento de los programas oficiales de educación secundaria.<sup>37</sup> Sin embargo, la poca importancia de la “historia patria” en el programa escolar no compensaba el esfuerzo y la presión para llevar a cabo la formación de los maestros.

---

<sup>35</sup> Juan Friede, “Introducción”, en Juan Friede, *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Lerner, 1965, p. VI (Historia Extensa de Colombia, 2)

<sup>36</sup> Cf. Oswaldo Díaz, “Informe de labores correspondientes al año académico 1964-1965”, en *BHA*, vol. LII, núms. 612-614, 1965, pp. 654-670 y

<sup>37</sup> Cf. Antonio Cagua, “Historia del Instituto Universitario de Historia de Colombia”, en *BHA*, vol. LXXV, núm. 760, 1988, pp. 127-139

A pesar de las limitaciones, la presencia de una preocupación por formar maestros representó el interés de la Academia por tratar de ganar terreno en este campo. Sin embargo, esos esfuerzos fueron tardíos y coincidieron con el desplazamiento de la Academia del ámbito de la educación oficial y del panorama cultural colombiano. Este hecho se consolidó con la creación del Instituto Colombiano de Cultura —COLCULTURA—, en 1968. El decreto que lo fundó indicó que era una entidad adscrita al Ministerio de Educación Nacional y debía hacerse cargo de la elaboración, desarrollo y ejecución de los planes de estudio y fomento de las artes y las letras, así como el cultivo del folklóre nacional y el establecimiento de bibliotecas, museos y centros culturales. De esta manera, al Instituto se le encargó el cuidado del patrimonio cultural del país representado institucionalmente por la Biblioteca Nacional, la División de Museos, el Archivo Nacional, el Centro de Restauración, el Instituto Colombiano de Antropología, la División de Inventario del Patrimonio Cultural y el Centro Colombiano de Documentación, Información e Investigación del Patrimonio Musical.<sup>38</sup> Es decir, COLCULTURA desplazó de buena parte de las responsabilidades que se le habían asignado a la Academia en su fundación.

Por otra parte, el peso de la Academia en los planes oficiales disminuyó desde los años veinte debido a la ínfima intensidad horaria de la historia nacional en los programas oficiales de enseñanza, reducida a dos horas semanales, ampliadas coyunturalmente en 1948, pero hechas a un lado nuevamente con la pérdida del carácter oficial de la Academia en 1958 cuando se expidió la Ley 49 de 1958 (18 de diciembre), donde se decretaba que:

*Artículo 1°.*— La Academia Colombiana de Historia es entidad cultural autónoma de derecho privado, sin carácter oficial, aunque continuará

---

<sup>38</sup> Valentina Marulanda y Jorge E. Ruiz, *La política cultural en Colombia*, París, UNESCO, 1976, pp. 32-35

siendo cuerpo consultivo del Gobierno Nacional, de los Departamentos y de los Municipios en materia de historia.

*Artículo 6°.* —Derogase el Decreto Legislativo número 2834 de 8 de noviembre de 1952 por medio del cual se creó el Instituto de Estudios Históricos (...)

*Artículo 7°.* —A partir del 1° de diciembre de 1958, créase la Sección de Coordinación de Estudios Históricos en el Ministerio de Educación Nacional (...)<sup>39</sup>

Una década después de publicadas las reflexiones de Friede, el gobierno nacional adoptó una revisión de la enseñanza de la historia en la guía curricular de 1974-1975. Allí se abandonó la glorificación del pasado y se le dio mayor peso al tratamiento de los problemas y los procesos socioeconómicos. Era, pues, clara la presencia de nuevas formas de abordar el pasado y que esos nuevos modos habían alcanzado un lugar importante en el ámbito cultural colombiano, especialmente en las universidades públicas de las principales ciudades del país desde fines de los años sesenta.

La homogeneidad ideológica y metodológica de la Academia no impidió que se presentaran otra serie de dificultades propias de un organismo privado sin ningún sentido de responsabilidad profesional. Por ejemplo, padeció los problemas del ausentismo de sus miembros, poca rotación en sus directivas, aislamiento dentro del ámbito educativo y social, limitación en los recursos.<sup>40</sup>

No obstante, todas las dificultades vividas por la Academia, su constancia es relevante. El *Boletín* se publica ininterrumpidamente casi desde la fundación de la institución. Pero quizá, lo más sorprendente es la pervivencia del espíritu con el que fue fundada hace cien años: la Academia “conserva y palpita todo aquello que encarna a Colombia en su

<sup>39</sup> Cf. Ley 49 de 1958 (18 de diciembre)

<sup>40</sup> Cf. Gustavo Gómez, “Ponencia sobre unificación de normas generales para la fundación y funcionamiento de Academias de Historia regionales y Centros de Historia”, en *BHA*, vol. LVI, núms. 660-662, 1969, pp. 549-560



dimensión de patria, se le rinde culto permanente, se acrecienta con el estudio diario y se guarda con honor y con orgullo.”<sup>41</sup>

### **El diálogo de sordos**

Sobre las Academias de Historia fundadas en América Latina a fines del XIX y principios del XX pesa una enorme lapida de acusaciones negativas. La historia profesional que surgió en los años sesenta como la gran renovadora de los estudios históricos nacionales planteó una ruptura política y metodológica con estas corporaciones pero sin hacer una evaluación crítica de los aportes y de las deficiencias de estas entidades. A nivel latinoamericano, las reflexiones historiográficas sobre el quehacer de las Academias son escasas y mediadas más bien por los prejuicios que por la valoración científica.<sup>42</sup> Sin embargo, no se puede desconocer el esfuerzo pionero realizado por Germán Carrera Damas, en el caso de la historia venezolana, ni el balance realizado por los historiadores convocados en torno al tema de la Junta de Historia y Numismática en Argentina, así como las colecciones de historiografía promovidas por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

---

<sup>41</sup> Roberto Velandía, “Informe de labores de la Academia Colombiana de Historia en el periodo de octubre 1998 a octubre 1999”, en *BHA*, vol. LXXXVI, núm. 807, 1999, p. 981.

<sup>42</sup> Germán Carrera Damas esbozó las características recurrentes de la historia tradicional venezolana: relativa pobreza temática, fuerte carga anecdótica, escasa elaboración intelectual e inquietud filosófica, metodología precaria y rudimentaria, tenaz supervivencia de los “nudos historiográficos”, relegación de problemas básicos, poca atención a cuestiones metodológicas estructurales, lento desarrollo de la crítica, estrecha relación con el poder público, desorbitado culto al héroe, fuerte carga literaria y excepcionales realizaciones aisladas. “Introducción: sobre la historiografía venezolana”, en *Historia de la historiografía venezolana*, Op. cit., pp. XXII-LX. Estas características se repiten en las pocas reflexiones que se dedican a reflexionar sobre el papel de las Academias de Historia y sus producciones. Lo que se ha impuesto más bien es una serie de lugares comunes que no necesitan ser explicados. En este sentido es muy importante el trabajo de Carrera Damas, que puede contrastarse con las valoraciones que hacen muchos de los historiadores profesionales, y muchos otros intelectuales, sobre los legados de sus contrapartes “tradicionales”. Al respecto es ejemplar, para citar un caso reciente, Jorge Núñez Sánchez, “La historiografía ecuatoriana contemporánea” en *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), vol. 53, núm. 1, 1996, pp. 277-308 y en el caso colombiano la descalificación de esa “erudita esterilidad” en Rafael Gutiérrez Girardot, “El debate de los historiadores” en *La Prensa* (Bogotá), 13 de abril de 1989.

En Colombia no existen esfuerzos similares. El breve trabajo de 1969 escrito por Jorge Orlando Melo observó justamente que la tarea más urgente para los “nuevos” estudios históricos del pasado nacional, que describe con tanta claridad, era la necesidad de dialogar con la tradición: “someter a una reelaboración crítica el material aportado por la historiografía tradicional” que permitiría

utilizar con plena confianza la información ya existente; establecer, en los casos en que sea posible, interpretaciones alternativas, y evaluar el verdadero nivel de los conocimientos actuales sobre cualquier problema dado.<sup>43</sup>

Lo cual se reflejaría en el rompimiento de los esquemas temporales prevalecientes y en las temáticas y problemas abordados. Casi veinte años después Germán Colmenares comprobaba que una obra como la de José Manuel Restrepo contenía “todos los temas posibles de investigación” sobre el período de la Independencia; aunque, debían superarse sus esquemas interpretativos, tarea aún irresuelta.<sup>44</sup> Es decir, el diálogo entre las distintas posturas historiográficas en Colombia seguía sin establecerse.

La ausencia de un diálogo entre corrientes disímiles al interior de la escritura de la historia nacional en Colombia se expresó con toda su dramaticidad a fines de los años ochenta. Para estas fechas los historiadores profesionales habían desplazado del ámbito educativo las interpretaciones de los historiadores Académicos. Esta labor se desarrolló a través de la exposición de los nuevos criterios para explicar el pasado nacional establecidos por medio de los nuevos textos escolares y los manuales para el gran público escritos desde fines de la década de los setenta. Las tensiones quedaron plasmadas en las recurrentes observaciones hechas por los académicos en su *Boletín de Historia y*

<sup>43</sup> Jorge Orlando Melo, “Los estudios históricos en Colombia”, Op. cit., p. 26

<sup>44</sup> Cf. Germán Colmenares, “La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, en Germán Colmenares, Zamira Díaz, José Escorcía, Francisco Zuluaga, *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 7-23 (Colección Autores Nacionales: tercera serie, 7)

*Antigüedades* donde no ocultaron la animadversión a la nueva producción histórica. La mayoría de estas observaciones no se ocuparon con la totalidad de las obras cuestionadas y por lo general demuestran el poco conocimiento de las corrientes históricas que combaten. Muestra de ello es la recurrencia en los argumentos *ad hominem* más que el debate de las interpretaciones.

En 1978, por ejemplo, se publicó una de las principales obras escritas para “el gran público”, en la que participaron la mayoría de los primeros historiadores profesionales colombianos, y que como se verá posteriormente, fueron editados bajo la coordinación de Jaime Jaramillo Uribe, el iniciador de los estudios profesionales de historia en Colombia. A esta publicación se le presentaron varias réplicas de parte de los miembros de la Academia y también, de aquellos que participaban en la política; es el caso de Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano Gómez, que reseñó con franca antipatía y manteniendo el espíritu partidista por delante, la publicación del *Manual de historia de Colombia*. Afirmaba el político conservador:

(Los temas tratados en el *Manual A. B.*) están concebidos por un fuerte acento partidista de izquierda donde lo único ameno y gracioso para el lector versado en los temas es la desembozada ironía con la que una generación de historiadores iracundos se dedica a la tarea de demoler los últimos signos supervivientes de la cultura liberal que ha sido tan influyente en Colombia durante los últimos cincuenta años (...) Lo suficiente, entonces, como para creer que el liberalismo está agotando la vitalidad de su fuego primitivo y que es llegada la hora de sustituir su predominio por el de una concepción política e ideológica de dimensiones innovadoras y creadoras como son las del conservatismo. Nuestro partido, en efecto, sale bien librado de la historia *oficial* que los marxistas le han escrito a Colcultura.<sup>45</sup>

---

<sup>45</sup> Álvaro Gómez Hurtado, “Recordando con ira”, *El Siglo*, 30 de diciembre de 1980. Este artículo ejemplificó sus apreciaciones sobre el *Manual* con base en el artículo de Rafael Gutiérrez: “La literatura colombiana en el siglo XX”. El catedrático elaboró una demoleadora respuesta: “La ciencia conservadora”, en *Gaceta de COLCULTURA* (Bogotá), núm. 35, 1981, pp. 21-24. Una de las primeras recepciones negativas de la “Nueva Historia” en el seno de la Academia se encuentra en Roberto M. Tisnés, “Don Tomás Rueda Vargas (1879-1943)”, en *BHA*, vol. LXVI, núm. 727, 1979, pp. 525-547. En el

Desde la Academia, la obra fue recibida igualmente con muchos recelos. En la reseña del primer volumen realizada por Roberto María Tisnés, se encuentran señalamientos como los siguientes:

Es lamentable que existan historiadores tendenciosos, que escriben historia "dirigida", sea ella personal o de clan, religiosa o política (...) Triste pero necesario resulta afirmar que no faltan los tales historiadores, no ya entre los nuevos cultores de la historia sino aún entre los viejos. Curiosamente enfilan sus baterías casi siempre en una sola dirección: la religiosa, y contra una sola iglesia: la católica, parte esencial no ya de la nacionalidad colombiana y americana sino de todo el mundo occidental.

La historia no necesita de estos maquilladores, o mejor, deformadores. Y no sólo no los necesita sino que los desconoce y desprecia, y tarde o temprano se encargara ella misma de ponerlos en la picota como adulteradores y falsarios.<sup>46</sup>

La cima de este ir y venir de descalificaciones se dio en 1985 cuando el presidente de la Academia Colombiana de Historia, Germán Arciniegas, atacó el libro de texto para educación primaria titulado *Nuestra Historia* escrito por Rodolfo de Roux. La acometida se basaba en los siguientes argumentos:

La parte consagrada a la Independencia tiene su importancia para nosotros. La Nueva Granada pesó tanto en esta empresa que al liquidarse la guerra cargó con el cincuenta por ciento de los gastos. Tal fue la proporción de sus servicios dentro de la Gran Colombia. Bolívar liberó a Venezuela en la Campaña Admirable con un ejército granadino. En la cartilla esto ocupa tres veces menos espacio que la ayuda del negro Petión en Los Cayos. Tuvimos un Ricaurte, Girardot, Padilla y Córdova, que se suicidaron o fueron asesinados después de haberse ganado por sus actos heroicos las más grandes victorias de la

---

ámbito de la polémica sobre los manuales está el artículo de Antonio Cagua, "La enseñanza de la historia de Colombia", en *BHA*, núm. 766, 1989, pp. 641-664

<sup>46</sup> Roberto M. Tisnés, "Notas bibliográficas. *Manual de Historia de Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura, T. 1, varios autores, dirección e introducción general Jaime Jaramillo Uribe, Bogotá, Ed. Andes, 1978, 600 páginas", en *BHA*, núm. 724, 1979, p. 135

guerra —San Mateo, Bárbula, Maracaibo, Ayacucho —. Ninguno de los cuatro figura en el texto.<sup>47</sup>

Tales argumentos fueron consolidados con una serie de editoriales y reportajes en los que Arciniegas manifestó:

La impresión que queda después de terminar los libros es opuesta a la de los libros de historia de los Estados Unidos, en los que los muchachos tienen la sensación de pertenecer a un país que surge constantemente, lleno de optimismo y de ambición (...) De otra parte, la Academia le ha pedido muchas veces al Ministerio de Educación que, como parte del establecimiento, les deje revisar los textos de historia, pero no lo han logrado.<sup>48</sup>

La polémica fue mucho más allá y abarcó posteriormente libros de texto del bachillerato, especialmente el libro para secundaria escrito por Salomón Kalmanovitz: *Historia de Colombia*

(...) por las denuncias que reiteradamente se han venido haciendo en la prensa capitalina sobre la compra por el Ministerio de Educación Nacional de libros de historia patria escritos con franco criterio partidista y la intención de desvirtuarla, demeritar a nuestros próceres, sembrar en la conciencia de las nuevas generaciones la simiente de la lucha de clases, todo ello con ocultos, pero muy definidos propósitos políticos que tienen por finalidad destruir la conciencia de patria, menoscabar el orgullo nacional, vulnerar el sentimiento de nacionalidad, despersonalizar culturalmente a las nuevas juventudes, crearle al país una imagen cargada de odios desde sus orígenes y ofrecerlo así ante las demás naciones del mundo.<sup>49</sup>

Estas afirmaciones fueron rápidamente apoyadas por el siguiente editorial del periódico conservador *El Siglo*:

<sup>47</sup> Germán Arciniegas, "Historia a patadas", en *El Tiempo*, (Bogotá), 3 de octubre de 1985.. Cf. el análisis hecho por Hans J. König, "Los caballeros andantes del patriotismo", Op. cit., pp. 135-154

<sup>48</sup> "Motilando próceres", en *Semana* (Bogotá) 23 de diciembre de 1985. Otros escritos que respaldaron esta posición son. "Discurso para los niños", en *El Tiempo* (Bogotá), 5 de octubre de 1985 y Germán Arciniegas, "La gallina Nicaragua", en *El Tiempo* (Bogotá), 14 de noviembre de 1985.

<sup>49</sup> "Pronunciamento de la Academia Colombiana de Historia sobre los textos 'Nuestra Historia' (Editorial Estudio) de Rodolfo de Roux y 'Historia de Colombia. Grado 9' (Editorial El Cid) de Salomón Kalmanovitz y Silvia Duzán", suscrita por Germán Arciniegas en *El Tiempo* (Bogotá), 24 de febrero de 1989

Preciándose de “historiador científico” como todos los que investigan deslumbrados por lentes marxistas, don Salomón presume de heraldo mesiánico de las corrientes renovadoras de la historiografía (...) El texto de historia que el advenedizo autor defiende pasa por alto los hechos gloriosos que jalonan nuestro pasado y, claro está, hace caso omiso de quienes en ellos tuvieron heroico protagonismo (...) apoyado en los programas oficiales que rebajaron la enseñanza de la historia patria revolviéndole orientación esencialmente económica y social (...) trata de desestabilizar las instituciones y abonar desde la escuela el campo del imperio del marxismo.<sup>50</sup>

La polémica no sólo dejó al descubierto el tema de los usos del conocimiento histórico, y no tanto de los modos de investigar sobre el pasado nacional. Asimismo, puso sobre la mesa la intolerancia política que se desplegó por el país durante todo el siglo XX. Pero sobre todo, esta polémica y los puntos que salieron en las discusiones describieron el anquilosamiento de la Academia y la ruptura con la historia profesional, lo cual no se expresó en el reconocimiento de los aportes de uno y otro lado. La intolerancia arribó también al mundo académico. En lugar de que esta discusión permitiera establecer un diálogo entre ambas “comunidades” de historiadores que permitiera la asimilación de una tradición de conocimiento el resultado fue el desconocimiento y la descalificación *a priori*.<sup>51</sup>

Pese a las consideraciones de cada uno de las corrientes enfrentadas en esta polémica es necesario reconocer las debilidades y las fortalezas de

<sup>50</sup> *El Siglo* (Bogotá), 9 de marzo de 1989. Afirmaciones similares se encuentran en “Editorial: Salvemos nuestra historia”, en *El Tiempo*, 1 de abril de 1989 y en los artículos de Arciniegas mencionados atrás.

<sup>51</sup> Las manifestaciones de la intolerancia y el diálogo de sordos se encuentra en las siguientes publicaciones: Jorge Orlando Melo, “Academia vs Nueva Historia. Polémica mal planteada”, en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 9 de abril de 1989 y “El debate por la Historia: dialogar ante la intolerancia”, en *Magazín Dominical de El Espectador*, 30 de abril de 1989. También en Rodolfo de Roux, “Historia, democracia, intolerancia. Un episodio colombiano”, en *L'Ordinaire Latino-Americain* (Toulouse), núm. 162, 1996, pp. 76-80; Germán Colmenares, “La batalla de los manuales en Colombia”, en Michael Riekenberg (comp.), *Latinoamérica: enseñanza de la historia*, Op. cit., pp. 122-134 y la muy útil compilación de artículos de la prensa en torno a este enfrentamiento: *A propósito de una polémica: ¿nuestra historia?*, Bogotá, Editorial Estudio, 1985. Debo agradecer en este sentido los comentarios sobre este tema y las publicaciones que me facilitó Rodolfo de Roux.

cada una de ellas. El desenvolvimiento de cada una de estas posturas en los procesos históricos colombianos del siglo XX podrían ayudar a reorientar esta polémica todavía no saldada debido a la intolerancia de las partes. Por eso, es importante reconocer que desde los años cuarenta, cuando la Academia de Historia giró en torno a la nueva hegemonía política del país se comenzaron a vislumbrar nuevos caminos para el quehacer histórico en Colombia.

119



**CAPÍTULO III**

**EL REVISIONISMO LIBERAL:  
LOS DIVULGADORES Y LAS NUEVAS TENDENCIAS METODOLÓGICAS**

La historia colombiana continuó en el siglo XX en el campo de la lucha partidista e ideológica, como había ocurrido en el XIX, pero ahora este ejercicio sobre el pasado nacional contaba con nuevos fundamentos epistemológicos. A pesar de ello, durante el siglo XX tanto los Académicos como los grupos dirigentes y los movimientos políticos, tradicionales y de oposición como los partidos de izquierda, compartieron la imagen "ideal" sobre la nación colombiana acuñada en el siglo XIX; aunque representaban proyectos políticos distintos.

La hegemonía que había ejercido durante décadas la producción de la Academia de Historia comenzó a ser desplazada, no sólo por el surgimiento de nuevas ideas que servían de base a las nuevas interpretaciones de la sociedad colombiana sino a la declinación política de los grupos más conservadores dentro de las esferas de la vida pública del país. Dentro del espectro político nacional el Partido Conservador dio inicio a un repliegue ante el avance que hacían los distintos grupos liberales.

Los diferentes agregados a las interpretaciones de la nación expuestas por la Academia surgieron de una nueva forma de escribir sobre la historia nacional: la vía de la divulgación. Los divulgadores de historia fueron parte de los grupos liberales más moderados pero que habían estado excluidos del panorama político nacional. Es decir, los escritos de divulgación propiciaron la fundamentación de una nueva aproximación partidaria al pasado nacional. Los divulgadores escribieron para el "gran público" a través de revistas y periódicos. Sin embargo, la divulgación no implicó, generalmente, una ruptura con los criterios metodológicos y ciertos principios interpretativos empleados por la Academia.

Los afanes de divulgación fueron impulsados a través de varias figuras del Partido Liberal proporcionaron ciertos aspectos novedosos sobre el pasado nacional aunque esencialmente no proporcionaron una imagen distinta a la que había predominado durante la "república conservadora". Estos liberales moderados hacían parte consustancial de

aquel proyecto. En el caso de Germán Arciniegas, por ejemplo, una parte de su obra sentó las bases para la recuperación del “pueblo”, en los términos de la “masa” o la “plebe” como elemento constitutivo de la nación. La obra del renombrado escritor bogotano representó un primer paso en los matices del esquema decimonónico: héroes contra pueblo, que después otro miembro del Partido, Indalecio Liévano Aguirre, tomaría al pie de la letra para invertir el orden de los contrincantes con fuertes matices de retórica política.

Pero los esfuerzos divulgativos de historia nacional realizados por algunos miembros de los grupos más radicales del Partido Liberal tuvo una faceta distinta. La elaboración de reinterpretaciones del pasado nacional con base en el empleo de nuevas categorías comprensivas con fuertes tendencias de ideas de la izquierda, abrieron las puertas para una transformación radical de la metodología histórica y de las bases interpretativas de la conformación republicana. La ideologización de la historia provino ahora de nuevas fuentes. El marxismo, especialmente, se plasmó en trabajos individuales que finalmente llevaron a la renovación de los estudios históricos en el país.

La presencia de criterios marxistas para abordar el pasado nacional implicaron, de hecho, la presencia de un nuevo proyecto nacional en disputa con el que había precisado la Regeneración y que compartían los grupos liberales moderados. La nueva inspiración de este esfuerzo político y la interpretación del pasado nacional que conllevaba, no estaba interesada en la categoría de “nación”. El marxismo que inspiró estos nuevos abordajes de la historia colombiana no propuso una nueva representación de la “nación” ni de su significación. El interés que guió estos esfuerzos apuntaron a la situación del país en el panorama del capitalismo mundial. Pretendieron, pues, hacer una evaluación y determinación de los orígenes y la forma que adoptó el capitalismo en Colombia.

Estas últimas formas de escribir la historia nacional se alejaron, por principio, de las preocupaciones que promovieron la actividad de la Academia Colombiana de Historia y de los divulgadores que le fueron contemporáneos. De este modo, la presencia de corrientes revisionistas en el desenvolvimiento de la escritura de la historia en Colombia representaron una renovación en este quehacer y sentaron las bases de lo que después llegaría a ser el ámbito de la historia profesional en el país. La obra de Luis Eduardo Nieto Arteta sintetiza este esfuerzo ya que su obra inspiró buena parte de los estudios históricos profesionales sobre el siglo XIX colombiano.

### **En busca de una patria**

A principios de siglo XX el mundo intelectual colombiano asumió la necesidad de comprender la realidad que se transformaba ante sus ojos. En este sentido, el pasado comenzó a utilizarse por ciertos autores como un recurso para abordar la realidad novedosa del país. Inicialmente estos estudios debieron presentarse como una materia sociológica. La producción de buena parte de los intelectuales colombianos jóvenes de este período en todo los ámbitos del conocimiento y la creación estuvo marcada por la necesidad de definición de "la patria". A pesar de los esfuerzos de unificación y homogeneización de la Regeneración, imperó el tono regional en las definiciones dadas sobre el país.

Los procesos de vinculación con el mercado mundial a través de los auges agroexportadores del café, el banano y el petróleo, fortaleció a los núcleos urbanos y regionales diferentes a Bogotá y debilitó a los principales centros urbanos Coloniales. El estancamiento de ciudades y regiones como Popayán y el Cauca en general, así como las regiones de Girón, Socorro, Mompo, Cartagena, cedieron terreno a la dinámica de ciudades vinculadas al café como Cali, Medellín, Manizales y Barranquilla o al petróleo como Bucaramanga y Barrancabermeja. Como en la época

Colonial y el breve experimento de la Gran Colombia, Bogotá no contó con la fuerza ni la unanimidad para imponer sus modelos culturales y sus imágenes del país.

La creencia sobre el predominio de la figura de “El Cachaco Bogotano” como tipo social representativo de la sociedad colombiana, tal y como lo propuso Tomás Rueda Vargas en los años diez y treintas, la sostuvo, sesenta años después, un historiador como Marco Palacios. Según los análisis propuestos por el historiador bogotano, las tres primeras décadas del siglo XX en Colombia representaron la eclosión de símbolos de cohesión e identificación profundos y duraderos que iban de la mano con “la centralización del poder”. Uno de esos símbolos, quizás el principal, lo constituyó “El Cachaco”, que se impuso sobre los demás tipos provincianos. El triunfo del “Cachaco”, explica Palacios, se debió a que encarnó el modelo de “la civilización”: el bien hablar, el bien vestir, la urbanidad y el apego a la legalidad formal; unido, por supuesto, a la hegemonía oligárquica en el orden político y económico que se expresó en la genealogía de los hombres en el poder desde 1890.<sup>1</sup>

Las consideraciones de Palacios son muy discutibles si se tiene en cuenta el señalamiento sobre la profunda regionalización del país y la aparición de figuras como Fernando González. La obra de González, por ejemplo, se contrapone explícitamente a la imposición de modelos provenientes de la Sabana bogotana y propugna por imponer su modelo regional al país, extremando la orientación de una obra como la que desarrolló el importante escritor antioqueño Tomás Carrasquilla (1858-1940).<sup>2</sup> Al igual que González, el trabajo del escritor huilense José Eustasio Rivera (1889-1928) descubrió literariamente en *La vorágine* (1924), una realidad histórica y cultural: los llanos y la selva. La

---

<sup>1</sup> Cf. Marco Palacios, “La clase más ruidosa. A propósito de los Reportes Británicos sobre el siglo XX colombiano”, en *Eco. Revista de la Cultura de Occidente* (Bogotá), núm. 254, 1982, especialmente pp. 131-133

<sup>2</sup> En este sentido es útil confrontar obras suyas como *Santander* (1940) que será tratada con detalle más adelante.

descripción de la realidad sobre la que se constituía más de la mitad del territorio del país, puso en claro los límites de las pretensiones centralizadoras de la “república conservadora”. A estos intentos se puede añadir que en la primera mitad del siglo también se abrieron paso las primeras aproximaciones realizadas para caracterizar una cultura del Caribe colombiano. Este proyecto enraizó en los logros del llamado “Grupo de Barranquilla”, del cual se alimentó en buena medida la obra de Gabriel García Márquez. Estos impulsos coincidieron con los desarrollos que en el campo pictórico alcanzaron las obras de Alejandro Obregón, Enrique Grau y Fernando Botero, cuyos referentes no se instalaron en los modelos de la Sabana.

Estos esfuerzos culturales manifestaron, entonces, el rechazo a las interpretaciones hechas desde la capital y los criterios centralistas de los intelectuales santafereños de autoproclamarse como el modelo cultural de la nación. Las obras artísticas apelaron a normas y valores completamente diferentes a los que respaldaron la constitución de la nación colombiana planteada a fines del siglo XIX por los gobiernos de la Regeneración.

En el ámbito de la pintura, por ejemplo, la obra de Andrés de Santamaría (1860-1945) fue fundamental para el cambio en el gusto de los pintores colombianos de la época.<sup>3</sup> Pero una formulación más abierta acerca del tema colombiano en la pintura se integró en los años treinta cuando surgió el *Grupo Bachué*. El conjunto de artistas que lo integraron trataron de buscar una expresión colombiana con raíces indígenas y mestizas que tuvieran un alcance social. Si bien la influencia del

---

<sup>3</sup> Desde 1904 hasta 1911 fue director de la Escuela de Bellas Artes. Bajo su dirección se marcó el desarrollo del paisajismo dentro de la tradición plástica colombiana. Con este rumbo, Santamaría sería el primero en abandonar la complacencia por el retrato para proponer un incipiente nacionalismo pictórico a través de la utilización de elementos del paisaje colombiano mediante técnicas europeas; lo cual, entroncó con el desenvolvimiento del costumbrismo pictórico que desde principios del siglo XIX utilizaba elementos de la cotidianidad colombiana como temas. No obstante, los trabajos costumbristas no tuvieron reconocimiento alguno dentro de los grupos dirigentes del país en comparación con los temas históricos y religiosos abordados y difundidos por la Academia de Bellas Artes.

muralismo mexicano es notoria, las obras de sus miembros no sobrepasaron, como ellos pretendían, el ámbito cerrado de las capas más pudientes de la sociedad colombiana. La búsqueda de un arte para las masas afincado en los temas y elementos que utilizaron no fue capaz de rebasar los muros del intelectualismo.

La mirada vuelta a la realidad nacional coincidía también con una apertura hacia el mundo en el campo de las letras. El ámbito literario colombiano de fines del siglo XIX, dominado por el romanticismo y el costumbrismo, vio surgir y perecer la figura del gran poeta modernista José Asunción Silva (1865-1896). A la misma altura, delimitada al campo de la crítica literaria, Baldomero Sanín Cano (1861-1957) marcó la brecha moderna que debía seguir la crítica literaria en Colombia. Silva y Sanín representaron una ruta distinta del mundo literario colombiano dominado por las aportaciones y tendencias de los líderes políticos e intelectuales de la Regeneración: Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro.

En la literatura colombiana de principios del siglo XX surgió, paulatinamente, un proceso de secularización que se manifestó con la aparición de la novela urbana y de las vanguardias. En este sentido, la conformación de un fenómeno literario como *Los Nuevos*, en la segunda década del siglo XX, constituyeron el primer intento consciente de poner en tela de juicio a la “república conservadora”. Los integrantes de este grupo literario, que de ninguna forma conformaron un grupo homogéneo ni en ideología ni en edades, algunos de los cuales participaron de las corrientes políticas provenientes del socialismo, pusieron en juego y sacaron las consecuencias de los llamados de la crítica literaria elaborada por Sanín Cano. Estos requerimientos apuntaron a la necesidad de que los intelectuales colombianos le echaran una mirada al mundo para que tomaran de allí los instrumentos que pudieran modernizar al país.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Cf. Germán Rubiano, “Las artes plásticas en el siglo XX”, en Jaime Jaramillo (coord.), *Manual de historia de Colombia*, vol. III, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980, pp. 415-444. Beatriz A. Mejía, *El arte colombiano en el siglo XX*, Pereira, Gráficas

Antes de la crisis de los años treinta del siglo XX y la posterior guerra mundial, los temas del “progreso” y la “modernización” son las coordenadas que orientaron la actividad intelectual en Colombia. Desde mediados del siglo XIX, la preocupación por alcanzar el “progreso” y la “civilización” se percibió como la principal inquietud de la política liberal *radical* y de la Regeneración.<sup>5</sup> En ambos periodos era claro que el país necesitaba consolidarse como una unidad nacional, especialmente, cuando las orientaciones económicas hacia el exterior inauguradas por los cultivos del tabaco y la quina requirieron decisiones de un gobierno nacional que abarcara y se superpusiera a las economías y sociedades regionales.

Un poco antes de los años veinte, cuando se inició el declive de la “república conservadora”, los cuestionamientos acerca del progreso del país fueron nuevamente explícitos y la necesidad de consolidar un mercado nacional era una urgencia. Estas preguntas correspondían a las transformaciones que vivía el país e indicaron la masificación y secularización de la sociedad colombiana. Un ejemplo de esta cuestión es la encuesta que respondió Luis López de Mesa en 1918 en la que describió la necesidad de redefinir al Partido Liberal y darle un nuevo nombre: el partido “progresista” ya que “Colombia sufría quebrantos por falta de tecnicismo en la comunidad y en el Gobierno”. López de Mesa promovió allí un programa en el que se mantuvieran los siguientes principios:

Convencidos estábamos y lo estamos aún, de que la riqueza pública es el mejor baluarte de la paz y de la cohesión nacionales. Con ella no

---

Olimpica, 1988 ( Humanística, 1) y Álvaro Medina, *El arte colombiano de los años veinte y treinta*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1995 (Premios Nacionales de Cultura 1994). Para el caso de la literatura, Cf. Rafael Gutiérrez Girardot, “La literatura colombiana en el siglo XX”, en *Manual de historia de Colombia*, vol. III, Op. cit., pp. 445-536 y David Jiménez, *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia- Instituto Colombiano de Cultura, 1992

<sup>5</sup> Cf. Salvador Camacho Roldán, “Estudio de la sociología. Discurso leído en la sesión solemne de la Universidad Nacional para la distribución de premios a los alumnos, el 10 de diciembre de 1882”, en *Cien años de la sociología en Colombia 1882-1982*, Bogotá, Universidad Nacional, 1982, pp. 1-32



hay ni puede haber traidores ni rebeldes. A ella se va por la TÉCNICA, por la capacidad productora que nos permita entrar en el concierto de los pueblos ricos.<sup>6</sup>

Estas consideraciones serán antecedentes de las reflexiones que haría el ingeniero antioqueño Alejandro López en el libro *Problemas colombianos* (1927). López estaba convencido que Colombia tenía una “fuerza directiva” deficiente; por lo tanto, cualquier mejora de las condiciones del país que le permitieran tener un sitio “respetable” en el ámbito internacional sólo se alcanzaría si se lograba la convergencia de “las clases influyentes” y “las fuerzas productoras”. Para ello propuso “llegar a un acertado diagnóstico de las fuerzas retardatarias de nuestro progreso.” El dictamen que consolidó en aquel estudio, donde la historia representaba un modo de explicar la necesidad de consolidar de manera práctica los elementos necesarios del progreso, se centró en torno a los ejes que constituyeron los problemas agrarios, de transporte y de los salarios. Todos estos campos confluían en el problema central de la educación. Es decir, tocaba los temas pendientes de la integración territorial y la nueva cuestión social. Con base en esta determinación de la situación del país el ingeniero previó la posibilidad de consolidar las condiciones para obtener inversiones de todo tipo y el fortalecimiento del Estado como uno de los pilares de esas garantías.<sup>7</sup>

El propósito final del diagnóstico de Alejandro López era la propuesta de la organización y el aumento de la productividad del trabajo en Colombia, tomando como base del estudio y de la propuesta a la región antioqueña. Como en otros intentos de este tipo el carácter regional se impuso sobre una observación del conjunto del país. No se puede olvidar, como se anotó antes, que tanto los antioqueños como los bogotanos,

---

<sup>6</sup> Luis López de Mesa, “Nuestros problemas nacionales” en *Cultura* (Bogotá), vol. 5, núm. 25-26, 1918, p. 68 Las mayúsculas son del original.

<sup>7</sup> Alejandro López, *Problemas colombianos*, Medellín, La Carreta, 1976, pp. 17-18. Una síntesis de las reflexiones hechas por el ingeniero antioqueño especialmente sobre el tema del trabajo se encuentran en *Escritos escogidos*, Bogotá, sel. y prolog. Jorge Villegas, Instituto Colombiano de Cultura, 1976 (Biblioteca Básica Colombiana, 16)

trataron de imponer sus tipos sociales como el modelo que sintetizaba el espíritu nacional, a partir de ciertos mitos de origen como de apreciaciones acerca de la situación “boyante” y “progresista” de sus regiones.

La “modernización” se entendió, pues, como una adaptación de las funciones políticas, fiscales y judiciales del Estado, así como del saber y la tecnología en función de las nuevas realidades sociales y económicas del país y del contexto internacional. Las reflexiones de Alejandro López y su apreciación de la modernización plantearon una distancia entre sus afirmaciones y el accionar político que ellas justificaron, con respecto a la cuestión ideológica y principista de la categoría de “progreso”.<sup>8</sup>

El acoso de la modernización desplazaba a las personas de “abolengo” a confundirse con la masa que invadía las calles y transformaba a la ciudad. Desde otra perspectiva, el cronista de Bogotá, José Antonio Osorio Lizarazo, señaló lúcidamente cómo se vivió en la capital la presencia de las transformaciones de la sociedad colombiana: “Mi oficio de tipógrafo ha decaído considerablemente con la invención de los linotipos. Las invenciones son muy útiles y muy buenas, y son una expresión de progreso, pero quitan el pan a los pobres.”<sup>9</sup>

Con esta terrible afirmación, Osorio Lizarazo caracterizó lapidariamente el entorno del protagonista de su novela. El relato concluye con un hombre rendido ante la vida y su entrega a “la ciudad incoherente

---

<sup>8</sup> Alejandro López participó como funcionario de las reformas modernizadoras impulsadas por el primer gobierno de López Pumarejo. El principal medio de estas reformas se había fomentado a través de misiones extranjeras contratadas por los diferentes gobiernos como la Misión Rockefeller para la salud pública (1923), la Misión Pedagógica Alemana en educación (1924), la Misión Kemmerer (1923 y 1930) para ocuparse con la modernización del sistema bancario; la Misión del Banco Mundial (1949-1953) que contrató como consultor a Lauchlin Currie de cuya gestión resultó su programa de desarrollo económico intitulado *Operación Colombia* (1961) y la labor individual de Joseph L. Lebet, *Estudio sobre las condiciones del desarrollo en Colombia* (1953-1956); de igual modo, los gobiernos de la segunda mitad del siglo XX tuvieron en cuenta, desde su fundación, los análisis y las sugerencias hechas por los organismos internacionales reguladores de la economía mundial como el Banco Interamericano de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional. Cf. Decsi Arévalo, “Misiones económicas internacionales en Colombia 1930-1960”, en *Historia Crítica* (Santafé de Bogotá), núm. 14, 1997, pp. 7-24

<sup>9</sup> J. A. Osorio Lizarazo, “La casa de vecindad” (1930), en *Novelas y crónicas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 5 (Biblioteca Básica Colombiana, 36)

y fatal". Este personaje noble pero indefenso ante el paso del tiempo y de las transformaciones tecnológicas permitieron al novelista constatar la vivencia inédita de la modernidad que empezó a desplegarse en la Colombia de principio del siglo XX.

Por eso la reacción de la "mentalidad conservadora" capitalina, como en otras partes de América Latina, volvió los ojos al "pasado ideal" donde se reconocían las jerarquías y el orden social. Esta vuelta hacia el pasado sirvió, no sólo de la nostalgia para expresar el temor hacia "lo nuevo", sino que coincidió con el uso de la historia y los temas que le interesaron a la Academia. En este marco, la historia producida por miembros moderados del Partido Liberal tomó principalmente la forma del ensayo y de la difusión y no de la investigación científica. En buena medida sus temáticas y sus puntos de partida sostuvieron el conservadurismo social, a pesar de la militancia política de sus impulsores. Su aspiración inmediata era la divulgación rápida y amplia entre las personas que accedían, de manera cada vez más numerosa, a los periódicos y las revistas o que asistían masivamente a eventos de divulgación. En este espíritu se inscriben los esfuerzos de Tomás Rueda Vargas y de Luis López de Mesa.

### **El liberalismo conservador**

Tomás Rueda Vargas fue renombrado por el prestigio que le confirieron cargos como la dirección de la Biblioteca Nacional y la enseñanza de la historia patria que desplegó en colegios de las capas acomodadas de Bogotá como El Gimnasio Moderno y el Colegio Nacional de San Bartolomé, durante las primeras décadas del siglo XX. Pero su lugar dentro del repertorio cultural colombiano lo ganó especialmente con sus escritos sobre la altiplanicie donde radica la capital de Colombia.

En octubre de 1917 impartió una conferencia sobre "La Sabana" que se constituyó en la temática principal de su producción bibliográfica. La

elección de este tema tenía que ver con un deseo de engrosar lo que él llamaba “la memoria de la patria”. En el despliegue de esta conferencia, complementada dos años después, Rueda dejó claramente asentado que esa patria se confundía con su estimación primordial: la nostalgia por el pasado. En sus rememoraciones de la geografía y la sociedad de la meseta santafereña dejaba entrever cómo en “un rincón de los más bogotanos de este Bogotá, que ya no nos dejan saborear los pitos de los automóviles” se conservó alguna vez la pureza de “la raza” y del idioma.

En 1931, Tomás Rueda ofreció otras célebres conferencias recopiladas con el título de “Visiones de Historia”. En ellas ratificó la percepción que tenía del conocimiento histórico. La historia se presentó como una serie de cuadros para la vulgarización cuya fuente era “el sentimiento”. Para el escritor santafereño su saber histórico se fundamentó en el “sentimiento antes que en el conocimiento” y su propósito era abordar “el pasado de Colombia por la ventana de la imaginación.”

Un elemento adicional en esta concepción de la historia era que la mención del pasado nacional debía ser el medio de incentivar el “sentimiento patrio”. Pero la patria se circunscribía a la temática de sus conferencias: crónicas de familias bogotanas que hundían sus raíces en el período de la Independencia, el realce de la figura de diversos héroes, especialmente aquellos que propiciaron “la democracia colombiana”; esto quería decir, aquellos hombres y mujeres de la época independentista que le dieron un toque popular al movimiento de liberación de España. Sin embargo, Rueda sostenía que la Independencia había sido eminentemente aristocrática; por eso sobresalían en sus disertaciones las figuras de la heroína Policarpa Salavarrieta (1795-1817) y el precursor Antonio Nariño (1765-1823), a los que, por supuesto, enmarcó dentro del paisaje y la sociedad de La Sabana.

La obra de Rueda Vargas es una buena expresión del insulso papel que se le atribuía al estudio de la historia y del insípido nacionalismo

colombiano de principios del siglo XX. Su reclamo por lo propio no pudo apelar siquiera a una imagen del país entero. Su atención apenas pudo explayarse en su parroquia, de la que dejó imágenes interesantes pero insuficientes para hacer un llamado a la nación porque la glorificación del paisaje sabanero y la esencialidad de sus tipos sociales son inaplicables a la totalidad del territorio que conforma el Estado colombiano. Quizá, con ello dejó en evidencia los alcances de su propia afirmación acerca de que “son tan superficiales los estudios que hacemos, tan rápida y agitada la vida que llevamos todos aquí; son tan a flor de tierra nuestras bases de cultura como los cimientos de Chapinero.”<sup>10</sup>

La nostalgia que reveló Rueda Vargas indicó las transformaciones que vivía para esos años la sociedad colombiana. Mientras la vinculación con el mercado mundial trajo al país la necesidad de la modernización en todos los ámbitos de la vida social, Rueda le habló a las “señoras” de “la sociedad capitalina” en términos completamente coloniales:

Señoras descendientes de virreyes, de oidores, de capitanes y de encomenderos, el noble intento de la Reina Católica está por cumplirse (...) Hoy sus descendientes (de los indígenas A. B.) despojados esperan en el cercado del Zipa, que se extiende a nuestros pies, que la luz de vuestros ojos vaya a iluminar su opaco espíritu (...) Recorred nuevamente la Sabana como lo hicieran enantes vuestras abuelas, vosotras, más afortunadas que ellas, pues que el adelanto de los tiempos os da mayores medios para levantar el nivel de las gentes que la Providencia os ha encomendado.<sup>11</sup>

La “seriedad” de los escritos de Rueda Vargas radicó en la forma como usaba las fuentes documentales para presentar a los héroes “tal y como fueron”, y fomentar, sin ambiciones de erudición gracias a su lenguaje suelto y agradable, el culto a los héroes y la defensa de “lo autóctono” —reducido a la Sabana— de cualquier influencia extranjera. Ya

<sup>10</sup> Tomás Rueda Vargas, *Visiones de historia y la Sabana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976, p. 87 (Biblioteca Básica Colombiana, 4)

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 117

que “la comprensión (...) del ambiente en que viven y se mueven nuestras gentes, la manera como las afectan las modas universales” tiene el anhelo de que esas modas “no desdibujen y destiñan la personalidad nacional, que apenas se esboza”; según lo indicó la presentación que hace de sus textos su amigo, el presidente liberal Eduardo Santos (1938-1942).

La postura nostálgica de Rueda Vargas no participó de las diferencias políticas, tan decisivas en la vida social colombiana. El rescate de los abolengos no provino de un miembro del Partido Conservador sino de un connotado militante liberal, que participó en los intentos de renovación de la educación como los que encabezó otro liberal ilustre como fue Agustín Nieto Caballero.

Si bien el horizonte pacato del historiador santafereño no permite vislumbrar en sus escritos una aproximación al desarrollo de la ciencia histórica en contextos más allá de su terruño, la constante alusión a la transformación de la vida citadina, en contraposición con la calma y la pureza del mundo rural, revelan que la sociedad capitalina estaba cambiando profundamente. No en vano, buena parte de las explicaciones dadas por Rueda Vargas correspondieron al análisis de los tipos humanos que sobrevivieron en La Sabana. Según las observaciones de Rueda Vargas, esos tipos sociales demostraban cómo en la zona rural, en contraposición con la ciudad capital, se conservó la tradición Colonial.<sup>12</sup>

### **Las descripciones de la “sociología científica”**

La perspectiva histórica no fue la única manera ni la más socorrida para explicar los cambios de la sociedad colombiana. El modo predominante de estas aproximaciones se instalaba dentro del marco de la sociología, teniendo en cuenta que lo que se entendía como tal era aquella ciencia que se ocupaba de “lo observable, mensurable y comprobable” en

---

<sup>12</sup> Cf. Tomás Rueda Vargas, *La Sabana y otros escritos del campo, de la ciudad y de sí mismo*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977

torno al “origen, constitución y comportamiento de las sociedades”.<sup>13</sup> Los cultores de estos ejercicios comprensivos apelaron como complemento de sus observaciones y de sus intuiciones a la historia. Con ella trataron de explicar la serie de fenómenos novedosos por los que estaba atravesando la sociedad colombiana. Un indicio de esta forma de realizar estudios sociológicos la sintetizó y definió la obra del médico antioqueño Luis López de Mesa.

López de Mesa no representó ni la polémica ni el cuestionamiento abierto de las representaciones elaboradas por la “república conservadora”. Sus principales contribuciones a la comprensión de la realidad social y cultural colombiana se realizaron desde 1930 cuando abandonó sus iniciales pretensiones literarias y le dio vía libre al ensayo. La publicación de la *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (1930) y del más célebre de sus estudios: *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934) le dieron el prestigio que hasta hoy guarda en la tradición cultural del país.

La influencia permanente de los determinismos biológicos y geográficos sellaron sus aproximaciones sociológicas de la realidad nacional. Apelar a estas corrientes de ideas le sirvió para explicar la conformación de la sociedad colombiana, pero sobre todo, para indicar las capacidades no desarrolladas de esta sociedad, que en su criterio, las figuras intelectuales de finales del diecinueve desplegaron con claridad gracias al alto de reconocimiento universal que tuvieron. Se refería López de Mesa a la labor gramatical y filológica adelantada por Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro que fue admirada por el español Marcelino Menéndez y Pelayo.<sup>14</sup> La obra de estos dos hombres constituyó, desde la propaganda gubernamental, la esencia del humanismo colombiano:

---

<sup>13</sup> Cf. Luis López de Mesa, *Disertación sociológica*, Bogotá, El Gráfico, 1939

<sup>14</sup> Cf. Luis López de Mesa, *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*, Bogotá, El Gráfico, 1944

Los estudios filológicos en que descolló la generación precedente iniciaron una afirmación racial, predicaron un abolengo que señala y signa nuestra índole de pueblo encauzado hacia el orden y constituyen el más alto orgullo de la literatura colombiana.<sup>15</sup>

La importancia de Menéndez y Pelayo dentro de las capas intelectuales finiseculares en toda Hispanoamérica sirvió para que se difundiera la idea de un profundo humanismo creado en la altiplanicie bogotana. La pregunta que salta inmediatamente es justamente hasta qué punto este humanismo fue tan eficaz para la consecución de una unidad nacional en el ámbito social colombiano. Tal humanismo estuvo asociado a un sentimiento de nostalgia hacia el pasado ibérico y Colonial ante las transformaciones vividas por la sociedad colombiana de principios del siglo XX y fue incapaz de tener una mirada nacional.

La obra de López de Mesa se distanció del carácter nostálgico que se respiraba en la obra de Tomas Rueda Vargas o de las aproximaciones hechas por Luis María Mora, que en su ensayo: *El alma nacional* (1922) analizó a la sociedad colombiana todavía desde los presupuestos de la Regeneración.<sup>16</sup>

Los estudios de López de Mesa tuvieron como meta última la difusión y la educación. Consideró que la educación sería el medio a través del cual podría salvarse un "pueblo enfermo" y se podría "mejorar la raza". Ese método educativo de mejoramiento hizo parte de una necesidad más general, aquella en la cual todo el subcontinente latinoamericano se inscribía en una "edad próxima" en la que América Latina debería predominar culturalmente sobre todo el "mundo occidental". Este planteamiento expuesto por López de Mesa coincidió con las propuestas

---

<sup>15</sup> Luis López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, Librería Colombiana, 1934, p. 199. El centenario de sus nacimientos dio origen al influyente Instituto Caro y Cuervo (1942), cuya misión era conservar, difundir y continuar los trabajos emprendidos por estos hombres.

<sup>16</sup> Cf. Luis M. Mora, *El alma nacional*, Bogotá, Cromos, 1922. Los temas abordados en este estudio se referían a los que más valor dio la mentalidad conservadora colombiana: Dios y la religión, la patria, la lengua materna, la República, el culto de los héroes, entre otros.



expresadas por una serie de ensayistas latinoamericanos de diferentes países entre los que el boliviano Alcides Arguedas y el argentino Carlos Octavio Bunge destacaron por sus consideraciones acerca del mejoramiento de la raza en América Latina.<sup>17</sup>

López de Mesa reclamó para sí el apelativo de sociólogo. Consideró que había logrado penetrar en la esencia colectiva de la sociedad colombiana. Con base en ello, creyó necesario difundir sus reflexiones acerca del “destino nacional”. Este aspecto hizo de sus escritos una entremezcla de intuiciones con especulaciones expresadas en un lenguaje barroco que en su espíritu semejaba a las ideas sobre los procesos históricos universales que circularon por aquellos años en Latinoamérica, como fue el caso de la obra de Oswald Spengler.

El “destino” de Colombia fue la preocupación central de las reflexiones de López de Mesa. La determinación de su conformación social a través del tiempo era la base de su “sociología descriptiva”, a la mejor manera del evolucionismo decimonónico proclamado por Herbert Spencer. El punto de partida de esta descripción fue el siguiente:

(...) las razas que pueblan nuestro territorio no se han cruzado suficientemente para definir un temperamento uniforme. Así, pues, sería una exageración, una extravagancia, suponer que en tales condiciones produzcan obras de cierta madurez cultural.<sup>18</sup>

Los presupuestos teóricos y este tipo de conclusiones del eximio representante liberal coincidían con las del líder conservador Laureano Gómez. Imbuido por la coyuntura política, Gómez hizo un diagnóstico de la realidad y el futuro del país en sus célebres: *Interrogantes sobre el progreso de Colombia* (1928). Gómez participó y publicó estas conferencias

---

<sup>17</sup> Es el caso también de figuras como el boliviano Franz Tamayo, el chileno Alberto Edwards y el brasileño Oliveira Vianna, que participaban de la necesidad de un estado fuerte y cierta nostalgia de un pasado ideal. Cf. Martin S. Stabb, *América Latina: en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960*, Caracas, Monte Ávila, 1969

<sup>18</sup> Luis López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Op. cit. p. 20

inicialmente como un ejercicio a través del cual se podría facilitar a la nación “el conocimiento de sí misma” para que “pudiera ser gobernada” de acuerdo a su “naturaleza”. El interés del político era muy claro: trazar los caminos de una acción política correspondiente a un momento de crisis del Partido Conservador en el poder. En el mejor tono de Spengler, Gómez ofreció como ruta observar: “la raza que actúa en el medio” para saber el grado de perfección con respecto a “la misión” que le es inherente y la presencia de “ideas matrices” con base en las cuales se pudiera plantear el diagnóstico y la solución de los problemas “de nuestra vida democrática”.

Las conclusiones fueron desconcertantes para un auditorio que escucho cómo el conferencista les insistió que el territorio en el que habitaban era incapaz de sostener “una cultura humana” en contraste con Argentina, Uruguay, la meseta central chilena y la parte sur del Brasil. Para completar, la raza mestiza predominante estaba fundada en los legados indio y negro que son: “estigmas de completa inferioridad”; por eso, “en lo que hayamos podido heredar del espíritu español es donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo.” De ahí que el colofón del orador fuera:

Bástenos con saber que ni por el origen español, ni por las influencias africana y americana, es la nuestra una raza privilegiada para el establecimiento de una cultura fundamental, ni la conquista de una civilización independiente y autóctona.

La cultura colombiana es y será siempre un producto artificial, una frágil planta de invernadero, que requiere cuidado y atención inteligente, minuto tras minuto, para que no sucumba a las condiciones adversas. Sobre las porciones del territorio favorables a la vida humana se agrupará la población, haciendo pie en ellas para intentar la conquista de los recursos naturales que existen, pero que no pueden ser alcanzados ni disfrutados por un pueblo inculdo e inferior.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Laureano Gómez, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá*, 2ª ed., Bogotá, Revista Colombiana, 1970, p. 49 (Populibros, 29)

Añadía Gómez la debilidad de la intelectualidad colombiana, oponiéndose al mito de la "Atenas suramericana" tan caro a los grupos dirigentes, y a la ausencia de una verdadera "vida colectiva" sustituida por "los intereses individuales", como una clara oposición al principio fundamental del pensamiento liberal, que según él era fomentado por la preponderancia del "caciquismo" en el ámbito político.

El pesimismo de Gómez en este dictamen se resume en la constatación reiterada de la presencia del mestizo como un factor que imposibilitó la unidad y la identidad nacional, lo cual hace de la sociedad colombiana una realidad problemática e ingobernable. Por eso, el único punto de referencia como vínculo social que encontró Gómez fue la Iglesia católica, tal y como lo hicieron los ensayistas y los políticos del XIX, y como permanecería después en muchos de los análisis sobre la realidad nacional. El clero era esa "gran fuerza social" que podía "despertar la dormida conciencia del pueblo" y que sería la base de un régimen político viable. Así lo expresó nuevamente en 1950, siendo presidente, cuando propuso una reforma constitucional que no llegó a realizarse.<sup>20</sup>

La historia en Luis López de Mesa como en Laureano Gómez era posible como conocimiento del pasado siempre y cuando permitiera vislumbrar el sentido del devenir histórico. Tal preanunciación debía plasmarse sintéticamente en la elaboración de una mitología nacional, que configurara los valores de la nacionalidad: "en la etapa en la que hoy se encuentran estos pueblos, etapa de emotividad adolescente, sólo es posible el canto, la lírica, sobre todo, y la germinación lenta de una mitología nacional."<sup>21</sup> La necesidad de establecer una mitología heroica era fundamental para que los "pueblos" despertaran las facultades

<sup>20</sup> Sobre la continuidad de los discursos "racionalistas" para abordar la realidad nacional puede consultarse el interesante trabajo de Jaime Uruña, "La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento colombiano: una mirada histórica", en *Análisis Político* (Santafé de Bogotá), núm. 22, 1994, pp. 5-25. Sobre el proyecto de Gómez ver los estudios de César Ayala y la descripción del proyecto de reforma constitucional en Álvaro Tirado, "El gobierno de Laureano Gómez. De la dictadura civil a la dictadura militar" en *Nueva Historia de Colombia*, vol. II, Bogotá, Planeta, 1989, pp. 81-104

<sup>21</sup> Idem

dormidas. Esta tarea de los historiadores debía desplegarse en la educación. La educación era el modo más eficaz de alcanzar la adecuación con el medio y el camino hacia el perfeccionamiento de la raza porque podría formar y dirigir las capacidades de los mejores hombres de la sociedad.

La vinculación del médico antioqueño a la Academia Colombiana de Historia desde 1938, así como su membresía a las Academias de Bellas Artes y de la Lengua, constituyó un respaldo para el establecimiento de la "mitología nacional" que buscaban consolidar estas instituciones. Esa mitología partía del reconocimiento de la figura hidalga y letrada del conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada como "el padre de nuestra nación incipiente" y en el cual se sintetizaban los ideales de "la justicia y de la gentileza a que constantemente aspiraría más tarde la República ya definida y libre."<sup>22</sup>

### **La literatura desplaza al conocimiento histórico**

Al mismo tiempo que se desarrolló la labor sociológica del médico antioqueño, el inquieto Germán Arciniegas comenzó su vasta producción intelectual. Esa obra comprendió sesenta libros, la fundación de quince revistas y cientos de artículos que publicó constantemente hasta pocos días antes de su muerte. Arciniegas se constituyó rápidamente en uno de los primeros escritores profesionales del país, en lo que le antecedió la figura polémica de José María Vargas Vila (1860-1933) y en una de las primeras figuras del ámbito letrado colombiano con reconocimiento continental, como ocurrió con José A. Silva, José E. Rivera y Baldomero Sanín Cano.

---

<sup>22</sup> Ibid. p. 209. En este aspecto el escritor antioqueño coincidía con las apreciaciones de Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la literatura colombiana*, vol. I, Bogotá, Imprenta Nacional, 1938, pp. 15-16 y Diego Rafael de Guzmán, "Importancia del espíritu español en las letras colombianas. Discurso leído en la Junta Inaugural de la Academia Colombiana de la Lengua, el 6 de agosto de 1877", en *Boletín de la Academia Colombiana de la Lengua*, (Bogotá), tomo XXI, núm. 132, 1981, pp. 87-90

Sus libros se publicaron en las principales editoriales de América Latina y se tradujeron a varias lenguas. Los temas predilectos y recurrentes fueron Colombia y el mundo latinoamericano. Su método de trabajo lo llevó a conformar un estilo ameno con el cual trató de divulgar ciertos temas, especialmente históricos, y que apuntó siempre a un público amplio.

Los escritos de Arciniegas se adscribieron a una tendencia inaugurada por el siglo XX como fue la popularización del pasado a través del periódico y las revistas. Casi todos sus libros responden a la metodología de la compilación de artículos, generalmente sin señalar dónde y cuándo los había publicado. Esto significa que el lector hacia el cual estaban dirigidos inicialmente esos breves apartados, tenían que ver con un hombre medio que buscaba la lectura rápida y amena, pero también ilustrativa. El periódico fue el medio principal de la difusión de sus trabajos, que en la primera mitad del siglo XX para evitar el problema de la alfabetización, se reproducía en la radio. En este punto, Arciniegas tuvo el antecedente de la prolífica obra de Joaquín Tamayo (1902-1941), cuya característica primordial fue la amenidad a la hora de abordar el pasado.<sup>23</sup>

En este sentido, Arciniegas se convirtió en un “historiador *sui generis*” dentro del espectro cultural colombiano porque dejó atrás el modo de trabajo de la Academia Colombiana de Historia, a la que se integró en 1946 y dirigió posteriormente, al ofrecer al público relatos del pasado nacional y continental enmarcados por contextos literarios. Con ello puso en juego la consideración de que la historia se confundía con la

---

<sup>23</sup> Joaquín Tamayo murió joven pero dejó una abundante obra de divulgación histórica entre las que destaca *Don Tomás Cipriano de Mosquera* (1936), *Núñez* (1939), *La revolución de 1899* (1938) y *Nuestro siglo XIX* (1941). Todos estos textos fueron publicados por *Cromos*, propiedad de la familia Tamayo. Esta revista de variedades llegó a ser la más célebre en su género en el país. La característica principal de la revista eran sus vistosos formatos que ha servido de testimonio fotográfico de buena parte de la historia del siglo XX colombiano, y de la que Joaquín Tamayo fue director.

fábula y se establecía como una clara y consciente reacción a la metodología positivista de la Academia.<sup>24</sup>

La diferencia, sin embargo, de la obra de tema histórico de Arciniegas con el tipo de conocimiento histórico que se había constituido a favor de las disputas ideológicas es que desde muy temprano el escritor bogotano puso en entredicho la labor misma de la actividad de los historiadores Académicos. En un texto breve publicado en 1940: "¿Qué haremos con la historia?", Arciniegas se preguntaba a sí mismo: "No sé por qué soy miembro de la academia de historia de Colombia." Esta duda encontró un momento más preciso y explícito, paradójicamente, en el acto de aceptación oficial como miembro de número de la susodicha Academia, el 11 de julio de 1946, cuando leyó: "La novela y la historia".

Ambos escritos develan las dudas que Arciniegas tenía sobre el conocimiento del pasado y la forma como este se construía en el país.<sup>25</sup> Arciniegas encontró que en Colombia se confundía la historia con la genealogía, ya que la labor de la Academia de Historia y sus discusiones se centraban en este tipo de temáticas, en las que dejaban por fuera de "la tradición nacional" a la mayoría de la población "por no tener abuelo conocido en la guerra de emancipación".<sup>26</sup> Los Académicos colombianos se volvieron especialistas en "amor a la familia" y sobre todo, en un ambiente caldeado por las disputas partidistas, en ser incapaces de responder a la

<sup>24</sup> El principal filósofo colombiano Danilo Cruz, publicó un escrito en homenaje a Arciniegas unos días antes de la muerte del escritor bogotano. Allí Cruz Vélez precisaba que "El oficio del historiador es el *historein*, como ya decían los griegos, para indicar que la historia es un narrar, pero después de explorar lo realmente acontecido, doble sentido que está implícito en dicho verbo griego. Así contraponían la historia al *mythos*, una forma de la narración en que predomina la invención. Arciniegas no parece haber tomado muy en serio dicha distinción de los griegos. En cambio, recordando la palabra inglesa *story*, que significa al mismo tiempo historia y fábula, identifica la tarea del historiador con la del novelista." Danilo Cruz, "El caso Arciniegas. De América y otras cosas", en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, (Santafé de Bogotá), 12 de diciembre de 1999.

<sup>25</sup> Es importante hacer la anotación de que para Arciniegas el centro de este conocimiento era el marco de la historia positivista de la Academia. En sus reflexiones no hay ningún señalamiento sobre la historia que se escribía por fuera de este marco institucional, excepto una salida poco decorosa a mediados de los años ochenta en donde dejó en claro su postura a favor de la orientación tradicional.

<sup>26</sup> Germán Arciniegas, "¿Qué haremos con la historia?" en *¿Qué haremos con la historia?*, San José: s/e, 1940, p. 78 (Cuadernos del Noticiero Colombiano, 14)

pregunta, retórica si se quiere, que se desprendía de sus elaboraciones: “¿por qué, si hemos sido tan buenos, somos ahora tan malos?”

Ante estas cuestiones, suscitadas de una lectura crítica de la producción de la Academia, Arciniegas antepuso una convicción política. Su postura crítica encontró un nicho al poner en juego su fe en la democracia que le llevo a extenderla a todo el proceso histórico vivido por América Latina desde la época del Descubrimiento. Para Arciniegas, el sentimiento y la búsqueda de la libertad y la subsecuente democracia, constituyeron la esencia misma de la entidad histórica que es América.

Un postulado liberal como el de la democracia le permitió al escritor bogotano confrontar la elaboración de una “historia nacional”, cuyo sujeto era “el pueblo”, a una “historia de las familias”, centrada en los héroes. Es decir, Arciniegas descubrió que “los grandes momentos” de nuestra historia continental: “surgen de un fondo oscuro, de un impulso apasionado y violento, de pavorosas negaciones en que se han colocado frente a frente una tradición caduca y un deseo de insurgencia.”<sup>27</sup> De ahí que señalara cómo la democracia no tenía como fundamento a las familias en las que reina “el héroe peinado”, que no es sino un hombre desnaturalizado y deshistorizado, sino “el mundo vulgar”. Por eso, para el escritor colombiano era necesario darle un giro a la forma como se producían las interpretaciones del pasado:

Lo que hoy ocurre con la historia es que ella invierte los términos de la vida social. Quienes la hacen olvidándose del hombre común, de usted y de mí, para concentrar la atención en torno al héroe, a la figura que hace más farol, hacen pinturas de príncipes, reyes, generales o caudillos civiles, pero esto es superponer unas biografías a lo que en realidad es el alma de una nación.<sup>28</sup>

Afirmaciones como esta presuponen el rescate de “(...) la plebe, la burguesía, los que son mayoría en la nación deben tener también su

<sup>27</sup> *Ibid.* p. 79

<sup>28</sup> Germán Arciniegas, “Defensa de la historia vulgar”, en *Con América nace la nueva historia*, sel. y pról. de Juan G. Cobo Borda, Bogotá, Tercer Mundo, 1991, p. 48



historia (...) del fondo de la cual surgen las direcciones esenciales de la vida en sociedad.”<sup>29</sup>

Arciniegas cuestionó “el círculo aristocrático” en el que se refugiaron los historiadores Académicos y propuso la visión democrática del pasado. Ya que al fin y al cabo la historia de América la hicieron “los nadies, que al embarcarse no tenían ni apellido” pero que ante el mundo que se encontraron llegaron a ser capitanes y gobernadores o simplemente se fundieron en la construcción de lo que sería posteriormente América. Se pierde así el color de la biografía pero se gana en una historia humana, una historia, que según lo postulaba en 1940, debía ser “desde abajo”. La historia adquirió en Arciniegas un matiz desconocido por sus propagadores: no construir vidas de papel sino revelar cómo vivieron “los grandes” pero también “los humildes”.

Las transformaciones que vivió Colombia en la época que Arciniegas comenzó a escribir sobre la historia nacional permitieron el asomo de cierta sensibilidad social en los escritos históricos. Los trabajos de Arciniegas se distinguieron por la reactualización del papel de los grupos populares como aquellos que tomaron forma en el tema sobre la revuelta comunera de fines del siglo XVIII y que anunció, de manera primigenia con su libro *Los Comuneros* (1938).

Ante este enfrentamiento con la “historia de bronce”, como la bautizó Germán Carrera Damas, la solución que encontró Arciniegas se desvió completamente de la forma habitual de escribirse la historia nacional. Mientras que los historiadores Académicos forjaron el ideal de una nación hecha a la sombra de los héroes de la Independencia, Arciniegas señaló la importancia de tener en cuenta “a la gente sin historia” a través del recurso literario.

Si bien en las narraciones históricas el escritor colombiano no abandonó por completo el uso de los documentos,<sup>30</sup> conoció las

---

<sup>29</sup> Idem



limitaciones de los “relatos tradicionales” de historia. Él sabía que “(...) pocas veces la vida de todo un pueblo se retrata en la de un solo caballero a quien el azar, la audacia o la habilidad encumbran a las alturas del poder.”<sup>31</sup> Pero la representación de “la historia vulgar” requería de la ayuda de la imaginación porque en los documentos esos “hombres ordinarios” que tanto le atraían sólo parcialmente existían o eran nombrados. Lo que pretendía alcanzar Arciniegas era “el pueblo”, porque para él este era el elemento constante y vivo en la historia de América y de Colombia.

Ahora bien, la posibilidad de re-crear esta dimensión del pasado no debía ser una exclusividad de la historia sino que también podía ser una tarea en la que pudiera participar la literatura. Según Arciniegas, el historiador

(...) tiene que vestir sus propias palabras con un lenguaje de credulidades, de luces fantásticas que reproduzcan en las palabras mismas aquella vida, hasta lograr, a su turno, el milagro de transportar a los lectores a una participación en las luchas de otros tiempos. Historiador y lector de historias tienen que llegar a ser *contemporáneos del pasado*.<sup>32</sup>

Tratar de recuperar los hechos “de la historia vulgar” que no se encuentran en los documentos dejó las puertas abiertas para la ficción:

no para inventar mentira, sino para acercarse mejor a la verdad, y mirarla desnuda, descubierta. Para rehacer una vida es preciso hacer un esfuerzo de imaginación. En su puro ser material los archivos no ofrecen al hombre cosa distinta de lo que dan a la polilla.<sup>33</sup>

---

<sup>30</sup> Así lo hizo al editar y prologar las series documentales: *Colombia: itinerario y espíritu de la Independencia según los documentos principales de la revolución*, Cali, Norma, 1969 y *20.000 comuneros hacia Santa Fe*, Bogotá, Pluma, 1981

<sup>31</sup> “Defensa de la historia vulgar”, Op. cit., p, 48

<sup>32</sup> Germán Arciniegas, “La novela y la historia” en *Con América nace la nueva historia*, Op. cit., p. 33

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 34

De esta manera, Arciniegas apeló a la consideración de la síntesis artística que elaboró Alfonso Reyes, a quien cita como sustento, y en donde los elementos inventados por los Cronistas al ser simbólicos “aprietan mejor la realidad”. Con esta apreciación, el escritor bogotano se alejó de los ideales del positivismo historiográfico y se encumbró hacia una escritura libre que tenía por tema los sucesos del pasado pero que no se podían enmarcar exclusivamente dentro de los linderos de la producción histórica. Es decir, con este giro, la obra de Arciniegas se puso afuera de los criterios manejados por una tradición de conocimiento, la cual simplemente negó. Según esta postura, escribir historia no correspondía sólo al seguimiento estricto de los cánones aprobados por la Academia de Historia. Estos principios se agotaron desde el momento que la sociedad colombiana comenzó a transformarse en la década de los años veinte y dieron paso a otro tipo de producción de conocimiento, del que la obra de Arciniegas es un indicio. Pero los escritos de Arciniegas tampoco encajaron en los derroteros que siguieron las elaboraciones históricas posteriores con base en la consolidación de una disciplina profesional. Si bien la dirección del célebre escritor bogotano fue muy radical, sus posturas, al final de su vida, se manifestaron a favor de los lineamientos tradicionales de la Academia.

Los relatos de Arciniegas se construyeron a partir de la dramaticidad que tienen los sucesos de los que se ocupa.<sup>34</sup> A pesar de que sus cuadros corresponden siempre a momentos privilegiados por la historia Académica sobre el pasado nacional, sus aportes interpretativos apuntaron a acentuar los aspectos populares de esos hechos, con lo cual la nueva perspectiva que adquirieron estos acontecimientos, se amoldó a

---

<sup>34</sup> Jorge O. Melo ha hecho evidentes los juegos literarios en los cuadros descriptivos de Arciniegas que impiden al lector saber cuando el escritor inventa o cuando está construyendo conocimiento histórico a la manera “tradicional” o “profesional”. En este sentido comparto las observaciones de Melo hechas en “La literatura histórica en la República”, en Varios autores, *Manual de literatura colombiana*, vol. II, Bogotá, Procultura- Planeta, 1988, pp. pp 589-663

las pretensiones políticas que tenían los gobiernos liberales a los que se encontraba vinculado.<sup>35</sup>

El talento de Arciniegas unido a las interpretaciones que divulgó sobre el pasado nacional le dieron un puesto predominante dentro del ámbito cultural del país. Esto lo colocó en el centro de la “república liberal”. Con Arciniegas se impuso a nivel de la interpretación del pasado el triunfo de la anécdota sobre el rigor y el *best seller* sobre la obra histórica. Los textos del escritor bogotano se ubicaron dentro del marco de la historia sin serlo. Arciniegas no escribió historia pero sus elaboraciones propusieron una visión novedosa del pasado y de la sociedad nacional y proporcionaron perspectivas insospechadas por la historia Académica y por los intentos marginales de los divulgadores de entonces trasvasadas por un estilo brillante que ensalzaba la crítica.<sup>36</sup>

Los relatos que suponían la esencia democrática de la sociedad colombiana y la versión de la historia que promovieron divulgadores liberales como Rueda Vargas, López de Mesa y Arciniegas, al final, trivializaron el conocimiento histórico porque mantuvieron a la historia y al conocimiento histórico dentro del marco de su irrelevancia para comprender los procesos históricos y jugar en torno a la idea de la unificación nacional. Sus escritos se ocuparon con trivialidades: anécdotas, precisar detalles dentro de los relatos tradicionales, preocuparse por el lenguaje más que ocuparse con procesos, los cuales

<sup>35</sup> Arciniegas se unió en 1928 a *El Tiempo*, propiedad del presidente liberal Eduardo Santos. En el periódico fue director, jefe de redacción, director del Suplemento Literario y columnista hasta su muerte. Desde 1929 inició su carrera diplomática como vicecónsul en Londres, después fue canciller en la Embajada de Buenos Aires y embajador en Italia (1959), Israel (1962), Venezuela (1966) y el Vaticano (1976). Además fue Ministro de Educación de gobiernos liberales entre 1941-1942 y 1945-1946.

<sup>36</sup> Es importante reiterar que la obra de Arciniegas no se centró exclusivamente en el pasado nacional colombiano. El grueso de su obra y, quizás la más importante, se ocupó con el tema de “Nuestra América”. El centro de esta actividad, continuadora de los más importantes ensayistas latinoamericanos de principios del siglo XX, fue la lucha contra la concepción colonial que mantenían los europeos acerca del continente y la reafirmación de su realidad histórica y cultural originaria. Estas ideas se encuentran en textos como *América: tierra firme* (1937), *Biografía del Caribe* (1945), *Este pueblo de América* (1945), *Amerigo y el Nuevo Mundo* (1955), *América mágica* (1959 y 1961), *Continente de los siete colores* (1965), *América en Europa* (1975), *América es otra cosa* (1992) entre otros.

quedaron suspendidos por los acontecimientos relatados. Además, con esta óptica sostuvieron el carácter conservador de la sociedad colombiana promovido por los grupos hegemónicos y neutralizaron el poder crítico que contiene la historia para comprender a la sociedad y sus procesos.<sup>37</sup> Ello, facilitó el uso de la historia dentro de las contiendas políticas, tan agudas en el transcurso del siglo XX colombiano, tal y como se había dado en el siglo XIX.

En suma, la historia de la Academia y de los divulgadores a la manera de Arciniegas, López de Mesa y Rueda Vargas representó la construcción de una mitología elegante que invalidaba la oportunidad de reflexionar sobre las posibilidades de la sociedad colombiana y se encasillaba exclusivamente en su carácter ideológico.

### **Otra faceta del "liberalismo": los nuevos radicales**

La radicalización del Partido Liberal coincidió con el surgimiento del movimiento sindicalista y la formación de círculos de discusión de jóvenes intelectuales y estudiantes que valoraban los resultados de movimientos revolucionarios como el de México y Rusia, pero que también estaban atentos a las transformaciones locales después de la primera guerra mundial. Estos cambios ideológicos dieron forma al Partido Socialista (1919-1923), el Partido Socialista Revolucionario (1926-1929) y el Partido Comunista (1930). La vida efímera de los primeros movimientos y la ambigua participación del último en la vida política del país reflejaron su poca influencia en el ámbito político colombiano; aunque, participaron de

---

<sup>37</sup> A pesar de que no comparto totalmente las tesis de Gutiérrez Girardot en este punto lo sigo completamente. Esta postura se encuentra en "La literatura colombiana en el siglo XX", Op. cit. Con base en lo anterior se puede poner en entredicho la suposición "retórica", que circuló recientemente, acerca de que los historiadores profesionales colombianos "temblaban" con las tesis propuestas por Arciniegas y "repudiaron" la "humanización pintoresca" a la que sometió los personajes de los que se ocupaba, como lo sostiene el principal publicista de la obra del escritor bogotano, Juan Gustavo Cobo Borda.

la “crisis del sistema conservador”, como lo demostró la creciente actividad huelguística en los años veinte y treinta.<sup>38</sup>

El incipiente peso de los movimientos políticos de izquierda permitió que estos se replegaran al dominio liberal. La táctica de “cooptar” los movimientos populares por parte del “liberalismo” se dio a través de las asesorías legales a los sindicatos y los movimientos campesinos —en donde se hizo un espacio importante Jorge Eliécer Gaitán—, la reglamentación de los sindicatos en 1931, el impulso a la sindicalización agenciada por el Estado en el período liberal y los lazos con el movimiento obrero a través de la relación con muchos de los dirigentes que provenían de las fracciones más radicales del “liberalismo”. Esto se expresó en el accionar político, especialmente del efímero Partido Socialista y del Partido Comunista, que respaldaron abiertamente el gobierno de López Pumarejo, particularmente en su primer mandato, lo que le otorgó cierta fuerza política al accionar del Estado.<sup>39</sup>

Los planteamientos del discurso lopista acerca de los problemas sociales y el señalamiento de las dificultades materiales básicas que se debían resolver para que el país se considerara “moderno” fueron compartidos por la fracción radical del partido compuesta por militantes con cargos medios, que se expresó en estos años a través de la revista

---

<sup>38</sup> Cf. Mauricio Archila, “¿De la revolución social a la conciliación? Algunas hipótesis sobre la transformación de la clase obrera colombiana (1919-1935)” en *Anuario de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 12, 1984, pp. 551-102 y Diego Jaramillo, *Las huellas del socialismo. Los discursos socialistas en Colombia 1919-1929*, México, Universidad Autónoma del Estado de México- Universidad del Cauca, 1997

<sup>39</sup> El primer gobierno de López Pumarejo ha sido motivo de polémica historiográfica. En general ha prevalecido una imagen bastante positiva de su gestión; sin embargo, una aproximación a su pensamiento político y sus logros efectivos dan límites precisos a su administración y sugieren “el uso partidista” de estas políticas. Cf. Aline Helg, “La educación primaria y secundaria durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) Proyectos y realizaciones”, en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 6, 1980, pp. 9-36 y Richard Stoller, “Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia”, en *Journal of Latin American Studies* (London), vol. 27, núm. 2, 1995, pp. 367-397

*Acción Liberal* (1932-1939).<sup>40</sup> Allí germinó un núcleo abierto a las ideas de izquierda del que surgió el “Grupo Marxista”, fundado en 1933, por Eduardo Garzón Rangel, Luis Eduardo Nieto Arteta, Juan Bernal y Luis E. Nieto Caballero. Las ideas que allí circularon constituyeron un núcleo de renovación fundamental.<sup>41</sup>

El interés por la obra de Marx correspondía a la atención que había despertado la presencia de las ideas de izquierda en la vida política colombiana expresada en la fundación del Partido Socialista. La transición hacia el socialismo marxista que defendió el Partido Socialista Revolucionario, incluyó la “lucha teórica” como parte de las principales formas de lucha –las otras dos eran la política y la económica–; de este modo, si el socialismo era una ciencia requería de una disciplina de estudio para conocerla y con ella “fortalecer al Partido y a los sindicatos”.<sup>42</sup>

En 1930 se fundó el Partido Comunista Colombiano como seccional de la III Internacional. Las propuestas teóricas y las actividades políticas y sindicales relacionadas con el PCC entraron a depender directamente de las

---

<sup>40</sup> Un análisis detallado del desenvolvimiento de esta revista y del liberalismo radical que se expresó allí se encuentra en Richard Stoller, “Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia”, Op. cit.

<sup>41</sup> Este núcleo tuvo una serie de grupos y personajes que le eran afines como se destaca en la evolución política que tiene un hombre como Gabriel Turbay, figura del Partido Liberal en los años cuarenta, y hombres de izquierda como José Mar, Luis Tejada y Luis Vidales entre otros que conformaban el grupo de *Los Nuevos*; al igual que la adscripción que hicieron a sus ideas los jóvenes Gerardo Molina y Diego Montaña que llegarían a ser importantes figuras de la vida pública colombiana en representación de las posturas de izquierda. Es sintomático que por esta misma época Antonio García abriera en la Universidad del Cauca, el Centro de Estudios Marxistas y se convirtiera en uno de los principales receptores y difusores en el país del socialismo así como del “americanismo” asociado al “indigenismo”.

<sup>42</sup> La afirmación se encuentra en el periódico *El Socialista* del 1 de mayo de 1928 con base en la cual Diego Jaramillo sostiene la existencia de “un proceso sistemático para el conocimiento del marxismo” de parte de los socialistas colombianos de la época. Esta apreciación debe ser matizada por los medios que sirvieron para esta ilustración sobre los principios marxistas, pero sirve argumentativamente para indicar la presencia de esta preocupación que será evidente en las principales figuras del PSR, especialmente en Luis Tejada. Cf. Diego Jaramillo, *Las huellas del socialismo. Los discursos socialistas en Colombia 1919-1929*, México, Universidad Autónoma del Estado de México-Universidad del Cauca, 1997, p. 107. “El Grupo Marxista” tenía un antecedente en el “Grupo Comunista” (1922) donde participaron los hombres reseñados anteriormente y que se reunió en torno a la figura del emigrante y comerciante ruso Silvestre Zawitzky, que había pasado por México y Perú.

orientaciones formuladas por el Partido Comunista de la Unión Soviética bajo la dirección hegemónica y burocrática de Stalin. La existencia del “Grupo Marxista” se ubicó por fuera de los alcances del Partido Comunista. Este hecho sugiere que la reivindicación del socialismo en Colombia también se dio por personajes que no se adscribieron a aquellas directrices, a los cuales se les agrupó peyorativamente desde el Partido con la denominación de “los socialdemócratas”.

El Grupo Marxista buscó el socialismo por fuera de los parámetros del PCC y, de cierta manera, con el peculiar modo de entender “la sensibilidad socialista” de Jorge Eliécer Gaitán y su efímera Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria UNIR (1933-1935), pese a que inicialmente algunos miembros se sumaron y aceptaron la propuesta gaitanista.

La innovación que representaban las ideas marxistas encontró un medio cardinal de expresión en la revista *Acción Liberal* donde publicaron varios de los miembros del “Grupo Marxista”. Buena parte de los escritos históricos que propusieron una interpretación distinta a la Académica, aparecieron publicados en las revistas o periódicos que fungían como órganos de determinadas entidades políticas, como era el caso de *Acción Liberal* en esta época. Varios de los textos que publicaron allí los miembros del “Grupo Marxista”, antecedieron, por lo menos en el carácter interpretativo que hicieron del pasado nacional, a la producción histórica profesional posterior. Fueron antecedentes de aquella producción porque fueron las primeras propuestas de estudios socioeconómicos publicadas en el país. A pesar de que estuvieron basados en el empleo de una retórica combativa y no superaron los alcances de la simple enunciación de las categorías novedosas que utilizaron, ellos provocaron y señalaron una posible nueva orientación de la producción histórica colombiana.

*Acción Liberal* simbolizó una faceta del liberalismo colombiano en el que se afirmaba la “república liberal” como un momento de ruptura en la historia del país. Los colaboradores de la revista: artistas, abogados y periodistas, en su mayoría provincianos, —la revista se fundó en Tunja—

describieron y criticaron abiertamente la realidad colombiana marcada por el predominio del Partido Conservador. El acento en la heroicidad, la combatividad y el carácter popular del Partido Liberal los llevó a aplaudir coyunturalmente la presencia de Gaitán en el seno del partido, —aunque después lo rechazarán—, el reformismo del primer gobierno de López Pumarejo y a lamentar “la pausa”. La revista alcanzó a ser financiada en este gobierno y desapareció con el giro de la presidencia de Santos.

Arturo Vallejo, uno de los miembros del “Grupo Marxista” y colaborador de la revista, propuso en 1934 una interpretación del pasado nacional con base en el cuestionamiento a ciertos mitos que se perfilaban en la memoria del país como caracteres esenciales de la sociedad colombiana. Estos mitos se referían a hechos como: “Melo fue derrotado porque este país no tolera dictaduras”. Vallejo Sánchez se propuso superar a “todos nuestros historiadores” que no habían pasado de ser “compendiadores cronológicos” y acuñadores de “explicaciones idealistas”. Por eso formulaba como base de una nueva explicación acerca del “contenido real” de los acontecimientos históricos el siguiente principio:

Consideramos la historia como la manifestación de la lucha de clases, y profesamos el concepto de que la estructura económica de un país da siempre y en todo momento el fundamento real que determina toda la superestructura jurídica, política, religiosa, filosófica, etc.<sup>43</sup>

Quizá sea esta una de las primeras exposiciones de la célebre determinación marxista en Colombia tan socorrida por el marxismo vulgar. Esta proposición está en la base de la “actitud revisionista” de este grupo de izquierda, a la que apelarían después muchos esfuerzos históricos nacidos en esta vertiente política, sobre “los principales hechos” que tienen que ver con las transformaciones históricas del país. El breve escrito de Vallejo Sánchez se ocupó de la Independencia y la República, especialmente

---

<sup>43</sup> Arturo Vallejo, “Interpretación de la historia colombiana”, en *Acción Liberal* (Bogotá), vol. 2, abril, 1934, pp. 609-610



signada por la elaboración de constituciones políticas, hasta terminar en la dictadura de Reyes y las reformas de 1910. Al igual que la historia que pretendía superar, Vallejo quedó prendado de “los grandes temas” y “los grandes hombres” del pasado nacional.

La novedad de Vallejo radicó en el uso de categorías interpretativas nuevas, lo cual le permitió plantear temas como el “latifundio criollo” y “latifundio español” o recurrir a la descripción de las fases de la estructura económica y puntualizar la simultaneidad del esclavismo y el feudalismo en Colombia encarnados en las figuras del negro y el indio. Vallejo acusó al *radicalismo* decimonónico desde los mismo parámetros que lo hacía la Regeneración, de una forma que revela la presencia de la “cosmovisión conservadora” en el ámbito político colombiano:

El partido liberal en el gobierno, desconociendo el extraordinario poderío en que se apoyaban los postulados conservadores —reflejos del latifundio dominante todavía—, se decidió a calcar en artículos constitucionales las pretensiones económicas, jurídicas y religiosas de sus adalides burgueses (...) Por ello observamos en la Constitución del 86 los mismos principios económicos, en materia de propiedad y de reglamentación del comercio y de la industria, que informaron la Constitución del 63. No obstante, los constituyentes del 86 respetaron los principios religiosos propios de su ideología, reconociendo así que la Iglesia, por su poder, merecía quedar representada en un fragmento de la Constitución. La Constitución de 1886 no hizo sino reconocer la suma de los factores reales del poder existentes en el país.<sup>44</sup>

Las propuestas de interpretación de Vallejo Sánchez reconocieron la efectividad y la pertinencia del proyecto de la Regeneración, lo que implicó, paradójicamente, la aceptación y pertinencia de los fundamentos del proyecto político conservador. Una postura disidente aceptó el carácter constitutivo de la realidad nacional como lo delimitó la “república conservadora” y a partir de este diagnóstico propuso la alternativa que podría dirigir el nuevo rumbo del cambio social.

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 616

Como dato historiográfico, lo más rescatable del breve esfuerzo interpretativo de Vallejo es el señalamiento de la presencia imperialista de los Estados Unidos en el país. Vallejo resaltó el imperialismo como un factor decisivo de la vida republicana colombiana. En primera instancia, el inglés y para su época, el norteamericano, lo que hacía de esta presencia constante el objetivo contra el cual deberían unirse las izquierdas en un “frente único revolucionario” que al aprovechar las condiciones económicas de ese presente pusieran de manifiesto que:

Nuestros gobernantes burgueses latifundistas, necesariamente, quiéranlo o no, tienen que ser instrumentos incondicionales del imperialismo. La concentración nacional no es sino el reflejo político de esa realidad económica que han descuidado nuestros historiadores fosilizados.<sup>45</sup>

De otro lado, los pasajes que le dedicó Vallejo Sánchez al Partido Liberal y sus integrantes fueron contemporáneos de la interpretación que consagró posteriormente la historia profesional, en la que la fracción liberal que alcanzó el poder en la figura y el estilo de Alfonso López Pumarejo se identificó con los intereses de la “burguesía industrial naciente”, de la misma manera que, a los liberales *radicales* del siglo XIX, se les asoció con los comerciantes vinculados a la agroexportación. Esta forma de concebir el surgimiento y desarrollo del Partido Liberal encontraría un mayor realce y un criterio de autoridad en la influyente obra histórica de otro de los miembros del “Grupo Marxista”, el abogado barranquillero Luis Eduardo Nieto Arteta.

En el espíritu de ideas marxistas, otro miembro del “Grupo”: Garzón Rangel, también aportó una breve interpretación del pasado nacional. Esta colaboración se fundó dentro de la evolución mecánica de los sistemas económicos difundida por “la positivización” del marxismo, lo cual le permitía afirmar:

---

<sup>45</sup> *Ibid*, p. 617

Sostenemos que el movimiento emancipador fue sólo una mutación fiscal y una transplantación de la superestructura política y jurídica de la revolución burguesa al medio colombiano, que siguió siendo feudal en su vida económica (...) Nos encontramos, por tanto, en un ambiente feudal democratizado. La democracia no podía hallar entre nosotros su abono propicio, porque el desarrollo de la industria y la consecuente dominación burguesa de la política distaban mucho de existir. La burguesía comercial apenas echaba sus retoños sobre la majada artesanal, pero no tuvo ingerencia en aquella pugna de intereses. Por eso rechazamos la tesis comunista de que la revolución de la independencia fuera un movimiento burgués.<sup>46</sup>

Las apreciaciones de Garzón, como las de Vallejo acerca de “la anomalía” de Colombia, sobre un país “feudal democratizado” que hacia parte de una singularidad propia de toda América Latina, describían la forma en que se dio la inserción de la tradición marxista en el país y cómo este modo de comprender los fenómenos históricos tenía un prestigio de “cientificidad” que no pudo contrastarse críticamente con otras herencias teóricas. Como lo señalaba Antonio García:

La generación de 1920 (se refiere al grupo de *Los Nuevos*, los socialistas y quienes les eran afines A. B.) llega al socialismo más por la influencia emocional de la revolución rusa de 1917 que por un decantado proceso de maduración crítica (...) Este es el origen de la inconsistencia ideológica de esa generación y de las normas ortodoxas y simples que adquieren sus enunciados proselitistas. Nadie estaba preparado en la universidad colombiana de la primera postguerra – hecha al espíritu confesional y a las orientaciones escolásticas y absolutistas de la contrarrevolución de 1886- para entender la filosofía dialéctica, el materialismo histórico y la economía marxista (...) Las fuentes de información que llegaron a nuestro país no fueron las mejores obras de análisis de la literatura socialista y marxista sino las obras hechas para la propaganda y la catequesis religiosa, como *El ABC del comunismo*, de Bujarin. La juventud revolucionaria no se planteaba –ni podía fácilmente hacerlo- el problema esencial de aprender a pensar críticamente, sino el problema elemental de memorizar los dogmas de la revolución proletaria.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> Eduardo Garzón, “Evolución histórico-económica en el país”, en *Acción Liberal* (Bogotá), vol. 2, octubre, 1934, pp. 949-950

<sup>47</sup> Antonio García, *Gaitán y el camino de la revolución colombiana. Responsabilidad de las clases, las generaciones y los partidos*, Bogotá, Camilo, 2ª ed., 1974, pp. 86-87. La primera edición es de 1955.

De este modo, García comprobaba, como lo hizo posteriormente el argentino José Aricó, que no era la realidad lo que importaba a quienes recibieron el influjo directo de estas ideas sino “la estrategia” para modificarla de acuerdo a un sentido previamente establecido.

El rescate de estas afirmaciones expresadas con tanta vivacidad en la revista *Acción Liberal* muestran la génesis de una interpretación recurrente en la producción histórica colombiana que se mantuvo por fuera del ámbito de la Academia de Historia y que se acentuó en el momento de profesionalización de los estudios históricos en los años sesenta. No es una casualidad que una interpretación en este tenor proviniera de este grupo de “radicales” liberales. De ahí que sea significativo tener presente la utilización histórica que hace de las categorías marxistas el miembro más destacado de este grupo, Luis Eduardo Nieto Arteta, cuya labor fue muy importante en el ámbito posterior de la historia colombiana.

### **La historia como polémica política: una nueva discusión sobre el rostro de la nación**

Raimundo Rivas, uno de los miembros de la “ciudad letrada” de la capital, habló en 1930 del “debilitamiento del alma nacional”. Con esto se refirió a la ausencia de un vínculo “moral” que fuera común a las regiones del país y convocó a la historia como el vehículo privilegiado para llegar a ser ese lazo de unión que había caído en el olvido:

La Historia continúa siendo, quizá cada día más, el imán adonde convergen las aspiraciones de los seres que juzgan deben vivir en un determinado territorio, bajo ciertas instituciones, al amparo de una misma bandera y de un escudo que en sus cuarteles y colores simboliza la existencia misma de un conglomerado social. ¿No es, por tanto inquietante, ese desvío de los colombianos por la historia de la

Nación, esa indiferencia por los antecedentes y la evolución de la Patria ?<sup>48</sup>

Para remediar esta situación, en opinión de Rivas, debía darse la intensificación del estudio y el “amor a la Historia de Colombia” utilizando todos los recursos a la mano. En estos momentos no era sólo el fomento de las lecciones obligatorias sino el fortalecimiento de la Universidad, la difusión de textos con imágenes, retratos, películas cinematográficas, representaciones escénicas, dar más realce a las fiestas patrias y a la conservación de los monumentos. Sin embargo, todos estos esfuerzos debían concentrarse en el realce de “figuras proceras” que pudieran: “simbolizar a la Patria” y sintetizar en su prestigio “las fuerzas todas de la nacionalidad para la conquista del futuro”.

Hacer de la historia un vehículo de apelación a la nación y a la identidad nacional no fue una tarea capitalizada por los Académicos sino por los políticos. A través del ejercicio de la difusión que se plasmó en el periódico y las revistas se logró que una buena parte de ellos pasaran por finos intelectuales. El país se convirtió en un terruño donde la política tenía que ir de la mano con la práctica del periodismo y ambos se confundieron como una expresión del ejercicio intelectual, como ocurrió con las figuras de Laureano Gómez y Eduardo Santos entre otros tantos.<sup>49</sup>

La utilización de la historia como instrumento de la política permitió que se constituyera en un elemento fundamental de la polémica aprovechado por los periodistas y los dirigentes de los partidos en un

---

<sup>48</sup> Raimundo Rivas, “Los problemas de Colombia”, en *BHA*, vol. XVIII, núm. 210, 1930, p. 481

<sup>49</sup> La utilización de la prensa como medio de la política es una de las herencias que dejó la recepción de las ideas ilustradas en el territorio colombiano. Desde Antonio Nariño, primer editor y traductor de los Derechos Humanos en América Latina, hasta los escándalos de corrupción sobre la licitación en los medios electrónicos durante el gobierno de Ernesto Samper (1994-1998), los políticos conocen el poder y el prestigio que representa en la sociedad colombiana el ejercicio del periodismo. Basta observar la fundación y la compra de los medios de comunicación masivos durante el siglo XX para descubrir tras ellos las siluetas de los políticos; aún en el pequeño mercado de las distintas regiones, puede descubrirse que en cada departamento existen por lo menos dos periódicos, que interpretan, cada uno, los intereses de determinados grupos políticos, no necesariamente de diferentes partidos.

contexto de profunda fanatización en la militancia política. Esto se hizo evidente, particularmente, en las coyunturas críticas de la hegemonía conservadora en los años veinte y treinta, así como al final de la hegemonía liberal en los años cuarenta.

Los políticos usaron la historia en busca de un amplio público que se viera identificado en estos discursos. Este fenómeno se explica si se tiene en cuenta las dimensiones que alcanzó "lo político" en la sociedad colombiana del siglo XX. En buena parte de este siglo se dio una "sobrepolitización" de los actores sociales, debido a que sólo a través de la política pudieron adquirir presencia en la "vida nacional", lo cual condujo a acentuar la "fragmentación" de la sociedad.<sup>50</sup> No todos los campesinos, ni los trabajadores sindicalizados, ni los grupos indígenas, ni las sociedades negras, accedieron a "los favores" de la política que les permitiera proyectarse a nivel nacional, pero algunos sí usufructuaron estos favores, los cuales permitieron explicar después fenómenos desarrollados durante los acontecimientos de la violencia de mediados de siglo.<sup>51</sup> El conocimiento del pasado fue cobijado por esta "politización".

El uso de temas históricos emprendido por Laureano Gómez continuó una vieja táctica empleada desde el siglo XIX, que después fue seguida de cerca durante la segunda mitad del siglo XX por las corrientes de oposición al gobierno, indistintamente del partido o el grupo en el poder. Este uso del pasado puso de manifiesto la separación de proyectos políticos e interpretaciones distintas de la nación colombiana. La difusión

---

<sup>50</sup> Cf. Daniel Pécaut. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, trad. de Jesús M. Castaño, 2 vols., Bogotá, Siglo XXI-CEREC, 1987

<sup>51</sup> Casos como las guerrillas liberales de los años cincuenta, sustentadas por los directorios liberales o "los pájaros", auspiciados por los directorios Conservadores. Ambas organizaciones desplegarían después fenómenos como el bandolerismo. Cf. Donny Meertens y Gonzalo Sánchez, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora, 1983 y Carlos M. Ortiz, "Las guerrillas liberales de los años 50 y 60 en el Quindío", en ACHSC, núm. 12, 1984, pp. 103-153; del mismo autor: *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío años 50*, CEREC, Bogotá, 1985

y apropiación de las controversias se hizo a través de los medios de difusión como el periódico, las revistas y la radio.<sup>52</sup>

Gómez mantuvo el horizonte de la coyuntura para apelar al pasado. De ese horizonte se sirvió claramente en 1940 con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte del prócer Francisco de Paula Santander. El político conservador se entregó desde el mes de febrero hasta junio de ese año a desmontar la figura mítica de Santander. Utilizó la imagen del prócer y la conmemoración de su centenario para presentar un ataque furibundo al régimen liberal en el poder. El gobierno quería justificarse rememorando y exaltando a su padre ideológico, especialmente resaltando la dimensión en la que el patriota defendía y recurría al valor y el uso de las leyes y la legalidad del Estado. A ese esfuerzo, Gómez se opuso apelando a “la mentalidad de un pueblo espiritual y latino”. Desde la página editorial del periódico *El Siglo* trató sistemáticamente de demostrar con base en la cita de documentos y la explicitación de detalles de todo tipo, la culpabilidad de la disolución de la Gran Colombia y la naturaleza anticatólica del General Santander. En uno de sus alegatos, fechado el 27 de marzo de 1940, Laureano Gómez fue tajante en su propósito:

Mas lo que viene ocurriendo con el general Santander es una empresa deliberada de mutilación de la historia. No se le presenta en la multiplicidad contradictoria de los aspectos de su vida, para defender

---

<sup>52</sup> Las revistas han constituido el motor de la modernización en los estudios humanísticos colombianos. Desde el siglo XIX, ejemplares como los de la *Revista Literaria* (1890-1894), donde trataba de sintetizarse la búsqueda de una nacionalidad y la expresión propia, mantuvieron la posibilidad de conocer y difundir las ideas foráneas más recientes. Este papel se mantuvo constante desde la *Revista Gris* (1892-1895) hasta la *Revista Eco* (1960-1984). En el caso de la disciplina histórica es muy claro el papel desarrollado por revistas de los movimientos de oposición como la revista *Acción Liberal* hasta *La Nueva Prensa* (1961-1966). En la primera se publicaron los primeros escritos propositivos de una interpretación marxista de la historia de Colombia; en la segunda, los trabajos revisionistas con tintes populares de Liévano Aguirre en la década de los sesenta. Cf. Giovanni Moiano, “Prensa y nacionalismo: Colombia años sesenta”, en: *Papel Político* (Santafé de Bogotá), núm. 3, 1996, pp. 75-92. También los interesantes trabajos realizados por César A. Ayala. La radio surgió en Colombia en 1923 y la primera estación se inauguró en 1929. Su historia es similar a la de los periódicos.

animosamente ciertos hechos inculcados. Se divulga una silueta hechiza, retocada y barnizada a gusto, y de la que resultan excluidos hechos capitales del prócer. El ditirambo ha escogido el sistema de la mutilación. Así se propone a la admiración de la juventud una figura que no fue la del general que intervino en la formación de la república.<sup>53</sup>

Esta tarea desmitificadora tomó como método el de la discusión sobre los detalles y las acciones más nimias, extraídas especialmente de los historiadores conservadores del siglo XIX que fueron opositores de la figura de Santander. Ante los demás historiadores decimonónicos Gómez asumió una actitud de silencio o de acusación, como lo hizo con José Manuel Restrepo al que señaló de “ser corregido por el prócer”, y a cuya versión de los sucesos de la Independencia y la Gran Colombia anteponía los escritos de Joaquín Posada Gutiérrez, así como las *Memorias* de los enemigos políticos del prócer colombiano como José Antonio Páez y Tomás Cipriano de Mosquera. Las explicaciones de Laureano Gómez, fundadas en la cita de los historiadores que le sirvieron como fuentes, están basadas en el principio simplista de “los buenos” contra “los malos” y consideró que con sólo apelar a las versiones opuestas todo adquiriría claridad en la historia.

Gómez utilizó la historia para un fin inmediato, pero no como académico sino como político que buscó en cierta actitud crítica y el supuesto análisis riguroso, una herramienta para determinar “un rumbo consciente y definido a la ideología colectiva”.

Por su parte, el escritor antioqueño Fernando González también participó en la demolición del mito de Santander. González hacía parte de la corriente intelectual latinoamericana que se preguntaba por el tema de la originalidad de las sociedades que habitaban en el subcontinente. Sin embargo, el interrogante por la identidad se subordinaba al interés que

---

<sup>53</sup> Laureano Gómez, “El mito de Santander (I)”, en *Obras Completas*, comp. y n. de Ricardo Ruiz, vol. II, Bogotá, Presencia, 1989, p. 192



tenía por buscar, promover y alcanzar la expresión del *yo*, logro al que bautizó con el nombre de *egoencia*.

González rompió con las convenciones narrativas e ideológicas que le fueron contemporáneas. Esto sirvió para que por largo tiempo su obra no ocupara un lugar dentro del parnaso colombiano ni dentro de la insípida bibliografía filosófica nacional. Buena parte de sus escritos, compuestos de reflexiones expresadas en formas cercanas al aforismo, percibieron y expresaron la secularización de la sociedad colombiana.

La faceta como historiador que tiene el escritor antioqueño está subordinada al contexto de los años cuarenta y por eso los temas principales de los dos estudios históricos que escribió son las figuras contrastantes de Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander.<sup>54</sup>

En *Santander* (1940) expuso una erudición histórica que se entremezclaba y sucumbía a las especulaciones y reflexiones en torno a la ausencia de auto-expresión del prócer y los demás líderes nacionales que le acompañaron. Lo cual era muy negativo si se tenía en cuenta que era él quien encarnaba el espíritu republicano del país. Su objetivo fue claro:

Como Santander es un falso héroe nacional, el propósito de este libro es destaparlo. Colombia, guiada por él y por sus hijos, que hoy nos gobiernan por un torcido y oscuro camino que conduce a la enajenación de almas y tierra, cielo, mar y subsuelo. Un instinto poderoso, atracción por la verdad nos guía en esta obra. Ella sería antipatriótica si realmente el Mayor Santander fuera representativo de los nueve millones de colombianos que poblamos este territorio. Pero no lo es, y una voz nos ordena destaparlo, para que la juventud le evite.<sup>55</sup>

Las acusaciones que hizo González a la figura de Santander radican en la forma que manipuló su ascenso político en detrimento del Libertador y su incapacidad de ser representativo del espíritu Grancolombiano en

<sup>54</sup> El escritor antioqueño publicó una peculiar e incompleta biografía con motivo del centenario de la muerte del Libertador: *Mi Simón Bolívar* (1930).

<sup>55</sup> Fernando González, *Santander*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 1994, p. 17

comparación con la labor de Bolívar. En fin, Santander sintetizó todos los males de la ausencia de auto-expresión y se consolidó como el modelo del “cachaco bogotano”.

La obra de González se contrapuso por completo a la idea de que la nación colombiana se constituyera a partir del predominio de los tipos humanos promovidos por el centralismo de la capital. De una manera simplista, González propuso a los antioqueños como el único grupo social del país que realmente encontró la autenticidad. Por eso, esta expresión cultural fue la que quiso delimitar y proponer como espíritu nacional.<sup>56</sup> Esta es la gran restricción de sus apuntes sociológicos en la búsqueda de una expresión nacional, pero es un testimonio de las dificultades, aún en el siglo XX, de la capital para imponerse a la totalidad del país y del peso de la presencia regional en los análisis sobre la condición y futuro de la República.

La polémica sobre el héroe que encarna el espíritu de la nación y, que sobre todo, delimita la fisonomía de esta colectividad, demuestra la importancia que estas imágenes tienen dentro de las prácticas culturales y políticas de una sociedad. La figura de Santander es polémica en sí misma debido a su cercanía a Bolívar. Pero si bien la representación de Bolívar como “el Libertador” no tiene reparos en el ámbito colombiano, sí la tiene como el bastión de la República. El peso de las disputas decimonónicas entre dos partidos políticos convirtió las diferencias que mantuvieron Bolívar y Santander en el enfrentamiento entre dos posiciones aparentemente opuestas. En el fondo, este enfrentamiento reprodujo las divergencias que representaron las coyunturas políticas en la historia colombiana.

Las figuras de Bolívar y Santander comportan determinadas conductas o referentes de acuerdo al momento y al matiz con el que son

---

<sup>56</sup> En este sentido es útil confrontar obras como *Viaje a pie* (1929) y *Los Negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia* (1936), así como algunas observaciones hechas en su revista *Antioquia* (1938-1945)

representados. Bolívar ha llegado a ser desde el “oligarca esclavista” hasta el más enconado “social-demócrata” o el denodado “liberal populista”. La calificación más sintética de sí mismo la hizo el propio Bolívar al definirse como “el hombre de las dificultades”, lo que ha sido explotado más por la literatura que por los historiadores. Igualmente ha ocurrido con la figura de Santander, calificado por Bolívar como “el hombre de las leyes”. Santander ha sido representado desde “el sectario político” hasta el mayor “anticlericalista del país”.

Sin duda, lo que se percibe de estos vaivenes en torno a los fundadores de la República y a la apropiación de sus figuras por los partidos políticos colombianos o por los movimientos políticos disidentes, es la construcción de una imagen ahistórica e ideologizada de la Independencia, así como de la representación de la República.

La figura de Santander, por ejemplo, y los argumentos que se acaban de mencionar dejan en claro que ellos se inscriben fundamentalmente en la discusión acerca de la auto-imagen que debería tener el país de sí mismo. El carácter legalista de Santander fue promovido por los gobiernos de la “república liberal” que trataron de encuadrar al país dentro del espíritu representativo del prócer. El lema del “hombre de las leyes” calificaba y sintetizaba la esencia de la institucionalidad democrática de la República, y sobre todo, el espíritu civilista de la política colombiana en contraste con las vicisitudes que representaba la presencia de los caudillismos y las dictaduras en los otros países latinoamericanos, especialmente de los países fronterizos.

Los gobiernos colombianos trataron de fomentar en las aulas y en la propaganda oficial, desde la instauración del Frente Nacional (1958-1974), “el civilismo colombiano” y la “democracia añeja” del país; aunque esto discrepara con la ausencia de otras opciones fuera del bipartidismo y la presencia irrefutable de la violencia política:

Una de las tendencias histórico-políticas más sobresalientes de Colombia en sus relaciones con América y el Mundo, es el Civilismo como expresión del espíritu de un pueblo que sigue los lineamientos de un “*Estado de Derecho*”, regido por la Constitución y las leyes (...) Uno de los ideólogos del Civilismo colombiano, quien más influyó en las generaciones primigenias de la consolidación nacional, fue FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, llamado el “*Hombre de las Leyes*”, y cuyo ideario se encuentra en la esencia misma de “la colombianidad”.<sup>57</sup>

Esta figuración del espíritu de la nación colombiana fueron consagrados desde los años cuarenta a partir de las representaciones que habían construido algunos de los intelectuales moderados adscritos a los distintos gobiernos liberales. Guillermo Hernández de Alba, por ejemplo, describía a Santander como “otro Bolívar trocado en jurisconsulto”, imagen que prevalece en la fecunda pluma de Germán Arciniegas.<sup>58</sup>

La equiparación entre Santander y la nación colombiana es una interpretación que describe por sí misma la labor y el espíritu que penetraba el desempeño de intelectuales, que a la vez participaban en el mundo de las decisiones políticas, como los que se citaron anteriormente. Ellos veían su trabajo como el de “togados civilistas” y de “gran capacidad intelectual”. No podía ser de otra forma: la civilidad es parte de la racionalidad y fruto de la superioridad intelectual.<sup>59</sup>

<sup>57</sup> Javier Ocampo, “Santander y el civilismo colombiano”, en *BHA*, núm. 738, 1982, p. 641. Las cursivas, mayúsculas y comillas son del original. El ideal de “los convivialistas” se resume en estas apreciaciones que responden a un intento histórico que va mucho más lejos en el tiempo, como lo indica el artículo de Javier Ocampo López y la labor misma de la Academia de Historia. Ocampo López encontró, en el artículo citado y de manera por demás muy artificial que en las tribus prehispánicas y los conquistadores españoles había “una elite de ‘orientación civilista’ que siempre ha hecho círculo cerrado contra las aspiraciones militaristas del Estado fuerte”.

<sup>58</sup> A manera de ejemplo en el mar de una bibliografía enorme se citan los escritos de estos dos hombres representantes de “la república liberal” de los cuarentas: Guillermo Hernández de Alba, “Santander, apóstol magno de la cultura nacional”, en *Aspectos de la cultura en Colombia*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1947 (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana) y Germán Arciniegas, “Hace 150 años regresó Santander y la República quedo restaurada”, en *BHA*, núm. 738, 1982, pp. 605-613

<sup>59</sup> Cf. Germán Arciniegas, “Los 80 años de la Academia”, en *BHA*, núm. 737, 1982, pp. 536-539 y Antonio Cagua, “Francisco de Paula Santander fundador de colegios y universidades”, en *BHA*, núm. 738, 1982, pp. 635-640. El carácter paternal y superior de los letrados está descrita indirectamente en la fundamentación de algunos proyectos culturales llevados a cabo durante la “República Liberal”. En este sentido es útil

La figura de Bolívar tiene usos similares a la de Santander pero bajo otros signos. En comparación con Venezuela y de acuerdo a la tendencia planteada por los intelectuales liberales, la imagen del Libertador sufre una suerte de desmitificación que encontró una enorme aceptación. La pintura del “hombre de carne y hueso” se encuentra por primera vez en los textos de Indalecio Liévano Aguirre.<sup>60</sup> En ellos está el Bolívar que sufre en la pobreza, que persiste y, fundamentalmente, que se enamora en muchas ocasiones. Es un héroe que tiene las vicisitudes de los seres humanos comunes y corrientes; aunque la prosa literaria del político no lo despoja totalmente de sus caracteres excepcionales como héroe. Además, aprovecha para marcar las distancias con el vicepresidente Santander —a quien llega a catalogar de “aristócrata” — y le da ciertos rasgos a aquel como “líder de las masas”.

Estos usos contradictorios del “mito del patriota” no reflejan más que la apelación coyuntural y la ausencia de abordajes con perspectiva histórica. El caso más patético lo constituye, sin duda, la versión ahistórica a la que recurre actualmente el Movimiento Bolivariano que organizan las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Es paradójico que apelen justamente a la figura que por décadas sirvió de bastión a los grupos más conservadores de la sociedad colombiana, los cuales llegaron a acuñar el lema: “Bolívar y Cristo”.<sup>61</sup>

---

consultar, por ejemplo, a Ángela Rivas G., “La educación pública y el sueño de la república liberal: tres intelectuales maestros en el proyecto de hacerse nación”, en *Revista de Estudios Sociales* (Santafé de Bogotá), núm. 3, 1999, pp. 97-103

<sup>60</sup> Cf. Indalecio Liévano, “La estrategia política de la Revolución”, en *Revista de América* (Bogotá), núm. 32, 1947, pp. 145-160 y “Una política para América. La concepción bolivariana y la santanderista”, en *Revista de América* (Bogotá), núms 47-48, 1948, pp. 314-334. Ambos textos hicieron parte de la biografía *Bolívar*, publicada en los años cuarentas con múltiples reediciones. En ella, Liévano, además de darle vía libre a la imaginación, como lo había hecho antes con su biografía de Rafael Núñez, desmitificó al héroe. Posteriormente en los estudios que conforman *Los grandes conflictos sociales y culturales de nuestra historia* (1960), Bolívar tiene el barniz de un caudillo de masas. Esta perspectiva del Bolívar “hombre” es la base del libro de Germán Arciniegas, *Bolívar y la revolución* (1984) y de la popular novela de Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto* (1986).

<sup>61</sup> Las FARC retomaron la figura de Bolívar desde 1987 cuando se creó la “Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar”; aunque, el primer grupo guerrillero colombiano que apeló a la

El culto al héroe, como calificó Carrera Damas la omnipresencia de la figura de Bolívar en la vida política y cultural de Venezuela, representa una referencia a las bondades, los logros y la proyección futura de la nación. El héroe encarna y sublima las características arquetípicas de la sociedad, lo cual constituye un acto de mitificación de una figura humana que de esta manera llega a ganar un lugar en las representaciones de los orígenes que construyen las nuevas repúblicas latinoamericanas. A pesar de ello, existen apreciaciones conciliadoras entre la vastísima producción histórica sobre estas figuras, como las de David Bushnell, por ejemplo, que resaltan el hecho de que ambos “patriotas” compartían el horizonte liberal que querían darle a la República que ayudaron a fundar:

No dudo que Bolívar haya sido algo más conservador que Santander, es decir en el sentido de haber sido un liberal más moderado, pero añadiría que se trata de diferencias tácticas más bien que doctrinales. O sea que Bolívar compartía los mismos objetivos en cuanto a la transformación, tipo liberal, de las instituciones latinoamericanas, pero no pensaba alcanzarlos al mismo tiempo que Santander ni con el mismo orden de prioridades.<sup>62</sup>

---

figura del Libertador fue el M-19 cuyo primer acto simbólico de su plan revolucionario fue el robo de la espada de Bolívar a principios de los años setenta. Como parte de esta recuperación ahistórica, las FARC consagraron a Bolívar el “relato histórico” que se encuentra en la columna: “La otra historia” que se publica desde 1987 en *Resistencia*, el órgano informativo de este grupo. Las recuperaciones históricas de Bolívar desde la guerrilla responden a las observaciones de Germán Colmenares cuando se preguntaba: “si guerrilleros adolescentes, sin más bagaje intelectual que las ‘historias patrias’, no estén siguiendo demasiado literalmente los pasos de los héroes epónimos”, en *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX*, 2ª ed., Bogotá: Tercer Mundo, 1989, p. 22. Hay una crítica aguda sobre este uso de Bolívar por parte de las FARC en Marco Palacios, “Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de la nacionalidad”, en Gonzalo Sánchez y María E. Wills (comps.), *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Santafé de Bogotá, Ministerio de la Cultura- IEPRI, 2000, pp. 421-453. Sobre los usos del héroe el trabajo de Bernardo Tovar, “Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana”, en Carlos M. Ortiz y Bernardo Tovar (eds.), *Pensar el pasado*, Santafé de Bogotá: Archivo General de la Nación- Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, 1997, pp. 125-169

<sup>62</sup> David Bushnell, “Bolívar y Santander: dos vertientes de una sola política”, en *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* (Bogotá), núm. 511, 1980, pp. 40. Este escrito es una síntesis de las tesis sobre Santander que sostiene el historiador norteamericano cuyo trabajo más conocido es *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, trad. de Jorge O. Melo, Bogotá, Tercer Mundo-Universidad Nacional, 1966. La primera edición es de 1954. La perspectiva de Bushnell ha ganado adeptos en las más

Las caracterizaciones contradictorias llevan a pensar que los héroes y su culto constituyen

(...) una necesidad histórica, sin que por ello deba entenderse más de lo que el concepto de necesidad pueda expresar en el orden histórico. Su función ha sido la de disimular un fracaso y retardar un desengaño, y la ha cumplido satisfactoriamente hasta ahora.<sup>63</sup>

Esta conclusión referida exclusivamente al caso venezolano no puede hacer olvidar que el embelesamiento con el ideal que representa “el hombre de las leyes” indica el naufragio del proyecto político del bipartidismo colombiano que se expresa horripilantemente en la permanencia de las múltiples violencias que descarnan a Colombia durante todo el siglo XX. La imagen de una “permanente sociedad civilista” no puede ocultar, y menos hacer olvidar, los rostros de los miles de muertos en esta historia fatídica.

### **La nueva interpretación sobre el pasado nacional: la obra de Nieto Arteta**

Además de atender a la historia, Nieto Arteta escribió literatura y se ocupó de la filosofía. Desde 1938, dándole bastante importancia a la difusión, comenzó la publicación de una serie de estudios históricos sobre el siglo XIX colombiano en el periódico *El Tiempo* y algunas revistas. Estos trabajos después los recopiló en un libro que marcaría una ruptura esencial en la escritura de la historia colombiana del siglo XX: *Economía y cultura en la historia de Colombia* (1941).

---

recientes exploraciones sobre el periodo de la Independencia como lo constatan los trabajos de Marco Palacios, *Parábola del liberalismo*, Santafé de Bogotá, Norma, 1999. Igualmente son provechosas las observaciones de Bushnell desperdigadas en “Conversación sobre Santander”, en *Deslinde* (Bogotá), núm. 11, 1992, pp. 37-48

<sup>63</sup> Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969, p. 43

La publicación de *Economía y cultura* coincidió con el clima espiritual de renovación histórica latinoamericana que representaban obras como las de Luis Chávez Orozco, Caio Prado Junior y Raúl Scalabrini Ortiz,<sup>64</sup> quienes se constituyeron en los bastiones de una nueva orientación de la escritura de la historia en sus respectivos países. Esta renovación de la labor histórica provenía del uso de ideas acuñadas y enriquecidas por la política de izquierda que se expresaron principalmente en el interés por los estudios de historia económica. El historiador argentino Raúl Scalabrini sintetizó esta nueva forma de escribir historia en el dictum: “la economía es un método de auscultación de los pueblos basado en un interés político”. La participación en el espíritu de este nuevo giro epistemológico sobre la comprensión del pasado nacional es evidente en la obra de Nieto Arteta.

El esfuerzo de reinterpretación de la historia nacional del que habían participado los intentos esbozados por las corrientes radicales dentro del Partido Liberal encontraron una síntesis básica y trascendente hacia el futuro en la obra histórica de Nieto Arteta. El descubrimiento y uso de las categorías marxistas dentro de las propuestas hechas por Nieto son el núcleo de esta renovación histórica que no sólo responde a una coyuntura política.

Al atender sólo a la fase política, el abogado barranquillero señaló la diferencia que había entre el Partido Liberal y el uso de algunas ideas marxistas que invocaba el gaitanismo de aquellos años. Estas apelaciones discursivas fueron bien recibidas dentro de ciertos elementos radicales del Partido Liberal porque acentuaban el carácter popular del partido pero inscritos en la lógica bipartidista que hacía que su discurso sólo apelara a “los obreros y campesinos liberales”. Para Nieto la lucha de clases no podía reducirse al patrimonio de un solo partido sino que

---

<sup>64</sup> Chávez Orozco destaca especialmente por su *Historia económica y social de México: ensayo de interpretación* (1938). Caio Prado se hizo célebre por su estudio *Formação do Brasil contemporâneo: Colonia* (1942) y Raúl Scalabrini con su *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1935) y *Política británica en el Río de la Plata* (1940).



(...) en nuestra labor de propaganda, agrupamos a los obreros y campesinos liberales y conservadores, contra los industriales y latifundistas de ambos partidos. Que sepan los obreros colombianos, que entre ellos no puede existir ninguna pugna política, que siendo sus intereses económicos antagónicos a los de nuestros industriales, ello debe llevarlos a buscar su íntima unión política, borrando las artificiales fronteras que les han trazado los valetudinarios partidos tradicionales, formando en esa forma, una nueva organización política que defienda sus especiales intereses económicos.<sup>65</sup>

Las apreciaciones de Nieto Arteta apuntaban a la creación y consolidación de una nueva organización política de izquierda que estuviera por fuera de la órbita del Partido Comunista; aunque, la biografía de Nieto demuestra que su interés por las ideas marxistas más que conducirlo a una acción política lo deslizó a la puesta en práctica de estos elementos en la investigación social. Este interés intelectual le llevó a plantear sus distanciamientos con los teóricos de la II Internacional y los dogmatismos del Partido Comunista que le confirieron el calificativo de “revisionista”. La sentencia provenía de quienes se diferenciaba y a quienes molestaba su tendencia a la “sicología social” basada en el modo de comprender conceptos como “cultura y “civilización”. Nieto consideraba que las transformaciones de un modo de producción traen consigo los cambios en la cultura, pero no mecánicamente sino incorporando “la cultura” que las clases sociales habían elaborado para sí en el modo anterior. En este punto se alejaba de los postulados dogmáticos y se asociaba como un elemento novedoso y crítico dentro de la izquierda latinoamericana como ocurría con Mariátegui y Luis Tejada.<sup>66</sup>

Las consideraciones hacia el tema de la “sicología social” no lo alejaban de los aspectos económicos que consideraba fundamentados en el interés y rescate de “la americanización de la sociología”. El abogado

---

<sup>65</sup> Luis E. Nieto Arteta, “Marxismo y liberalismo” (1934), en *Ensayos históricos y sociológicos*, Bogotá, sel. y proi. Gonzalo Cataño, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, p. 21 (Biblioteca Básica Colombiana, 38)

<sup>66</sup> Cf. Luis E. Nieto Arteta, “Cultura y civilización” (1935), en *Ensayos históricos*, Op. cit., pp. 24-29. También son interesantes las observaciones hechas por Diego Jaramillo, *Los discursos socialistas en Colombia 1930-1948*, trabajo inédito, pp. 148-150.

barranquillero observaba en los “historiadores oficiales” la tendencia a reproducir los sucesos históricos de Europa y adaptarlos a las condiciones históricas del país como ocurría con las pocas versiones existentes sobre los eventos de 1850. Los acontecimientos de este período fueron rápidamente asimilados como una reproducción o efecto de la revolución de febrero de 1848 en Francia, Alemania y Austria.

El propósito inicial de *Economía y cultura* era: “contribuir con esta obra a la definición de una nueva interpretación de los hechos de la historia colombiana”. Los trabajos editados allí se ocupaban de una etapa y unos hechos prácticamente obviados por la historia Académica: el período de las reformas liberales de mediados del siglo XIX. En segunda instancia, y en eso inauguró una constante en los estudios posteriores, intentó explicar “los alineamientos políticos” como expresión de los intereses económicos divergentes.

Nieto Arteta se centró en la idea de que el año de 1850 era el momento en el cual se dio una “revolución burguesa” en la historia de Colombia. Los acontecimientos sociales, políticos y económicos de aquel año le indicaban que los comerciantes, identificados con el Partido Liberal, se oponían al Partido Conservador que representaba a los intereses de los terratenientes tradicionales. Era una verdadera revolución contra la Colonia, que si bien no contaba con una “fuerte y vigorosa burguesía anticolonial”, encontró en la acción del Partido Liberal la intención de destruir las “trabas coloniales” para alcanzar el progreso: la abolición del monopolio del tabaco, de los diezmos y otros impuestos originados en la Colonia, el cese de la esclavitud y la organización de la manufactura y el artesanado en las Sociedades Democráticas que dan “nacimiento al proletariado industrial. Nieto equiparó esas acciones con los intereses nacionales de la Nueva Granada. “La historia y el partido liberal se identificaron.”<sup>67</sup>

---

<sup>67</sup> Cf. Luis E. Nieto Arteta, “Significado histórico de 1850” (1939), en *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá, 6ª ed., Tiempo Presente, 1975, pp. 185-194

1850, según Nieto Arteta, representó el inicio de una nueva etapa de la historia colombiana debido a la liberalización de los recursos económicos y de las instituciones rompiendo definitivamente con la Colonia. La regulación colonial de la economía colombiana a través de los impuestos y de instituciones como los Resguardos y la Encomienda representaban el “conjunto de obstáculos al desarrollo de la industria y el comercio”; es decir, impedían el desenvolvimiento de la economía capitalista. Los trabajos decimonónicos de Salvador Camacho Roldán y Miguel Samper que estudiaron el monopolio del tabaco y su extinción permitieron a Nieto Arteta encontrar en ellos la recapitulación de la “economía colonial” y “la relación exacta que mediaba entre la estructura colonial de la economía y las apetencias de expansión que a ella la agitaban”; además, aquellos trabajos eran la síntesis “definitiva e irrevocable” del “empirismo” y el “casualismo” de la verdadera sociología americana.

Las obras de los sociólogos decimonónicos ofrecieron una caracterización de la “economía colonial” como una serie de trabas al “progreso económico” que iba ligada a una percepción de la sociedad abigarrada y móvil que les impidió hablar de clases sociales compuestas de manera estable y definida; los hombres que las componían fluían de una a otra en las cambiantes condiciones de mediados del XIX; por eso, Nieto prefería señalar que los conflictos de este período se circunscribían a la pugna entre la “incipiente” economía manufacturera y comercial contra la “vieja y pesada” economía agraria que se alineaban dentro de los grupos que conformaban al Partido Liberal –comerciantes y manufactureros- y al Partido Conservador –propietarios territoriales-. Estas consideraciones tomadas de los estudios de Camacho Roldán y Samper constituyen el reto de Nieto Arteta que pretende “ampliarlas y remozarlas”.<sup>68</sup>

---

<sup>68</sup> Nieto Arteta precisa que los partidos políticos se constituyeron para defender los intereses económicos de ciertos grupos sociales que “no eran todavía clases sociales”. Estos señalamientos que comparte con Camacho Roldán y Miguel Samper serán la base sobre la que transcurre *Economía y cultura* y se encuentran en el artículo: “Salvador Camacho Roldán y Miguel Samper: precursores de la sociología americana”, Op. cit.

Las fuentes sociológicas del abogado barranquillero le permitieron considerar que esos trabajos fueron los primeros en vislumbrar que el problema de anarquía y pobreza de la naciente República colombiana no se debía exclusivamente a los extravíos de ciertos personajes, los presidentes y caudillos, sino a las condiciones del orden social y económico, que Nieto se apresura en definir como “la subsistencia de la economía colonial” y la crisis que provocó su eliminación. Por eso, Nieto consideró que 1850 fue el inicio de dos procesos trascendentales en la historia colombiana:

La historicidad de la cultura nacional en la época que hemos estudiado, tiene dos fases o dos aspectos: la historicidad de las reformas en su carácter de simples hechos sociales, y la historicidad del mismo pensamiento sociológico, como un pensamiento que tiene conciencia reflexiva de su propia necesidad histórica y de las reformas que se realizarán, o deberán realizarse. En 1850 adquiere el pensamiento nacional conciencia histórica de su propia necesidad.<sup>69</sup>

Con estas apreciaciones, el abogado barranquillero bautizó una serie de acontecimientos que se convirtieron rápidamente en el principal foco de renovación de la historiografía colombiana. Sus análisis querían demostrar la autonomía de las condiciones históricas y sociales nacionales; es decir, el desconocimiento de la particularidad de los procesos históricos nacionales tanto por los políticos como por los historiadores aferrados a una serie de fórmulas:

Nuestros historiadores oficiales son impertérritos; no se arredran ante ninguna falsificación siempre que ella cree un artificioso apoyo a la concepción inexacta que se quiere fecundar y demostrar. Torturan inmisericordemente a los hechos históricos. Aplican a la historia una camisa de fuerza, elaborada dentro de las medidas indicadas por el sistema cuya autenticidad se quiere verificar a todo trance. El sistema y no el hecho, es lo valioso.<sup>70</sup>

---

<sup>69</sup> Nieto Arteta, “El hecho histórico y la teoría del liberalismo económico”, en *Economía y cultura*, Op. cit., p. 177

<sup>70</sup> *Ibíd.*, p. 185

Esta observación de Nieto no será fácilmente tenida en cuenta por la producción histórica posterior, pero da el indicio central de lo que significa en este trabajo la labor de una actitud revisionista. El cuestionamiento de las interpretaciones en boga despierta la necesidad de hacer un nuevo ejercicio de investigación que no necesariamente va sujeto al descubrimiento de nuevas fuentes de información sino a la forma de interpretar y abordar las fuentes y las explicaciones ya existentes. Esta actitud requiere no sólo una formulación novedosa e impensada sino la implementación de una nueva metodología y el establecimiento de nuevos principios epistemológicos para abordar el pasado.

En el caso de Nieto Arteta no se podría afirmar que es completamente novedoso en el uso de fuentes, al fin y al cabo la lectura de sus escritos históricos llevaba generalmente el esquema de citar largamente documentos o autores que le sirven como tales, a los que luego glosa. En este punto no se aleja demasiado del estilo "tradicional" de escribir historia. Su deslinde está en las interpretaciones que hace de los sucesos y en el uso de categorías de comprensión que eran completamente novedosas en aquel momento para explicar fenómenos que ya se daban por conocidos. El uso de estas categorías nuevas le permitieron a Nieto, y a quienes lo leyeron con atención, descubrir horizontes inéditos en los procesos históricos nacionales. En este aspecto es donde radican sus aportes a la historia colombiana.

La desmitificación de los períodos y temas de los que se ocupó Nieto tienen como punto de partida el reconocimiento de la peculiaridad de los fenómenos históricos y la necesidad de elaborar una comprensión adecuada de esos procesos. En este punto metodológico Nieto Arteta hizo explícito el empleo y el alcance renovador del "método dialéctico materialista" como instrumento de investigación sociológica e histórica aplicado al pasado nacional.

En un breve escrito "Significado histórico de la Independencia" (1935), afirmó que el método dialéctico materialista es "un instrumento de

investigación sociológica” que “es aplicable a cualquier realidad nacional” con lo que puede obtenerse “conclusiones revolucionarias”.<sup>71</sup> Este método, comprueba que “la revolución es el término obvio y necesario de las constantes transformaciones históricas” y considera como parte de su naturaleza epistemológica la necesidad de naturalizar o explicar dentro de cada país la realidad histórica concreta. De este modo, puede hablarse que Nieto está de acuerdo con una “nacionalización del marxismo”, en la medida que ella puede demostrar el alcance universal de aquel método ya que cualquier realidad concreta puede explicarse como resultado de las contradicciones internas que tienen por raíz la lucha de clases.<sup>72</sup>

Las consideraciones críticas sobre la recepción de Marx y la posibilidad de aplicar sus argumentos sobre el pasado nacional llevan a Nieto a describir y precisar su interés por una “sociología americana”. El reconocimiento de que a cada realidad social corresponden observaciones, postulados y conclusiones diversas supone el examen sobre “la originalidad de América” que Nieto Arteta acepta como una “anomalía histórica”, ya que en su criterio “las masas americanas de indios desorganizados y anárquicos” están incapacitadas para comprender los conceptos culturales de los conquistadores que los condujo a estar al margen de la vida cultural de la Colonia. Nieto reconoce, pues, que

La cultura americana solamente se afirmaría cuando los europeos del nuevo Continente se entregaran con intensidad anímica, hacia

---

<sup>71</sup> Cf. Nieto Arteta, “Significado histórico de la Independencia” (1935), en *Ensayos históricos y sociológicos*, Op. cit., pp. 175-179

<sup>72</sup> En este punto es interesante tener en cuenta la actitud crítica que tiene Nieto Arteta sobre la mecanización del marxismo que se expresa en la permanencia del sentido metafísico de la tríada hegeliana de la tesis, antítesis y síntesis que impide la consideración de la simultaneidad de distintas contradicciones. Para ampliar el punto es necesario confrontar: “Dos dialécticas: Marx y Proudhon” (1941), en *Ensayos históricos*, Op. cit., pp. 30-52. Sobre la forma que debería emplearse el marxismo para conocer el pasado de los países latinoamericanos son interesantes las observaciones críticas que hace Nieto Arteta a la *Nueva historia de América Latina* (1941) escrita por historiadores soviéticos y que las reúne en el artículo: “Una muy falsa historia de América” (1946), en *Ensayos históricos*, Op. cit., pp. 207-215

mediados del siglo pasado, al conocimiento de los valores intelectuales creados por Europa.<sup>73</sup>

Estas apreciaciones que se inscriben dentro del marco de los ensayos sociológicos de principios de siglo XX en toda América Latina, permiten delinear que la transformación de la metodología histórica que se encuentra en la obra del abogado barranquillero no supone una renovación de las categorías de comprensión de la composición social de la realidad nacional. Nieto compartía los prejuicios que se desplegaban en buena parte de los núcleos intelectuales colombianos. En su obra *América*, por ejemplo, era “el continente de los extravíos históricos” porque es incapaz de comprender la cultura europea y un elemento social como el indio era parte esencial de aquellas “desviaciones fundamentales”: “afortunadamente se pudría en el fondo de las minas y en las encomiendas”.<sup>74</sup> De ahí que no existiera contradicción entre el promotor de las ideas revolucionarias y la apreciación de que la Regeneración constituía en la historia política del país “el movimiento histórico de mayor objetividad sociológica”.<sup>75</sup> Al fin y al cabo, para llevar a cabo una transformación radical de la sociedad debía aceptarse la existencia previa de la unidad nacional, independientemente de quién o cómo se hubiera realizado esta labor. Por eso, la tarea más importante de la sociología debía ser el esclarecimiento de las condiciones y

<sup>73</sup> Nieto Arteta, “Salvador Camacho Roldán y Miguel Samper: precursores de la sociología americana” (1940), en *Ensayos históricos y sociológicos*, Op. cit., p. 135

<sup>74</sup> Ídem. Como rasgo de un “efecto señorial”, Nieto tampoco aceptaba de buen grado las consecuencias de la modernidad industrial. Al fin y al cabo, decía, “la cultura se ha refugiado en las ciudades que no conocen el estrépito de la vida industrial. En medio de la civilización burguesa de Cali, Barranquilla, Medellín y Cartagena, Bogotá será un remanso espiritual”, en “Breve historia social de Bogotá” (1938), en *Ensayos históricos y sociológicos*, Op. cit., p. 191

<sup>75</sup> Nieto Arteta, “La Regeneración y la organización nacional de Colombia”, en *Economía y cultura*, Op. cit., p. 309. Nieto acepta el carácter “nacional” de la Regeneración basado en la idea de que este momento político afirmó la unidad del pueblo colombiano a través del “Partido Nacional” creado por Núñez en 1883. Este partido fue formado por una coalición entre el Partido Conservador y el grupo liberal de los Independientes y se planteó como un proyecto futuro. Con base en ello, lo “nacional” de este proyecto supera la simple apelación al *statu quo* que significa la consideración de la conformación de los partidos políticos en Colombia como la representación política de los intereses de ciertos grupos, que señalaba anteriormente Nieto Arteta; ahora bien, queda una cuestión pendiente: ¿esa coalición y los principios defendidos por la Regeneración constituían “la realización de la unidad del pueblo colombiano”?

los hechos históricos que hicieron de América una realidad “anárquica y desordenada, inconexa y descuadernada” que permitiera un “reajustamiento científico de las desviaciones”.

La sociología como disciplina científica podría proporcionar, en criterio de Nieto Arteta, la posibilidad de plantear históricamente la compleja realidad americana. La peculiaridad americana no dependía sólo de las deficiencias psicológicas de la población indígena para comprender la cultura europea sino también, y en este punto quizás más, en el problema económico. Por eso, la sociología americana debía concentrarse, para realizarse plenamente, en el estudio y la caracterización de la “economía colonial”, entendida como el intercambio de bienes primarios por bienes industriales, debido a que este es “el fenómeno histórico más característico de América”. La investigación de la “economía colonial” es la verdadera “americanización de la sociología”. De allí que el reconocimiento del carácter científico de la sociología llevara a Nieto a desconocer las posibilidades del ejercicio histórico, tal como se realizaba en ese momento, como herramienta de esclarecimiento de la realidad nacional. Para él la *historia escrita de Colombia* es “puramente exterior”:

No desentraña el sentido recóndito, la significación inefable de los hechos históricos. Está integrada, además, por unos lugares comunes que se repiten incesantemente. Es, así, esa historia un conjunto de nombres ilustres, de fechas célebres y de hechos gloriosos (...) Por otra parte, se acentúan desmesuradamente los hechos políticos. Hay, por eso, una innegable carencia de objetividad en muchas de las investigaciones que han realizado los autores nacionales (...) La subjetividad y la irracionalidad de la vida política —la vida posee un irreductible sentido de irracionalidad— ocasionan una anárquica subjetividad en las obras históricas colombianas. Conocido el partido político al cual pertenezcan o en el cual hayan ubicado a los historiadores, se sabrá a ciencia cierta la actitud que adoptarán ante ciertos hechos históricos.<sup>76</sup>

---

<sup>76</sup> Nieto Arteta, “Crítica a un programa de historia colombiana” (1946), en *Ensayos históricos y sociológicos*, Op. cit., pp. 218-219



En vista de estas consideraciones, Nieto apeló más bien a la sociología como el camino de la “historización” ya que podía determinar “las condiciones objetivas que producen los hechos sociales”; es decir, el reconocimiento de las circunstancias particulares de América. La obra cumbre de Nieto Arteta, *Economía y cultura*, por ejemplo, la elaboró para llevar a cabo el ideal de un conocimiento social científico de realidades distintas a Europa:

No es nueva, ni original la afirmación central que informa este capítulo: americanización de la sociología. Responde a nuestras puras tradiciones científicas. Hace un americanismo objetivo y científico. Americanismo que descubre nuestra realidad histórica y nuestros hechos sociales, sin la tortura del sistema europeo, y de las nociones metafísicas, abstractas, alejadas de la fluyente realidad americana.<sup>77</sup>

Esto suponía que más que historia Nieto quería ofrecer una versión sociológica y económica del pasado nacional con lo que acentuaba el carácter marxista que quería darle a sus estudios y manifestaba su interés acerca del desarrollo del país. Con ello retomaba una corriente de pensamiento vigente en los sociólogos que le sirven de sustento y comparte la apreciación sobre la realidad colombiana:

No hay tampoco, durante muchos años, una auténtica y verdadera economía nacional. Hay una economía de archipiélagos, inconexa y desordenada, desorganizada y anárquica. Puede observarse una manifiesta contradicción entre la realidad histórica, política y económica y el formal derecho político vigente, definido sucesivamente en las Constituciones varias promulgadas periódicamente. Hay entonces una antinomia fundamental en la vida nacional de los Estados americanos: derecho político liberal y realidad histórica antiliberal.<sup>78</sup>

Situación que se originaba en las dificultades que suponía el mundo Colonial, pero a pesar de intuir allí las raíces de la situación de pobreza económica y cultural Nieto les reprocha a los sociólogos colombianos del

<sup>77</sup> Nieto Arteta, “Significado histórico de 1850” en *Economía y cultura*, Op. cit., p. 194

<sup>78</sup> Nieto Arteta, “La Regeneración y la organización nacional de Colombia”, Op. cit., p. 303

XIX que no se hayan detenido en el análisis “exhaustivo y sistemático” de la economía colonial y se dejaran llevar más por criterios no científicos como el de la raza o del sentimiento antiespañol de su época. A pesar de ello reconoce que su labor llevo a la consumación de la “visión liberal del mundo y de la vida” que encontró forma en el Estado liberal de Derecho que creó la Regeneración.<sup>79</sup>

El marco general de la obra de Nieto Arteta revisó las interpretaciones existentes sobre el pasado nacional e impregnó rápidamente los estudios más relevantes acerca del siglo XIX de la historia nacional. Esto vino a consolidarse con la publicación póstuma de *El café en la sociedad colombiana* (1958), redactado diez años atrás y donde Nieto Arteta se ocupa del período posterior a 1860. En esta etapa resalta la afirmación de que la expansión del café es el factor clave en la consecución del desarrollo; el cual, había podido ser accionado por la exportación, que había ofrecido éxitos transitorios con el apogeo del tabaco y la quina. El café representó, pues, la estabilidad que los otros cultivos no tuvieron y transformó radicalmente las condiciones económicas, políticas y sociales de la sociedad colombiana. La consolidación, por este medio, de un mercado nacional sentaba las condiciones necesarias para la industrialización.<sup>80</sup>

La obra de Luis E. Nieto Arteta abrió un panorama inédito en la historiografía colombiana porque representó el comienzo de la historia socioeconómica dentro de esta tradición. Algo tenía de razón al afirmar que había “superado la interpretación positivista de la historia colombiana”;<sup>81</sup> aunque la transcripción de largas citas y documentos en sus escritos no lo alejaran precisamente de la metodología positivista de la historia “tradicional”.

---

<sup>79</sup> Cf. Nieto Arteta, “La sociología colombiana en el siglo XIX” (1951), en *Ensayos históricos y sociológicos*, Op. cit., pp. 165-171

<sup>80</sup> Cf. Luis E. Nieto Arteta, *El café en la sociedad colombiana*, Bogotá, Tiempo Presente, 1975 (Economía, 2)

<sup>81</sup> Luis E. Nieto Arteta, *Economía y cultura*, Op. cit., p. 8

Los trabajos históricos de Nieto Arteta se convirtieron en una de las bases más socorridas de la historia profesional posterior en Colombia. Buena parte de esa producción fue deudora, de una u otra manera, de las interpretaciones propuestas por Nieto Arteta. Igualmente en muchas de las primeras obras de la historiografía profesional las discusiones con el escritor barranquillero son notorias, pero lo importante es que la obra de Nieto Arteta señala por primera vez, las transformaciones económicas y políticas de Colombia en el siglo XIX que dan pie a la paulatina consolidación de un Estado nacional.<sup>82</sup>

---

<sup>82</sup> Por supuesto, las conclusiones de Nieto Arteta han sido revaluadas en sus puntos más importantes por los avances de la historiografía posterior. El escrito historiográfico de Safford, "Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del siglo XIX: variaciones sobre un tema", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núms., 13-14, 1985-1986, pp. 91-151, es ejemplar en criticar a las interpretaciones socioeconómicas de la política originadas en los estudios del historiador barranquillero. Por su parte, Jesús A. Bejarano ha puesto en evidencia los logros y las limitaciones de las consideraciones acerca del café en la historiografía colombiana en los artículos: "Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico" (1983) y "Los estudios sobre la historia del café en Colombia" (1980) recopilados en *Ensayos de historia agraria colombiana*, Bogotá: CEREC, 1987, pp. 15-80 y 83-112 respectivamente. La mejor aproximación a la obra principal de Nieto Arteta se debe a la pluma de Gonzalo Cataño, "Un clásico de la historiografía nacional: *Economía y cultura* de Luis E. Nieto Arteta," en *Historia Crítica* (Santafé de Bogotá), núm. 15, 1997, pp. 13-29

176

**CAPÍTULO IV**

**LOS ESFUERZOS REVISIONISTAS DE LA HISTORIA COYUNTURAL**

El Frente Nacional (1958-1974) significó una vuelta al “convivialismo” perdido, al que se sumaron la fuerza ya innegable de los gremios cafeteros, industriales y comerciales. El Frente fue un programa de acuerdo entre el Partido Conservador y el Liberal para que se sucediesen en el poder cada cuatro años por espacio de dieciséis años. Esto significaba la distribución equitativa de los ministerios y la burocracia estatal, la distribución igualitarias de las curúles parlamentarias y la elección de los candidatos presidenciales por acuerdos bipartidistas. Dicho trato y la reforma constitucional que lo amparaba fueron ratificados a través de un plebiscito convocado a fines de 1957. El Frente Nacional estableció toda una serie de “pactos de caballeros” que llevaron a un entramamiento mayor entre los intereses privados y los del Estado, como había quedado en claro a través de la creación del Fondo Nacional del Café en los años cuarenta. Las distintas reformas tributarias y arancelarias (1959,1964), lo mismo que una proyectada reforma agraria (1961,1968) se concertaron entre las organizaciones gremiales y los grupos económicos de influencia regional con los ministros y congresistas. El Frente creó, entonces, los canales por los cuales los sectores económicos privados se entreveraron de manera capital en los centros de las decisiones políticas.

A nivel político, el Frente no incluyó a la totalidad de los facciones de los partidos tradicionales y benefició principalmente a las cúpulas de estos partidos.<sup>1</sup> Además, liquidó toda alternativa de oposición política cerrando la política legal al bipartidismo y la oposición a la clandestinidad. Con ello, se burocratizó la política y fortaleció el clientelismo. El surgimiento y la radicalización de las oposiciones al régimen del Frente Nacional, así como el paulatino descrédito del régimen político colombiano fueron las consecuencias inmediatas del periodo frentenacionalista. La búsqueda del desarrollo económico no estaba emparentada con una apertura del mundo

---

<sup>1</sup> Cf. César A. Ayala, *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) Colombia 1953-1964*, Santafé de Bogotá, Colciencias- Universidad Nacional de Colombia, 1996

político. La agitada vida política de los años sesenta estableció el tema de los límites y el fracaso de los partidos tradicionales. Por supuesto, este diagnóstico suponía la propuesta de nuevos caminos que encarnaban, para la época, en el sendero revolucionario. La democracia representativa, simbolizada en la existencia tortuosa de los partidos tradicionales colombianos y el reiterativo uso de las elecciones, tocó a su fin con el Frente Nacional y la inocultable agitación social. Estas situaciones fueron interpretadas desde las disidencias como el fracaso del desarrollo económico en Colombia.

En un ámbito de tanta agitación social y política como el que acompañó y generó la instauración del Frente Nacional las ciencias sociales encontraron un ámbito propicio para desenvolverse. Desde la creación de los Estudios de Área como el campo académico que respalda las decisiones políticas sobre los países de lo que entonces se conocía como el Tercer Mundo, las ciencias sociales, especialmente la sociología, adquirieron un matiz pragmático.

La meta de pacificar los campos colombianos y la necesidad de modernizar las instituciones gubernamentales llevó a la necesidad de la planeación y la investigación social. En este marco se dio la exigencia de la formación y capacitación de técnicos en planeación para realizar proyectos de cambio a nivel local, regional y nacional.

La facultad de sociología de la Universidad Nacional, por ejemplo, fundada en 1959, tenía como decano al prestigioso sociólogo Orlando Fals Borda que a la vez que atendía sus responsabilidades académicas fungía como Viceministro de Agricultura. En esta situación también se encontraba otro de los fundadores de la facultad, el célebre padre Camilo Torres que combinaba sus actividades como capellán de la Universidad Nacional, profesor de la misma y miembro de la junta directiva del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria; además, Fals Borda participó en las actividades de la Comisión Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia que creó la Junta Militar en 1957, de donde surgió el importante

trabajo *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso: parte descriptiva* (1962) redactado por el propio Fals en compañía de Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos. Dos años después se publicó un segundo texto que presentó un análisis jurídico del problema de la violencia. Ambos trabajos dieron las bases para los estudios de uno de los fenómenos más preocupantes de la realidad nacional.

La presencia de una categoría como el desarrollo supuso la temática mundial, o a lo menos, continental. Es decir, la necesidad de escribir una historia nacional con referencias al conjunto de América Latina. El uso del concepto de “desarrollo” también impulsó la revisión de los relatos nacionales construidos hasta ese momento y el reconocimiento de la injerencia de las preocupaciones del presente sobre las nuevas interpretaciones. Sin embargo, desde la tradición histórica colombiana no surgió un análisis sobre el subcontinente latinoamericano.

En este marco, la pregunta por la nación dentro de la tradición histórica se mantuvo como una cuestión pertinente. El nacionalismo interceptó la política, la tecnología y el cambio social, hizo parte de este período dentro de los procesos históricos de Colombia.

### **Las reinterpretaciones del pasado nacional: los revisionismos**

Con el surgimiento del interés por el indio se abrió paso también la reinterpretación de la historia nacional. Este fenómeno coincidió con el impulso que había dado a la tradición histórica, los trabajos de historia liberal que resaltaba lo popular a la manera de Arciniegas, así como los aportes de las interpretaciones elaboradas desde el uso de categorías marxistas. Estas posiciones sobre el pasado nacional, generalmente, se alimentaron de perspectivas políticas distintas a las predominantes en esos momentos. Como ocurrió en el caso argentino, el surgimiento de las posturas revisionistas correspondió a coyunturas políticas claramente



determinadas donde la historia se convirtió claramente en un “arma” de la política.<sup>2</sup>

El revisionismo histórico es un fenómeno importante en la constitución de las tradiciones nacionales de escritura de la historia en América Latina. Si bien las versiones manejadas por estas orientaciones no llegaron a cuajar en organismos que desplazaran a las instituciones que ejercían un monopolio sobre el pasado nacional, como las Academias de Historia o las escuelas de historia de las universidades públicas, sí obtuvieron una enorme difusión dentro de las colectividades nacionales. Esta situación es explicable si se tiene en cuenta el carácter coyuntural de estos ejercicios y el predominio de un determinado proyecto político sobre la práctica misma de escribir historia nacional.

El arraigo de las nuevas versiones del pasado nacional puede explicarse fundamentalmente en el estilo agresivo contra los “demonios” de la “historia oficial” a la que se enfrentan; además, los trabajos revisionistas buscan convencer a los sectores sociales “más desprovistos intelectualmente”, por eso usan canales como los periódicos y las revistas de amplia circulación, y técnicas constructivas del relato como aquella en la que es evidente el enfrentamiento dual que permite identificar rápidamente a “los buenos” y “los malos” y/o temas de amplio efecto social por su carácter polémico como el antiimperialismo. Los relatos revisionistas del pasado nacional obtuvieron un enorme éxito editorial y alcanzaron una vasta difusión en la “memoria nacional”.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Cf. Los trabajos de Tulio Halperin Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, México, Siglo XXI, 1970, así como “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional” (1984), en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 108-126 (La Cultura Argentina); Carlos M. Rama, *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, Tecnos, 1981 y Fernando Devoto, “Relatos históricos, pedagogías cívicas e identidad nacional: el caso argentino en la perspectiva de la primera mitad del siglo XX”, en Javier Pérez y Verena Radkaw (coors.), *Identidad en el imaginario nacional. Reescritura y enseñanza de la historia*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanas- Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto Georg Eckert, El Colegio de San Luis, 1998, pp. 37-59

<sup>3</sup> Cf. Diana Quattrocchi-Woisson, “Rosistas y revisionistas: ¿los rivales de la historia académica?”, en Academia Nacional de la Historia, *La Junta de Historia y Numismática y*

En el caso colombiano es claramente perceptible el fenómeno revisionista en el desarrollo de la obra más destacada de Indalecio Liévano Aguirre: *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* (1959-1961). Como parte de la oleada de oposiciones al establecimiento del Frente Nacional, la tendencia más radical de las disidencias liberales, el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), acuñó en la obra de Indalecio Liévano Aguirre una reinterpretación del pasado nacional y de los elementos que conforman los inicios de la República.

Buena parte de la oposición durante el período del Frente Nacional se hizo mediante una apelación a los sentimientos y valores nacionales. La estimación que se le daba al nacionalismo como una fuerza de aglutinación y convocatoria la representó Alfonso López Michelsen cuando encabezaba el MRL. En un célebre discurso de 1961, López señalaba que en ese momento el país vivía la emergencia “de un grupo de hombres con una nueva escala de valores” que se sentían “actores de una revolución colombiana”. Ahora bien, esa revolución —palabra común en la época—, estaba mediada por la nueva interpretación de “la Nación”.<sup>4</sup> En la misma tónica se dio la breve figuración del político Álvaro Uribe Rueda, que definió la movilización de la oposición a través de lo que él llamaba “el nacionalismo popular”, que debía encauzar “el descontento social” ante un “sistema político” que se percibía desde las disidencias como “caduco” y “estancado”.<sup>5</sup>

La interpretación del estancamiento y las desigualdades del país pudieron justificarse con base en el uso de referentes económicos a partir del trabajo de Darío Mesa. Este historiador formado en la Escuela Normal

---

*el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, vol. I, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996, pp. 296-315. En la misma dirección sería importante destacar el impacto del indigenismo como referente de una revisión del pasado nacional en diferentes frentes de la producción cultural y editorial en países como México y Perú.

<sup>4</sup> Cf. Alfonso López Michelsen, “Discurso a los intelectuales”, en *Mito. Revista Bimestral de Cultura* (Bogotá), año VII, núms. 39-40, 1961-1962, p. 180-183

<sup>5</sup> Estos aspectos los desarrolló el propio Uribe Rueda en las respuestas que hizo a un cuestionario enviado por la revista *Síntesis* y que se publicó como separata con el título: *El nacionalismo motor de nuestro tiempo. Un replanteamiento de la política tradicional de la izquierda*, Bogotá, Síntesis, 1964 (Sol Naciente, 1)

Superior se enclaustró rápidamente en la enseñanza y no publicó demasiado. Sin embargo, “Treinta años de nuestra historia” (1957) se convirtió rápidamente en un texto de cabecera entre los opositores del Frente Nacional. El conjunto de este trabajo fue una novedad en la escritura de la historia en el país. Además de la innovación de sus elementos metodológicos, su publicación en la revista *Mito* acentuó su carácter renovador.<sup>6</sup>

El estudio apeló a categorías marxistas y empleó a fondo los datos económicos —particularmente el informe de la CEPAL sobre el desarrollo económico de Colombia en 1955—. Un hecho fundamental del escrito de Mesa que lo distanció de la escritura de la historia de esta época, radica en el abordaje de temas contemporáneos. A diferencia de los esfuerzos “tradicionales”, el trabajo de Mesa no deseó guardar distancia del presente y pretendía describir los comienzos de “la crisis actual”:

El hombre trabajador colombiano se pregunta, perplejo, qué es lo que ha ocurrido en la vida nacional que pudiera acarrear este desastre en que vivimos. (...) Es probable que, si tuviera tiempo para ello, si la cadencia del trabajo en las fábricas, en los talleres, en las oficinas y en el campo le dejaran intacta alguna fuerza, el trabajador colombiano descubriera que su situación presente tiene raíces en una historia reciente, en un momento en que empezaron a gestarse su sufrimiento actual y, al mismo tiempo, los elementos de su libertad inminente. La gran conmoción se inició, en realidad, después de la Primera Guerra

---

<sup>6</sup> La revista *Mito* (1955-1962) se constituyó en una de las empresas culturales más importantes del país en esta época. Su presencia fue fundamental en la recepción de las corrientes de pensamiento actuales en Europa. En ella circularon las novedades filosóficas y literarias más renovadoras para el ejercicio intelectual del país. Al mismo tiempo estaba atenta al acontecer de la coyuntura política nacional y fue constante la presencia de secciones y artículos que se ocupaban de esta realidad. Trataron de llevar a cabo el programa sartriano con el que presentaron su empresa: “Las palabras también están en situación (...) Nos interesan que sean responsables”, en *Mito*, año I, núm. 1, 1955, p. 1. Sobre el significado de la revista en el espacio cultural colombiano cf. Rafael Gutiérrez Girardot, “La literatura colombiana en el siglo XX” en Jaime Jaramillo Uribe (coord.), *Manual de historia de Colombia*, vol. 3, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980, pp. 535-536; Juan G. Cobo Borda, “Mito”, en Varios autores, *Manual de literatura colombiana*, vol. II, Bogotá, Procultura- Planeta, 1988, pp. 129-191; Rafael H. Moreno Durán, “MITO: memoria y legado de una sensibilidad”, en *BCB*, vol. 26, núm. 18, 1989, pp. 19-29

Mundial; más el año clave, el que nos permite una medición del proceso, es quizás 1925.<sup>7</sup>

La lectura del proceso de modernización de las instituciones estatales y los efectos del desarrollo económico, le descubrieron a Mesa que durante los años treinta se derruyeron definitivamente “los fundamentos del mundo antiguo” y le permitió concluir que “teníamos un gobierno formalmente conservador y realmente burgués”.

Las transformaciones que describió con detalle de la sociedad colombiana, le permitió pasar una carta de factura al Partido Comunista al declarar que:

(...) no había logrado, por motivos muy complejos pero principalmente por la ineficacia ideológica de su dirección y por su desconocimiento del país, penetrar en las grandes masas. En raros momentos fue efectivamente un destacamento de avanzada. El pueblo, pues, combatía solo, orgánicamente desecho e ideológicamente desarmado.<sup>8</sup>

Este señalamiento concreto se debía a la existencia innegable de una “ebullición social” que se vivía antes de la caída de Rojas Pinilla, la cual requería de “organizaciones operantes”. En ese momento, Mesa percibió “la antinomia entre un poder ejecutivo militarmente respaldado y la nación acaudillada por la burguesía industrial.”<sup>9</sup> Ambas situaciones contravenían dos aspectos fundamentales para el historiador: el carácter civilista de las sociedad colombiana, que se defiende hasta el presente como uno de sus

---

<sup>7</sup> Darío Mesa, “Treinta años de nuestra historia”, en *Mito*, año III, núm. 13, 1957, p. 54. En un texto que le fue casi contemporáneo, Miguel Aguilera concluyó: “(...) no es recomendable que la Historia contemporánea de Colombia avance hasta los días actuales. Conceptúo que el profesor y el alumno han de quedar, cuando menos, a treinta años de distancia de los últimos eventos previstos en el programa. Aparte de que la influencia de los personajes e ideas de los últimos tiempos, alcanza a perturbar el ánimo, por obra de la simpatía o de la antipatía de quienes explican u oyen las explicaciones relativas al momento presente, la reflexión nos dice que la Historia debe ser como el vino: necesita tiempo para que pase de la condición de mosto turbio y desagradable a la de jugo de contento y salud.”, en Miguel Aguilera, *La enseñanza de la historia en Colombia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, p. 17

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 63

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 68

más grandes logros, y el absurdo de que aquellos que se enriquecieron con el sometimiento del “pueblo” tuvieran el respaldo popular y lo estuvieran encabezando para defender los valores de la democracia. Para Mesa, la tarea fundamental de la política debía tener claro que:

(...) el asunto no consistía en inventar unas relaciones de producción, sino en tomar en cuenta las que la vida estaba determinando y reflejarlas en el Estado (...) la nación había alcanzado una complejidad social y económica que no conoció antes (...) que requería una alta especialización, no solamente en la dirección de las empresas, sino también en el Estado.<sup>10</sup>

De esta manera, su análisis histórico se presentó como una herramienta fundamental en la práctica política. El diagnóstico de una plutocracia que ambicionaba el poder, el estancamiento de las posibilidades democráticas —el derecho a la disidencia acorralado—, la eclosión de problemas sociales insospechados —la marginalidad urbana y la urgencia de la reforma agraria—, hicieron de los esfuerzos intelectuales de interpretación de la realidad inmediata una necesidad que debía ser llenada por los intelectuales.

A falta de una profesionalización de las ciencias sociales en esta época y la urgencia de un accionar político adecuado a la realidad, se impulsó la comprensión que se debía tener de esta sociedad cambiante como la tarea primordial que debían tener los “hombres de letras” —literatos y periodistas—. Esta preocupación fue uno de los pilares fundamentales de la actividad realizada por el grupo de *Mito*. Abordar y precisar las funciones de los intelectuales fue un tema recurrente en la vida de la revista. Sin embargo, Jorge E. Ruiz describió con escepticismo que en esta época, y con mucho es una realidad actual, se entendió el trabajo periodístico como el quehacer intelectual por excelencia en Colombia:

---

<sup>10</sup> Idem.

Si “la función del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ante el mundo decirse inocente”, la consagración que en muy contadas ocasiones ha dado nuestra sociedad a sus hombres de letras y más particularmente a sus periodistas ha sido la que menos convenía al sentido de su actuación (...) en nuestra sociedad una parte muy grande de lo impreso pertenece al género de la homilía y del panegírico.<sup>11</sup>

De ahí que sea muy importante tener en cuenta el peso y la presencia que adquiere el desarrollo que tuvo el semanario *La Nueva Prensa* (1961-1966). Esta revista sintetizó muy bien la labor de los periodistas, entendidos como los intelectuales, para abordar los retos que planteó el ámbito cultural colombiano en una sociedad en transformación.<sup>12</sup>

Los cambios que experimentó la sociedad colombiana, especialmente la ampliación del sistema educativo, generó toda serie de expectativas sobre el ascenso social y el mejoramiento en las formas de vida. En el centro de las capas sociales que accedieron a esta extensión de los servicios educativos se instaló *La Nueva Prensa* como un vocero de estas aspiraciones. Los análisis de Giovanni Molano demostraron que esta revista se convirtió en un medio a través del cual se expresaron la mayoría de las voces políticas disidentes del período; además, especificó el público hacia el cual estaba dirigida y la amplia repercusión que tuvo en el creciente y agitado ámbito universitario de la época.<sup>13</sup>

*La Nueva Prensa* se presentó como una labor periodística que pretendía negar la división de “la historia y al hombre en dos facciones: la

<sup>11</sup> Jorge E. Ruiz, en “Situación del escritor en Colombia”, *Mito*, año IV, núm. 35, 1961, p. 259

<sup>12</sup> Hacia 1964 el 70% de la población ya sabía leer y escribir y se habían duplicado los centros de educación desde 1951. Esto se manifestaba en la ampliación de la matrícula. Entre 1950 y 1960 se duplicó la matrícula en primaria y se cuadruplicó la cantidad de matriculados en la secundaria y en la educación superior. Los datos se pueden consultar en Jorge E. Ruiz, *La política cultural en Colombia*, París, UNESCO, 1976; también hay análisis detallados, para el caso universitario en Antonio García, “La autonomía en el proceso de la Universidad colombiana”, en Varios autores, *La autonomía universitaria en América Latina*, vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, pp. 125-188; y Giovanni Molano, “Prensa y nacionalismo. Colombia años sesenta”, en *Papel Político* (Santafé de Bogotá), núm. 3, 1996, pp. 75-92

<sup>13</sup> Cf. Giovanni Molano, “La acción política bajo el Frente Nacional”, en *Revista Colombiana de Sociología* (Santafé de Bogotá), vol. II, núm. 2, 1995, pp. 59-88 y “Prensa y nacionalismo. Colombia años sesenta”, Op. cit.

de los condenados y la de los salvadores". Al ser hechas por periodistas su tema central debía ser la actualidad pero de acuerdo a la circunstancias nacionales. Esta circunstancia y enfoque puso la distancia de sus preocupaciones con las inquietudes centrales que desarrollaba la revista *Mito* y la naciente revista *Eco* (1960-1984). El director de *La Nueva Prensa*, Alberto Zalamea, resumió claramente esta situación:

Vivíamos en un país dispuesto a la exploración y a la experimentación, que nada ni nadie podría doblegar, como se probó en todos estos años. Fuimos inclementes, y por tanto injustos, con quienes detentaban el poder y generosos con los jóvenes y especialmente con los opositores (...) Pretendíamos comprender el mundo y facilitarle a la nueva generación armas intelectuales para transformarlo.<sup>14</sup>

La revista representó un impulso formidable a la idea de un nacionalismo revolucionario. Ella se presentó como un órgano al servicio de la nacionalización de la política, la revitalización del sentimiento patrio y recuperar, con ello, "una visión nacionalista de los problemas".<sup>15</sup> De esta manera, en su seno se dio la posibilidad de replantear la interpretación de la sociedad colombiana y con base en ello de repensar el pasado nacional.

Las tareas llegaron a conclusiones no tan renovadoras como se pretendía. En cuanto a la nación la revista concluyó que: "La Colombianidad no es sino un abuso del lenguaje. Nuestra manera de ser hombres está cifrada en la hispanidad."<sup>16</sup> Es decir, en el mejor estilo de las posturas conservadoras de fines de los años cuarenta, *La Nueva Prensa* retomó las categorías de "Revolución Nacional" y "el restablecimiento del

<sup>14</sup> Alberto Zalamea, "Prólogo", en *La Nueva Prensa. 25 años después 1961-1986*, vol. I, Bogotá, Procultura, 1986, p. 25 (Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura)

<sup>15</sup> *La Nueva Prensa: informe semanal de Colombia y el mundo* (Bogotá), núm. 6, 30 de mayo de 1961, pp. 14-15

<sup>16</sup> "La Patria Grande", en *La Nueva Prensa*, núm. 26, octubre 11 de 1961, p. 52. Al respecto, la revista publicó varios artículos durante este año para dilucidar esta conclusión y asociarla en una fórmula característica del nacionalismo que se pregona en aquel momento: "hispanismo y revolución" y que se abordará con más de detalle en un capítulo posterior.

orden<sup>17</sup> con base en los cuales acuñaron un antiimperialismo norteamericano que aglutinaba su programa editorial y político.

Buena parte de esta conclusión encarnó en el intento revisionista de la historia nacional que representó la obra de Indalecio Liévano Aguirre. En septiembre de 1959, Alberto Zalamea que para entonces era director de la revista *Semana*, anunció la publicación de "una nueva visión histórica del país". Una crisis de esta exitosa revista llevó a su director a fundar *La Nueva Prensa* y allí vieron la luz los ensayos que conformaron *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, que aparecieron quincenalmente como una separata de la revista.

Fue tal el éxito de esta "Historia de Colombia" que, el mismo Zalamea reconoció que el grupo de *La Nueva Prensa* se consolidó alrededor de esta obra que salió como libro en 1964 y desde aquel año, prácticamente, ha sido reeditada sin interrupciones hasta 1996. Este trabajo de Liévano Aguirre se inscribió, pues, en un contexto político de oposición en el que su interpretación debía ser parte de "las nuevas fuerzas de la nacionalidad" que debían expresarse en ese momento. El anuncio de Zalamea recalca que

Frecuentemente se ha acusado a los colombianos de no tener memoria y la parte de verdad que puede haber en este cargo depende de la manera deficiente como ha sido registrado el pasado de la Nación. La historia es la memoria de los pueblos (Por eso, *Los grandes conflictos A. B.*) será la historia del pueblo colombiano que tantas veces ha visto frustradas sus legítimas aspiraciones. Ella demostrará que en Colombia han pasado muchas cosas y cosas muy graves y que en la galería de los próceres no están todos los que son y hay muchos a quienes se otorgó esa distinción en momentos de excesiva benevolencia.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> En este punto, es necesario destacar los apuntes sobre el origen de esta idea en la política del conservador Gilberto Alzate Avendaño que hace al respecto César Ayala en *Nacionalismo y Populismo. ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia 1960-1966*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1995, pp. 17-20

<sup>18</sup> Alberto Zalamea, "Prólogo", Op. cit., pp. 18-20



En este contexto, la figura de Liévano encajaba muy bien. Militante del MRL, desdeñado como político por el Partido Liberal, y como historiador por desmitificar las figuras de Núñez y Bolívar, podía emprender con entusiasmo la revisión del pasado nacional.

### **El revisionismo histórico desde la disidencia del Partido Liberal**

Liévano escribió poco, pero su éxito fue notable. Su incursión al mundo de la historia lo hizo en 1944 cuando escribió una biografía del líder de la Regeneración, Rafael Núñez. Este trabajo que fungió como tesis para obtener el título de abogado, abrió una brecha importante con respecto a una de las figuras más controvertidas de la historia política colombiana. Pocos se animaban a hacer un balance de este político. El rescate de Liévano conduce a colocar a Núñez como el gran nacionalista, el gran unificador y constructor del Estado colombiano, al que, además, le interesaba el bienestar social de la población. Esta imagen del "bueno" se contraponen a la de los comerciantes: monopolistas, explotadores y usureros.<sup>19</sup>

Por otra parte, la imagen que ofrece de Núñez conlleva a precisar la "buena" tradición del Partido Liberal: el liberalismo atento a los problemas sociales, que acepta la intervención del Estado en la economía, que combina el centralismo político con la autonomía municipal y que es tolerante en lo religioso. Por eso, Núñez no debería ser leído más como "el traidor del liberalismo", tal como se había sostenido por los liberales *radicales*, sino como el genuino precursor del liberalismo colombiano; opuesto, entonces, al liberalismo *Radical* del siglo XIX, que sólo trajo la

---

<sup>19</sup> Cf. Indalecio Liévano, "La guerra contra la usura", en *Rafael Núñez*, 3ª ed., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977 (Historia Viva, 2)

anarquía, el federalismo y el librecambismo a ultranza, “recuerdo de un pasado extraño”, concluye Liévano.<sup>20</sup>

El carácter reivindicativo de una figura polémica condujo paulatinamente a Liévano a iniciar otro esfuerzo similar, ahora con un personaje sistemáticamente más controvertido en la historia nacional como lo fue Simón Bolívar. A construir una biografía del Libertador dedicó varios de sus esfuerzos en los años cuarenta.

La pluma de Liévano Aguirre es elegante y muy amena. Es un estilo adecuado para los intereses de la divulgación pero que se superpone a los intereses y la metodología de la investigación histórica. La facilidad para la escritura está mediada por las intenciones de un autor cuyo principal interés radicó en abordar las tensiones de dos elementos enfrentados e irreconciliables las masas y la oligarquía; aunque en el caso de sus biografías, intentó retratar al héroe de una forma “más humana”, que sin abandonar el pedestal, el lector podía percibir los rasgos humanos que le dificultaron en muchas ocasiones su accionar, obstáculos a los que pudo vencer gracias a su “grandeza”. Este horizonte de escritura le llevó reiteradamente a exagerar ciertos acontecimientos o sus consecuencias en desmedro de otros factores, o lo condujo simplemente a inventar.

En los textos que conforman *Bolívar* se advierte la presencia de su pluma literaria:

El 18 de diciembre, Bolívar se alejaba de Port Royal, mientras en la ciudad, y desde su ventana, una mujer dejaba escapar silenciosas

---

<sup>20</sup> Las posturas sobre el librecambismo le posibilitaron a Liévano ser uno de los más ilustres empleados del departamento de publicidad la Asociación Nacional de Industriales, cuando recién se había fundado esta agremiación. Cf. “Industriales, prensa e ideología”, en Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Uniandes, 1992, pp. 78-81. Una defensa clara de este “verdadero liberalismo” se encuentra en el discurso de posesión de Liévano Aguirre como miembro de número de la Academia Colombiana de Historia: “La generación del Centenario”, en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núms. 489-490, 1955, pp. 395-424

lágrimas al ver perderse en el horizonte la embarcación que se llevaba para siempre su corto sueño de felicidad.<sup>21</sup>

Como en el caso de Núñez, los efectos más interesantes de esta propuesta de tema histórico es la imagen que Liévano ofreció de los dos máximos próceres de la República: Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander. Estas configuraciones no sólo eran un vago ejercicio de la erudición sino que se presentaron como instrumentos de la contienda política porque, además, encarnaron la interpretación de la constitución espiritual y política de la nación colombiana.

Liévano ofrece la imagen de un Bolívar “campeón de las masas” y Santander como representante de “las oligarquías”. El juicio de Liévano sobre Santander era claro:

A Bolívar y a la Revolución que encabezaba Colombia en Hispanoamérica les faltó un colaborador que al frente de las finanzas públicas tuviera la imaginación y la inteligencia recursivas que demostró, por ejemplo, Alexander Hamilton como secretario del Tesoro del presidente Washington. Un colaborador que, mientras el Libertador se enfrentaba a la magna empresa de unificar a la América española, hubiera comprendido que la tarea de organizar las finanzas de la Gran Colombia no podía llevarse a buen término utilizando el criterio de la contabilidad que se limita a registrar las diferencias entre el Debe y el Haber.<sup>22</sup>

Liévano identificó desde los años cuarenta las revoluciones “falsas” —las que no alentaron “verdaderos” ideales de emancipación continental como las de Tupac Amaru y de Los Comuneros de la Nueva Granada— de las revoluciones “verdaderas” como las encabezaron Bolívar y San Martín. Además, comprobó que uno de los grandes logros de Bolívar fue descubrir que “las clases populares no eran *auténticamente* revolucionarias” porque

<sup>21</sup> Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, 2ª ed., Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, p. 134. La primera edición es de 1974. Este apartado de la biografía había sido publicado con el título: “La estrategia política de la revolución”, en *Revista de América* (Bogotá), núm. 32, 1947, pp. 145-160

<sup>22</sup> *Ibid.* p. 297 La crítica al apego a las formas legales de Santander es claro. Todo el capítulo XXVIII “Colombia frente a la Santa Alianza” está dedicado a describir las relaciones entre Bolívar y Santander, de lo cual este párrafo es una buena conclusión.

las insurrecciones encabezadas por un hombre como el venezolano Boves realmente vivieron del pillaje y de la figura del caudillo. Este tipo de revoluciones no quisieron modificar las condiciones de la “organización social americana” sino reemplazar a los mantuanos en sus privilegios: “Era una rapiña por los privilegios, no un intento de modificar esos privilegios”. Por eso, concluye Liévano,

Poco ha sido hasta ahora considerado el significado que tiene el hecho de que la revolución de la independencia en Hispanoamérica no la hubieran iniciado las masas populares americanas sino las “élites” directivas de las clases criollas de las colonias.<sup>23</sup>

De allí que el accionar de Bolívar, debía orientarse a

(...) conquistar para su causa a las hordas que un día acompañaron a Boves, lo hace dominado también por la seguridad de que esas fuerzas, tan propicias para la anarquía, deben ser siempre dirigidas y muchas veces forzadas a encaminarse hacia objetivos y finalidades sociales, ya que sus *tendencias naturales* las conducen al particularismo, la anarquía y la disolución.<sup>24</sup>

De esta manera, Liévano justificó la existencia de prejuicios hacia “el pueblo”, pero también la necesidad de cohesionarlo y dirigirlo como el más importante bastión de la lucha política. Además, esta dirección debía estar orientada por una política amplia que tuviera en cuenta el accionar del mundo. Por eso, destacaba en Bolívar, en detrimento de Santander, la claridad que tenía sobre las desventajas de cualquier accionar político que no tuviera en cuenta fortificar “el poder de los Estados americanos y que se redujera a confiar su suerte y su futuro a la mediación de potencias extranjeras que en estas cuestiones obraban siempre de acuerdo con sus propios intereses.”<sup>25</sup>

<sup>23</sup> Indalecio Liévano Aguirre, “La estrategia política de la revolución”, Op. cit., p. 157

<sup>24</sup> Ibid., p. 158. Las cursivas son mías.

<sup>25</sup> Indalecio Liévano Aguirre, “Una política para América (La concepción bolivariana y la santanderista)”, en *Revista de América* (Bogotá), núms. 47-48, 1948, p. 334

Pese a la promesa de Alberto Zalamea que afirmó que *Los grandes conflictos* ofrecerían “no solamente puntos de vista inéditos e interpretaciones nuevas, sino una gran cantidad de *documentos* desconocidos hasta hoy”, en ninguno de los trabajos que componen la obra aparece una nota a pie de página o, por lo menos, un bibliografía al final. Sus artículos tienen la misma característica. Desde sus primeros escritos Liévano se limitó a poner entre comillas ciertas líneas pero no a indicar de dónde provenían. Tanto el texto sobre Núñez como el de Bolívar traen una bibliografía general que se presenta como una lista de autores y títulos pero sin ninguna otra referencia.

*Los grandes conflictos* también carece de una introducción, ella fue reemplazada por el anuncio de Zalamea; además, Liévano simplemente se limitó a empezar su obra indicando que se trataba de una historia de “los episodios estelares” en el que se enfrentaban “la justicia que defiende a los humildes” de “todas las formas de opresión que favorecen a los poderosos.” Este enfrentamiento le permitió plantear a Liévano la pertinencia de su relato histórico para el presente. Este espíritu rigió el resto de los cuadros que construyó paulatinamente y que conformó su más célebre libro:

La República no constituyó, pues, un principio, una primera palabra pronunciada sobre la nada del caos originario, sino un nuevo y magnífico escenario, lleno de posibilidades, en el cual habría de continuar la vieja controversia entre los poderes de la riqueza y el ideal de la justicia que mantiene abiertas, para todos, las puertas de la nacionalidad y sus beneficios. Con la tremenda eficacia perturbadora de los problemas no resueltos, este conflicto repercute todavía con todas sus consecuencias, en nuestra época.<sup>26</sup>

*La Nueva Prensa* reunió una buena parte de los relatos de Liévano y los conjuntó en forma de cuatro pequeños volúmenes, que después reprodujo en un formato más grande y en dos volúmenes la editorial Tercer

---

<sup>26</sup> Indalecio Liévano Aguirre, “La primera lucha por la justicia”, en *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, vol. I., Bogotá, Ediciones La Nueva Prensa, s/f, p. 12

Mundo. El libro tiene dos grandes temáticas: el final del período Colonial y los sucesos de la Independencia. El desarrollo de cada uno de los treinta y tres relatos que conforman la obra está montado sobre las vicisitudes de “los buenos”, en este caso Bolívar y sus partidarios, para conducir al pueblo “no revolucionario” a la senda de la libertad, ante los obstáculos que representan “los malos”, las oligarquías, que mantenían una influencia decisiva al interior de las masas. Todo el tiempo, los lectores encuentran explicaciones maniqueas que plantean un enfrentamiento insoluble:

Como las tendencias políticas y las realidades geográficas que conspiraban contra la cohesión de la gran sociedad hispanoamericana sólo podría contrarrestarse con el fortalecimiento del Estado republicano, —para que él sirviera de eje de gravedad a esa sociedad— y con una revisión de fondo de las relaciones inveteradas de las clases, —destinada a distribuir más equitativamente los beneficios de la nacionalidad—, poca o ninguna atención se prestó en 1810 a los peligros que amenazaban esa cohesión, porque las oligarquías criollas no deseaban fortalecer al Estado sino debilitarlo, —a fin de ejercer el poder político detrás de la fachada de unas instituciones lánguidas—, y no tenían interés en introducir cambios de importancia en una estructura social que las favorecía y cuyas obvias ventajas sólo se redujeron por la aplicación, durante la Colonia, de las Leyes de Indias que protegían a los oprimidos y a los nativos (...) Así se comprende por qué las oligarquías criollas renunciaron, desde temprano, a pensar en grandes magnitudes y prefirieron reducir el *Estado* y la Nación a unas dimensiones acordes con el deseo que tenían de adueñarse del poder político en cada una de las jurisdicciones coloniales que les sirvieron de escenario a su influencia tradicional. Los patriciados de Santafé, Caracas, México, Buenos Aires, Santiago, etc., no parecían resueltos a renunciar —a fin de favorecer la constitución de una *autoridad común* para el Continente— a la extraordinaria oportunidad que se les presentó de adueñarse de la totalidad del poder y así fue progresando, a partir de 1810, la tendencia a configurar la nacionalidad como molde o cascarón del predominio de una clase social.<sup>27</sup>

---

<sup>27</sup> Indalecio Liévano Aguirre, “La Independencia como problema continental”, en *La Nueva Prensa* (Bogotá), núm. 40, 31 de enero a 6 de febrero de 1962, p. 458. Las cursivas son del original. Un lector atento notará que la versión en libro de *Los grandes conflictos* dejó por fuera un texto como este que en la publicación del semanario constituye el capítulo número 41. La consulta de una colección incompleta de *La Nueva Prensa* muestra que la historia de Indalecio Liévano se compuso, por lo menos, de 48 capítulos que no corresponden a los 33 que publicó la versión en libro. Desconozco las razones para que se hubiera dado esta forma a la publicación en libro.

Estos polos imposibles de unir entre los particularismos y la mirada continental se unían a su vez en torno al conflicto más serio para la vida nacional como era la división entre “oligarquía” y “pueblo”. El nuevo anclaje de los cambios históricos debía pasar por la dinámica que significaba este enfrentamiento. Era visible para Liévano, que existía un divorcio entre “el pueblo y su clase dirigente”. La nueva historia nacional de Liévano Aguirre pasaba por este conflicto:

(...) se ha afirmado en la conciencia pública la convicción libertaria de que los valores espirituales de la Patria no se confunden, ni tienen por qué confundirse, con los valores espirituales de la oligarquía reinante y que bajo el andamiaje de las nociones políticas elaboradas por ella para asegurar su predominio, existe y discurre la vida de un país ignorado, que esa oligarquía no representa ni ha querido representar.<sup>28</sup>

Esta síntesis del programa emprendido por Liévano Aguirre entronca perfectamente con los esfuerzos que el líder de izquierda Antonio García realizaba de manera sistemática y prolífica.

### **El revisionismo histórico desde las izquierdas**

Como sucedió en otros lugares de América Latina, el cuestionamiento de la “historia tradicional” se hizo a partir de la transformación de la escritura de la historia como una labor de historia social. Este ejercicio se entendió, primeramente, como la historia de las clases pobres o bajas que acrecentaron la fuerte relación entre la historia social y la historia de las protestas y los movimientos sociales. Iniciadores de este tipo de trabajos son los textos publicados por los principales dirigentes del Partido Comunista de los años treinta: Guillermo Hernández Rodríguez, que escribió un estudio sobre los resguardos indígenas en la época colonial y el

---

<sup>28</sup> Indalecio Liévano Aguirre, “Reflexiones sobre el Sesquicentenario” en *Mito. Revista Bimestral de Cultura* (Bogotá), año V, núm. 30, 1960, p. 393

trabajo de Ignacio Torres Giraldo sobre los movimientos obreros de la década de los veinte.<sup>29</sup>

Hernández Rodríguez inaugura con su texto: *De los chibchas a la Colonia y a la República* (1949) el surgimiento de la “historia militante como historia épica del pueblo”, como la bautizó Miguel Ángel Beltrán.<sup>30</sup> Este calificativo tiene que ver con el compromiso político de Hernández Rodríguez que fue secretario del Partido Comunista y una vez expulsado trasegó por los caminos abiertos de los grupos radicales del Partido Liberal. El texto de Hernández buscaba: “indicar los orígenes seculares de la situación colombiana contemporánea”. En la historia podía descubrir “las fuerzas modeladoras” que permanecen constantes en los procesos históricos colombianos

(...) para renovar el presente trazando orientaciones precisas a los movimientos populares. No es posible operar con certeza sobre lo actual si no se conocen las poderosas corrientes ancestrales cuyo ímpetu debemos utilizar para configurar nuestro futuro.<sup>31</sup>

Esas “fuerzas modeladoras” se originaron en las sociedades aborígenes que habitaban el territorio central andino y que además requerían una reconstrucción histórica y sociológica. La realización de este ejercicio permitiría reconocer las estructuras agrícolas y sociales que determinan ciertas influencias en las instituciones coloniales y después en las republicanas.

Para establecer la pertinencia profesional de este trabajo “histórico-sociológico auxiliado por la dialéctica materialista” realizado por un hombre reconocido como político, Guillermo Hernández relata los estudios económicos, históricos, jurídicos y sociológicos que realizó en Moscú, París

<sup>29</sup> Cf. Ignacio Torres G. *Los Inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, 5 vols., Bogotá, Margen Izquierdo, 1972

<sup>30</sup> Miguel A. Beltrán, “Breve panorama de la historiografía colombiana en el siglo XX” (2000), texto inédito, pp. 7-9

<sup>31</sup> Guillermo Hernández R., *De los Chibchas a la Colonia y a la República. Del clan a la encomienda y al latifundio en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, p. 13 (Biblioteca Básica Colombiana, 9)



y Nueva York desde 1927. Con base en este aprendizaje trató de enjuiciar “las narraciones anecdóticas” de los cronistas y los historiadores que se ocupan con el período, a los que consultó en diversas bibliotecas del país y del exterior. Esta misma formación, según sus argumentos, le posibilitaron considerar que su trabajo no pudiera ser trasvasado por cualquier indicio de “patriotismo prehistórico” sino que imperara en él “el valor objetivo de los hechos sociales” basado en la lectura de documentos. Como en otros intentos similares ya indicados, la presencia de la metodología “tradicional” no demerita el valor intrínseco que se le dio a las interpretaciones; en este caso, ellas son más valiosas que los recursos metodológicos.

El objetivo de Hernández Rodríguez era demostrar la presencia del elemento indígena desde la Colonia hasta la República y su incidencia en el problema agrario. La organización indígena la comprende como el sustrato donde descansan las organizaciones coloniales de la mita, el resguardo, el concierto y la encomienda que en la república serían transformadas en haciendas y latifundios. Estas vicisitudes de la tenencia de la tierra, su problemática permanencia y su marginalidad le permitieron interpretar al indígena como “la luz de una estrella apagada” que está en la base del “proletariado moderno” y que demuestra la persistencia continua del indígena en el tiempo desde los orígenes de la actual sociedad colombiana.

Ignacio Torres Giraldo, por su parte, también fue una importante figura del socialismo en los años veinte que después se incorporó al Partido Comunista Colombiano. Después de su expulsión en los años cuarenta se marginó de la actividad política. Esto lo llevó, en los años cincuenta, a redactar una especie de memoria de los esfuerzos realizados por las “organizaciones populares” para cambiar su situación. Por supuesto, los personajes principales de los cinco tomos que conforman su obra son los campesinos, los indígenas y los obreros con sus líderes.

El esfuerzo de Torres Giraldo sucumbe a las anécdotas y a la precisión de los detalles. Una buena parte de este naufragio se debe al privilegio de la documentación sobre la que basa sus relatos y a la

participación del autor en buena parte de los acontecimientos que narra. Pero también debe encontrarse una explicación en el hecho de que el importante líder obrero sucumbió a las convenciones narrativas de las historias escritas por los “historiadores tradicionales” que se encontraban en la acera ideológica opuesta. En Torres Giraldo no bastaron los sujetos a los que apeló ni los principios políticos desde los que plasmó su interpretación de la historia nacional para convertirse en un renovador de los estudios históricos nacionales.<sup>32</sup>

El sesgo militante de la interpretación sobre el pasado nacional puso los límites de estos aportes. En ambos autores, el señalamiento de una continuidad histórica, cuyo eje eran las “masas explotadas”, llevaban a plantear el pasado como el recurso en el cual se justificaban las luchas del presente y la organización futura de la sociedad colombiana bajo el orden comunista. Es decir, en el pasado se podría reconocer la explotación de los pobres por los ricos y los actos permanentes de rebeldía. Estos recursos metodológicos forzaron la realidad y encontraron respuestas constantes dentro de la historia no Académica, que resaltaron sus aportes pero, sobre todo, indicaron las limitaciones del uso irreflexivo de esquemas de comprensión sobre realidades en constante transformación y, de cierto modo, inabarcables por esos modelos.<sup>33</sup>

Este aspecto de la producción histórica producida a partir de principios marxistas no pone en duda el valor que tiene el uso de algunos principios de estirpe marxista sobre la reinterpretación y la transformación

---

<sup>32</sup> El enfoque que uso Torres Giraldo lo llevó también a rendirle un homenaje, a través de una biografía, a una de las más populares compañeras de sus luchas: *María Cano, mujer rebelde* (1972).

<sup>33</sup> Para el caso de Hernández Rodríguez sus interpretaciones son contrastables con las de su contemporáneo Juan Friede en trabajos como *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Lerner, 1965, (Historia Extensa de Colombia, 2) Para el caso de Ignacio Torres sus apreciaciones como participante de los movimientos obreros de los años veinte pueden ser contrastados con los estudios de Mauricio Archila N. tales como *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*, Bogotá, CINEP, 1991 o “¿De la revolución social a la conciliación? Algunas hipótesis sobre la transformación de la clase obrera colombiana 1919-1935” en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 12, 1984, pp. 51-102 y “La otra opinión: la prensa obrera en Colombia 1920-1934”, en *ACHSC* (Bogotá), núm. 13-14, 1985-1986, pp. 209-238

de los estudios acerca del pasado nacional. Estas categorías pusieron en evidencia el papel de ciertos sujetos históricos en los procesos sociales y económicos del país, tales como los indígenas y los "obreros"; quienes no tenían cabida en la historia académica. No obstante, la utilización de otro tipo de enfoques, no basados en esquemas *a priori* sometidos a las necesidades de la participación política, abordaran estos sujetos olvidados como parte de una renovación de los estudios históricos en Colombia.

Un intento similar de reivindicación social, política y cultural de sujetos históricos marginales y olvidados en la sociedad colombiana, que al mismo tiempo ofrecieron una relectura del pasado nacional, se instaura en la obra de Antonio García.

Antonio García participó en los proyectos de diagnóstico de la realidad social colombiana promovidos por el programa de Cultura Aldeana, programa educativo de la "revolución en marcha". En este contexto publicó la *Geografía económica de Caldas* (1937) que se constituyó en uno de los primeros estudios sobre la colonización antioqueña — fenómeno demográfico de mediados del siglo XIX—. Después de recorrer a lomo de mula el territorio del Quindío señaló la problemática del colono y la tierra baldía en la principal zona cafetera del país. Esta realidad la confrontó con su experiencia en la región del Cauca donde había terminado sus estudios de derecho y en donde había conocido de cerca el problema de los resguardos de las comunidades indígenas que en aquel momento agitaba el célebre líder indígena Manuel Quintín Lame.

La contrastación entre el problema del colono, que describió en su estudio sobre Caldas, y el problema del resguardo indígena, ambos centrados en la cuestión de la tenencia de la tierra, le sugirieron la idea de compararlos dentro de una perspectiva latinoamericana. Esta fue el resultado de ciertas vivencias personales como el viaje de reconocimiento del problema indígena en el Ecuador, a fines de los años treinta, y la

participación en el Primer Congreso Indigenista Interamericano en Pátzcuaro, México (1940).<sup>34</sup>

El indio fue marginal para la República decimonónica en la medida que los principios liberales de los que participaba el naciente Estado colombiano se opusieron a la existencia de la organización comunal indígena, lo que presupuso que los “salvajes”, al igual que los negros, debían ser incorporados a la “civilización”. Aquellos dentro de los parámetros de la propiedad individual y estos dentro de las normas que les permitieran superar “la estupidez de la raza negra” y “la insolencia bozal”, como se refería a ellos Santiago Pérez, miembro de la Comisión Corográfica. El interés por los indígenas dentro del mundo intelectual colombiano de fines del XIX hasta la fundación del Instituto, estuvo marcado por los criterios de la “diferencia del salvaje” o por “la ideología del mestizaje”. Esta última tenía que ver con la idea de la revaloración del mestizo como elemento útil al progreso del país si se le educaba adecuadamente. Era una especie de aceptación de la heterogeneidad racial que se sobreponía a cualquier ideal de “blanqueamiento” de la sociedad. En este punto, coincidieron los ensayos propuestos por Rafael Uribe Uribe, *Reducción de salvajes* (1907) y *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934) escrito por López de Mesa.

No ocurrió así, sin embargo, con el negro, el cual durante el siglo XIX existió en los relatos literarios como *María* (1867) y los *Cantos populares de mi tierra* (1877) de Candelario Obeso. Esta situación de “invisibilidad”

---

<sup>34</sup> Los objetivos de aquel encuentro se centraron en torno a la necesidad de unificar criterios continentales de defensa del indio y la fundación de organismos indigenistas en todos los países del continente que trabajaran en la implementación de las políticas estatales con relación al indio. Bajo esta perspectiva García escribió *Pasado y presente del indio* (1939) y *Legislación indigenista de Colombia* (1952); además, fomentó estos criterios dentro de la creación del Instituto Indigenista Colombiano (1942-1947) que nació como filial del Instituto Indigenista Interamericano. El Instituto Indigenista se derivó del Instituto Etnológico Nacional (1941-1950) que encauzó y le dio forma a una incipiente corriente indigenista en Colombia. Los primeros egresados rápidamente se convirtieron a la militancia pro-indígena que irradiaba especialmente de México y se propusieron realizar investigaciones a favor de los resguardos o en contra de la discriminación de los grupos indígenas en el país. Para formalizar esta tendencia independiente crearon como establecimiento privado el Instituto Indigenista, dirigido por Antonio García.

permaneció estable hasta 1952 cuando comienzan a publicarse estudios antropológicos sobre negros entre los que destaca la obra de Aquiles Escalante y posteriormente de Nina S. de Friedemann.<sup>35</sup>

La reivindicación del indio y su inserción en el pensamiento social colombiano fue el primer logro de aquella corriente indigenista que se asoció, desde sus inicios, con el socialismo. El indio como problema fue un aporte de las preocupaciones que alimentaron las ideas de izquierda en ciertos grupos intelectuales del país que bebieron de la obra de Mariátegui y recibieron el impacto de las propuestas de Haya de la Torre y el APRA. Aunque García señaló que entendía el indigenismo como:

(...) parte integrante de un sistema crítico que tiende al conocimiento integral de América, en todas sus dimensiones sociales (...) El indigenismo como concepción social y científica, plantea el problema del indio en los términos más reales y más constructivos, apartado por igual del mesianismo indigenista que busca una simple resurrección de culturas ya muertas –como ese que en el Perú se guía por el ejemplo del Incario- de esa ciencia etnológica “pura” y deshumanizada –para usar las expresiones más corrientes y más equívocas- que estudia al indio como fósil, sin entender sus problemas humanos, y de esa literatura proselitista que resuelve la tragedia del indio ignorándola o adorándola.<sup>36</sup>

el desenvolvimiento de la política de izquierda y su aceptación por parte de los primeros profesionales de las ciencias sociales en Colombia, hizo del

---

<sup>35</sup> Cf. Nina S. de Friedemann, “Estudios de negros en la antropología colombiana. Presencia e invisibilidad”, en Jaime Arocha et al., *Un siglo de investigación social*, Op. cit., pp. 507-572. Esta invisibilidad del negro hace parte de la marginalidad de las regiones costeras en el ámbito político, social e intelectual colombiano forjado en las cumbres cordilleranas del centro del país. Esta situación permitió fomentar una serie de imágenes sobre el mundo caribeño, especialmente, el cual ha sido superado gracias a la importancia creciente a nivel económico de ciudades como Barranquilla y Cartagena. A nivel cultural fue impactante el prestigio alcanzado por Gabriel García Márquez y el auge de la música vallenata. La costa pacífica sigue aún en total estado de indefensión hasta el presente. Cf. Aline Helg, “Raíces de la invisibilidad del afrocaribe en la imagen de la nación colombiana: independencia y sociedad, 1800-1821”, en Gonzalo Sánchez y María E. Wills (comps.), *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 219-251

<sup>36</sup> Antonio García, “El Instituto Indigenista y el problema indígena”, presentación a Juan Friede, *Los indios del Alto Magdalena. Vida, lucha y exterminio 1609-1931*, Bogotá, Centro, 1943, p. 5

problema indígena un pretexto. El desenvolvimiento de la antropología y la sociología en el país, así como de sus metodologías, enseñan cómo estas consideraciones sobre el indigenismo no fueron tenidas en cuenta a pesar de la producción bibliográfica y el papel como educador y político que tuvo Antonio García.<sup>37</sup>

García como activo militante político mantuvo siempre una constante preocupación por crear y organizar un tercer partido. Desde 1942, cuando trató de organizar una Liga de Acción Política, tuvo la idea de poner en práctica los ideales socialistas que nunca abandonó.<sup>38</sup> Este intento vano, junto a la conformación del efímero Partido Socialista Colombiano (1947), lo llevó a militar al lado del movimiento gaitanista. Gaitán era expresión de

---

<sup>37</sup> El indigenismo en Colombia no se agota en el desenvolvimiento de la antropología y la etnología. Es necesario tener presente la serie de reflexiones que se plasmaron en la pintura y la literatura colombiana con el tema indígena. En este sentido retomo las observaciones hechas sobre el movimiento plástico del grupo Bachué, el cual encabezó la amplia labor de Luis Alberto Acuña que rescató las posibilidades pictóricas y sociales de la estética empleada en la cotidianidad indígena. El pintor santandereano plasmó en el libro: *El arte de los indios colombianos. Ensayo crítico e histórico* (1935), los referentes teóricos con base en los cuales desplegó una parte de su labor estética. Son también importantes las reflexiones hechas por el político liberal boyacense Armando Solano en "La melancolía de la raza indígena" (1929), al igual que *Toá: narraciones de caucheras* (1933) de César Uribe Piedrahita. El indigenismo en Colombia logró el afianzamiento y la expansión de la antropología y la etnología en el país. La actividad del Instituto Etnológico Nacional y de los profesionales que participaron en él llevó a la consolidación de la especialidad y a la apertura de filiales que se dio con la promoción del Instituto Etnológico de la Universidad de Antioquia en Medellín (1945), el Instituto Etnológico del Cauca en Popayán (1946), el Instituto Etnológico del Magdalena en Santa Marta (1946) y el Instituto Etnológico del Atlántico en Barranquilla (1950). Allí germinaron los departamentos académicos universitarios de antropología a principios de los años sesenta, a lo que se asociaba la creación de Parques Arqueológicos. Cf. Roberto Pineda Camacho, "La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950)", en Jaime Arocha et al., *Un siglo de investigación social*, Op. cit., pp. 197-251 y Roberto Pineda Giraldo, "La antropología en Colombia" en Francisco Leal y Germán Rey (eds.), *Discurso y razón, Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Santafé de Bogotá, Uniandes-Tercer Mundo-Fundación Social, 2000, pp. 25-44. Buena parte de las limitaciones del indigenismo se vislumbran en la formulación del problema indígena y el manejo político que de él han hecho las versiones de la izquierda y la antropología como se observa en Ignacio Torres, *La cuestión indígena en Colombia*, Bogotá, 2ª ed., La Rosca, 1975. La primera edición es de 1947 y en las observaciones de Jaime Arocha, "Antropología en la historia de Colombia", en Jaime Arocha et al., *Un siglo de investigación social*, Op. cit., pp. 27-130

<sup>38</sup> En los años setenta todavía defendía la idea del agotamiento del esquema liberal-capitalista de desarrollo en Colombia y ofrecía el socialismo como una vía para el desarrollo de Colombia y América Latina. Cf. Antonio García, *Una vía socialista para Colombia*, Bogotá, Cruz del Sur, s/f (América Andina, 1)

“una voluntad puesta al servicio de una concepción socialista de la vida” y de “un anhelo revolucionario subyacente en la toma de conciencia del pueblo”, según la apreciación que García tenía del célebre político colombiano.<sup>39</sup> Sobre estas afirmaciones descansaba la defensa de una figura política tomada en los años cincuenta y sesenta como “un oportunista” y “un estratega demagogo”. La reivindicación de Gaitán le sirvió a García para acusar a la “clase política” colombiana de manipular una “noción bárbara y cortesana de la política” porque sólo veían en ella una “maniobra sin horizonte nacional” y “sin legitimidad democrática”.

Las vicisitudes del movimiento que feneció con su caudillo, llevaron a que García, como líder del Movimiento Socialista Colombiano, saludara con beneplácito el asenso de Rojas Pinilla y participará activamente en apoyo de este gobierno. García fue miembro de la Asamblea Nacional Constituyente que legitimó todas las actuaciones del General.<sup>40</sup> Esta participación lo condujo al ostracismo político e intelectual en Colombia.

En 1955, viajó a Bolivia como asesor del Ministerio de Agricultura en la época del Movimiento Nacionalista Revolucionario. De aquí en adelante hasta su muerte, llevó una febril actividad como asesor de los programas de Reforma Agraria en varios países latinoamericanos; además, tuvo una productiva carrera como académico que se reflejó en la publicación de diversas obras donde abordó el tema agrario en América Latina y reflexionó sobre la categoría de desarrollo.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Antonio García, *Gaitán y el camino de la revolución colombiana. Responsabilidad de las clases, las generaciones y los partidos*, 2ª ed., Bogotá, Camilo, 1974, p. 8 La primera edición es de 1955

<sup>40</sup> Una detallada descripción de la participación política de Antonio García en este periodo se encuentra en César A. Ayala, *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional*, Op. cit., pp. 21-71

<sup>41</sup> A esta época se remonta su estudio sobre la *Estructura del atraso en América Latina* (1967), publicado años después con muy pocas modificaciones bajo el título *Atraso y dependencia en América Latina* (1972). Las tesis de esta obra llamaron la atención de un grupo de investigadores del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM (Arturo Bonilla, Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Gerard Pierre-Charles) al que fue invitado en 1973. Una de sus últimas obras, *Reforma agraria y desarrollo capitalista en América Latina* (1981), fue el resultado de estudios realizados durante su estadia como investigador visitante en dicho Instituto. Estos datos se encuentran en Miguel A. Beltrán, “Al rescate de Antonio

A nivel de la historia nacional, García se hizo célebre por su tesis de los “Partidos Señoriales”, que definía como aquellas organizaciones políticas que proyectan la hegemonía de la aristocracia latifundista y el poder irrestricto de las “grandes familias” liberales y conservadoras. A partir de esta consideración, García formuló la interpretación de que el pasado y el presente colombiano podrían definirse en la fórmula de una: “República Señorial”. La caracterización de cada una de las facetas de esta observación; es decir, el análisis y descripción de la política económica, agraria, social y la estructura de este capitalismo agotado para la época en que elabora su análisis, la desarrolló en su célebre ensayo: “Colombia. Esquema de una república señorial” (1961).

Acorde con los aires políticos de oposición que se expresaban en Colombia en esta época, García aportó la versión de que “la maquinaria de poder” tenía su extrema vulnerabilidad en el hecho de que había

(...) acumulado un excesivo poder sin haber ganado una madurez ideológica y moral para administrarlo, desde el punto de vista de las necesidades del desarrollo económico, de los requerimientos de la industrialización y de las demandas de justicia social.<sup>42</sup>

Es decir, García señalaba, como tantos otros opositores al Frente Nacional, que se vivía una crisis profunda del capitalismo en Colombia. En ello coincidía con los análisis propuestos por Darío Mesa. Pero su contribución esencial, que lo distanciaba del autor de “Treinta años de nuestra historia”, radicaba en formular la explicación, muy socorrida también en la práctica política de las disidencias desde aquella época, de que

---

García”, en *La Jornada* (México), 11 de diciembre de 1994. García es uno de los pocos intelectuales colombianos que se preocupó por reflexionar y publicar sobre temas latinoamericanos.

<sup>42</sup> Antonio García, “Colombia. Esquema de una república señorial”, en *Cuadernos Americanos* (México), vol. CXIX, núm. 6, 1961, p. 117



Este estado de confusión ideológica —en cuanto se entremezclan, sin fundirse en una nueva teoría, tesis de liberalización económica, doctrinas mercantilistas de la época europea de David Hume y prejuicios e ideas enraizadas en las tradiciones y psicología de la aristocracia territorial— no es, desde luego, el resultado de la perplejidad, sino el producto de una sociedad en la que se ha desarrollado el capitalismo, pero sin quebrar la estructura agraria señorial, sin superar el estilo de cultura formalista y la técnica (por mantenerse aún los patrones culturales de la cepa colonial española) y sin comprender el sentido, la función, los alcances, del Estado Nacional. (...) Este es, precisamente, uno de los aspectos más desconocidos y de mayor gravitación en el mantenimiento de los *estados de atraso* en los países subdesarrollados: el retraso ideológico y político de sus clases dirigentes, pero en especial de sus *burguesías sin impulso nacional ni sentido empresario*.<sup>43</sup>

La interpretación elaborada por García fue construida con base en toda una serie de datos estadísticos. Este rasgo le da una presencia de “objetividad científica”, que se haría muy popular en los trabajos históricos de la década posterior; sin embargo, el carácter de rigurosidad está sujeto fundamentalmente al interés político que tiene el analista. No quiere decir esta afirmación que la escritura de la historia deba obviar las posturas ideológicas, sino que estas posiciones, en el caso de García, se superponen de manera radical sobre el ejercicio de investigación. Pese a ello, García acuñó una serie de observaciones que fueron constantemente socorridas en las luchas políticas de la izquierda en Colombia:

La *política de terrorismo*, armada y refinada con la contribución de las nuevas ideologías totalitarias, ha tenido las más diversas expresiones, desde el *asesinato preventivo* —para cegar la influencia de caudillos revolucionarios como Rafael Uribe y Jorge Eliécer Gaitán—, hasta el genocidio y la acción punitiva sobre regiones campesinas y aldeas. La violencia ha sido—y continúa siendo— la respuesta del Estado Señorial frente al peligro de la revolución popular. (...) Lo sorprendente de estos hechos, es que ni han tenido proyección en la conciencia latinoamericana, ni tampoco en la conciencia de las grandes familias liberales y conservadoras responsables de la conducción de la lucha

---

<sup>43</sup> Ibid., p. 120 Las cursivas son del original.

política y que ahora se reparten, pacíficamente, el dominio del Estado.<sup>44</sup>

Estas afirmaciones dentro de un texto que está lleno de porcentajes y citas de informes económicos, permiten plantear, por lo menos, la duda de que aquellos datos fríos de las estadísticas se emplean para justificar este tipo de aseveraciones.

Si bien no se trata de desmentir la consideración sobre determinados hechos desde la postura que puede encontrarse cuarenta años después, es importante hacer notar que el fenómeno de la violencia no dejaron indiferentes a los grupos dirigentes colombianos.

### **Las aproximaciones a la realidad presente: el tema de la Violencia**

Pocos años antes de que García escribiera este texto, se inauguraron los estudios de la violencia en Colombia originados en la convocatoria que hizo la Junta Militar de Gobierno (1957-1958) para conformar una Comisión Nacional Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia (1957). Este fue el primer intento de describir y comprender este fenómeno que convirtió a este tema en un objeto de estudio dentro de la recién creada facultad de sociología de la Universidad Nacional.<sup>45</sup>

La violencia no sólo era una expresión utilizada en los discursos políticos para ocultar la crisis de legitimidad del Estado nacional en la segunda mitad del siglo XX, sino una serie de fenómenos sociales que han dejado una serie de evidencias concretas diseminadas en el creciente y

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 88-89. Las cursivas son del original. La observación de García sobre la proyección al ámbito latinoamericano del problema colombiano es acertada. El caso colombiano apenas empieza a ser abordado sistemáticamente dentro del campo de los Estudios Latinoamericanos, gracias a la coyuntura política del presente. El tema colombiano en trabajos sobre América Latina es marginal, en buena parte debido a la poca proyección de los trabajos académicos producidos en Colombia a nivel internacional.

<sup>45</sup> Cf. Germán Guzmán, Orlando Fals, Eduardo Umaña, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, 2 vols., Bogotá, Tercer Mundo, 1963 (El Hombre, Monografías Sociológicas, 12). El propio Guzmán Campos publicó después un trabajo complementario de esta obra con el título *La violencia en Colombia. Parte descriptiva*, Cali, Progreso, 1968

tormentoso número de víctimas y personas desplazadas desde los años cincuenta hasta el presente. Por eso, el fenómeno de la violencia en Colombia generó un campo de estudios y de referentes explicativos muy importantes para la comprensión de los procesos sociales e históricos del siglo XX.

Ahora bien, la violencia se entendió primeramente como los fenómenos relacionados con la coyuntura política entre 1945-1965 y dio paso a la referencia sobre la Violencia. Este período ha sido abordado desde los testimonios, pasando por las lecturas desde los partidos políticos hasta los trabajos académicos; en este último aspecto el trabajo más sobresaliente fue el de Germán Guzmán, Orlando Fals, Eduardo Umaña, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (1963). Como lo mencione antes, con este trabajo la Violencia se convirtió en un tema académico. Con este trabajo se abrieron las discusiones posteriores por las que han transitado las investigaciones posteriores: la explicación del origen de la violencia — bien por los factores político-partidistas o por los factores socioeconómicos—; la pregunta por los efectos económicos de la violencia — la “refeudalización del país” o la expropiación campesina por la expansión capitalista— y el impacto de la violencia en las clases campesinas — conformismo o rebelión—.46

Como campo de estudios, el período de la Violencia se convirtió en uno de los ejes de las ciencias sociales colombianas en las dos últimas décadas del siglo XX, especialmente porque estudios como los de Paul Oquist o Gonzalo Sánchez, por ejemplo, indicaron que los ritmos de los acontecimientos que conformaron la Violencia no correspondían exclusivamente a los procesos políticos.<sup>47</sup> De esta manera, se reformularon

---

<sup>46</sup> Sigo al pie las consideraciones hechas por el principal estudioso del período de la Violencia en el país, Gonzalo Sánchez, “Los estudios sobre la violencia: A. Balance y perspectivas”, en Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez (comps.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, 2ª ed., Santafé de Bogotá, CEREC-IEPRI, 1995, pp. 19-44 (Historia Contemporánea y Realidad Nacional, 5)

<sup>47</sup> Cf. Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Instituto de Estudios Colombianos, 1978 (Biblioteca Banco Popular, 1); Gonzalo Sánchez, “Violencia, guerrillas

procesos claves como la fundación de los partidos políticos, las bases sociales de las guerras civiles, las relaciones entre las estructuras agrarias y los conflictos y la permanencia de la guerra irregular en el país. Es decir, los estudios sobre la violencia generaron un interés fundamental por los estudios regionales, con lo cual, el desenvolvimiento de los estudios sobre la Violencia reiteró de nuevo el tema de la región como uno de los grandes problemas de la constitución del Estado nacional.

La persistencia del fenómeno hasta el presente ha derivado en toda una serie de reflexiones y aproximaciones más cercanas al ámbito contemporáneo de tal suerte que el período inicial se ha desbordado y se extendió hasta el ámbito coyuntural. De allí que buena parte de los estudios sobre el fenómeno de la violencia en Colombia se han convertido en una suerte de diagnósticos de la situación actual y de prospectivas para el acciona futuro. El hecho más destacado en este sentido es el reconocimiento de la violencia como un fenómeno de múltiples caras y dimensiones, que se retroalimentan y se superponen, de tal manera que en Colombia hay muchas violencias y no sólo una.<sup>48</sup>

En el marco de las interpretaciones sobre la nación para el período de los años sesenta puede descubrirse que la bibliografía desarrollada sobre el tema de la Violencia dejó al descubierto que la versión más socorrida por los núcleos políticos dirigentes colombianos después de los sucesos del 9 de abril de 1948, fue aquella que señalaba como causante de esos fenómeno a la "barbarie" y la "ignorancia" del "pueblo". Esta "barbarie" permitió que se radicalizaran las diferencias políticas tan arraigadas dentro de la población

---

y estructuras agrarias", en *Nueva Historia de Colombia*, vol. II, Bogotá, Planeta, 1989, pp. 127-152, y *Guerra y política en la sociedad colombiana*, Bogotá, El Ancora, 1991

<sup>48</sup> Como panorama general es útil el trabajo de Ricardo Peñaranda, "Los estudios sobre la violencia: B. Los estudios recientes", en Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez (comps.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Op. cit., pp. 39-44. Como ejemplo de la complejidad del fenómeno en Colombia y la transformación en su análisis son muy reveladores los textos de Daniel Pécaut, "Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia", en *Desarrollo Económico. Revista de ciencias sociales* (Buenos Aires), vol. 36, núm. 144, 1997, pp. 890-930 y la entrevista: "Contra la sociedad", en *Semana* (Santafé de Bogotá), 12 al 18 de agosto de 2001

y sólo esa "ignorancia" podía explicar los excesos y las convulsiones de la confrontación generalizada que se dio desde mediados de los cuarentas y permaneció durante casi toda la década de los cincuentas. Por eso, el surgimiento de los grupos guerrilleros y la instauración de las bases de la futura industria del narcotráfico en la década de los sesentas, instalados en el mundo rural; así como el descontento que se canalizó en el mundo urbano a través del manifestación de distintos movimientos políticos disidentes de los partidos tradicionales,<sup>49</sup> expresaron la complejidad y la permanencia de los factores de violencia social que se suponía debía superar la convivencia política que fomentaba el Frente Nacional.

La esperanza de las reformas sociales necesarias que prometía el pacto frentenacionalista fue recibido con fe por los apuntes de Jorge Gaitán Durán,<sup>50</sup> pero su desenvolvimiento mostraron que fueron ilusiones vanas. La segunda mitad de la década de los setenta empezó a figurar los trazos mayores de la crisis de los años ochenta y noventa.

Lo que pusieron en claro los estudios sobre la Violencia en el ámbito de los estudios académicos fue la necesidad de aproximarse críticamente al presente. Pero sobre todo, la urgencia y la importancia de estudiar el pasado inmediato; por eso, era necesario transformar los presupuestos de

---

<sup>49</sup> Desde su gobierno, Rojas Pinilla trató de fundar un partido propio. Con la creación del Frente Nacional estos intentos se multiplicaron, especialmente en los variopintos mundos de la izquierda. Rojas Pinilla creó en 1961 la Alianza Nacional Popular (ANAPO), de un marcado espíritu conservador y el más exitoso de todos estos movimientos. En el seno del Partido Liberal también se dio una disidencia que encabezó Alfonso López Michelsen, hijo del presidente López, el cual fundó en 1961 el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y que se diluyó a fines de la década. En la izquierda prosperaron estos grupos de disidencia política basados en la ola guerrillera de la época y como respuesta a las políticas anticomunistas llevadas a cabo por el Frente Nacional, tales como el Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino (MOEC) creado en 1960. Luego hay una eclosión especialmente desde la fundación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia en 1964 y del Ejército de Liberación Nacional en 1965 y donde destacó el célebre y efímero movimiento del padre Camilo Torres, Frente Unido del Pueblo (FUP) creado ese mismo año.

<sup>50</sup> Hago referencia a los muy publicitados textos que conformaron *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia* (1959) y cuya mayor finalidad era la "búsqueda de una política" basada "en el poder real y el dinamismo de nuestras clases sociales" para alcanzar "con honestidad y eficacia, la carta del desarrollo capitalista, en sus más modernas formas", en *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán. Poesía y prosa*, Bogotá, recop. y prol. de Pedro Gómez Valderrama, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, pp. 368-369 (Biblioteca Básica Colombiana, 6) El subrayado es del original

la escritura de la historia en Colombia y la orientación misma de los estudios históricos que dejaron atrás los tanteos revisionistas. Entre otras cosas porque el camino de los revisionistas no ofrecía esencialmente elementos explicativos para la complejidad de los fenómenos contemporáneos, debido a que respetaba los nudos temáticos y temporales cardinales de la historia Académica como se evidencia, por ejemplo, con el tema de la periodización.

Las versiones revisionistas de la historia nacional de Colombia sucede que el marco temporal de referencia permanece intocado. Los revisionistas colombianos no cuestionaron la periodización ni los prejuicios que se acuñaron en la "historia tradicional". La proliferación de manuales de historia de Colombia para la enseñanza secundaria, que llegaron a utilizarse en las universidades, con gran éxito dejaron por fuera la importancia de este tipo de consideraciones fundamentales para el quehacer histórico. La comprensión de los sucesos en estos trabajos mantiene las tensiones que acuñaron los historiadores del siglo XIX. "El pueblo", por ejemplo, apareció todavía como el telón de fondo que no podía eclipsar a los verdaderos actores del drama: los héroes, fueran estos populares o no. La labor de los revisionistas, pues, se limitó a conservar el escenario de esta representación pero acentuaron en el valor y el protagonismo de los "actores"; la operación se restringió a invertir el orden del protagonismo y con ello se suponía que debía construirse una nueva comprensión de los procesos históricos.<sup>51</sup> La insuficiencia de aquellas operaciones quedaron en evidencia con el desenvolvimiento de las investigaciones históricas profesionales en el país.

---

<sup>51</sup> En la celebración del sesquicentenario de la Independencia, el 20 de julio de 1960, el grupo de *La Nueva Prensa* se dirigió a un parque para descubrir el busto del "auténtico prócer de la Independencia": José María Carbonell, el "tribuno del pueblo".

**CAPÍTULO V**  
**LA HISTORIA PROFESIONAL:**  
**LOS ESFUERZOS FUNDADORES Y LOS HISTORIADORES FAMOSOS**

*Esta insistencia en buscar una razón profunda detrás de las ostensibles, tan marcada y notable, puede significar algo más que un prejuicio o la necesidad de simplificación de la mentalidad media (...) Así los argumentos y razones de origen y forma económica, serían, más que otra cosa, pretextos, instrumentos de una "racionalización" (porque A. B.) hay una tendencia a creer que el argumento económico es más válido y serio, o el único válido y serio*

*Luis Ospina Vásquez*

La historia profesional en Colombia emergió como parte de dos procesos, la expansión de la cobertura educativa, especialmente a nivel universitario, que respondía al fenómeno de urbanización del país, como se indicó en el capítulo anterior, y el enorme éxito editorial que satisfizo la curiosidad por la elaboración de los nuevos relatos sobre el pasado nacional. La experiencia de *La Nueva Prensa* y la obra de Indalecio Liévano Aguirre permitió la continuidad y expansión de un mercado editorial en el país que posibilitó la recepción de los trabajos de los historiadores profesionales, expansión que abarcó especialmente el ámbito de los manuales escolares. Al mismo tiempo, la historia profesional surgió como una ruptura dentro de las tradiciones de la escritura de la historia nacional, en la medida que aportó una nueva metodología, una nueva postura política y nuevas temáticas.

La historia profesional tiene una primera etapa desde fines de los años sesenta, con una particular eclosión a fines de la década siguiente y su consolidación en los años ochenta. El conjunto de historiadores que participaron de este movimiento de ruptura dentro del ámbito intelectual e histórico colombiano no puede reducirse a la caracterización de un grupo homogéneo. Sin embargo, puede decirse con certeza que hay un palpable predominio del enfoque económico de los procesos históricos que les permitió a varios economistas figurar en el ámbito colombiano como historiadores. Sólo a fines de los años ochenta, la economía perdió espacio dentro de las preocupaciones de los historiadores más jóvenes, con lo que se marca el final de esta etapa en la historia profesional. Hasta ese momento, la relación de la historia con las ciencias sociales, promulgada con tanto ahínco desde los referentes europeos, en Colombia se redujo al seguimiento de ciertos modelos económicos unidos a los avatares de las militancias políticas.

En los años sesenta se abrieron paulatinamente los departamentos de Ciencias Sociales, generalmente asociados a las facultades de Educación, en las universidades públicas colombianas. En estos



departamentos universitarios ocupados con la economía, la sociología, la filosofía, la antropología y la sicología, el área de historia era una materia auxiliar que sólo hasta el esfuerzo pionero de Jaime Jaramillo Uribe le abrió un espacio autónomo en 1964.

Los historiadores formados bajo la tutela de Jaramillo Uribe adquirieron la primacía en la producción histórica colombiana que vino a expresarse, primeramente, como fuerza editorial, a fines de los años setenta y durante la década siguiente. Después, lograron presencia en el ámbito educativo cuando sus esfuerzos se sintetizaron en los manuales escolares.

Los historiadores profesionales y sus trabajos se abrieron paso hacia "el gran público", después de la exitosa lección de Liévano Aguirre, básicamente a raíz de la publicación de tres antologías: *La nueva historia de Colombia* (1976), *Colombia hoy* (1978) y el *Manual de historia de Colombia* (1978-1980). Esta tríada de publicaciones, que en el caso de los dos últimos llegaron a ser éxitos editoriales, se componía de recopilaciones de ensayos que tuvieron por meta señalar la novedad metodológica y las interpretaciones de los trabajos históricos, y sobre todo, legitimar la irrupción de la historia socioeconómica en el ámbito cultural colombiano. La circulación de esta nueva forma de conocimiento sobre el pasado nacional permitió hacer un deslinde entre el conocimiento histórico producido por los historiadores profesionales de aquel que se generó en el ámbito de "los eruditos" y de "los aficionados de la historia", descritos en los capítulos anteriores, basados en una metodología positivista.

El descubrimiento de nuevos actores sociales y nuevos temas para abordar, así como el empleo de nuevas herramientas metodológicas presupusieron una transformación en los estudios históricos nacionales. Sin embargo, es necesario destacar que los nuevos objetos de estudio dependían también de la forma como la realidad colombiana se estaba desarrollando y del nuevo clima político que imperaba en el país y no sólo de la innovación en el método.

La emergencia de esta nueva escritura de la historia, trajo consigo la sustitución de los relatos heroicos por la aproximación hacia temas económicos, que suponían revelaciones sobre la estructura social y los grupos que la conformaban. Los marcos económicos dieron un perfil de "cientificidad" a los trabajos de reinterpretación del pasado nacional. Buena parte de los escritos de historiadores profesionales colombianos en la década de los setenta están trasvasados por esta forma de escribir sobre el pasado nacional. Sin embargo, lo que puede percibirse es la mezcla de datos económicos con formulaciones ideológicas que respondieron a la creencia de que "sin la intervención del historiador no había salvación". Este sería el espíritu que impregnó los inicios de la historia profesional y será uno de los temas fundamentales que debería enfrentar durante buena parte de su breve existencia.

Los historiadores profesionales se sumergieron en la problemática que planteaba la categoría del desarrollo. Las temáticas de la historia, arraigadas en las preocupaciones del presente, y que de una u otra forma, pretendían incitar a la acción inmediata, estaban ubicadas en los periodos que estableció la historia Académica. Además, el marco de análisis siguió incólume: el Estado-Nación.

Como tema de estudio, la historia profesional estuvo encaminada, principalmente, a replantear el conocimiento de la época Colonial colombiana y de una manera más minoritaria a redescubrir el siglo XIX. Aspectos como el siglo XX y sus fenómenos fueron abandonados a la suerte de científicos sociales extranjeros, primordialmente, con lo que una buena parte de la producción sobre este siglo fue un campo abandonado por los historiadores.

La incursión de algunos historiadores profesionales en la elaboración de libros de texto escolar abrieron las posibilidades de socializar aún más las nuevas perspectivas abiertas por la historia socioeconómica. No obstante, también reveló la continuidad en ciertas posturas y modos de afrontar el pasado nacional pese a la novedad de la

historia profesional: los relatos escolares que propusieron continuaron el esquema diacrónico, ciertamente heroicos, y centralistas.

### **El primer historiador profesional**

La labor de las corrientes que se ventilaron y el enfoque que se le dio a los estudios sociales en la Escuela Normal Superior encontró su máximo exponente, para el caso de la disciplina histórica, en la obra de Jaime Jaramillo Uribe.<sup>1</sup> El giro que dio la escritura de la historia colombiana con

---

<sup>1</sup> La Escuela Normal Superior se originó en el interés de López Pumarejo por abrir “un gran centro nacional” para formar “a los maestros de los maestros” en las ciencias biológicas, físicas y exactas complementadas por las ciencias sociales y humanas. Cambió el nombre de la Facultad de Educación por el de la Escuela Normal Superior como una entidad bajo la dirección directa del gobierno nacional y unió a las Normales de Tunja, el Instituto Pedagógico y la Facultad de Educación con lo que implantó en el país la educación mixta. La Escuela abrió sus puertas en 1936. El modelo fue la Escuela Normal Francesa y la Facultad de Ciencias de Berlín donde se pretendía que los maestros constituyeran una “élite del espíritu” que pudiera aplicar su conocimiento a la realidad colombiana con base en la interdisciplinariedad. Los estudios que acogió la Escuela fueron: pedagogía, ciencias sociales, filología e idiomas, ciencias biológicas y química, física y matemáticas, bellas artes e industrias. La pedagogía, la psicología y la práctica pedagógica eran obligatorias para todas las disciplinas. Pero el hecho más impactante fue la recepción de una serie de intelectuales europeos llegados por la diáspora que ocasionó la guerra civil española y el avance alemán sobre Francia que permitió la contratación de algunos profesores extranjeros entre los que destaca el nombre del etnólogo francés Paul Rivet. Para 1946, la Escuela se convirtió en foco de preocupación para el recién llegado gobierno conservador. Rápidamente muchos de sus egresados fueron considerados como “corruptores” y “contaminadores” de la juventud. En 1948 la Escuela fue trasladada a Tunja y el 18 de septiembre de 1952, el presidente Laureano Gómez señaló que era necesario “fijar normas precisas” sobre la educación y dividió la Escuela Normal como base de la reorganización de la educación pública en general. Esta situación coincidió con el aprovechamiento de becas ofrecidas por el gobierno francés y norteamericano para muchos de los egresados que se habían marchado al extranjero para continuar con sus estudios. El retorno de algunos de sus antiguos estudiantes los llevó del peregrinaje de los trabajos burocráticos en entidades de toda índole a las aulas de la Universidad Nacional. La mayoría de los profesores y egresados de la Escuela conformaron el núcleo de intelectuales que fundarían las primeras facultades en ciencias sociales en las universidades públicas a fines de los años cincuenta. Sería engorroso enumerar a los profesores y sus alumnos así como a todas sus gestiones pero es importante señalar que profesores de la Escuela fundaron establecimientos como el Instituto de Psicología (1937) por Mercedes Rodrigo que originó posteriormente a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional (1958); Paul Rivet dirigió el Instituto Etnológico Nacional (1941) que después se convirtió en el Instituto Colombiano de Antropología (1946); Antonio García formó en 1944 el Instituto de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional que se transformaría en la Facultad de Ciencias Económicas; Urbano González y Félix Restrepo crearon el Instituto Caro y Cuervo, esto sin olvidar que estudiantes como Jaime Jaramillo Uribe crearía el Departamento de Historia en la Facultad de Filosofía de donde surgió más

su obra tiene que ver con el encuentro entre los “nuevos actores” en la historia nacional, que habían descubierto los trabajos novedosos de los divulgadores y los revisionistas, pero abordados por el sello de las maneras de escribir y cultivar una disciplina de manera profesional. Esta legitimidad provino del conocimiento y la aplicación rigurosa de nuevas metodologías, sin darle prioridad a los problemas ideológicos.

Jaramillo Uribe ingresó a la Escuela Normal cuando esta institución recién se había fundado. Obtuvo el título en ciencias económicas y sociales en 1942. Cuatro años después viajó a París y realizó estudios de sociología e historia en la Universidad de La Sorbona. Desde su regreso a Colombia, en 1948, ingresó y concluyó la carrera de derecho, como era común en el ámbito de los intelectuales de la época, y sólo hasta 1952 pudo incorporarse a la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Dos años después viajó a Alemania para fungir como profesor visitante de historia latinoamericana en la Universidad de Hamburgo.<sup>2</sup>

---

tarde la carrera de historia. No se puede olvidar la creación del Instituto de Altos Estudios Sociales en la Escuela, cuya labor debía ser la formación de especialistas en estas ciencias, especialmente la sociología, para aplicarlas a los problemas americanos y colombianos. Cf. Juan Manuel Ospina, “Las Escuela Normal Superior: círculo que se cierra” en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. XXI, núm. 2, 1982, pp. 3-16; Martha C. Herrera y Carlos Low, “Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida de pasión, investigación y docencia” en *BCE*, vol. XXIV, núm. 10, 1987, pp. 19-34, “Roberto Pineda Giraldo: 40 años de antropología colombiana” en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 20, 1989, pp. 9-24 y “Las ciencias humanas y el ambiente académico en Colombia entre 1930 y 1950” en *RCE*, núm. 22-23, 1991, pp. 91-109; Jaime Jaramillo Uribe, “Génesis de los modernos estudios históricos en Colombia: de la Escuela Normal Superior al Departamento de Historia de la Universidad Nacional” (1989), en Jaime Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia*, comp. y pról. de Gonzalo Cataño, Santafé de Bogotá, Uniandes, 1994, pp. 155-169 (Grandes Maestros de Los Andes) y en especial, Francisco Leal y Germán Rey (eds.), *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Santafé de Bogotá, Uniandes-Tercer Mundo-Fundación Social, 2000

<sup>2</sup> Esta experiencia se repetiría posteriormente en los Estados Unidos y España. Después de Jaramillo Uribe, los más destacados historiadores profesionales colombianos, empezando por sus alumnos, reprodujeron la experiencia de realizar estudios de postgrado en historia en universidades europeas y norteamericanas. Parte de esta situación se reflejó en la recepción y difusión de los aportes al conocimiento del pasado y el presente de Colombia de historiadores y científicos sociales extranjeros, como Pierre Ghilodes, Charles Bergquist, David Bushnell, Malcolm Deas, Frank Safford y Daniel Pécaut, entre otros. Por ejemplo, el más célebre estudio de David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia* (1954) fue traducido al español en 1966 por Jorge Orlando Melo, uno de los alumnos de Jaramillo y baluarte de los primeros historiadores profesionales en Colombia.

Jaramillo Uribe aprovechó la oportunidad como decano de la Facultad de Filosofía y Letras para fundar en 1962 el Departamento de Historia, que se convertiría en una licenciatura en 1964. Esta preocupación coincidió con el debate al interior de la Academia a partir de las observaciones de Juan Friede que planteó la precariedad de los estudios históricos en el país y la necesidad de abordar la realidad nacional a partir de métodos renovadores. En este punto, la historia debía ser una herramienta fundamental, ya que Jaramillo consideraba que “la historia es la ciencia de síntesis por excelencia y la que puede brindar un mayor conocimiento de la realidad social.”<sup>3</sup>

La presencia de Jaramillo Uribe en la tradición histórica nacional tiene un lugar destacado como fundador de los estudios profesionales en historia y por la tarea de formación de historiadores en la Universidad Nacional. Como creador de la licenciatura en historia,<sup>4</sup> Jaramillo estuvo al frente de la formación de la primera generación de egresados. Pero desde 1970 dejó las aulas de la Universidad Nacional para incorporarse como decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Los Andes.<sup>5</sup> Este cambio llevó al célebre historiador a desplazar sus intereses

---

<sup>3</sup> Frank Safford, “An interview with Jaime Jaramillo Uribe”, en *The Hispanic American Historical Review* (Durham) vol. 64, núm. 1, 1984, p. 11. Como parte del *Zeitgeist*, Jaramillo rehuyó a los ejercicios de la teoría de la historia a pesar de sus aficiones por la filosofía. En variados momentos coloquiales reafirmó sus apreciaciones por la historia como un ejercicio de síntesis. Cf. “Causalidad, explicación y comprensión en la investigación histórica” (1982) y “Función de la historia” (1993), en Jaime Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia*, Op. cit., pp. 139-145 y 147-149 respectivamente.

<sup>4</sup> Generalmente la licenciatura en Ciencias Sociales es la carrera donde se forman los profesores de historia. A menudo, estos programas hacen parte de la Facultad de Educación, como herencia de la perspectiva abierta por la Escuela Normal Superior. Además, es importante tener en cuenta que casi simultáneamente al esfuerzo pionero de la Universidad Nacional, la Universidad del Valle en Cali, abrió la carrera de historia en la Facultad de Filosofía, Letras e Historia, al igual que la apertura de la Especialización en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana.

<sup>5</sup> Esta universidad fue fundada en 1948 como el primer centro universitario privado y laico que hubo en Colombia. La orientación fundamental de esta institución ha sido la de formar ingenieros, economistas y administradores de elite para participar en la conducción del Estado y de las empresas privadas más importantes del país. Allí los estudios de ciencias sociales y los humanísticos, como los de historia, filosofía y antropología, se tomaron como complementos de la formación de los técnicos que

en la formación de historiadores profesionales a favor de otro tipo de labores dentro del mundo universitario.<sup>6</sup>

Como historiador, Jaramillo Uribe escribió poco. Bajo los auspicios del proyecto de historia de las ideas en América Latina promovido por el pensador mexicano Leopoldo Zea, el historiador antioqueño redactó en 1956 el texto "clásico": *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Como labor de historiador este fue el primer y único libro *in extenso* que imprimió. Sus publicaciones posteriores están constituidas por compilaciones de ensayos, de las que él mismo no ha sido un "afortunado" editor.<sup>7</sup> Por ello, esta obra es el más sistemático de sus trabajos.

En un esfuerzo inédito en la tradición histórica del país, Jaramillo pretendió reconstruir una de las facetas de "la vida espiritual" de Colombia en el siglo XIX; es decir, describir y comprender las discusiones en torno a las ideas liberales en el momento de la constitución del Estado colombiano. Abordó, pues, el mundo de las ideas como un objeto de estudio para la disciplina histórica.

Jaramillo Uribe pretendió ofrecer claves precisas de los orígenes de la formación del estado nacional colombiano y planteó este esfuerzo como el primer paso de una saga histórica que debería aprehender los marcos a través de los cuales se dieron los procesos sociales, políticos, económicos y culturales que desembocaron en la constitución de la República de Colombia.

De una manera sistemática, *El pensamiento* abordó el problema de la construcción del Estado nacional a través de las obras y las corrientes de ideas que representaron el patrimonio de algunas de las principales figuras del accionar político e intelectual colombiano decimonónico como

---

constituían su interés principal. Jaime Jaramillo llegó a ser, posteriormente, director y profesor del Centro de Estudios para el Desarrollo (CIDE) de esta universidad.

<sup>6</sup> El Departamento de Historia de la Universidad de Los Andes se abrió hasta 1984.

<sup>7</sup> Comparto esta observación de su último compilador, Gonzalo Cataño, ya que Jaime Jaramillo ha repetido textos y dejado por fuera otros a la hora de armar sus compilaciones. Con ello, ha sesgado los alcances de sus trabajos y se presenta al lector como repetitivo, y contradictoriamente a muchas de sus observaciones y trabajos, asistemático y casual.

José María Samper, Sergio Arboleda, Miguel Samper, José Eusebio Caro, Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro, entre otros. Analizar estas ideas le permitió rastrear los distintos proyectos nacionales en pugna y la comprobación de una constante en medio de las frecuentes disputas: la existencia de un conservadurismo social y político en los esfuerzos por consolidar ese Estado. Las conclusiones que justifican esta constatación se despliegan en *El pensamiento* a través del intento que hicieron aquellos hombres para reemplazar la “concepción nobiliaria de la vida” por una “concepción burguesa”:<sup>8</sup>

Sólo en función de la participación creciente de la riqueza industrial en la balanza del poder internacional y del predominio del *hombre económico* en la civilización moderna, podemos comprender el sentido de las críticas formuladas a la herencia española por los americanos de los siglos XVIII y XIX, y reconocer el angustioso sentimiento de defensa y la visión histórica que hay en ellas. (...) Los constructores de las nuevas nacionalidades tenían la intuición de que en ello les iba no sólo el bienestar, que quizás no fuera para ellos el valor más alto, sino la propia independencia política, que significaba todo.<sup>9</sup>

El punto de partida de Jaramillo Uribe fue la aclaración de que “el hombre burgués” y las palabras relacionadas como: “conciencia burguesa”, “vida burguesa” y “burguesía”, eran abordadas desde la perspectiva que

---

<sup>8</sup> Las reflexiones que hace Jaramillo Uribe en torno al “hombre burgués” y la forma como aborda las polémicas propuestas por los escritores colombianos, remite inevitablemente a la obra de José Luis Romero. En este punto hay una confluencia de lecturas y de posturas sobre el quehacer de la historia. Jaramillo Uribe reconoció dos influencias latinoamericanas en la realización de sus trabajos: Gilberto Freyre y José Luis Romero. A su vez, el historiador argentino reconoció en él a “su amigo colombiano”. Es importante recalcar que la observación sobre las influencias en la obra de Jaramillo Uribe se encuentra en la entrevista realizada por Frank Safford; sin embargo, en la versión en inglés no aparece ninguna referencia a Romero. Mientras que en la versión española de la entrevista, compilada por Cataño, sí se encuentra esta modificación. Cf. “An interview”, Op. cit., p. 8; igualmente, “Entrevista con Jaime Jaramillo Uribe”, en *De la sociología a la historia*, Op. cit., p. 305. Sobre la presencia de Freyre, Jaramillo redactó un artículo en su memoria: “Para recordar a Gilberto Freyre: teórico de la democracia racial” (1987), en *Travesías por la historia. Antología*, Santafé de Bogotá, Imprenta Nacional de Colombia, 1997, pp. 411-415 (Biblioteca Familiar Colombiana, 14)

<sup>9</sup> Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, 3ª ed., Bogotá, Temis, 1982, pp. 21-24. El subrayado es del original.

instauró Werner Sombart en *El burgués* (1913); la cual, consideró que esta categoría remitía a una “cosmovisión del mundo” que se destacó por

(...) el tradicionalismo y la práctica de ciertos hábitos y virtudes como el espíritu de orden, la mesura, el puritanismo y una determinada concepción del mundo basada en la confianza, en el esfuerzo individual y en la valoración positiva de métodos como la diplomacia, el espíritu de transacción y el ser razonable como técnicas para solucionar conflictos. La posesión, y sobre todo el aprecio del dinero, están unidos a la forma de vida burguesa, pero no le son totalmente indispensables. Ciertos profesionales y técnicos como los abogados pueden tener una conciencia burguesa aunque no pertenezcan a las clases ricas urbanas. Ante todo el burgués es hombre de ciudad. Políticamente posee una concepción liberal del Estado —suele reducir las relaciones sociales a relaciones jurídicas—, pero no basta la concepción liberal para configurar una conciencia burguesa.<sup>10</sup>

Esta larga explicación es necesaria para señalar el rasgo académico que Jaramillo le dio a su estudio y la distancia que esto supuso dentro de las consideraciones ideológicas que redujeron el fenómeno “burgués” a la equivalencia de “clase superior”, “patrono” u “hombre rico” con que se utilizó la palabra con tanta asiduidad en la época de la aparición del libro y en los trabajos de muchos de sus alumnos, tema que se indicará más adelante.

La forma de hacer historia que propuso el historiador antioqueño tuvo el interés por comprender campos diversos de la sociedad colombiana, que debían ser complementarios entre sí, para ofrecer una visión “total” de la compleja realidad colombiana. Este plan inacabado de

---

<sup>10</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “Liberalismo y conciencia burguesa en la historia de Colombia”, en *Eco. Revista de la cultura de Occidente* (Bogotá), tomo III, núm. 5, 1961, p. 457-458, nota a pie. Jaramillo terminó la redacción de *El pensamiento* en 1956 y suponía que debía ser publicado por el Fondo de Cultura Económica de México; sin embargo, el libro no se publicó allí y debió esperar la imprenta hasta 1964 cuando lo publicó la editorial Temis de Bogotá. La tardanza en la aparición del libro llevó a Jaramillo a publicar varios de los capítulos en diversas revistas. En el caso particular de este artículo corresponde en el libro al capítulo XV: “Vacilaciones y tensiones del liberalismo: Miguel Samper”. La nota a pie de donde se toma la cita no está en el libro, quizá por ser innecesaria a partir de las consideraciones hechas en los capítulos que conforman la Primera Parte; sin embargo, creo que no hay en el texto una síntesis tan detallada de esta consideración que es fundamental para establecer la novedad del trabajo del historiador antioqueño dentro de la tradición histórica colombiana.



Jaramillo Uribe, que se inicia con *El pensamiento*, pretendió ser una historia social en la que se abarcara la mayor cantidad de aspectos.

*El pensamiento* permaneció en el mundo de las ideas políticas porque su tema —los proyectos políticos que manejaban quienes tenían la posibilidad de tomar las decisiones sobre el destino del Estado—, debía ser complementado posteriormente con el rastreo sistemático en torno a los demás elementos que componen la sociedad: la dimensión religiosa, la cuestión racial, la educación y el tema demográfico.

A pesar de que la obra de Jaramillo Uribe constituye un proyecto trunco, sus fragmentos permiten vislumbrar una forma nueva de escribir la historia nacional; aún cuando la parte más acabada dio, paradójicamente, preeminencia al tema político. Sin embargo, este tema curtido, que aparentemente no parece implicar ninguna novedad para la tradición histórica colombiana, en los trabajos de Jaramillo Uribe demuestran que la innovación radicó en la forma como abordó este fenómeno y la comprensión de la complejidad que él manifestaba. La política abarcaba en él no sólo el ámbito de los recintos cerrados donde se tomaban las decisiones sino que se constituía en la expresión de ciertas formas de interpretar y de vivir el mundo, que son difíciles de sintetizar exclusivamente en las nomenclaturas convencionales de “centristas, derechistas o de izquierda”.<sup>11</sup>

Esto es evidente en la medida que sus esfuerzos están focalizados a comprender el modo que adquirió el pensamiento político en el país y cómo estas formas constituyeron un Estado y una nación. Las corrientes que abordó un texto como *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* no fueron presentadas como una enumeración de ideas, autores y obras sino como el estudio acerca de la forma como ellas propusieron distintos proyectos

---

<sup>11</sup> Cf. Las observaciones realizadas en Jaime Jaramillo Uribe, “Las ideas políticas en los años treinta. Corrientes, matices, influencias externas” (1982), en *Ensayos de historia social*, Bogotá, Tercer Mundo- Uniandes, 1989, vol. II, pp. 93-101 y “Vicisitudes del pensamiento conservador colombiano”, en *Credencial Historia* (Santafé de Bogotá), núm. 90, 1997, pp.5-8

nacionales. En esta medida, el cultivo de la historia de las ideas se presentó como un cauce renovador de los estudios históricos en el país. Desafortunadamente este tipo de trabajos no tuvo continuadores al estilo del historiador antioqueño.<sup>12</sup>

El estudio de los esfuerzos políticos e intelectuales de los pensadores que trabajó Jaramillo en *El pensamiento* indicaban constantemente la necesidad de abordar otra serie de dimensiones de la vida social que debían incidir, según sus defensores, de tal modo en el hombre colombiano que lo transformarían en un verdadero "hombre moderno".

El paso de un "hombre tradicional" a un "hombre burgués" y las consideraciones de cada una de las tendencias para conducir a este camino, fue precisada por Jaramillo Uribe a partir de las evaluaciones que hizo de cada uno de los autores que exploró de manera detallada y rigurosa, dando muestras de una amplia erudición. En ello es significativo el juicio que hace de tres personajes fundamentales de la historia política e intelectual colombiana del siglo XIX: José María Samper, Sergio Arboleda y Rafael Núñez. Del primero afirma:

En pocos escritores colombianos del siglo XIX logran tan acabada expresión las ideas del liberalismo como en José María Samper. En ninguno tampoco se da en forma más patética el drama de una generación que soñó con la civilización política en los países

---

<sup>12</sup> La historia de las ideas es una de los campos de estudio más abandonados en la tradición histórica colombiana. Después de Jaramillo Uribe aparecieron los esfuerzos realizados por Gerardo Molina, célebre político de izquierda, que trató de configurar la tradición de pensamiento liberal en Colombia, pero que carecen de la dimensión profesional de Jaramillo Uribe y se limita a ser el recuento cronológico de los avatares de aquella colectividad. Cf. Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 3 vols., Bogotá, Universidad Nacional-Tercer Mundo, 1970-1977. En otras circunstancias y bajo los estímulos de la recepción de la filosofía de la liberación, a fines de los años setenta un grupo de profesores de filosofía de la Universidad Santo Tomás de Bogotá emprendió una historia de las ideas de la filosofía en Colombia, que cubrieron etapas no abordadas por Jaramillo Uribe. Excepto los esfuerzos de recuperación bibliográfica, la mayoría de los textos publicados bajo el rubro de la historia de las ideas en Colombia por la Santo Tomás está dirigido a los efectos de la divulgación y la ilustración de los profesores que acceden a la actualización y preparación a través de la modalidad de Educación a Distancia, campo en el que la USTA es pionera en el país y se ha forjado un monopolio en los terrenos del impulso a la filosofía latinoamericana. Cf. Por ejemplo, Varios autores, *La filosofía en Colombia. Historia de las ideas*, Bogotá, El Búho, 1988 (Universitas)

americanos y que por falta de madurez se empeñó en conseguirla a base de un pensamiento que a más de sus propias debilidades internas como teoría de la organización política, resultaba incompatible con la tradición española de gobierno, tradición que había modelado la sensibilidad americana y que unos cuantos años de contacto de sus clases cultas con el pensamiento inglés y francés no habían destruido en la realidad social.<sup>13</sup>

Un juicio como este prefigura en Jaramillo una vieja tradición latinoamericana que se remonta al proyecto para escribir la historia de Chile que planeó Andrés Bello. La historia nacional colombiana del siglo XIX no se planteó con tanta claridad la necesidad de abordar los elementos que permanecieron a pesar de la revolución de la Independencia. Si bien los liberales más radicales se oponían sistemáticamente a reconocer y abordar estos elementos, y los conservadores como Groot, exaltaban la obra de la Iglesia en el pasado y el presente, debía ser necesario una evaluación de estas posturas en la constitución del Estado nacional. Por ello, Jaramillo pretendió elaborar esta tarea pendiente en un momento especialmente crucial para la conformación de una disciplina profesional y para evaluar el rumbo que había tomado el país.

Para continuar con este punto y complementar la visión liberal de los intelectuales decimonónicos colombianos, Jaramillo realizó una aproximación sistemática a los esfuerzos de Sergio Arboleda. En él encontró la postulación, por primera vez en Colombia, del principio de explicación sobre el devenir de la República en el que se conjuntaba “la acción recíproca entre economía y religión” y “la influencia de la ética en el desenvolvimiento económico”.<sup>14</sup> Por eso, Arboleda representó la combinación del “principio aristocrático y tradicionalista” con “los postulados de la democracia moderna”, en donde la Iglesia católica jugaba un papel fundamental porque sus

<sup>13</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “Formas y vicisitudes del liberalismo colombiano en el siglo XIX”, en *Eco*, tomo II, núm. 6, 1961, pp. 552-553 que en el libro corresponde al capítulo XIV “El apogeo del liberalismo clásico y la obra de los hermanos Samper”

<sup>14</sup> Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Op. cit., p. 243

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

(...) jerarquías no se guiaban por el principio de la herencia como en las monarquías, y en las que hasta los hombres de humilde origen podían llegar a las altas posiciones, pero que mantenía el principio jerárquico sin vacilaciones, le parecía el modelo de una organización política que lograra la combinación ideal de democracia y monarquía, de mutabilidad y constancia, de movilidad en la selección de sus dirigentes y conservación de la autoridad y la tradición.<sup>15</sup>

El entramado que constituyen las posturas radicales de liberales y conservadores sobre el proyecto nacional que encarnan las figuras de Samper y Arboleda encuentran una síntesis en la obra de Rafael Núñez:

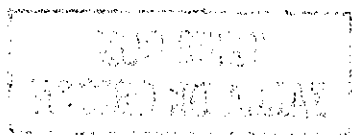
(...) cuyo sentido de la realidad histórica y cuyo conocimiento de las tendencias de la época lo destacaron siempre entre los hombres de su generación, no podía escapar a la corriente del tiempo. Pero actuó y pensó siempre guiado por la convicción, común en muchos espíritus de Europa y América, de que esta fuerza irresistible (la ciencia y la razón A. B.) podía llegar a ser destructora si no lograba fundirse con los valores tradicionales que habían enaltecido la personalidad, para dar así nacimiento a una nueva sociedad cristiana.<sup>16</sup>

La síntesis de Núñez radicó en la formulación y creación de un Estado central y “la imaginación” de una sociedad católica”. Esta percepción parecerá inalterable durante casi todo el siglo XX para los políticos y los científicos sociales que se ocuparon con el país. El propio Jaramillo Uribe concibió esta interpretación como un hecho dado del presente, pero que debía rastrearse en el pasado como la conjunción de toda una serie de elementos plasmados en la constitución de una sociedad eminentemente mestiza. El paso a seguir debía ser el abordaje de los procesos socioculturales y la forma como participaron en la configuración de la sociedad colombiana republicana.

Para ir más allá de los planteamientos escritos y de las propuestas políticas que se abrieron paso en el agitado siglo XIX colombiano,

<sup>15</sup> Ibid., p. 260

<sup>16</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “Del liberalismo clásico al neoliberalismo. La obra crítica de Rafael Núñez”, en *Eco*, tomo VI, núm. 1, 1962, p. 107 En el libro corresponde al capítulo XVII “Rafael Núñez y el neoliberalismo”



Jaramillo abordó la temática social. Por eso, estudió con detalle los componentes sociales y raciales de la sociedad colombiana. Desafortunadamente este trunco plan quedó apenas esbozado en la compilación de sus *Ensayos sobre historia social colombiana* (1968).

Los escritos reunidos en los *Ensayos* abrieron una etapa clave en la historia nacional. Su importancia radicó en que, prácticamente, por primera vez en la tradición histórica colombiana se puso en juego la metodología de la historia social. Ella brindó una óptica diferente para asumir, en el caso de Jaramillo, la última fase del período Colonial. El historiador antioqueño se ocupó con el tema de los grupos raciales que conformaron la sociedad Colonial y abordó rigurosamente el problema del mestizaje y la estratificación Colonial en la sociedad colombiana.

En los cuatro ensayos que constituyen la compilación, estudia cada uno de los elementos que debería conformar una historia social de Colombia: la esclavitud, la demografía y el mestizaje. Por ejemplo, la preocupación por el tema de los esclavos estableció “la función económica del negro” y “sus relaciones con los señores blancos”, pero, especialmente, determinó “los elementos sociales y culturales con que el negro ha contribuido a la formación de Colombia”.<sup>17</sup> Jaramillo trató de comprender el negro como un sujeto social que está más allá de los prejuicios raciales que subsistían en la sociedad colombiana y más lejos aún de la militancia reivindicativa de las expresiones étnicas. Es decir, como un elemento constitutivo de la realidad colombiana desde la época Colonial.

Inspirado en el célebre trabajo de Gilberto Freyre, *Casa Grande e Senzala* (1936), planteó la necesidad de superar la invisibilidad del negro, expresa en la ausencia de estudios desde las ciencias sociales incluida la historia, y valoró el peso de su existencia en la realidad sociocultural colombiana. Jaramillo atendió todas las relaciones posibles que tuvieron los esclavos negros con la sociedad neogranadina. En este trasiego, el

---

<sup>17</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 1, 1963, p. 9

historiador precisó las lagunas informativas existentes y sugirió la necesidad de explorar cierto tipo de fuentes para obviar las limitaciones.<sup>18</sup>

Jaramillo consideró que una “sociedad colombiana” se vislumbra sólo en la segunda centuria del siglo XVIII.<sup>19</sup> Los procesos de cambio social que encontró en el período tienen en el mestizaje el motor de esos cambios. Ahora bien, esos desarrollos sociales eran conflictivos y estaban mediados por la irrupción de nuevas condiciones sociales debido a la desconocida “experiencia histórica” del dinero y la cultura científica y técnica que empezó a vivirse en esos momentos, gracias a las orientaciones dadas por el reformismo Borbónico.

Al igual que en el trabajo de *El pensamiento*, el mundo de las representaciones mentales fueron fundamentales para Jaramillo. De allí que en sus análisis sociales de la segunda mitad del siglo XVIII se ocupara con el tema de la hidalguía y la nobleza como parte de la estructuración de una historia social y también acometió el tema del matrimonio y la educación como bases de la diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada. Así mismo, exploró la valoración del mestizo dentro de esta sociedad y del uso del término “Don”. El tratamiento de estos problemas y las consideraciones en torno al fenómeno del mestizaje le abrió un camino hacia la comprensión de la sociedad colombiana porque

(...) sin el proceso de mestizaje que fue particularmente rápido y completo en la Nueva Granada, nuestra sociedad habría tenido una estructura mucho más rígida o se habría constituido en forma mucho

<sup>18</sup> Los señalamientos del tipo de fuentes que deberían abordarse descubren la sintonía de las preocupaciones de Jaramillo Uribe con los aires de renovación metodológica que venían de Europa: “A falta de fuentes directas como los registros de importación y documentos de compra, tendríamos que estudiar inventarios de testamentos, escrituras de compraventa, actas de manumisión y otros documentos análogos (...)”, *Ibid.* p. 10. Jaramillo no se limitó a sugerir. En este trabajo empleó testamentos, censos, relatos de viajeros, datos de otros historiadores, que además de las citas pertinentes se enriquecieron con apéndices de documentos que complementaron los ensayos en cuestión.

<sup>19</sup> Jaramillo comparte con el sociólogo Hans Freyer la definición de que una sociedad es una formación social cuya unidad se basa en una tensión de dominio entre grupos heterogéneos. Cf. “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, en *ACHSC*, núm. 3, 1965, p. 22. Nota a pie

menos nacional y orgánica. Tendríamos menos posibilidades de formar una nación y a los elementos que hoy diferencian a los diversos grupos sociales como el patrimonio económico y el nivel cultural se agregarían, en mayor proporción que la actual, otros mucho más rígidos, más difíciles de vencer, como serían la raza y la heterogeneidad de las culturas, como ha sucedido en países hispanoamericanos donde el proceso de mestizaje quedó incompleto o ha sido mucho menos intenso y rápido que en Colombia.<sup>20</sup>

El tema del mestizaje en América Latina tendió a acentuar la interpretación sobre el carácter democrático de las sociedades republicanas. Se presentó, pues, como una especie de convivencia de contrarios imposible de darse en la traumática Europa.<sup>21</sup> Esta postura liberal tomó un rasgo específico en Colombia a través de las reflexiones americanas de Germán Arciniegas desde los años cuarenta y al retomar este punto, Jaramillo Uribe se adscribió a las consideraciones sobre el carácter democrático de las sociedades republicanas latinoamericanas, y por ende, compartió la convicción del rasgo civilista de la sociedad colombiana tan cara a la interpretación liberal. En un célebre ensayo publicado en 1969, el historiador antioqueño insistió en este rasgo como una de las peculiaridades del país:

Economía, proceso social, forma del poblamiento y hasta la geografía han confluído para darle forma y consistencia. La debilidad de la economía, más acentuada en la región central, asiento del gobierno, dio mucha fuerza al burócrata y al letrado. Varios núcleos urbanos de poblamiento (Cartagena, Popayán, Santa Fe, Tunja, Socorro, El Rosario de Cúcuta, Rionegro, Medellín) donde existieron colegios, seminarios y universidades coloniales, abrieron posibilidades educativas para la población criolla y mestiza. Por una tendencia presente desde sus comienzos históricos y observada por funcionarios y viajeros desde el siglo XVIII, los neogranadinos mostraron una capacidad intelectual bastante notable, que no producía grandes cumbres, pero sí un tipo

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 23-24

<sup>21</sup> Cf. Por ejemplo, las reflexiones de Mariano Picón Salas en *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944 (Tierra Firme, 4)

medio numéricamente abundante, acercándose así más al proceso de formación de elites que al de producción de grandes líderes.<sup>22</sup>

Además de reafirmar el criterio de orgullo que acuñó desde el siglo XIX Menéndez Pelayo cuando exaltó a Bogotá como la "Atenas Suramericana", Jaramillo insistió en la importancia de un país "formado y poblado" desde el interior, con lo cual "la llanura y la sociedad ganadera han tenido poco papel en su formación nacional". Esta postura ratificó la tesis que sostiene que: a mayor urbanización, mayor complejidad de la sociedad y la cultura, mayor fuerza de las normas abstractas y menor participación de la voluntad personal en el proceso de liderazgo político y social. Por eso, en Colombia, que es un país de ciudades y no de una gran ciudad, como lo sostuvo en muchas ocasiones Jaramillo Uribe, no existían las condiciones para que surgiera "ni el jefe gaucho de la pampa argentina, ni el caudillo jinete de la llanura venezolana".<sup>23</sup>

Sin duda, estas consideraciones de Jaramillo Uribe sobre la realidad social y cultural de Colombia sostienen viejos planteamientos acuñados desde la política y las intuiciones, como en el caso de López de Mesa; además, de conservar una perspectiva nacional. De ahí se desprendió su postura frente a un problema como el "destino" que debía cumplir el país. Ese destino tenía que ver con el reconocimiento de la medianía del Estado y la sociedad colombiana: mediana riqueza, discreta contribución indígena, ciudades medias que desconocen el gigantismo urbanístico; es decir: "Colombia bien puede ser llamada el país americano del término medio, de la *aurea mediocratis*."

El carácter crítico sostenido por Jaramillo Uribe acerca de su propio trabajo y el de los demás historiadores, le llevaron a considerar en varias ocasiones la provisionalidad de muchos de sus juicios. Por ejemplo, destacó que mientras no existieran análisis de "ciertos aspectos formales

---

<sup>22</sup> Jaime Jaramillo Uribe, "La personalidad histórica de Colombia" (1969), en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 151 (Biblioteca Básica Colombiana, 28)

<sup>23</sup> *Ibíd.*, pp. 152-153



de nuestra organización política” no se podía plantear la “cara negativa” de postulados como “el civilismo” colombiano. Insistió, pues, en la necesidad de realizar estudios de “las ideologías de clases, grupos y partidos”, para apoyar o descartar esta tesis.<sup>24</sup>

La síntesis del esfuerzo profesionalizador de Jaramillo Uribe se plasmó en la realización del *Manual de historia de Colombia* (1978-1980) publicado como una herramienta de difusión de los nuevos enfoques metodológicos sobre el pasado nacional. La realización de este proyecto se llevó a cabo diez y seis años después de la fundación del Departamento de Historia de la Universidad Nacional. Para esta época, Jaramillo tenía muy claro el panorama de la disciplina en el país: no existía un instituto de investigaciones históricas, no existía la noción de historiador profesional y se necesitaba una nueva síntesis del pasado nacional.

La presentación del *Manual* podía llenar dos de aquellos aspectos, presentar la nueva síntesis histórica y formular la idea de lo que debería ser la profesionalización de la historia, que podría concretarse con la apertura de un Instituto de Investigaciones Históricas.

Sobre el primer aspecto, el *Manual* despertó una enorme expectativa en el público lector colombiano.<sup>25</sup> La obra se constituye de tres tomos, cada uno de los cuales se dedicó a una de las épocas de la historia colombiana: Mundo Prehispánico, Descubrimiento, Conquista y Mundo Colonial, el primer tomo. Independencia y República, el segundo y El siglo XX hasta los años treinta, el tercero. Cada uno de los trabajos fue elaborado por un especialista en el tema que debió redactar el escrito con miras a la divulgación. En este punto, el esfuerzo realizado por el *Manual* fue mucho más coherente en reunir a historiadores y a personas que habían producido trabajos sobre el tema que se les pidió, que los trabajos colectivos posteriores que trataron de seguir el ejemplo del *Manual*. La

---

<sup>24</sup> Cf. Jaime Jaramillo Uribe, “Introducción”, en *La personalidad histórica de Colombia*, Op. cit., pp. 9-14

<sup>25</sup> Cf., Capítulo II

característica profesional que imprimió el *Manual* para el quehacer histórico en Colombia forjó un hito que difícilmente fue igualado posteriormente.

Como trabajo colectivo, el *Manual* no se presentó como una obra unitaria en su sentido ideológico, por lo tanto, no se puede tomar este trabajo como la síntesis de un nuevo proyecto nacional, al menos a nivel intelectual, pero sí se configuró como unidad en el hecho metodológico. El *Manual* trató de abarcar desde una nueva perspectiva campos trabajados por la historia anterior y acentuó el detalle de las formas que practicaban los “historiadores profesionales”; aunque, muchos de los colaboradores, especialmente quienes abordaron los temas culturales, no fueran historiadores de profesión.<sup>26</sup> Por lo tanto, el objetivo de mostrar un esfuerzo de escritura histórica inédito en el país se logró, a pesar de las desigualdades de los trabajos, las evidentes lagunas temáticas y las discrepancias políticas y de orden epistemológico entre los participantes de la obra.

En el segundo aspecto, señalaba Jaramillo que en un plano ideal un historiador debía tener cualidades como el conocimiento de los historiadores clásicos de todas las épocas y de la historia general; acercamiento a disciplinas afines como el Derecho y la Economía, entre otras; sentido y sensibilidad artística; simpatía por el tema e imaginación. Con estos amplios requisitos los historiadores colombianos podrían superar los intentos de crear analogías entre el presente y una época anterior, o evitar sustituir con prejuicios la comprensión histórica:

---

<sup>26</sup> Los tres tomos presentaron temas como la historia de la pintura, la arquitectura y la literatura en cada uno de los periodos; aunque, en ello la *Historia extensa*, el proyecto de la Academia, también realizó trabajos similares. Sin embargo, el intento por aproximarse al mundo cultural nacional fue distinto en la medida que se emplearon enfoques diferentes para abordar temas como la literatura. Cf., por ejemplo, Rafael Gutiérrez Girardot, “La literatura colombiana en el siglo XX”, en *Manual de historia de Colombia*, vol. III, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980, pp. 445-536 (Biblioteca Colombiana de Cultura) y Javier Arango Ferrer, *Raíz y desarrollo de la literatura colombiana. Poesía desde las culturas precolombinas hasta la Gruta Simbólica*, Bogotá, Lerner, 1965 (*Historia Extensa de Colombia*, 19)

Nuestra nueva historiografía hace muchas referencias a la burguesía colombiana del siglo XIX, le atribuye intereses, intenciones, capacidades e incapacidades, pero es poco lo que ha hecho para establecer, para documentar, para probar el grado de desarrollo y la existencia real de una conciencia de clase en nuestra naciente burguesía del siglo XIX. Se supone que eran burgueses y tenían intereses burgueses quienes defendían el liberalismo, el *laissez faire* y los derechos individuales. Pero ni el liberalismo, ni el *laissez faire*, ni el individualismo son suficientes para definir la conciencia burguesa, que no sólo está hecha de ideologías políticas y económicas, sino de hábitos, de formas de trabajo y de pensamiento, de actitudes éticas, de gustos y formas de consumo, de intereses y ambiciones (...) Para tener lo que podríamos llamar la historia por dentro, tendríamos que traspasar los esquemas macrohistóricos y llegar al tejido interno de la sociedad, apoyados en fuentes menos convencionales.<sup>27</sup>

La situación descrita por el coordinador del proyecto, que presentaba “la última etapa de la historiografía colombiana y la primera generación de historiadores profesionales”, trazó de manera clara las distancias del propio Jaramillo con respecto a esta producción, sin desconocer sus logros y la impronta que significó su emergencia en el panorama cultural colombiano. Jaramillo Uribe era consecuente con la apreciación de que la historia es

(...) el producto y el origen del pensamiento crítico, el producto y el origen del pensamiento antidogmático, de la tolerancia y casi diríamos de la civilización política, en una palabra, de aquellas características de realismo, buen sentido, convivencia y tolerancia (...) Que donde faltan surgen las inquisiciones, los dogmas, las dictaduras y el Estado policivo.<sup>28</sup>

Si bien la existencia de un libro como *El pensamiento* y la coordinación de un trabajo como el *Manual* le dieron un reconocimiento y un lugar privilegiado a Jaramillo Uribe, es significativo que aquel libro y estas observaciones, como la necesidad de crear un Instituto de

<sup>27</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “Introducción”, en Jaime Jaramillo Uribe (coord.), *Manual de historia de Colombia*, vol. I, Op. cit., pp. 24-25

<sup>28</sup> Ibid. p. 26

Investigaciones Históricas, no tuvieron ni eco ni continuadores. La historia social que cultivó el historiador antioqueño no tuvo una acogida importante en la mayoría de quienes vieron en él un maestro.

Los trabajos de Jaramillo Uribe, aquellos que no están estimulados por las situaciones que presupone una conferencia o una charla a diversos públicos, son reveladores de las características y dimensiones que tiene la escritura profesional de la historia con relación a los modos que se empleaba hasta entonces. Aquellos manifiestan claramente una ruptura con los modos de escribir historia en Colombia. El enfoque de historia social planteado y usado por el historiador antioqueño intentó abarcar el conjunto de las relaciones sociales: las económicas, las culturales, las raciales en las que estaban insertas y con base en ello superó la aplicación extratemporal de conceptos como el de "clase social", ajeno por completo al mundo Colonial americano, o del abuso de las dualidades: Pueblo vs Oligarquía.

Sin embargo, el proyecto de historia social que propugnó Jaramillo Uribe y que vio como objeto de estudio a la totalidad de la realidad histórica estaba fuera de lugar en la época en que se formuló. Como su colega argentino, José Luis Romero, Jaramillo estableció y practicó una historia social que si bien abrió nuevos panoramas y perspectivas en la tradición histórica colombiana no parecía resistir la fortaleza de las sólidas verdades que brindaban en aquel momento la historia económica y el marxismo duro y dogmático. Es decir, la pregunta por la militancia marxista de Jaramillo Uribe, fundamental en aquellos tiempos, mostraba un respuesta negativa que se expresaba en la ausencia de sus trabajos de temas como los modos de producción, su poco economicismo y la permanente ocupación con las cuestiones superestructurales.<sup>29</sup> Al

---

<sup>29</sup> El paralelismo con la situación que vivió José Luis Romero en Argentina durante la década de los sesenta y setenta se puede encontrar en Alexander Betancourt Mendieta, *Historia, ciudad e ideas. La obra de José Luis Romero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001 y en Luis Alberto Romero, "José Luis Romero, Latinoamérica"

respecto es importante retomar las críticas formuladas por Jorge Orlando Melo, cinco años después de publicado *El pensamiento*:

(...) el autor (Jaramillo Uribe A. B.) dedica una gran parte de su esfuerzo al establecimiento de influencias, que sirven de base para explicar la aparición de un grupo de ideas en el país. Por esta razón, las consideraciones sobre las circunstancias políticas, económicas, sociales, etc., que pudieron pesar en un momento dado más que la lógica interna de un sistema de pensamiento o la constelación de influencias entonces vigente, ocupan un lugar subordinado en *El pensamiento colombiano*... Así, aunque el autor logre establecer de forma indudable la filiación de una serie de ideas, queda todavía abierta la cuestión de la correspondencia de las formulaciones ideológicas de la época de coyunturas históricas específicas, y del papel de estas últimas en la adopción o rechazo de los de autores y autoridades extranjeras como guías del pensamiento nacional.<sup>30</sup>

A estos señalamientos respondió Jaramillo Uribe unos años después indicando que eran justas estas observaciones pero que no debía abusarse de las pretensiones de un método sociológico de la historia de las ideas. Consideró que él había señalado discretamente los vínculos de las formas de pensamiento con los intereses económicos y políticos de ciertos grupos y clases sociales. Esa “discreción” correspondía a la duda de “encontrar una relación causal unívoca entre las clases sociales de una época y sus diversas corrientes de ideas”. Para Jaramillo era evidente que había formas de pensamiento que se identificaban con ciertos intereses de clase, pero también existían otras formas de pensamiento, como el filosófico, en el que esta relación no era tan clara. Además, consideró que era fundamental

---

(2001) Texto inédito, p. 13 (El escrito servirá de “Introducción”, en José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, 2<sup>a</sup> ed., Buenos Aires, Siglo XXI, 2001)

<sup>30</sup> Jorge Orlando Melo, “Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes”, en *Universidad Nacional. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural* (Bogotá), núm. 2, 1969, pp. 12-13. En otros aspectos de su obra se crearon distancias y críticas a las conclusiones y las formas metodológicas que empleó Jaramillo Uribe. En el ámbito demográfico tempranamente se establecieron estas diferencias, por ejemplo, Hermes Tovar, “Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia”, en *ACHSC*, núm. 5, 1970, pp. 65-103. Un enriquecimiento de esta postura crítica y aportativa de este autor se encuentra en el artículo: “Colombia: lo diverso, lo múltiple y la magnitud dispersa”, en *Maguaré* (Santafé de Bogotá), vol. 7, núm. 8, 1992, pp. 47-80

hacer una distinción entre “teoría” e “ideología” con base en la cual podría discernirse la producción histórica que estima “las ideas liberales como expresión de la burguesía nacional y las conservadoras como expresión de los intereses de la clase terrateniente.”<sup>31</sup>

El señalamiento de estos puntos de divergencia muestran la desavenencia crítica con la que el fundador de los estudios históricos profesionales en Colombia observaba el devenir de la historia profesional en el país. A su vez, dejó en claro, un resquicio por el que se deslizaba el distanciamiento que mantuvieron los alumnos con la obra del maestro.

### **La práctica de la historia profesional: un asunto de la política**

A pesar de los disentimientos con sus alumnos, puede revelarse fácilmente que los mayores logros inmediatos de Jaramillo Uribe se ubicaron en el fomento para la elaboración de trabajos de historia socioeconómica de Colombia. La mayoría de estas investigaciones desarrollaron metodologías nuevas, especialmente francesas y norteamericanas, sobre temas y sujetos abordados u olvidados por la historia de la Academia y los trabajos “revisionistas”. El núcleo de difusión de estos trabajos, hasta el presente, fue el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* fundado por Jaramillo Uribe en 1963 —a diferencia de sus alumnos y de la propia revista *Annales*, que le sirvió de referente, no añadió a la palabra “social” el término “economía”, sino una perspectiva más amplia, desarrollada en sus trabajos: “la cultura”—. La mayoría de los escritos que se publicaron en el *Anuario* desde su aparición constituyeron esfuerzos pioneros, incluyendo los propios escritos de Jaramillo Uribe.

El trabajo precursor y riguroso del historiador antioqueño, especialmente, la novedad del enfoque, no tuvo continuadores entre sus alumnos porque ellos entendieron la historia social como un ejercicio

---

<sup>31</sup> Jaime Jaramillo Uribe, “Introducción”, en *La personalidad histórica de Colombia*, Op. cit., p. 13

entramado con la idea de una construcción sobre “los cambios sociales” y “la estructura social” que podían develarse a partir del desenvolvimiento de la economía. Sobre esta perspectiva se construyó una historia social que se combinaba con la “historia económica” y que dio como resultado el término de historia socioeconómica.

Como lo explicó hace dos décadas Eric Hobsbawm, en este tipo de historias preponderaba más la parte económica, pero una vez dada la evolución de la historia económica hacia una fuerte especialización:

Muchos historiadores —entre ellos los marxistas—, con anterioridad se habían llamado a sí mismos “economicistas”, debido a que los problemas que les atañían no eran ni siquiera considerados por la historia ortodoxa en general, se encontraron de pronto excluidos de una historia económica que se estrechaba rápidamente. De ahí que aceptaran de buena gana el título de “historiadores sociales”, especialmente si no tenían conocimientos profundos en matemáticas.<sup>32</sup>

La historia social y económica se presentó en los años sesenta como un modo de escritura distinta y de ruptura con la historia “tradicional”. En el mundo latinoamericano esta tendencia de la escritura de la historia se presentó como una renovación de los estudios históricos, pero en gran medida, estas formas de la historia estuvieron entremezcladas con los intereses políticos en los florecientes grupos de la izquierda, de los cuales los primeros historiadores profesionales colombianos, no estuvieron ajenos

Desde los años cincuenta, los procesos mundiales estuvieron marcados por las consecuencias que acompañaron el inicio de la Guerra Fría, entre los que destacó la emancipación política de los llamados países coloniales y semicoloniales. América Latina, como conjunto de países bajo la influencia estadounidense, conformaba esta segunda categoría. Ello implicaba su pertenencia a una esfera de dominación externa que hacía de

---

<sup>32</sup> Eric Hobsbawm, “De la historia social a la historia de la sociedad” (1970), en Eric Hobsbawm, *Marxismo e historia social*, trad. Diego Sandoval, Puebla, Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, 1983, p. 24. Sobre el tema de la historia económica son importantes los textos reunidos en Jerzy Topolski et al., *Historia económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas*, Barcelona, Crítica, 1981

sus experiencias un lugar común con los otros países que se cobijaron bajo el significado del Tercer Mundo.

La situación planteada por la descolonización de Asia y Africa y las enormes implicaciones de un fenómeno como la revolución cubana, hicieron de América Latina una especie de laboratorio de experimentación para las ciencias sociales, especialmente para la sociología y la economía, que en este tiempo emergieron como las mejores herramientas de comprensión de estos acontecimientos. Las ciencias sociales adoptaron, de manera muy eficaz, la perspectiva histórica. Con esta postura pudieron abordar aquellos fenómenos que estaban “al margen de la ortodoxia académica de las ciencias sociales y fueron una y otra vez descuidados por los historiadores.”<sup>33</sup>

El ejercicio académico de comprensión de las sociedades latinoamericanas durante el período de la Guerra Fría tuvo como referentes teóricos los términos de “modernización” y de “desarrollo”,<sup>34</sup>

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 25. Igualmente es importante tener en cuenta la descripción detallada de la funcionalidad política de las conclusiones dadas por las ciencias sociales en estos nuevos campos de análisis aplicado, que se denominaron “Estudios de Área”, en Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, trad. Stella Mastrángelo, México, Siglo XXI, 1996 (El mundo del siglo XXI). He abordado el tema en “Historiar a América Latina. Un problema de genealogía historiográfica” (En proceso de publicación)

<sup>34</sup> En el ámbito de las ciencias sociales latinoamericanas la idea de la modernización se acuñó a fines de los años cincuenta en la obra del sociólogo Gino Germani, que teorizó acerca de esta idea y le dio un rasgo formal. El supuesto básico de la teoría de la modernización de Germani se fundamenta en la posibilidad de reproducir en la periferia la experiencia del desarrollo vivida por los países centrales. El presupuesto de esta consideración es “el desarrollismo” que afirma que la evolución económica y los cambios en la forma de inserción de la periferia en el mercado mundial desempeñan un papel fundamental. Según Germani, la modernización se sitúa en el marco del Estado nacional, lo cual implica que la diferencia entre países desarrollados y atrasados depende de la rapidez e intensidad con que los países atrasados puedan avanzar. En este punto añade un elemento que es básico: la completa inserción en el desarrollo va acompañada de un cambio individual; es decir, “la modernidad está sujeta a la internalización de normas de ese carácter (racional A. B.) por parte de los que viven ese proceso.” El carácter “racional” de la modernidad se hace evidente tanto en el comportamiento individual como social. Este desenvolvimiento hacia “la modernidad” tiene, pues, un momento que es definitivo y es el proceso de “la transición”, el cual es simplemente el camino de “la tradición” hacia “la modernidad” en donde se dan fenómenos como la secularización, la modernización del aparato productivo y la creciente racionalidad de los actores sociales manifiesta en el cambio social. Cf. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1963; también es



como palabras polisémicas que, sin embargo, establecieron una sola preocupación asentada en el futuro. Si bien las distintas sociedades de América Latina, y del mundo, habían tenido un pasado distinto, el futuro debía ser compartido:

(...) la situación que se vivió durante buena parte del tercer cuarto de siglo (XX A. B.) se caracterizó por la creencia generalizada, de acuerdo al paradigma del desarrollo, de que todas las sociedades, tarde o temprano, debían transitar la misma senda y que, además, las naciones industriales cooperarían y ayudarían en su esfuerzo a las que, *todavía*, no lo eran.<sup>35</sup>

La historia que se escribió en este período en América Latina estuvo determinada por la presencia de aquellas categorías a las que prestó un respaldo fundamental las nociones de “centro”, “periferia” y “dependencia” que acuñó el trabajo realizado por Raúl Prebisch y que aplicó y difundió en América Latina el equipo de la CEPAL desde fines de los años cuarenta. Estos términos apuntalaron una noción del futuro que delimitó los temas que abordaron los científicos sociales ocupados con América Latina durante el período de los años sesenta y setenta, incluidos los historiadores.

Las condiciones y las realidades de América Latina los enfrentaron a toda clase de paradojas. Las categorías en cuestión plantearon a la historia varias disyuntivas. La primera, la necesidad de atender los temas del presente y, en segunda instancia, la necesidad de plantear perspectivas que abarcaran el subcontinente. En el primer caso, fue evidente el desplazamiento de los historiadores por los científicos sociales. En el gremio de los historiadores predominó el criterio “tradicional” de que “el presente” es un asunto de “periodistas y advenedizos”; en el segundo

---

importante el trabajo *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1969.

<sup>35</sup> Ignacio Sosa, “Historiografía del desarrollo: entre el estatuto científico y el estatuto ideológico”, en Brian Connaughton e Ignacio Sosa (coords.), *Historiografía latinoamericana contemporánea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-CCyDEL, 1999, pp. 257-258. El subrayado es del original.

aspecto, la preponderancia del tema del Estado nacional en los estudios realizados por los historiadores impidió que el problema fuera resuelto y se prefirió la solución de amontonar “experiencias inconexas entre sí”, a las que se le dio el nombre de “Historia de América Latina”.<sup>36</sup>

A pesar de estas dificultades, como lo ha sintetizado Sosa, la historia escrita en América Latina entre los años sesenta y ochenta, trató de ofrecer respuestas a la situación del atraso y la periferia e incitó a la acción inmediata y directa.

Durante la década de los años setenta la escritura histórica en Colombia había adquirido el sitio social que podía dar la existencia de un oficio profesional, pero también se ganó un lugar dentro de un público ansioso de leer sobre el pasado nacional. El agitado ambiente político de este período y la situación “subversiva” en la que se había colocado a los “estudiantes” que asistían a las crecientes universidades públicas,<sup>37</sup> al igual que cualquier intento de carácter explicativo o reivindicativo sobre vías alternas para acceder al desarrollo, creó un espacio propicio para acoger los nuevos discursos sobre el pasado nacional. Como había ocurrido en la década anterior con la obra de Liévano Aguirre, esta década y la siguiente abrirían el campo para éxitos editoriales escritos por historiadores profesionales.<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> Como ejemplos de las historias nacionales conjuntadas en un núcleo que se le titula América Latina se pueden citar Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina* (1967) y Pablo González Casanova (coord.) *América Latina: historia de medio siglo* (1977). Por otra parte, sobre estos y otros problemas generados a raíz de esta situación es fundamental el citado trabajo de Ignacio Sosa. También he abordado algunos de estos temas en *Historia, ciudad e ideas*, Op. cit.

<sup>37</sup> Cf. Mauricio Archila, “Entre la academia y la política: el movimiento estudiantil en Colombia 1920-1974”, en Renate Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México-CESU-Plaza y Valdés, 1999, pp. 158-174

<sup>38</sup> El caso más notable en este aspecto es el de Álvaro Tirado Mejía y su *Introducción a la historia económica de Colombia* (1971). Entre el año de su publicación y 1979 llevaba once ediciones. En el año 2000, cuando se realizó la última edición, ya contaba con veintiuna ediciones. Es el caso también del texto coordinado por Mario Arrubla, *Colombia hoy* (1978). En 1980 ya tenía seis ediciones y para 1996, la última edición realizada con ampliaciones y bajo la coordinación de Jorge O. Melo, contaba con dieciséis ediciones.

Este clima favoreció la consideración de que el historiador se presentara como un elemento fundamental a la hora de llevar a cabo la acción política:

Si en los sectores dominantes el conocimiento histórico adquirió el carácter de un atributo carismático, que de todos modos no era imprescindible, en los movimientos de izquierda la relación entre historia y política ha sido más directa y esquemática. En los grupos radicales, tan apegados a fórmulas, a tácticas y estrategias, llegó a creerse que sin la intervención del historiador no había salvación. Pues para la militancia revolucionaria, que llevo al paroxismo el intelectualismo que impregna el sistema político colombiano y que reforzó la tendencia de los movimientos marxistas a exigir que todo dirigente sea un gran intelectual o al menos a presentarlo como tal, con el cordón umbilical que ha atado a la izquierda colombiana a la universidad, el historiador ha sido el lector e intérprete privilegiado de la realidad nacional (...). Por supuesto, no se pensaba en estos casos en el historiador en un sentido profesional o académico, y su función estaba a veces reservada a quienes, por su vinculación con la militancia proletaria, llenaban las condiciones requeridas para recibir la revelación.<sup>39</sup>

Tal situación llevó al florecimiento de los postulados morales y revolucionarios del quehacer histórico que expuso Manuel Moreno Fraginals y su célebre ensayo: "La historia como arma" (1967), a través del cual se estableció la utilidad de los estudios históricos para la actividad política.<sup>40</sup> Esta forma de escribir sobre el pasado nacional en Colombia mantuvo el tono heroico y anecdótico que buscaron criticar. Ni siquiera pudo alejarse de arquetipos muy caros a la historia Académica. Tampoco pudo superar las limitaciones de crear analogías entre el pasado y el presente — que era la principal utilidad de los estudios sobre el pasado—, así como la aplicación arbitraria de las categorías marxistas a los análisis de la realidad histórica del país.

<sup>39</sup> Jorge O. Melo, "Introducción", en *Sobre historia y política*, Medellín, La Carreta, 1979, pp. 9-10

<sup>40</sup> Cf. Manuel Moreno Fraginals, "La historia como arma", en *Casa de las Américas* (La Habana), año VII, núm. 40, 1967, pp. 20-28

Los esfuerzos de interpretación histórica de la militancia política de la izquierda colombiana realizados en esta época se escribieron para plantear el problema de la estrategia política sobre la liberación nacional o la posibilidad de una revolución directamente socialista. Es el caso del trabajo realizado por Diego Montaña donde se puede leer:

Del cuadro descrito en las páginas anteriores surgen con clara nitidez las condiciones objetivas de la revolución; Colombia es uno de los países donde se acumulan con objetiva nitidez las condiciones precisas de la revolución de liberación nacional. Sin embargo, en este país, las condiciones subjetivas son menos claras por el peso específico de la ideología burguesa sobre las masas trabajadoras y la débil estructura de la clase obrera.<sup>41</sup>

Este tipo de quehacer histórico fue abordado críticamente por algunos historiadores profesionales como Jorge O. Melo y Jesús A. Bejarano,<sup>42</sup> que si bien compartían ciertas dimensiones políticas de la izquierda colombiana estaban en desacuerdo con las tendencias militaristas o, por lo menos, con la fragilidad epistemológica de la aplicación mecánica de algunas categorías marxistas como “modo de producción” o “lucha de clases”, para explicar los fenómenos históricos colombianos. Ellos no desconocieron el valor que tenía la aplicación de aquellos elementos y el origen político de los trabajos marxistas, así como

---

<sup>41</sup> Diego Montaña Cuellar, *Colombia: país formal y país real*, 3ª ed., Bogotá, Latina, 1977 p. 247. La primera edición del libro se realizó en Buenos Aires en 1963. Otros libros “famosos” donde se plantean posturas similares, como la formulación de una revolución socialista se encuentra en Hugo Rodríguez, *Elementos críticos para una nueva interpretación de la historia colombiana*, Bogotá, Tupac Amaru, 1980. Sobre “lugares comunes” acerca del pasado nacional presentados ahora como una historia científica Cf. Pedro Vicente Gálvis, *De la protohistoria al colonialismo en Colombia. Ensayo de interpretación histórica*, prologado por Guillermo Hernández Rodríguez, Bogotá, Casa de la Cultura de Facatativa, 1976. Sobre este punto, comparto las apreciaciones realizadas por Miguel A. Beltrán en “Breve panorama de la historiografía colombiana en el siglo XX” (2000), texto inédito.

<sup>42</sup> Jesús Antonio Bejarano se formó en Economía en la Universidad Nacional. Se desempeñó como Consejero Presidencial para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación, Consejero para la Paz, Embajador de Colombia en El Salvador y Guatemala y Presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC). Publicó esencialmente trabajos sobre historia económica de Colombia entre los que destaca *El régimen agrario de la economía exportadora a la economía industrial* (1979); *Economía y poder* (1985) y *Ensayos de historia agraria colombiana* (1987).

la necesidad de reivindicar para la disciplina histórica el uso de herramientas marxistas de comprensión sin que ello devaluara como “subversivo” un trabajo histórico que las empleara rigurosamente. Sin embargo, no estaban de acuerdo con el hecho de que todo esfuerzo que se le añadiera el adjetivo “marxista” necesariamente debía ser considerado como un trabajo “renovador” de la historia nacional.

Bejarano y Melo recalcaron la impronta política de aquellos esfuerzos, en la medida que se interesaron más por el aporte “político” que por el “histórico”, y en segunda instancia, por no advertir claramente las dificultades de aplicación de las categorías marxistas al análisis de la realidad nacional.<sup>43</sup> Estas críticas se inscribieron dentro del contexto de comprensión de la historia como una disciplina profesional que “sirve para pensar el presente históricamente” y “dar nueva forma a la sociedad y a los individuos que la componen, mediante la acción consciente”. Esta aplicación práctica del conocimiento histórico mantiene una línea de continuidad con la tradición histórica nacional pero también revela una modificación del papel de la historia en el campo del conocimiento sobre la “cultura nacional”, en la medida que sus nuevos perfiles participan de la configuración de un nuevo proyecto político.<sup>44</sup>

### **Una ruptura local: la Nueva Historia colombiana**

Buena parte de los estudios históricos profesionales realizados en Colombia participaron de la situación generada por la presencia de las ideas del “desarrollo” y la “modernización”, acuñadas en el mundo de las

---

<sup>43</sup> Al respecto Bejarano ironizaba al recordar una anécdota en la que se señalaba que “para ser investigador marxista en Colombia se requiere una hipótesis, cuatro datos y una profunda confianza en la ignorancia de los demás.”

<sup>44</sup> Cf. Jesús A. Bejarano, “La necesidad del saber histórico” (1976), en Jesús A. Bejarano et al., *El nuevo pensamiento colombiano*, Bogotá, Fedelco, 1977, pp. 173-186 y las observaciones de Jorge O. Melo, “Consideraciones sobre la situación política” (1971) en *Sobre historia y política*, Op. cit., pp. 155-190

ciencias sociales. La historia profesional colombiana tuvo en este marco teórico el pilar fundamental de la interpretación sobre el pasado nacional.

A pesar de las anotaciones de Bejarano y de Melo que manifestaban la necesidad de abordar el presente, la relación pasado-presente a la que apelaban los historiadores profesionales, se remonta a la valoración de los elementos de "larga duración" que podían anudarlos. Pero en el enlace entre las dos temporalidades, el presente, los cambios sociales y la sociedad contemporánea, claramente se establecieron como territorios de las ciencias sociales. El caso más palpable de ello se refiere a los estudios sobre el fenómeno de la violencia. En la década de los sesenta, el análisis *La violencia en Colombia* (1963) fue un trabajo realizado por sociólogos y juristas. Hasta bien entrado los años noventa, el tema siguió siendo patrimonio de las ciencias sociales, abocadas a realizar por su cuenta trabajos históricos debido a la inexistencia de estudios regionales y de historia contemporánea desde la disciplina histórica sobre el tema, en los que predominaron los cultores de la ciencia política y los sociólogos.<sup>45</sup>

A pesar de este vacío notable dentro de la historia profesional colombiana no puede perderse de vista que la historia profesional pudo ubicarse como una ruptura metodológica, temática y política, como lo indicó Jorge O. Melo, en la medida que se estableció una relación directa con ciertas tradiciones culturales. El referente de estas rupturas necesariamente fue la producción histórica que le antecedió en el tiempo. Con base en esta relación, la historia profesional fue claramente una nueva etapa, y a la vez, representó la continuación de ciertos rasgos, especialmente en el orden temático, a pesar de las intenciones de ruptura con las que se presentó esta nueva forma de hacer historia.

---

<sup>45</sup> En este punto es importante recalcar el aporte para dilucidar ciertos períodos del siglo XX colombiano en los trabajos sobre los fenómenos políticos y sociales relacionados con la violencia que han sido elaborados por los investigadores del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, fundado en 1988 con la explícita finalidad de abordar el fenómeno de la violencia.

El manifiesto de la instalación de la historia profesional nacional es el texto del historiador antioqueño Jorge Orlando Melo: “Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes” (1969). En él se encuentran una serie de observaciones sobre el “viejo modo de hacer historia”, “las nuevas formas que estaba tomando” y las tareas que se veían llegar.<sup>46</sup> Este escrito trazó claramente los inicios de una nueva forma de escribir la historia en Colombia.<sup>47</sup> En primera instancia realizó una descripción y caracterización de la producción histórica del siglo XIX y la historia de la Academia. El balance y la adjetivación realizada por Melo se siguió al pie de la letra posteriormente por aquellos que pretendieron caracterizar los esfuerzos de “la nueva historia”. Ambas corrientes de la historia nacional aparecieron en el balance como el inicio del ejercicio histórico en el país. Las conclusiones sobre la producción de estas dos etapas previas de la historia en Colombia,

---

<sup>46</sup> Melo fue alumno de Jaime Jaramillo, aunque su formación inicial fue en Filosofía y Letras en la Universidad Nacional. Realizó estudios de postgrado en historia en Estados Unidos e Inglaterra. Buena parte de su quehacer se ha desarrollado en labores editoriales y administrativas en el campo cultural colombiano. Actualmente se desempeña como director de la Biblioteca Luis Ángel Arango, la más importante del país. Su labor como historiador, al igual que su maestro, se limitó a un solo libro: *El establecimiento de la dominación española* (1977) que debía ser el primer tomo de una Historia de Colombia. Lo demás han sido ensayos muy rigurosos sobre diversas facetas de la historia colombiana. Como editor ha sido un empresario exitoso. Cofundador de la editorial La Oveja Negra —Melo habla de la “pequeña” y de la “grande” Oveja Negra, él parece ubicarse en la “pequeña”— que después sería la encargada de publicar la obra de García Márquez en Colombia, coordinó verdaderos éxitos editoriales como *Colombia hoy* —texto que coordina y actualiza desde 1991—, *La historia de Antioquia* (1988) y *La historia de Medellín* (1996). La publicación de “Los estudios históricos” marcó una senda que no ha abandonado hasta el presente. Cada cierto tiempo, Melo ha publicado balances sobre la producción histórica colombiana. La mayoría de estos trabajos se reunieron en el libro: *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas* (1996), y de allí hasta el presente ha publicado un par de escritos más sobre el tema.

<sup>47</sup> El escrito de Melo fue recogido en 1976 por el poeta Darío Jaramillo Agudelo que compiló una serie de textos de los primeros historiadores profesionales, como Tirado Mejía, Colmenares, Hermes Tovar, Margarita González, en una antología que bautizó estos fragmentos de otras obras como “La Nueva Historia”. Los vacíos y las dificultades que tuvo el poeta para caracterizar este “nuevo quehacer” de la historia nacional son evidentes en la “Introducción”, ciertamente contrastables con el texto de Melo. El escrito del poeta tiene como colofón una nota a pie en la que disculpa este esfuerzo como el trabajo realizado por “un lector” que hace una compilación. Como trabajo editorial esta antología es el antecedente directo del *Manual* coordinado por Jaramillo Uribe. Cf. *La nueva historia de Colombia*, comp. e introd. por Darío Jaramillo Agudelo, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976 (Biblioteca Básica Colombiana, 18)

revelan que Melo les asignó un carácter “moralizante” y “aficionado” a estos trabajos. De este modo, caracterizó una nueva etapa en la escritura de la historia en Colombia y por contraste, estableció el inicio de los trabajos profesionales de historia, ya que “los estudios de historia cultural, social o económica” presentaban

(...) serios problemas de ordenación de los datos primarios, cuya significación sólo puede establecerse a la luz de conceptos explicativos de difícil manejo, y cuya exposición coherente exige que se hayan establecido tendencias y características generales del proceso histórico, y que se tenga por lo menos una teoría implícita de la operación del sistema social dado, que permita jerarquizar la información y determinar los nexos y articulaciones de los diversos elementos del sistema, la historia política y la biografía permiten una organización del material en apariencia suficiente mediante la simple elaboración de *secuencias cronológicas* (...) y a exponerlos (los materiales factuales A. B.) en el orden en el que “ocurrieron”, añadiendo algunos juicios patrióticos o moralistas.<sup>48</sup>

Es decir, los nuevos enfoques del trabajo histórico requerían de la formación previa en un oficio. Especialización que sólo podía obtenerse al asistir a las aulas universitarias para aprehender las herramientas que debía emplear un historiador y, paralelamente, reconocer los avances en la disciplina. El balance de Melo destacó, pues, la irrupción de la figura del historiador profesional. De esta manera, Melo planteaba la consagración de un nuevo modo de escribir la historia en Colombia. Irrupción que reclamó para sí la autonomía de un quehacer que marcaba límites precisos con los modos de escribir la historia que le antecedían.

Si bien los títulos o los grados académicos no representaron una autorización para escribir historia, porque para ello no se necesita de esas formalidades, la consagración de los atributos de una profesión —el conocimiento y uso adecuado de unas técnicas, especialmente— permitió que a partir de ese momento se confiriera el reconocimiento social a una “comunidad profesional integrada por individuos competentes” en

---

<sup>48</sup> Jorge Orlando Melo, “Los estudios históricos en Colombia”, Op. cit., p. 9



Colombia; es decir, aceptación de la autonomía y el ejercicio de los concededores y desarrolladores de las técnicas propias de los historiadores. A partir de esta aceptación social se dio la instauración y consolidación de un consenso metodológico reconocido y aceptado por los “colegas” y a partir de estos acuerdos se estableció la base del diálogo y la réplica profesional. Al aceptar implícitamente estos criterios, basado en el reconocimiento del inicio de un proceso de institucionalización del conocimiento histórico en el país, Melo especificó un cambio cualitativo en la producción del conocimiento histórico. Transformación que explica cómo al mismo tiempo que se daba esta innovación metodológica, los historiadores adquirieron un nuevo desempeño social inexistente en Colombia: tener y usar un título universitario para “ejercer la historia”, entendido como enseñar historia y escribirla, dependió desde ese momento de la obtención de una plaza en un colegio o en una universidad.<sup>49</sup>

El escrito de Melo reconoció también la necesidad de frecuentar y aproximarse a los logros de la historia “tradicional”, pese al distanciamiento que existía ya en los modos de escribir la historia nacional. El estilo y el abordaje de temáticas descuidadas por la historia tradicional no implicaba que se abandonara la tarea de una “reelaboración crítica del material aportado por la historiografía tradicional” que permitiría a los historiadores “utilizar con plena confianza la información ya existente”. Este llamado a dialogar con la tradición no fue escuchado debido a los distanciamientos políticos y metodológicos que justificaban *a priori* la descalificación de aquellos esfuerzos.

En segunda instancia, el texto encontró claramente los hilos vinculantes con una serie de esfuerzos renovadores anteriores, pero también las diferencias con ellos de parte de los nuevos historiadores. Así, estableció y resaltó los esfuerzos y alcances de la obra escrita por Nieto

---

<sup>49</sup> Un lector atento reconocerá aquí la presencia del revelador estudio de Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, trad. Gertrudis Payás e Isabel Vericat, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997 (Itinerarios). La primera edición es de 1988.

Arteta, Ospina Vásquez, Jaramillo Uribe y aún de Liévano Aguirre. El balance de Melo, los ubicó como los precursores de las nuevas formas de hacer historia en el país y estableció los criterios por los cuales se creó una distancia con respecto a estas obras, como se ejemplificó en el caso de la obra de Jaime Jaramillo Uribe.

Melo precisó cómo los estudios realizados por la historia profesional estaban basados en las preguntas que despertaba la situación del subdesarrollo del país. En este punto se encontraba el distanciamiento con los precursores, ya que este problema ponía como presupuesto epistemológico una nueva perspectiva dada por la siguiente presunción:

(...) es suficiente anotar acá que mientras no se parta, para todo sitio y toda época, del principio, aceptado a priori, de que la economía constituye la estructura directamente determinante de todos los demás elementos de una formación social, parece un principio metodológico seguro la imposibilidad de comprender plenamente una época sin el conocimiento riguroso de la forma como se producen y se distribuyen los bienes materiales, pues inclusive si llega a mostrarse que en un período considerado los factores religiosos o culturales son dominantes, esta dominación es siempre correlativa a un determinado tipo de formación económico-social.<sup>50</sup>

La distancia con los precursores más inmediatos de la nueva corriente en historia, la daba el énfasis en el tema económico y su valoración política y no exclusivamente la irrupción de una nueva metodología. El oficio histórico profesional debía responder a la pregunta por las formas que adquirió el proceso capitalista en Colombia. Con este interés la "nueva historia" colombiana se adscribió a las preguntas básicas de las ciencias sociales ocupadas con América Latina y el tema del "desarrollo". La científicidad que daba esta preocupación, llena exclusivamente con los temas económicos y la metodología mezclada con

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, p 14. La dificultad del estilo en esta cita no corresponde a un error de transcripción, se toma tal cual aparece en el artículo de Melo. A pesar de ello, el fragmento ilustra claramente sobre las consideraciones metodológicas de la "Nueva Historia" en Colombia.

una jerga cientificista tomada de la economía y la sociología, caracterizó el desenvolvimiento de la primera etapa de la historia profesional en el país.<sup>51</sup>

Sin duda, la estimación dada a la cientificidad que exponían las ciencias sociales provino del valor que le dio el uso que las esferas estatales le dieron a la tecnocracia como base de las decisiones políticas. En el caso colombiano, esta tendencia establecida desde el Frente Nacional le dio un lugar preponderante a los estudios sociológicos y económicos sobre el pasado reciente. Además, la dimensión histórica adoptada por las ciencias sociales para abordar la realidad nacional unida al empleo estratégico de sus conclusiones, les ofreció un monopolio sobre el análisis del presente y el planeamiento futuro que desplazó del tema del siglo XX a los historiadores colombianos.<sup>52</sup> Este hecho no puede hacer olvidar las objeciones metodológicas aceptadas por los mismos historiadores para estudiar “lo contemporáneo”. El fenómeno se puede rastrear en prácticamente toda América Latina.

---

<sup>51</sup> La preocupación sobre los alcances de categorías como la de “desarrollo” utilizadas frecuentemente por los historiadores no representaron en este gremio ninguna preocupación teórica que los llevara a celebrar seminarios como los realizados en la Universidad de los Andes, de donde resultó un texto como el de A. Eugén Havens, “Aspectos metodológicos en el estudio del desarrollo”, en Varios autores, *Metodología y desarrollo en las ciencias sociales: efectos del crecimiento dependiente sobre la estructura social colombiana*, Bogotá, Presencia, 1977, pp. 33-70

<sup>52</sup> Los señalamientos que ya se han hecho con respecto a los Estudios de Área y su injerencia en el ámbito de las decisiones políticas en el caso colombiano destacan este punto. Sin embargo, es importante indicar cómo en el ámbito de la política; por ejemplo, hubo un desplazamiento de la figura del “político-abogado” por la del “economista-administrador”. Este fue el nuevo elemento decisivo dentro del marco institucional colombiano ataviado de una incuestionable y necesaria neutralidad ideológica. Esta figura emergió debido a las condiciones de los préstamos del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo que presionaban el crecimiento y la complejidad de las funciones económicas del Estado. La apolitización de los técnicos se unió a la “proscripción de la controversia” en la que se convirtió el ámbito político dentro de los marcos del Frente Nacional. En los años 60: “la economía apareció como la ciencia capital y del capital que permitiría racionalizar los conflictos de la nueva sociedad y del nuevo Estado aunque, no llevó al desplazamiento absoluto de la figura del político, que representaba “lo tradicional”, y que dentro de un medio inmerso en el mundo del clientelismo, condujo a los técnicos a un aprendizaje rápido de cómo trabajar y beneficiarse de esta cohabitación. Cf. Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Santafé de Bogotá, Norma, 1995, p. 245 y “Saber es poder: el caso de los economistas colombianos”, en Marco Palacios, *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*, Santafé de Bogotá, Planeta, 2001, pp. 99-158 (Grandes Temas)

En este punto concreto, el papel de la “nueva historia” en Colombia se limitó a escudriñar y establecer los orígenes del subdesarrollo para reconocer los puntos nodales que era preciso reformar para iniciar el despegue hacia el desarrollo. En esta época, el tema del desarrollo económico era fundamental. El papel revelador de los estudios históricos era muy importante en este contexto porque al clarificar las circunstancias específicas de cada país o región arrojaba luz sobre los mecanismos de transformación económica. El análisis de los procesos de penetración, inclusión, adaptación y asimilación de la economía capitalista era muy significativo para dilucidar este proceso mundial. Como dice Hobsbawm, la homogeneización aparente llevó a los científicos sociales a la tentación de simplificar la historia con base en un modelo de eslabón único basado en la “modernización” y “el desarrollo económico en crecimiento”.<sup>53</sup> Al respecto es un buen indicador la siguiente afirmación:

Como todo país dependiente el desarrollo es contradictorio, en la mitad del siglo XIX sucedió lo que acontecería en 1930. A mayor desarrollo de las fuerzas productivas mayor dependencia del imperialismo. Se dio un golpe fuerte a las estructuras coloniales, el país dio un paso adelante hacia el capitalismo y la burguesía comerciante tomó el estado en su propio beneficio, mas como no teníamos industria, la dependencia de Inglaterra se acentuó (...) Habíamos dado un paso adelante en el camino del capitalismo y retrocedido dos en el de la dependencia.<sup>54</sup>

El fragmento revela, en principio, el tipo de analogías históricas a las que llevaba el uso político del conocimiento histórico. El abuso de la analogía se confundía con el empleo del método comparativo, imposible de realizar en un horizonte en el que se desconocía los términos a comparar.

---

<sup>53</sup> Es notable que la ventaja del historiador sobre este esquema, que señala con vehemencia el historiador inglés, no se pueda aplicar al caso colombiano y latinoamericano donde se apreció con fervor la verdad inmutable de “la maratón rostoviana” y la creencia en la aplicación “cabal” de “una teoría económica correcta e intemporal” para los estudios históricos y la práctica política. Cf. Eric Hobsbawm, “Historiadores y economistas II” (1980), en *Sobre la historia*, trad. Jordi Beltrán y Josefina Ruiz, Barcelona, Crítica, 1998, p. 131

<sup>54</sup> Álvaro Tirado Mejía, *Introducción a la historia económica de Colombia*, 11ª ed., Medellín, La Carreta, 1979, p. 149

En segunda instancia, es significativo que Tirado Mejía<sup>55</sup> se ocupara aquí de los dos momentos cronológicos donde se desarrolló con mayor claridad el capitalismo en Colombia, pero que a la vez, arropara estos acontecimientos como el inicio de un nuevo momento en la añeja dependencia económica del país.

De otro lado, el análisis de Tirado Mejía no quiso perder de vista en el proceso histórico, las coyunturas que hicieron posible el desarrollo de “las contradicciones internas en el sistema capitalista” que impulsaron “el avance de nuestra sociedad hasta el momento actual”. Es decir, el tema del estudio era el momento de la incursión y el desenvolvimiento del capitalismo en la sociedad republicana colombiana y la confirmación de la vinculación dependiente de Colombia en el mercado mundial.

La postulación de estos temas presupone que el contexto de los procesos históricos colombianos no se podía circunscribir a los límites de la República; es decir, “no se puede hablar de historia simplemente nacional”.<sup>56</sup> Sin embargo, el esfuerzo analítico y descriptivo del texto no trasciende sino circunstancial y superficialmente estos linderos. Con base en esta cuestión, los historiadores profesionales plantearon una ruptura temática con la historia “tradicional”. No obstante, fueron incapaces de abandonar la temática nacional.

El asunto del capitalismo tenía además un claro sesgo político que acompañaba a esta ruptura en las tradiciones históricas nacionales. El concepto mismo de “desarrollo” suponía el bienestar de toda la sociedad encarnado en el ideal de la “justicia social”. Por eso, era importante encontrar en el tiempo el o los obstáculos que impedían que el país estableciera una estructura económica con capacidad de acumulación constante que pudiera ofrecer un amplio bienestar social al conjunto de la

---

<sup>55</sup> Tirado Mejía se formó como abogado y realizó el postgrado en historia en Francia. Su vida académica se ha desarrollado en la Universidad Nacional de Colombia, seccional Medellín. Durante mucho tiempo ha desempeñado cargos burocráticos de importancia como la de ser Ministro Plenipotenciario ante la ONU y Consejero Presidencial para la Defensa, Protección y Promoción de los Derechos Humanos en Colombia.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 7

sociedad. En el caso colombiano estas preocupaciones conducían a los comienzos del capitalismo y a un Estado con poder de intervención en el manejo y la orientación de la economía. Esto significa, pues, el estudio acerca de la aparición de un mercado nacional, el surgimiento de un sector industrial basado en el empleo de maquinaria y energía mecánica. La aparición de un mercado de mano de obra asalariada y del proletariado, la eliminación de las restricciones legales que sustrajeran la propiedad de la tierra del mercado; la ampliación de los vínculos con el mercado mundial y la destrucción de formas de producción tradicionales orientadas al autoconsumo. Estos temas, especialmente los referentes al mundo agrario y económico centraron los mayores esfuerzos de los primeros historiadores profesionales.

Pero un tema como el de la modernidad que acompaña a los procesos capitalistas, requería también el esclarecimiento del modo en el que se construyó una estructura social relativamente móvil, con posibilidades de ascenso social, de iniciativa ocupacional y de desplazamientos geográficos para los individuos. Esto incluye, entonces, estudiar el crecimiento del sector urbano, la eliminación de diferencias legales entre la población, el debilitamiento de la dependencia individual de estructuras estamentales, étnicas y familiares y el surgimiento de un sistema de clases sociales formalmente abiertas. Sin embargo, estos temas llamaron la atención, especialmente, de los trabajos sociológicos más que de los historiadores.

De igual forma, las implicaciones de las temáticas surgidas de los planteamientos que impulsaron la actividad de los "nuevos historiadores" presuponían que la historia debía precisar el tipo de sistema político que se había instaurado en el país. Sin embargo, por los distanciamientos con la historia tradicional, el tema de la política se dejó a un lado. La necesidad de ocuparse con la política estaba implícita en el estudio del proceso de consolidación de un Estado moderno que debía exigir la ruptura de formas particularistas de ejercicio del poder público, la

eliminación de estructuras regionales políticas independientes, el establecimiento de sistemas tributarios eficientes, confiables e impersonales y la conformación de una burocracia y un sistema policial capaces de imponer las decisiones del Estado.

Por último, el empeño de esta historia profesional suponía también la necesidad de explicar las modificaciones de un sistema cultural que debía orientarse por valores laicos. Esto incluye el estudio del dominio creciente de una educación formal basada en la transmisión de tecnologías y conocimientos basados en la ciencia. El debilitamiento de la función de la religión, el surgimiento de valores sociales nuevos acerca del trabajo, la riqueza, el empleo del tiempo y la función de la ciencia. A pesar de estas implicaciones estos dos últimos temas fueron los más relegados en los estudios de la historia profesional.<sup>57</sup>

Las primeras temáticas señaladas anteriormente concentraron la atención de los historiadores profesionales y los modos de escribir la historia. Los cortes temporales y el uso de las metodologías que eran recientes, acuñadas y aprendidas por ellos en Europa y los Estados Unidos, concitaron esta ruptura y el nuevo encarrilamiento en el quehacer histórico colombiano.

### **Repensar un modo de hacer historia**

Estos puntos coincidentes sobre los procesos de la “modernización”, pueden clarificar los temas que interesaron a la primera etapa de la historia profesional y aquello que dejaron por fuera de su atención. La producción de la historia socioeconómica producida desde los años

---

<sup>57</sup> Cf. El texto de Jorge O. Melo que construye “el ideal” de una sociedad moderna, “Proceso de modernización en Colombia 1850-1930”, en *Revista Universidad Nacional* (Medellín), núm. 20, 1985, pp. 31-41. También el balance realizado por Melo, “La literatura histórica en la última década”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. XXV, núm. 15, 1988, pp. 59-69

setenta, encontró un caso ejemplar en el importante libro del historiador bogotano Marco Palacios:<sup>58</sup> *El café en Colombia 1850-1970* (1979).

Esta obra se caracterizó por poner en evidencia ciertos mitos historiográficos sobre el siglo XIX colombiano, como el tema de la colonización antioqueña, a la vez que indicó el modo de derrumbarlos con base en el empleo de la metodología de la historia socioeconómica y la propuesta de ciertas tareas por abordar.

La explicitación de la nueva forma de hacer historia se estableció desde la formulación misma de su objetivo: “señalar las conexiones entre las formas pre-capitalistas de producción y el desarrollo del capitalismo colombiano que, a su vez, las está transformando”,<sup>59</sup> con lo cual pretendió:

(...) describir y explicar las condiciones mediante las cuales Colombia consiguió anudar sólidamente su economía al mercado mundial convirtiéndose en un importante monoexportador de un producto típico de agricultura tropical, el café, y al mismo tiempo señalar los amplios efectos de tal integración en la conformación de la Colombia contemporánea.<sup>60</sup>

De esta manera, puede ejemplificarse también que la “Nueva Historia” en Colombia se desprendió de toda preocupación por determinar a la nación colombiana. El tema del capitalismo por esencia es supranacional. En este sentido, el importante estudio de Palacios es determinante para ejemplificar la madurez de la historia profesional y dibujar claramente las pretensiones de esta orientación en la escritura de la historia en Colombia.

Es importante reconocer que buena parte del trabajo se desenvuelve en el transcurrir del siglo XIX. Este período, a pesar de constituir uno de

---

<sup>58</sup> Palacios es abogado de profesión pero realizó estudios de postgrado en historia en México e Inglaterra. Se desempeñó en la década de los ochenta como rector de la Universidad Nacional de Colombia y la mayor parte de su labor académica la ha realizado en el Colegio de México.

<sup>59</sup> Marco Palacios, *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*, 2ª ed., México, El Colegio de México-El Áncora, 1983 p. 62

<sup>60</sup> Ibid. p. 13



los temas fundamentales de la instauración del capitalismo en el país, en comparación con los temas de la Colonia es uno de los espacios de menor producción de parte de los historiadores profesionales, a pesar de encontrar en él las bases de la constitución del Estado nacional y los comienzos mismos del capitalismo en el país.<sup>61</sup> Dentro del mismo siglo XIX, la primera mitad es más abandonada por los estudiosos que la segunda, de allí el valor que adquiere este trabajo.<sup>62</sup>

Como en la tradición inaugurada por Nieto Arteta, el libro de Palacios partió de la creencia en que

(...) la conexión con el mercado mundial, con todos los retrocesos coyunturales para el crecimiento económico y todas las injusticias derivadas de una excesiva concentración de la propiedad y el ingreso, parecía ofrecer una orientación definida: apuntaba al rompimiento de las estructuras estáticas y autoconsumidoras de la economía rural post-colonial (...)<sup>63</sup>

Para Palacios, el vigor de las ideas democráticas y progresistas, asociadas a este proceso, tuvieron un papel histórico considerable como manifestaciones ideológicas de los grupos mercantiles. Es decir, la comprensión de este fenómeno valora de manera sustancial los aportes de las ideas liberales; según esta apreciación y como lo había hecho notar Nieto Arteta, tales ideas estaban asociadas a un grupo: los comerciantes. Ahora bien, la gran contribución de la formación del capitalismo en Colombia bajo esta perspectiva, fue frenar las tendencias cuadillescas y autoritarias que prevalecían en muchas regiones económicas y socialmente

<sup>61</sup> Es revelador la afirmación de Jesús A. Bejarano al respecto, "Es este un interés diciente: la historia Colonial y la Independencia para la historiografía española y colombiana y la época republicana para la historiografía norteamericana", en Varios autores, *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*, comp., pról. y n. de Jesús A. Bejarano, Medellín, La Carreta, 1977, p. 15

<sup>62</sup> Palacios en su producción posterior a ahondado en la exploración de la primera mitad del siglo XIX como lo demuestra: "El estado liberal colombiano y la crisis de la civilización del siglo XIX" (1986), en Marco Palacios, *La delgada corteza de nuestra civilización*, Bogotá, Linotipia Bolívar, 1986, pp. 25-60 (Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura); al igual que la mayoría de los ensayos reunidos en *Parábola del liberalismo*, Santafé de Bogotá, Norma, 1999

<sup>63</sup> Marco Palacios, *El café en Colombia*, Op. cit., p. 26

“atrasadas”, como lo sostuvo también Jaramillo Uribe. Por eso, puede percibirse en esta obra que se mantiene vigente la idea de una sociedad colombiana donde brotaron elementos de una sociedad democrática y racional que no ha podido concretar esta tendencia de sus procesos socioeconómicos en la práctica política, según Palacios.

De otra parte, el estudio del historiador bogotano aportó considerables elementos para la interpretación de los problemas agrarios, tan de moda en los años setenta en los textos de historia colombianos. Especialmente permitió repensar el tema de la propiedad, de la mano de obra, de la productividad hacendaria y de los lazos sociales a los que estas condiciones llevaba. Igualmente, puso sobre el tapete el tema no estudiado de la colonización y movilización de los campesinos de Boyacá y la importancia de la fertilidad de los suelos con relación a la expansión, el arraigo y la productividad de un cultivo como el café.

Son muchos los aspectos que se pueden destacar de este importante trabajo que hacia el siglo XX dejó las puertas abiertas para estudiar el fenómeno de las relaciones estrechas entre el capital privado y el fortalecimiento del Estado, poniendo por caso la creación y el desenvolvimiento de la Federación Nacional de Cafeteros.<sup>64</sup>

A partir de este ejemplo, puede señalarse que la historia profesional colombiana orientada hacia los estudios socioeconómicos, aceptó un modelo de economía capitalista que a pesar de sus anomalías y deformaciones en los países periféricos, constituye un modelo de desarrollo hacia el que debía tender el país. La imposibilidad de que los presupuestos de la modernización se desarrollaran de forma lineal y coherente y las dificultades para establecer las fases temporales precisas en este proceso, como el señalamiento del momento en el que el país hizo “la transición” a

---

<sup>64</sup> El mejor balance sobre esta obra, sus aportes y sus limitaciones dentro del tema agrario en el país se debe a Jesús A. Bejarano, “Los estudios sobre la historia del café en Colombia” (1980), en Jesús A. Bejarano, *Ensayos de historia agraria*, Bogotá, CEREC, 1987, pp. 83-112

una sociedad moderna, no impidió que el modelo continuara intacto por mucho tiempo.

Melo, por ejemplo, consideró que la historia de Colombia entre 1890 y 1930 dio los pasos determinantes de la modernización. En el ámbito económico logró incorporarse al mercado mundial, lo que le permitió, después de la crisis de 1929, comenzar una etapa de crecimiento continuo y acelerado con base en el desarrollo de un sector industrial moderno, un mercado interno consolidado y una red básica de transporte que unía los principales centros productivos. Además, tenía un Estado que podía orientar una política económica de protección y estímulo a la producción nacional. El sistema político se había ampliado con la generalización del sufragio a partir de 1910. El mercado agrario ocupaba crecientemente mano de obra asalariada. En el ámbito de la educación se consolidaron orientaciones individualistas y laicas. Todo este conjunto permitiría concluir que a fines de los años veinte Colombia era un país en vías de la modernización. Sin embargo:

(...) el paso a una sociedad capitalista y la forma transaccional y relativamente conservadora que adoptó, hizo que en amplias regiones del país se conservaran núcleos tradicionalistas y arcaicos, tanto en el orden económico y social como en el político.<sup>65</sup>

A pesar de los indicadores que podían dar los grupos vinculados a la economía cafetera y a la producción para el consumo urbano, en una buena parte de las regiones colombianas se mantuvieron los ingresos bajos, la analfabetización, el apego a los valores religiosos, el estancamiento tecnológico, la presión demográfica sobre la tierra, la ausencia de medios de información, la sujeción política a un sistema de gamonalismo rural y regional que generaba: “una débil legitimidad del

<sup>65</sup> Jorge O. Melo, “Proceso de modernización en Colombia, 1850-1930”, Op. cit., pp. 40-41. Consideraciones similares se encuentran también en Marco Palacios, “La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica”, en *Revista Mexicana de Sociología* (México), año XLII, vol. XLII, núm. 4, 1980, pp. 1663-1689

sistema político formal, y una incapacidad de éste para resolver los conflictos sociales en forma rápida, pese a cierta flexibilidad de las elites urbanas.<sup>66</sup> Además, el poder de la Iglesia permaneció intacto, aunque no se oponía a los procesos fundamentales de la modernización, pero hizo que la acción estatal modernizante se encontrara frecuentemente con la amenaza, a cada momento, de revivir los conflictos religiosos vividos en el siglo XIX.

Las constataciones hechas por Melo y por Palacios ponen de manifiesto las suposiciones de las que partió esta forma de hacer historia. La idea de la modernización dependió, en este caso, de un grupo —los comerciantes, notablemente destacados— que tuvo la posibilidad de plasmar este proyecto en la práctica social. La vía para hacerlo correspondió a la política y a los partidos políticos tradicionales. Pese a ello, el sesgo económico determinó estas aproximaciones históricas, mientras que la historia política, como el gran tema de la historia tradicional, fue abandonada hasta bien entrados los años noventa.<sup>67</sup>

Las limitantes de una forma de hacer historia que fundamenta la extensión de sus conclusiones exclusivamente en lo económico se encuentra en el enrarecimiento de la comprensión de los fenómenos políticos que se dieron en el siglo XIX. Frank Safford, por ejemplo, insistió mucho en las dificultades que este punto de partida traía para la comprensión de los aspectos sociales y políticos de la Colombia decimonónica y, en buena medida, esta descripción sentaba el reclamo acerca de las deficiencias de las generalizaciones con base en estos principios, que podía subsumirse en la fórmula: “la ideología es reducida a

<sup>66</sup> Jorge O. Melo, “Proceso de modernización en Colombia”, Op. cit., p. 41

<sup>67</sup> A la primera etapa de la historia profesional colombiana le fue ajena una reflexión acerca de la historia social como la que hizo Tulio Halperin Donghi. Según el historiador argentino, la historia social no surge de la superación de la historiografía política sino de la mutación de la problemática política que le asigna a lo político un lugar central y un valor importante a los protagonistas colectivos, que hacen de la historia social no el “área alternativa” sino “el nivel más profundo de la historia política.” Cf. Tulio Halperin Donghi, “La historia social en la encrucijada” (1985), en Tulio Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 163

la política y ésta finalmente a la economía". Parecía que al comprender la economía y sus procesos se podía explicar automáticamente el juego de la política.

Safford, en este punto, desnudó los prejuicios más socorridos por los antecesores de los primeros historiadores profesionales, y que se mantuvieron incólumes en su quehacer cuando se ocuparon con el siglo XIX. Estos prejuicios adquirieron forma a través de formulaciones como aquella que remite los alineamientos políticos como expresiones de intereses económicos divergentes, las cuales llevaron a identificar al Partido Liberal con "la clase comercial emergente" y al Partido Conservador con "los terratenientes tradicionales". Dice el historiador norteamericano:

(...) esta clase de formulación proporciona una conveniente simplificación del hecho histórico, haciéndolo fácil de catalogar y recordar; y ayuda a imbuir a la actividad política del siglo XIX con una coherencia y un significado. Además, los patrones descritos parecen ser congruentes con nuestra imagen de la evolución de los grupos socioeconómicos europeos, especialmente, tal como son presentados en el análisis marxista.<sup>68</sup>

Esta crítica, además, viene de la mano con explicaciones del orden histórico, la confrontación de datos, fuentes y autores que le permiten sostener al historiador estadounidense la idea de que la explicación de las divisiones políticas con base en los intereses económicos no es eficaz en el caso colombiano porque "la estructura de la economía no era conducente para la articulación de los intereses económicos." Es decir, Safford señaló los modos que empleó la historia socioeconómica en Colombia para abordar problemas como la liberalización de los recursos económicos y la caracterización social y política de los segmentos de la "clase dominante" que llevaron a cabo ese proceso.<sup>69</sup> En estos puntos, el historiador

---

<sup>68</sup> Frank R. Safford, "Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del siglo XIX: variaciones sobre un tema", en *ACHSC*, núms. 13-14, 1985/1986, p. 91

<sup>69</sup> *Ibid.* p. 97

estadounidense concuerda perfectamente con los señalamientos de Jaramillo Uribe a los reduccionismos económicos practicados por la mayor parte de los primeros historiadores profesionales. Estos aspectos críticos develan los puntos más débiles de la historia socioeconómica en Colombia: la precisión conceptual con respecto a los grupos sociales y el abandono de la política.

Es sorprendente que estos defectos se mantuvieran en pie a pesar de la existencia de uno de los trabajos, aparentemente, más socorridos de la historia profesional, el libro del antioqueño Luis Ospina Vásquez,<sup>70</sup> *Industria y protección en Colombia 1810-1930* (1955).

El libro contó con poca suerte en la época de su publicación. Jaramillo Uribe presupone que esto se debió en parte por la personalidad discreta del autor y la filiación política y familiar del historiador. Sin embargo, la temática tratada en el libro era profundamente relevante para los temas que le preocupaban a la historia profesional. La aproximación a esta obra, escrita de una manera erudita y rigurosa, planteaba varios cuestionamientos sobre las formas que debían emplearse para abordar un tema como la industrialización, asunto básico para la constitución del desarrollo.

Ospina consideraba que: “no hemos logrado nosotros, ni lo han logrado los extraños, definir y plantear adecuadamente nuestros problemas (...) el terreno es extraño, tanto, casi, para nosotros como para los de fuera.”<sup>71</sup> Esta lúcida conclusión le llevó a discernir, primeramente, los andamios por los que debía circular su investigación. Por eso, se entregó al

---

<sup>70</sup> Luis Ospina fue miembro de la célebre familia antioqueña que contó con tres presidentes de la República. El propio Ospina Vásquez era propietario de una hacienda cafetera. Realizó estudios de economía, historia y administración en Estados Unidos y en Europa. Sólo publicó *Industria y protección* (1955), pero su recepción no se hizo clara sino hasta los años setenta. Poco antes de morir, en 1977, quiso fomentar el avance de los estudios históricos en su región con la creación de la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (FAES).

<sup>71</sup> Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia 1810-1930*, 3ª ed., Medellín, Lealón, 1979, p. 526 (FAES, Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales, 1)

ejercicio aclaratorio de conceptos: qué debía entenderse como economía, teoría económica y política económica.

En el primer aspecto, aseguró la necesidad de considerar la economía como un fenómeno complejo que no sólo contempla los hechos estrictamente económicos sino que tiene en cuenta que ellos se inscriben como “una realidad particular dentro de una realidad global”. Para Ospina era fundamental precisar “las atmósferas” en las que se inscribe el fenómeno económico y su desenvolvimiento temporal. Por eso, se detuvo a examinar con detalle las peculiaridades regionales que conforman el país y la relación estrecha que estas particularidades tienen con el desenvolvimiento económico. Por supuesto, el caso antioqueño tendrá cierta relevancia en su trabajo.

De otro lado, consideraba que la teoría económica se convirtió en un elemento fundamental dentro de su análisis porque el país no contaba con una elaboración de este tipo. Como en muchas otras partes de América Latina, la política económica se guió con base en un “reflejo de las grandes teorías en otras partes”; de ahí, señalaba Ospina, la obligación de esclarecer las ideas económicas corrientes en los círculos dirigentes del país, pero precisando cómo estas ideas no eran teorías sino una especie intermedia entre las simplificaciones de “la teoría económica” del “hombre de la calle” y de los divulgadores, por un lado, y los modelos teóricos, por el otro. Ospina habló de la utilización de “nebulosas teóricas” compuestas de conceptos más o menos elaborados que se emplearon de manera efectiva a través de ciertas fórmulas o conjunto de fórmulas que usaron los políticos a la hora de tomar las decisiones.

A partir de esta condición, es posible entender, según él, las variaciones y entrecruzamientos entre las diversas facciones políticas y la defensa que ellas realizaron de determinadas políticas económicas. Por eso, en el accionar político del siglo XIX lo que percibe es la subordinación de lo económico a la política y no a la inversa, como lo plantearon los historiadores profesionales. El problema de las consideraciones políticas en

Colombia, según Ospina, es que ellas no se elaboraron con precisión. Afirmaba rotundamente al respecto,

El defecto de nuestra política económica no ha consistido en que haya llevado sus problemas al plano político, y los haya resuelto en ese plano, sino en que no haya precisado más, con más franqueza y firmeza, su concepto global, en que no se haya pensado mejor la adecuación de los medios a ese fin.<sup>72</sup>

A partir de un planteamiento como este, la política debería haber adquirido un mayor interés entre quienes estudiaban con tanto ahínco los procesos económicos en el país.

Las consideraciones metodológicas de Ospina, como sucedió en el caso de las observaciones de Safford, no fueron discutidas en el seno de los historiadores profesionales. La ausencia del debate es un hecho lamentable en la conformación de una disciplina profesional. El tema abordado por el historiador antioqueño, por ejemplo, traía aparejada las preguntas acerca de los procesos que llevaron a una economía nacional agraria hacia el desarrollo industrial, desarrollo que las constataciones sobre la realidad del “atraso” y la “pobreza” contemporáneas llevaba a la cuestión sobre los logros del librecambismo y del proteccionismo. Aquella política económica implicaba la cuestión del incremento del comercio internacional, esta el asunto de la expansión de la industria nacional. Ambos temas fundamentales de la historia profesional.

Luis Ospina reflexionó de manera clara y concisa que era indispensable ir más allá del argumento económico. Es decir, la necesidad de historiar de una manera amplia los fenómenos, profundizar en las “distintas capas psicológicas” y tener en cuenta todas las variables posibles del argumento histórico que permitieran superar la creencia de

---

<sup>72</sup> *Ibíd.*, p. 22



que “el argumento económico es más válido y serio, o el único válido y serio”.<sup>73</sup>

### **El mundo Colonial**

A pesar de los elementos que podía ofrecer el siglo XIX como un periodo ligado estrechamente al tema del capitalismo, no acaparó la atención de los historiadores profesionales. Como lo percibió Marc Bloch en sus reflexiones sobre el quehacer histórico, buena parte de la actividad histórica profesional en Colombia se dejó guiar por “el mito de los orígenes”. Al seguir una tendencia propia del liberalismo decimonónico que había popularizado Nieto Arteta, se tendió a ver en la Colonia el origen del subdesarrollo, a ubicar en ella el comienzo mismo de la situación “dependiente” colombiana: en este época debía encontrarse la fuente de “nuestras desdichas” y “nuestro irremediable atraso económico”. En el diecinueve lo que podía hallarse, posiblemente, debía ser cierto impulso a los caminos liberadores del capitalismo, que condujeron finalmente a una nueva forma de dependencia, que no pudo superar las estructuras establecidas bajo el dominio de España.

Nuevamente las observaciones de Ospina quedaron relegadas. El historiador antioqueño se preguntó acerca de la necesidad de precisar qué se entendía por “colonial” y si esta caracterización correspondía de alguna manera a los procesos históricos colombianos pasados y contemporáneos:

No sin algunos visos de razón se ha visto en el (1)850 el momento final de la colonia española. Lo que no se ha visto tan claramente es que en ese momento empezaba una economía que se asemejaba mucho más que la que nos habían dejado los españoles a la economía colonial. Si así íbamos “de la colonia a la colonia” se trataba de una colonia que nosotros mismos estábamos empeñados en crear, con un gran esfuerzo, extendido a través de largos años (¿y que aún dura?)<sup>74</sup>

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 474

<sup>74</sup> Luis Ospina, *Industria y protección*, Op. cit., p. 485. El interrogante final es del original.

La observación de Ospina remite nuevamente a la exigencia de precisar las categorías que servían a los historiadores para ocuparse con la Colonia, así como la importancia de afinar los detalles de las realidades sociales y económicas que se abordaban, ya que si “lo colonial”, económicamente hablando, se define como “la superposición de una organización ‘extraña’” sobre “la organización autóctona sencilla que produce para mercados cercanos”, encaminada a “la producción para mercados remotos”; entonces, habría que demostrar, según Ospina, la existencia de este tipo de estructuras en el mundo Colonial colombiano y su perduración en el tiempo, según los presupuestos de buena parte de la historia profesional.

Para el historiador antioqueño era más útil analizar y comprender las posibilidades para tomar las decisiones políticas que se tuvieron en cada momento de la historia nacional que hacer un juicio *a posteriori* basados en una presuposición fundada en el hecho incontrovertible de la dependencia: el hecho de que exista cierta dependencia del país en su comercio exterior es innegable

Otra cosa es que la vida económica de tipo colonial, o fuertemente manchada de colonialismo, pueda parecer inferior, como de hecho parece para todos o la mayor parte de los que se dan la molestia de entrar un poco en su estudio.<sup>75</sup>

Estas reflexiones llevan a pensar en la necesidad de profundizar en las características de la sociedad colombiana y en las opciones que se tuvieron en cada momento para explicar las medidas que se tomaron en cada caso y no llegar a la simple enunciación de una conclusión que ya se sabe de antemano.

---

<sup>75</sup> *idem*

Los balances realizados por Bernardo Tovar,<sup>76</sup> comprueban que el grueso de la producción histórica profesional se concentró en el período Colonial. El sostenimiento de ciertos prejuicios se pusieron en juego. Lo que pretendió encontrarse en esta época fue resumido tempranamente por el trabajo de Mario Arrubla: buscar los determinantes estructurales que explicaran el subdesarrollo presente.<sup>77</sup> Es decir, en la Colonia debía hallarse el momento que dio inicio el proceso “histórico-estructural” de la formación económica y social del país. Este punto de partida no dependía sólo del evidente hecho de la formación de un sistema Imperial y una sociedad Colonial, tan caras a las ideologías liberacionistas que impregnaban a los primeros historiadores profesionales, sino también al valor que se le dio a las miradas de “larga duración”.

La categoría braudeliana se leyó, entonces, como el hecho de que las complejas estructuras económicas y sociales que impedían alcanzar el desarrollo en el presente se habían gestado en ese lejano pasado. Además, esta perspectiva permitió que el grueso de esta elaboración estuviera encaminada a estructurar el perfil del Imperio. No en balde, la aplicación de la tendencia economicista de este período se concentró en el desarrollo de la minería, la agricultura basada en las haciendas y las situaciones fiscales. Sin embargo, buena parte del enfoque llevaba a una comprobación *a priori*: la sucesión de las etapas de dependencia colonial basada en el análisis del comercio internacional.<sup>78</sup>

---

<sup>76</sup> Bernardo Tovar “El pensamiento historiador colombiano sobre la época Colonial”, en *ACHSC*, núm. 10, 1982, pp. 5-118 y “La historiografía colonial”, en Bernardo Tovar (comp.), *La historia al final del milenio*, vol. I, Op. cit., pp. 22-134

<sup>77</sup> Cf. Mario Arrubla, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, 11ª ed., Bogotá, La Carreta, 1979. La primera edición es de 1969. Arrubla publicó estos trabajos en 1962 en la revista *Estrategia*.

<sup>78</sup> La tendencia a detenerse en el mundo Colonial fue una preocupación que bien puede corroborarse en toda América Latina. Es indudable que en este mismo período la disciplina histórica profesional se consolidó como tal. Como se ha comentado antes, la intromisión en las categorías usadas por los historiadores colonialistas deja en claro los problemas que supone la ausencia de un ejercicio reflexivo sobre el oficio. Cf. Tulio Halperin Donghi, “Situación de la historiografía latinoamericana”, en *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá), núms., 17-18, 1988, pp. 53-82

Es manifiesto que para estos trabajos el tema Colonial estaba sesgado por una serie de presupuestos que sirvieron de aproximación para una caracterización precisa de la sociedad Colonial, los cuales dejaron al descubierto una serie de problemas para confrontar los procesos de conquista y colonización en el siglo XVI o la contrastación entre "los modos de producción" prehispánicos y los que trajeron los conquistadores. Tempranamente, un escrito de Hermes Tovar señalaba:

Para los pueblos conquistados era importante abandonar una *no-historia* que llevaban en sí y marchar hacia el camino de la historia con los europeos. Esto encuadra dentro de todo el sistema de violencia y opresión ejercida contra las comunidades desde el siglo XVI y marcó el comienzo de la dependencia y el colonialismo europeo en América.

Aún hoy esa imagen sigue privando. Los mecanismos de control cambian pero no así la dependencia. El deseo de no entender, por ejemplo, el mundo precolombino desde adentro es muy fuerte. Para muchos la incorporación de las formas comunitarias de producción a formas capitalistas de producción es lo que le ha dado sentido a aquellas. Sentido que no tiene una comunidad cuando es vista fuera de la órbita del capitalismo. Así con los ojos que da la sociedad capitalista se juzga una sociedad "precapitalista". El resultado es evidente: aquel mundo bárbaro e ingenuo se ha desarrollado dentro de niveles materiales y humanos sumamente primitivos.<sup>79</sup>

Los señalamientos de Tovar dejan al descubierto el tipo de puntos de partida desde los que se abordó el tema Colonial en buena parte de la historia profesional de los años setenta y en las versiones que ofrecían las síntesis de la historia nacional, elaboradas bajo aquellos presupuestos. En buena medida, el interés por el período se relacionaba con el tema político de la ubicación y caracterización de los "modos de producción" en América Latina. Esta vieja discusión tomada de las tensiones en los distintos grupos de la izquierda estaba favorecida disciplinariamente por la posibilidad de encontrar información inédita y nuevas vetas de exploración que llevó a la publicación de fuentes documentales, a la vieja usanza de la historia Académica, y a brindar la sensación de pasearse por una región

---

<sup>79</sup> Hermes Tovar, "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia", en ACHSC, núm. 5, 1970, p. 67. El subrayado es del original.

virgen.<sup>80</sup> El interés político que tenía la urgencia de comprobar la existencia del “modo feudal” en la Colonia latinoamericana justificaba aún más la constatación de la dependencia latinoamericana y debía trazar líneas del accionar político.

En Colombia, el ejercicio profesional de la historia abordada sistemáticamente desde la práctica y la reflexión sobre sí misma es una tarea que sólo practicó de manera rigurosa y sistemática Germán Colmenares.<sup>81</sup> De allí que la tendencia a los reduccionismos ideológicos de los que se habló atrás fueron objeto de su crítica constantemente.

Algunos de los escritos de Colmenares participaron de las obras colectivas célebres de este periodo, no así sus trabajos más rigurosos. A pesar del perfil de la obra de este historiador bogotano, el reconocimiento de sus alcances apenas comienza a vislumbrarse con la edición de sus *Obras Completas* (1997). Desafortunadamente este esfuerzo encuentra los límites propios de la ausencia de posibles interlocutores. La mayoría de los volúmenes no cuenta con un estudio introductorio previo que pudiera enriquecer la lectura de sus estudios. Pero ante estas ausencias el retorno a la circulación de los trabajos de Colmenares permiten pensar en su difusión y reconocimiento.

Colmenares fue el historiador más sistemático de este periodo. Desde mediados de los años sesenta, cuando publicó su primer trabajo de historia de las ideas políticas, su producción fue ininterrumpida hasta fines de los años ochenta cuando sucumbió a una rápida y letal enfermedad. Durante estas dos décadas, Colmenares centró sus esfuerzos en clarificar el mundo Colonial colombiano. Es evidente en sus trabajos, la

<sup>80</sup> Un ejemplo claro de esta presencia documental se encuentra como parte indiscutible de una revista renovadora como el *Anuario de Historia Social y de la Cultura*.

<sup>81</sup> Colmenares se formó como abogado y estudió Filosofía y Letras. Fue alumno de Jaramillo Uribe. Realizó estudios de postgrado en historia en las Universidades de Chile y de París. Fue profesor de la Universidad del Valle, en Cali. Como historiador fue uno de los que mayor reconocimiento tuvo en el exterior e igualmente el de mayores publicaciones centradas con el tema profesional. En contraste con sus contemporáneos, su fama como historiador no fue coronada con cargos burocráticos de importancia en el seno de la vida pública.



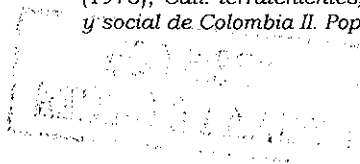
continuidad con respecto a las preguntas formuladas por Jaramillo Uribe y Juan Friede sobre este período. Por supuesto, las respuestas de Colmenares fueron metodológicamente distintas y las regiones que estudió fueron más amplias. Coincidió con su ilustre antecesor antioqueño en el hecho de que sus trabajos trató de aislarlos de cualquier interés ideológico y que su elaboración tenía en cuenta, a cada paso, los “lugares comunes” que se difundían acerca del pasado colonial colombiano.

Durante la década de los setenta Colmenares publicó cuatro libros de tema colonial referidos a distintas regiones del país, que le permitieron la contrastación entre las diversas sociedades que estudió.<sup>82</sup> En todos ellos se encuentra un enfrentamiento con los supuestos sobre los que se desenvolvía la historia profesional y el tipo de imágenes sobre los procesos históricos que podían construirse a partir de ellas.

Colmenares se formó en el espíritu braudeliano de elaborar trabajos de “historia total” a partir de determinados problemas. A diferencia de sus contemporáneos, su preocupación por estar al día en la producción histórica europea, especialmente francesa, más tardíamente en la norteamericana, no se quedó en el nivel informativo sino que se dio a la tarea de reflexionar sobre los modelos que encontraba en estas obras y autores. De allí que el ejercicio de sus investigaciones históricas tuvieran siempre un referente teórico e investigativo a partir de los autores que le sirvieron de orientación. En el caso de las haciendas jesuitas, un trabajo elaborado en Chile, las referencias a Álvaro Jara y Mario Góngora son permanentes. En los demás estudios Braudel, director de su tesis doctoral, y autores como Borah, Mörner, Hamilton, Simpson y Genovese son

---

<sup>82</sup> Colmenares comenzó a publicar desde 1966, pero el mundo Colonial comenzó a vislumbrarlo a partir de *Encomienda y población en la provincia de Pamplona 1549-1650* (1968) y *Haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada. Siglo XVIII* (1969); luego, vinieron los trabajos sobre *La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. Ensayo de historia social 1539-1800* (1970); *Historia económica y social de Colombia I, 1537-1719* (1973); *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII* (1976) e *Historia económica y social de Colombia II. Popayán: una sociedad esclavista 1680-1800* (1979)



recurrentes como fuentes teóricas. Al mismo tiempo, Colmenares desarrolló pesquisas en distintos Archivos y también publicó documentos.

Colmenares conoció las técnicas más tradicionales del oficio y estuvo atento al desarrollo de la disciplina. Sus avatares personales y profesionales llevaron a desplazarlo de la ciudad capital, y si bien esto le llevo a marginarlo de ciertos círculos de decisiones, enriqueció sus horizontes de investigación y de contrastación.

Desde sus primeros escritos, Colmenares mantuvo una postura crítica con respecto a sus maestros y sus colegas. Rápidamente expresó su distanciamiento con los postulados de una historia socioeconómica a secas:

El hecho de que Latinoamérica esté incorporada a una “coyuntura” mundial desde los orígenes del capitalismo moderno muestra hasta qué punto puede ser falaz un “modelo histórico” de tipo diacrónico, que simplemente reduzca un estadio de la economía latinoamericana a fáciles analogías con una etapa superada de la historia europea. Y con ello el error de suponer que un estudio de las condiciones o los factores del tránsito del sistema precapitalista europeo a la era capitalista puede iluminar de algún modo el acceso al capitalismo de países que siempre han girado dentro de su órbita.<sup>83</sup>

El señalamiento de los peligros de las analogías y la necesidad de repensar los “modelos” fue una constante de sus trabajos.<sup>84</sup> Esta postura también estaba orientada hacia la tradición histórica nacional a quien los primeros escritos también prestaron una particular atención:

La reconstrucción histórica está sometida en Colombia a las reglas de un empirismo bien probado pues se escamotea de antemano todo intento de interpretación. Los hechos no trascienden jamás la versión oficial del documento que los contiene. El investigador reduce de ordinario su tarea a hilvanar documentos de prosa oficial y a traducirlos a prosa cotidiana. Este procedimiento, familiar a todos

<sup>83</sup> Germán Colmenares, “Ciencia histórica y tiempo presente”, en *Razón y Fábula* (Bogotá), núm. 5, 1968, p. 85

<sup>84</sup> Cf. Germán Colmenares, “La historiografía científica del siglo XX. El caso de la Escuela francesa de los Annales”, en *Eco*, tomo XXXI/6, núm. 192, 1977, pp. 561-602

aquellos que han leído un manual escolar, da como resultado la enumeración interminable de actos oficiales.

El problema no tiene nada que ver con la escogencia de las fuentes históricas sino con la manera de asimilarlas. La historia no puede reducirse a la versión escueta del contenido de documentos oficiales o de testimonios que se acuerdan con ellos. Debe ser, por el contrario, a partir de las fuentes, una elaboración del espíritu humano. En rigor, una interpretación y no una mera traducción.<sup>85</sup>

De esta manera, Colmenares irrumpió en el escenario de la primera etapa de la historia profesional como el gran renovador y el de mayor continuidad en sus esfuerzos académicos.

Los textos de estudios coloniales de Colmenares abordaron sistemáticamente el tema de los orígenes y las características de las relaciones de poder, el problema demográfico de la población indígena y la incidencia de ello en las relaciones laborales y de poder dentro de las distintas sociedades coloniales que estudió, también se ocupó con el problema de la esclavitud. Con todos estos elementos que configuraban sus temas coloniales, construyó una imagen dinámica, conflictiva y heterogénea del mundo Colonial colombiano y ofreció una imagen distinta a la elaborada por la historia Académica, primeramente y trazó perspectivas novedosas dentro del ámbito de la historia profesional.

Pero sus avances no se quedaron en este intento sino que también señalaron con claridad las dificultades que presentaba la formulación de un tema como "el modo de producción" en la época Colonial en América Latina, tan caro a los historiadores profesionales. El presupuesto de la "dependencia" debía ser revisado con detalle, según Colmenares, debido a que la existencia de una metrópoli que encadenaba a las colonias de acuerdo a sus necesidades presupone una idea de la "metrópoli" que el desenvolvimiento del imperio español cuestionaba por sí misma. Además, la pretensión totalizadora de "la dependencia" chocaba con la evidencia de las realidades regionales:

---

<sup>85</sup> Germán Colmenares, "Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada de 1848 (1848-1854)", en *BCB*, vol. IX, núm. 3, 1966, p. 392



No puede pretenderse, por ejemplo, que el tipo de conexiones de una región portuaria con una metrópoli es el mismo que el de una región aislada y sometida al régimen de una economía casi natural, o que una región minera atrae de la misma manera artículos manufacturados que una región dedicada exclusivamente a la agricultura. Tampoco es lícito extrapolar aspectos que presentan un tipo de dependencia histórica, más o menos reciente, a una etapa más remota, sin plantearse previamente ciertos problemas relativos al grado de integración económica, a las magnitudes, a las distancias o a las técnicas, es decir, a las *condiciones empíricas* dentro de las cuales se establecen las relaciones económicas.<sup>86</sup>

Con este tipo de consideraciones, Colmenares puso distancia frente a los supuestos más caros y más difundidos dentro de las explicaciones del pasado nacional que circulaban dentro de los textos de la historia profesional. Por eso, sus estudios visualizaron primeramente el fenómeno regional, como el primer paso que debía darse en los estudios de historia nacional. En segunda instancia, Colmenares pretendía dar un viraje metodológico en los estudios históricos que privilegiaran el análisis “de la producción misma y de sus formas sociales antes que los fenómenos del mercado internacional”. Este giro no presuponía que Colmenares desconociera el aporte americano a lo que se llamaba “la acumulación capitalista original” y que negara la existencia de lazos de dependencia, pero pretendía formular una aproximación rigurosamente histórica y no simplemente fundada por los prejuicios. Estas investigaciones buscaban determinar las peculiaridades de las formaciones regionales y sus relaciones con el fenómeno capitalista. Los trabajos coloniales de Colmenares, pues, buscaron precisar la complejidad y las características de las formaciones regionales que se desarrollaron en el territorio que después pertenecería a la República de Colombia. De ahí que se ocupara con detalle en ejemplificar los ciclos del oro, la ocupación de la tierra, los nexos de dominación que impusieron los españoles y la economía minera

<sup>86</sup> Germán Colmenares, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*, 4ª ed., Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, 1997, p. XII (Biblioteca Germán Colmenares, 3) El subrayado es del original.

en su estrecha relación con la economía agraria de las haciendas que le era asociada. Este conjunto de problemas le permitieron construir un perfil más preciso, en comparación con los presupuestos y generalizaciones de la historia profesional, de las sociedades coloniales que estudió, así como corroborar “el carácter fragmentario de la base territorial para el período colonial.”<sup>87</sup>

Colmenares también pretendió demostrar la riqueza de fuentes de investigación no abordadas hasta el momento, como los archivos notariales, pero especialmente insistió en la riqueza de mantener viva la relación entre investigación y reflexión teórica, con base en la cual pudiera construirse una “historia total” que posibilitara “la apropiación de una realidad cuyos perfiles resultan todavía oscuros y mal definidos.”

Ahora bien, las obras de Colmenares no llegaron a plasmarse en una síntesis como los éxitos editoriales de sus colegas. La concepción historiográfica del historiador bogotano reclamaba a cada uno de sus esfuerzos ser una síntesis por sí misma:

Una síntesis no puede resultar de una simple sumatoria de aspectos diferentes de la realidad histórica sino que debería ser el refinamiento progresivo de una idea. Posiblemente en esto resida el carácter científico de esta disciplina: en su capacidad de plantear un problema y de reformarlo hasta el punto en que sus términos abarquen la máxima realidad posible.<sup>88</sup>

El trabajo de Colmenares fue mucho más allá de la temática Colonial, como tratará de señalarse posteriormente. Esta fue una de las etapas, quizás la más productiva de la obra del historiador bogotano; por

<sup>87</sup> Cf. Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia I. 1537-1719*, 5ª ed., Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República-Colciencias, 1997 (Biblioteca Germán Colmenares, 1) y la *Historia económica y social de Colombia II, Popayán: una sociedad esclavista 1680-1800*, 2ª ed., Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República-Colciencias, 1997 (Biblioteca Germán Colmenares, 2)

<sup>88</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia II*, Op. cit., p. XXVI

eso, sus esfuerzos pueden considerarse como un punto de referencia fundamental en la transformación de la ciencia histórica en Colombia.

### **La invisibilidad de la nación**

No obstante, el enorme interés que despertaba el mundo Colonial, ni al interior de esta producción ni en las evaluaciones sobre ella, se planteó la discusión sobre la problemática idea de la nacionalización de la Colonia. El surgimiento de las palabras “social” y “economía”, que enriquecieron y transformaron el ejercicio de la escritura de la historia nacional, no implicaron la reflexión sobre ciertos puntos de partida como la nación colombiana. Una entidad preexistente, en cuyo origen no se ha acentuado todavía la reflexión crítica.

El desenvolvimiento de la historia profesional presuponía la existencia de una entidad permanente en el tiempo que se sintetizó después en la conformación de la República de Colombia: la nación colombiana. Esa sociedad “existente” ya en el siglo XVIII, de la que hablaba Jaramillo Uribe, y que dentro de los marcos de comprensión de la primera etapa de la historia profesional debía superar la situación negativa de la dependencia, como si desde el momento de la Conquista ya la hubiese padecido.

El tema de la nación no era el interés principal de una historia interesada en revelar los orígenes de los lazos de la dependencia, pero el carácter explosivo que tuvo la irrupción de esta forma de escribir sobre el pasado, y el uso político que se quería justificar con estas conclusiones, acentuó una perspectiva y unas ideas sobre la constitución de la nación, cuya ausencia será una de las más importantes cuestiones que debería impulsar a la más reciente etapa de los historiadores profesionales.

En el caso de la primera etapa de la historia profesional de los años setenta y ochenta del siglo XX, se impuso el supuesto de la polarización entre metrópolis y países dependientes. De tal manera, que los estudios

sobre la Colonia pasaron por alto la preocupación por establecer el momento en el que el mundo Colonial pasó a ser parte de la República. Es decir, los historiadores colonialistas extendieron hacia el pasado una entidad que se formuló como tal en el siglo XIX.

La apropiación que hizo de este período la evolución de la escritura histórica en aquel siglo constituyó un legítimo punto de partida que no fue cuestionado, como tampoco lo fueron aquellos fundamentos en los que se sustentaron los análisis socioeconómicos. Esta base de los estudios históricos profesionales terminó por atribuir a unos grupos, en virtud de su vinculación con la economía exportadora, la tarea de la unificación político-institucional que debía convertir al Estado en un instrumento para sus fines, ser "el vehículo mismo de la unificación nacional."<sup>89</sup> Esta interpretación ha predominado hasta hoy en la historia profesional y da por sentado que la nación preexistente es un proyecto político primordialmente favorecido por la integración económica. Sin embargo, este horizonte de comprensión desconoce a uno de los factores básicos de la formación nacional: la identidad cultural. Para esta interpretación de la historia nacional, instituciones coloniales como la hacienda, la iglesia y las relaciones sociales y del trabajo, el Estado y sus instituciones formales junto a la posición dominante de unos grupos económicos y políticos, que se confunden y entremezclan, así como la existencia de uno o dos productos exportables durante el siglo XIX, se convirtieron en las manifestaciones más visibles de una nación que hace que

El resto del cuerpo social, con sus actividades heterogéneas, se convierte en una arcilla histórica más o menos informe. Se subrayan las conexiones entre una sociedad global nacional con el mundo exterior, pero no aclaran las conexiones internas que convierten en algo distintivo a una formación económico social.<sup>90</sup>

---

<sup>89</sup> Germán Colmenares, *La nación y la historia regional en los países andinos 1870-1930*, Washington, Smithsonian Institution Building, 1982, p. 2 (Working Papers, 121)

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 3

Los alcances de estos presupuestos teóricos e ideológicos pueden contemplarse en las aproximaciones realizadas por los historiadores profesionales en el campo educativo. La irrupción de la “nueva historia” incidió y coincidió con las discusiones sobre las reformas curriculares en el área de ciencias sociales que motivó el Ministerio de Educación Nacional desde 1984. Las consideraciones en el territorio de la pedagogía de la historia son escasas pero permanecen abiertas. Actualmente se estudian los alcances de nuevas propuestas y su implementación en la práctica escolar, especialmente bajo los auspicios de la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI).<sup>91</sup>

Los debates en torno a la pedagogía en los años ochenta resultaron del impacto que tuvo la incursión de algunos historiadores profesionales en el mercado editorial de los manuales escolares. En aquellos años, los historiadores profesionales colombianos completaron una labor que se había dado sin mayor lucha en el ámbito universitario, y desplazaron del mundo escolar de la primaria y la secundaria a las producciones de los miembros de la Academia Colombiana de Historia, como se mencionó en el capítulo II. Este fenómeno, sin embargo, no representó ni la desaparición de aquella institución ni de sus funciones consultivas, ni la reformulación de la mayoría de los criterios fundamentales con los que se venía desplegando la enseñanza y las formas narrativas de la “historia patria”.

Los nuevos relatos escolares mantuvieron un criterio de linealidad donde los héroes siguieron existiendo como parte fundamental de la trama histórica. Lo novedoso radicó en que estos héroes eran distintos, florecieron nuevos nombres como sucedió con la figura del líder indígena Lorenzo Muelas. Si bien se tocaban aspectos no reseñados por la historia Académica como el tema de la dependencia y los procesos

---

<sup>91</sup> Josué H. Serrano A. (coord.), *Sistema Educativo Nacional de la República de Colombia*, 1995, Santafé de Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), 1995 y Jaime Díaz Castañeda y Jaime Ospina Ortiz, *La enseñanza de la historia como estrategia de integración*, Santafé de Bogotá, Secab-Codecal-Convenio Andrés Bello, 1995

socioeconómicos, los relatos conservaron la diacronía y la periodización tradicional. En el fondo, la estructura del desenvolvimiento del país conservó elementos identitarios de viejo cuño. Las imágenes y los estereotipos regionales, por ejemplo, perduraron en los manuales.<sup>92</sup> La inexistencia de un cuestionamiento acerca de la constitución y la caracterización de la nación impidió la modificación de estos referentes fundamentales para los procesos de pertenencia dentro del proceso de formación de los individuos de una sociedad.

A la larga, los nuevos marcos narrativos y teóricos de la historia profesional, a partir de su notable éxito y aceptación se convirtieron en los nuevos artículos de fe. La apelación a ellos como base de una labor científica llevó a la constatación de un neopositivismo que se quedó a medio camino entre dos extremos fundamentales. De un lado, el proceso global que servía de sustento a aquellas preocupaciones, y de otro, las conexiones internas; es decir, el olvido de las peculiaridades culturales y sociales que caracterizaron, y caracterizan, las formaciones socioeconómicas. Esto se manifestó en la ausencia de miradas comparativas a nivel nacional entre las distintas regiones, por lo menos. La historia profesional supuso la concepción unitaria de la nación como un conjunto sólido frente a los embates del capitalismo e insistió en la peculiaridad del destino nacional, como lo había señalado la historia Académica, dentro de un marco de hipótesis que apuntaban a una

---

<sup>92</sup> Este tema ha sido poco estudiado pero pueden consultarse las conclusiones hechas por "La consulta regional CODECAL-UNESCO, 1984", en Jaime Díaz Castañeda y Jaime Ospina Ortiz, *La enseñanza de la historia como estrategia de integración*, Op. cit., pp. 11-45; Rodolfo de Roux, "Mémoire patriotique et modélisation du futur citoyen. Les manuels scolaires", en François Xavier Guerra (ed.), *Mémoires en devenir. Amérique Latine XVI-XX siècle*, Bordeaux, 1994, pp. 337-347 (Collection de la Maison des Pays Iberiques, 62); Lina R. Berrio, Lina M. Gómez y Adriana Vásquez, *De la región a las regiones. Un análisis de la imagen en los textos escolares*, Santafé de Bogotá, 1994. Tesis de Licenciatura de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana. También, Alfonso Torres Carrillo, "La enseñanza de la historia en Colombia. Aproximación historiográfica y búsquedas actuales", en Javier Guerrero (comp.), *Etnias, educación y archivos en la historia de Colombia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, pp. 93-108 (Memorias de Historia, 3)

finalidad única: el desarrollo. Las limitaciones de este punto intermedio impulsan algunos de los desarrollos del quehacer histórico más reciente.

274

1917  
1918  
1919  
1920  
1921  
1922  
1923  
1924  
1925  
1926  
1927  
1928  
1929  
1930  
1931  
1932  
1933  
1934  
1935  
1936  
1937  
1938  
1939  
1940  
1941  
1942  
1943  
1944  
1945  
1946  
1947  
1948  
1949  
1950  
1951  
1952  
1953  
1954  
1955  
1956  
1957  
1958  
1959  
1960  
1961  
1962  
1963  
1964  
1965  
1966  
1967  
1968  
1969  
1970  
1971  
1972  
1973  
1974  
1975  
1976  
1977  
1978  
1979  
1980  
1981  
1982  
1983  
1984  
1985  
1986  
1987  
1988  
1989  
1990  
1991  
1992  
1993  
1994  
1995  
1996  
1997  
1998  
1999  
2000  
2001  
2002  
2003  
2004  
2005  
2006  
2007  
2008  
2009  
2010  
2011  
2012  
2013  
2014  
2015  
2016  
2017  
2018  
2019  
2020  
2021  
2022  
2023  
2024  
2025



**CAPÍTULO VI**  
**LOS BALANCES RECIENTES, EL RECURSO DE LA TEORÍA**  
**Y EL HORIZONTE DE UN OFICIO**

*El país colombiano, comprendido como la unidad de un territorio y de un grupo humano, no ha logrado nunca adquirir el carácter de una verdadera sociedad si por ello se entiende una comunidad de experiencia y de ideales.*

*Mario Arrubla*

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

Dentro de la tradición histórica colombiana, la historia profesional representó una ruptura en tres niveles: el temático, el político y el metodológico. Sin embargo, las condiciones de la nueva época que se inaugura con la incursión de un fenómeno como el narcotráfico, la implementación de las políticas neoliberales, la redacción de una nueva Carta constitucional y el derrumbe del mundo soviético cambiaron el panorama del ejercicio histórico en el país. Los historiadores tuvieron la urgencia de replantearse sus puntos de partida y sus horizontes.

La escritura de la historia en Colombia sufrió una crisis de apelación a los modelos que le sirvieron de referente con el comienzo de la década de los noventa. Pese a ello, la institucionalización de la historia fue un hecho innegable. Fue claro que la tarea de las licenciaturas en historia se quedó corta cuando su meta se limitó a formar profesores y no investigadores. De allí se planteó el apremio de abrir programas de postgrado en historia. Sin embargo, el diagnóstico de estos esfuerzos recalcaron la ausencia de historiadores de formación básica. La apertura de estos programas benefició a profesionales venidos de otras carreras, especialmente sociólogos, politólogos, antropólogos y abogados.

Las condiciones de la nueva década abrió también, de una manera sorprendente, el abanico de los temas que trataron los historiadores. La irrupción de las cuestiones relacionados con la historia de las mentalidades predominó en el panorama de los años noventa. La hegemonía de los temas Coloniales cedió su lugar al álgido período de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. De igual forma, las nuevas corrientes culturalistas se superpusieron a los esfuerzos socioeconómicos que predominaron durante las dos décadas anteriores. No obstante, esta transformación en los intereses y los métodos, los historiadores mantuvieron los límites temporales de sus trabajos. El siglo XX permaneció como un tema de las ciencias sociales.

La preocupante crisis de los referentes teóricos, utilizados comúnmente como una especie de recetario, dio vía libre a las reflexiones

metodológicas. Desafortunadamente, la aproximación a muchos de estos esfuerzos indican que su formulación aprovecha la muy extendida idea de que la metodología se equipara a la investigación y no funciona como la contrastación de los modelos con la investigación particular.

También son notorias las dificultades de las universidades, las públicas en particular, en torno al tema del “orden público”. Mientras en los años sesenta las universidades públicas formaron científicos sociales como “expertos” que apoyaron las decisiones políticas, en los años setenta los programas en ciencias sociales se leyeron como los focos de la insurrección. Las universidades que habían acogido los programas de licenciatura en ciencias sociales, incluida la historia, tuvieron que cerrar por largos periodos estas carreras. Esto ocasionó intermitencias y produjo situaciones paradójicas, como aquella que señalaba la existencia de más programas de postgrado en historia que licenciaturas.

Los efectos de esta situación se reflejaron en las dificultades que ha tenido el desempeño de la “comunidad” de historiadores. La más patente, a mi juicio, es la ausencia del debate al interior de la disciplina y el predominio de profesionales de las otras ciencias sociales en la realización de los estudios históricos más recientes. No basta, pues, con la existencia de los programas de postgrado y la apertura regular de las licenciaturas, falta aún la consolidación de una “comunidad científica” que trascienda la lamentable situación en la que quedan los estudios históricos cuando la fama apuntala el ejercicio de reflexión historiográfica y conduce a sus cultores hacia la burocracia.

### **Los rasgos de una disciplina profesional consolidada**

Los años noventa presencié cómo la disciplina histórica vivió una profunda transformación en sus tendencias y en su quehacer. El éxito editorial de las dos décadas anteriores llevó a animar otra serie de proyectos colectivos como *La historia de Colombia* (1985-1987) de la

editorial Oveja Negra, que publicó textos de historiadores jóvenes y en el formato de fascículos. Igual cosa sucedió con la *Historia de Colombia* (1985-1987) de la editorial Salvat. Ambos proyectos no tuvieron mayor trascendencia y se quedaron más en el plano empresarial que académico; por lo tanto, no pudieron igualar ni el éxito ni la calidad del *Manual de Historia*.<sup>1</sup> Sin embargo, dejaron en claro la existencia de un mercado editorial importante y la presencia social que mantenía el trabajo del historiador.

Dentro de los esfuerzos colectivos de este período uno de los más destacados fue el realizado por una serie de estudios que se reunieron en la *Historia económica de Colombia* (1987) bajo la coordinación de José Antonio Ocampo. Esta colección de trabajos rigurosos sobre las diversas etapas de la economía del país se constituyó en el punto más alto de la historia económica, pero también marcó su declive dentro de los intereses de los historiadores más jóvenes. Después de este trabajo, la historia económica tomó otros rumbos. Disminuyeron los análisis basados en las preocupaciones del desarrollo, que predominaron en la década anterior, para ocuparse fundamentalmente con el tema de los empresarios, que sería la tendencia influyente en esta corriente durante la década de los años noventa. Además, la historia económica vivió un claro desplazamiento como centro de referencia en la escritura de los historiadores para dar paso a otras disciplinas, especialmente la antropología cultural. En el interior mismo de la economía, la historia también fue desplazada por la especialización y el uso del formalismo matemático.

Una obra como la que escribió Eduardo Sáenz sobre los empresarios colombianos en los años cuarenta explicita las transformaciones de la historia económica en el país. Por ejemplo, Sáenz desmitifica una serie de aspectos que la primera historia profesional consagró como verdades

---

<sup>1</sup> La aproximación más detallada a estos esfuerzos se encuentra en Jorge O. Melo, "La literatura histórica en la última década", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. XXV, núm. 15, 1988, pp. 59-69

inmodificables de la década de los años treinta y cuarenta al caracterizar los altos círculos económicos de la época como un bloque homogéneo que se desenvolvía bajo los mismos intereses y buscaba los mismos fines.<sup>2</sup>

Por otra parte, Jorge O. Melo coordinó una *Historia de Antioquia* (1985-1988) que apareció por fascículos en el periódico *El Colombiano* de Medellín. Fue un vasto esfuerzo que concitó la colaboración de un amplio número de investigadores de muchas disciplinas que realizaron un importante esfuerzo de divulgación, pero también de reconsideración de la historia regional más trabajada en Colombia. En este sentido, la *Historia de Antioquia* representó un avance en las aproximaciones de las historias regionales, que durante la década de los noventa encontraría un importante impulso en casi todas las regiones del país. El ejemplo fue seguido de cerca unos años después por el CINEP que publicó bajo la coordinación de Fabio Zambrano una serie de fascículos publicados también por el periódico *El Colombiano* con el sugestivo título: *Colombia: país de regiones* (1993-1994).

A partir del fortalecimiento de los programas universitarios en historia durante de la década de los noventa, se vivió una eclosión de trabajos de historia regional, especialmente en el Caribe.<sup>3</sup> A ello se debe unir el decisivo impulso que adquirieron los trabajos regionales dentro de los estudios históricos profesionales de esta década gracias a los esfuerzos realizados por los científicos sociales para explicar el fenómeno de la Violencia y también a los textos pioneros de Germán Colmenares.

<sup>2</sup> Cf. Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Uniandes, 1992

<sup>3</sup> Hacia 1970 existían 50 universidades en el país, 27 privadas y 23 oficiales. En 1980 el número se incrementó a 123 universidades registradas ante el Instituto Colombiano de Fomento a la Educación Superior (ICFES), 56 oficiales y 66 privadas. Actualmente existen 149 universidades. Entre las instituciones acreditadas ante el ICFES se encuentran, 14 universidades oficiales departamentales, 15 universidades oficiales nacionales; 41 universidades no oficiales. No se consideran las instituciones de educación superior no registradas ante el ICFES. De todos modos, es notoria la impronta de la oferta privada sobre la pública. Fuentes: Aline Helg, "La educación en Colombia 1958-1980", en *Nueva Historia de Colombia*, vol., IV, Bogotá, Planeta, 135-158; Josué H. Serrano (coord.), *Sistema Educativo Nacional de la República de Colombia, 1995*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), 1995; [www.icfes.gov.co](http://www.icfes.gov.co) y [www.oci.es/quipu](http://www.oci.es/quipu)

La aproximación a las diferentes dimensiones del fenómeno de la Violencia planteó disímiles problemas como la notable diversificación social que tuvo el país desde los años veinte, la emergencia del cultivo del café como un importante motor de la economía y de los fenómenos conflictivos, la contribución de los núcleos dirigentes de los diferentes grupos políticos que participaron en los distintos conflictos regionales, entre otros aspectos; llevaron a la necesidad de superar las generalizaciones que elaboró la "literatura apologética", como la denominó Gonzalo Sánchez, al igual que la simple descripción de los informes oficiales sobre el fenómeno. Las explicaciones sobre el tema y el período comprendido entre fines de los años treinta y los comienzos de los sesenta, debieron que tener en cuenta la diversidad del problema. De allí la transformación de las distintas perspectivas sobre la Violencia que se desarrollaron desde la mirada simplemente política hacia las explicaciones que, por lo menos, plantearon la complejidad social, económica, cultural, regional y política del fenómeno.<sup>4</sup>

El conjunto de los trabajos sobre la Violencia desarrolló una nueva percepción de los movimientos agrarios y campesinos durante el siglo XX, el desenvolvimiento y la presencia de la política en el ámbito local, la explicación de fenómenos particulares como el bandolerismo —estudio que respondió a los interrogantes que formuló el célebre Eric Hobsbawm—<sup>5</sup>, el

---

<sup>4</sup> La producción acerca de este fenómeno es muy vasta, pero es notable señalar, como ya se hizo anteriormente, obras como las de Paul Oquist, *Violencia, política y conflicto en Colombia* (1975); Charles Bergquist, *Café y conflicto en Colombia 1886-1910* (1978); Herbert Braun, *Mataron a Gaitán* (1983); Gonzalo Sánchez, *Los días de la revolución: gaitanismo y el 9 de abril en provincia* (1983); James Henderson, *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la Violencia en metrópoli y provincia* (1984); Carlos M. Ortiz, *Estado y subversión en Colombia. La Violencia en el Quindío años 50* (1985); también el enorme esfuerzo de síntesis realizado por Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez (comps.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, 2ª ed., Santafé de Bogotá, CEREC-IEPRI, 1995 (Historia Contemporánea y Realidad Nacional, 5)

<sup>5</sup> Cf. Eric Hobsbawm, "Historiografía del bandolerismo". El escrito de Hobsbawm es breve pero con una serie de interrogantes a los que trató de responder críticamente el estudio de Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos* (1983); no se puede olvidar al respecto el trabajo de Dario Betancourt y Martha García, *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la Violencia en el occidente colombiano 1946-1965* (1990)

gaitanismo y más recientemente el tema del narcotráfico y su influencia en los ámbitos marginales urbanos que desarrolló fenómenos como el sicariato.<sup>6</sup> De este modo, es pertinente señalar que el interés por aproximarse a las distintas violencias que se desarrollaron en Colombia durante todo el siglo XX proporcionó imágenes novedosas de la realidad colombiana, como por ejemplo, el reconocimiento de las sociedades establecidas en los espacios rurales y de las zonas de frontera.<sup>7</sup> Los estudios sobre la Violencia en Colombia modificaron, sin duda, las representaciones que se tenían de muchas de las realidades sociales y culturales del país. Incorporaron al ámbito cultural colombiano la presencia dramática, impregnada con mucho del espíritu aventurero, de los baquianos de las zonas de frontera selvática. También hizo consciente la realidad agitada de un territorio todavía por habitar y la terrible realidad del desplazamiento violento desde los años cincuenta en buena parte del país.

Metodológica y temáticamente, los estudios recientes sobre la Violencia representaron una importante novedad e impulso a los estudios sobre el pasado inmediato de Colombia. Ellos utilizaron toda clase de herramientas. Aunque como tema y perspectiva, estos trabajos fueron realizados por científicos sociales distintos a los historiadores, por lo que predominan los enfoques propios de la sociología, la antropología y la ciencia política. Estos impulsos propiciaron obras que resultaron

---

<sup>6</sup> El tema de los asesinos a sueldo en el ámbito colombiano ha sido un tema recurrente no sólo en los estudios sociológicos sino en la literatura y el cine. Es célebre el trabajo de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días* (1972), que fue llevada posteriormente al cine pasando por Alonso Salazar Jaramillo, *No nacimos pa' semilla* (1990), éxito editorial contemporáneo de la película de Víctor Gaviria, *Rodrigo D. No futuro* que inició una saga de films sobre el tema que tiene su más reciente éxito en *La virgen de los sicarios*, homónima de la novela publicada en 1994 por Fernando Vallejo. El último suceso editorial con este tema fue el de Jorge Franco Ramos, *Rosario Tijeras* (1999). Es necesario reconocer que la Violencia también fue abordada por la literatura en trabajos como *El cristo de espaldas* (1952) de Eduardo Caballero Calderón y *La mala hora* (1962) de Gabriel García Márquez, entre muchos más.

<sup>7</sup> Al respecto es muy esclarecedor el trabajo de Elsy Marulanda, *Colonización y conflicto. Las lecciones del Sumapaz* (1991) y los trabajos sociológicos desarrollados por Alfredo Molano, entre otros en *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* (1989) y *Trochas y fusiles* (1994).

enriquecedoras en la tradición histórica local, como puede descubrirse en los trabajos de Ortiz y Arocha para el caso del Quindío.<sup>8</sup>

Es importante reconocer que dentro del espectro cultural e intelectual colombiano de fines del siglo XX los estudios sobre la Violencia reformaron muchas de las perspectivas y los lugares comunes desde los que se comprendía el país. En buena medida, el núcleo de la renovación de los estudios sobre la Violencia fueron encabezados por Gonzalo Sánchez y el núcleo de investigadores reunidos en torno al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia. El Instituto fue fundado en 1987 y tuvo como objetivo primordial profundizar en el tema de la Violencia. Sus publicaciones se convirtieron rápidamente en una guía para aproximarse al pasado reciente colombiano y la presencia de sus miembros en muchas de las Comisiones encargadas por los distintos gobiernos para tomar decisiones sobre aspectos coyunturales de las disímiles fenómenos de violencia, como aquellos relacionados con los procesos de paz llevados a cabo con diferentes grupos guerrilleros, revelan la importancia que adquirió el Instituto en el ámbito nacional. Sin embargo, los estudios sobre estos fenómenos presentan diversas dificultades.

En general, los estudios sobre el período de la Violencia han privilegiado notoriamente el aspecto político por encima de otras dimensiones del fenómeno. Esta predilección se debe al énfasis que le prestan los científicos sociales al aspecto coyuntural y el afán por la descripción y la comprensión en el contexto inmediato que pierde de vista las dimensiones de más "larga duración", que privilegian los estudios históricos. En este sentido, entroncan los aportes que han reconocido los investigadores del IEPRI de muchos de los estudios extranjeros sobre el tema. De otra parte, es evidente la carencia de trabajos sobre el fenómeno de las guerrillas, que es contemporáneo de la fase final de la Violencia. En

---

<sup>8</sup> Cf. Carlos M. Ortiz, *Estado y subversión* y Jaime Arocha, *La violencia en el Quindío: determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio caficultor* (1979). Para el caso de Boyacá sucede lo mismo con el trabajo de Javier Guerrero, *Los años del olvido: Boyacá y los orígenes de la Violencia* (1991)



este aspecto es necesario recalcar que no es sólo un problema del ámbito colombiano,<sup>9</sup> pero allí se encuentra uno de los puntos más débiles de la Institución teniendo en cuenta la persistencia del fenómeno en la historia colombiana de la segunda mitad del siglo XX. Además, es un hecho que la realidad colombiana ha llegado a sobrepasar cualquier previsión académica o política, pero esa realidad deja en claro que los fenómenos posteriores al “período clásico” de los 40 a los 60 son un terreno que todavía requiere un estudio detallado y riguroso de parte de todas las ciencias sociales en el país.<sup>10</sup>

Para los estudios históricos profesionales en Colombia también fueron relevantes las observaciones que sobre el tema regional hizo Germán Colmenares. El historiador bogotano dedicó buena parte de sus trabajos a investigar la conformación de los entramados sociales de diferentes regiones del país. Colmenares consideró que el tema regional develaba inicialmente cómo muchas de las formaciones sociales regionales no estaban sometidas a la mecánica relación “metrópoli-periferia” y cómo ellas aportaban elementos fundamentales para la conformación nacional. La región, pues, debía ser abordada como un foco dinámico y básico de las tensiones y conflictos en la constitución del Estado nacional. Este proceso, según Colmenares, no necesariamente debía comprenderse como un equilibrio regional armónico ni entender la conformación de las regiones como un desarrollo anterior al establecimiento del Estado nacional sino que debía interpretarse como procesos paralelos y en estrecha comunicación.

---

<sup>9</sup> Cf. las observaciones hechas por Ignacio Sosa sobre las ausencias y carencias de este tipo de trabajos en la tradición histórica latinoamericana en la “Presentación” a Ignacio Sosa (coord.), *Insurrección y democracia en el circuncaribe*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 7-46 (Nuestra América, 58)

<sup>10</sup> Al respecto son reveladoras las conclusiones a las que llega Carlos M. Ortiz, “La historiografía de la violencia”, así como el comentario que realiza sobre el texto Catherine LeGrand, en Bernardo Tovar (coord.), *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol. 1, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1994, pp. 371-431

Esta perspectiva del tema regional proporcionaría “la base cultural a todo análisis político y social.”<sup>11</sup>

Para Germán Colmenares, el estudio de las regiones se presentó como una veta amplia y productiva para el trabajo de los historiadores profesionales, pero también como un horizonte crítico en una doble vertiente: como revisión de los “lugares comunes” para describir la heterogeneidad del país; es decir, la reflexión sobre los mitos del “cachaco”, del “santandereano”, del “costeño”, del “paisa”, que pondría en duda las *caracterizaciones intuitivas de las distintas regiones que popularizó Luis López de Mesa* que siguen vigentes en los libros de texto escolar y aún en el trabajo coordinado por Fabio Zambrano citado anteriormente; pero también como la posibilidad de plantear una crítica al enfoque generalizador de las historias socioeconómicas predominantes en el ámbito colombiano.

A pesar de los esfuerzos de Colmenares y de los avances en las estructuras universitarias locales, los enfoques regionales no fueron acompañados necesariamente de una renovación metodológica o temática con relación a la historia socioeconómica. El mayor impulso que tuvo la historia regional, especialmente desde la segunda mitad de los noventa, se debió a la presencia creciente de los asuntos relacionados con las mentalidades, como también fue evidente en el abordaje de distintos períodos como la Colonia, que acapararon la atención de los historiadores profesionales más jóvenes.

No se puede perder de vista que los trabajos regionales están ligados a las dificultades del sistema universitario colombiano que, en el campo de las carreras de historia no ha estado orientado a la investigación sino a la formación de profesores para la educación básica y secundaria.<sup>12</sup> Buena

---

<sup>11</sup> Germán Colmenares, “El concepto de región en la historia de Colombia”, *Otras Quijotadas* (Medellín), núm. 4-5, 1987, p. 9-12 y *La nación y la historia regional en los países andinos 1870-1930*, Washington, Smithsonian Institution Building, 1982 (Working Papers, 121)

<sup>12</sup> Se debe tener en cuenta que en Colombia los profesores de historia se forman fundamentalmente en programas de licenciatura en Ciencias Sociales, que supone una formación paralela en geografía. Como licenciatura no existe ni un solo programa de

parte de los esfuerzos de historia regional, pues, están guiados por los intentos individuales —y de los excepcionales esfuerzos de divulgación como los que coordinaron Melo y Zambrano—. Lo mejor de esta producción es el resultado de las investigaciones orientadas por programas de postgrado en universidades extranjeras.<sup>13</sup>

La relación entre la estructura universitaria y la investigación histórica en el país están muy ligadas porque los avances de la investigación en historia no puede llevarse a cabo sin la existencia de un acumulado de experiencias investigativas. Estas experiencias descansan en buena medida en la formación de los profesores que dictan y orientan los cursos y los programas, unidos a la estructura y apoyo que dan las universidades a la investigación. A principios de los años noventa dentro de los programas de licenciatura y de postgrado en historia fue detectada la abundancia de los profesores que carecían de títulos de postgrado.<sup>14</sup> Si bien esta formación no garantiza necesariamente la existencia de la

---

geografía en el país. Esta área se encuentra subordinada a la historia. Una distribución tal de “los saberes” llevó a una situación paradójica a principios de los años noventa, cuando existían 6 programas de postgrado en historia pero sólo tres licenciaturas en historia. Para fines de la década la situación cambió radicalmente y actualmente existen 19 programas de licenciatura en historia, 15 programas de especialización y 6 programas de maestría en esta área. No funciona ningún doctorado pese a la apertura del doctorado de la Universidad Nacional en 1995. De otra parte, están registrados ante el ICFES, 88 programas en Ciencias Sociales, los cuales sólo tienen un programa de maestría y 28 de especialización.

<sup>13</sup> Entre muchas obras señalo, por ejemplo, los trabajos realizados en Inglaterra por Luis A. Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano 1717-1810* (1997) y Eduardo Posada, *El Caribe colombiano (1870-1950). Una historia regional*, (1997), también el trabajo pionero realizado en Estados Unidos por Jaime S. Sepúlveda, *Caldas: cómo se formó, cómo se fragmentó* (1997). Esto no desconoce, por supuesto, la riqueza de trabajos elaborados en el medio local como los realizados por el propio Germán Colmenares o los esfuerzos de Javier Guerrero, *Los años del olvido* (1991) y Albeiro Valencia Llano, *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña* (1996). Como diagnóstico sobre la presencia de la historia regional en el ámbito universitario es importante señalar que sólo existen dos programas de especialización en esta área en la Universidad de Antioquia y la Universidad Industrial de Santander; aunque, no se puede desconocer que una buena parte de la producción local sobre historia regional proviene de los programas de postgrado en historia como el de maestría de la Universidad Nacional, aprobado desde 1983 o el de la maestría en Historia Andina de la Universidad del Valle que funciona desde 1987.

<sup>14</sup> Para 1999, de los casi 86.166 profesores universitarios en general, sólo el 2.2 % contaba con el grado de doctorado y se concentraban en 6 universidades; 13.1 % tenía el grado de maestría y el 26.5 % grados de especialización.

investigación histórica, que está ligada también a la viabilidad de los recursos para llevarlas adelante, así como de las políticas de docencia e investigación de las universidades, la ausencia de un buen número de profesores de nivel de postgrado da un indicio de las falencias en la formación de los estudiantes de historia, esto sin contar las dificultades en los recursos bibliográficos y archivísticos y la presencia y el contacto con investigadores extranjeros.<sup>15</sup>

Pese a estos diagnósticos nada alentadores, la actividad histórica trató de permanecer y renovarse en el ámbito social colombiano durante la década de los noventa. En 1995 se aprobó el Doctorado en Historia en la Universidad Nacional de Colombia. Igualmente, muchas de las universidades privadas del país le brindaron un impulso a los estudios históricos al apoyar postgrados en el área y fomentar, particularmente, las publicaciones periódicas. En este punto, es importante destacar el papel central de las revistas académicas para facilitar la difusión de los trabajos de investigación histórica. Además del consabido e importante *Anuario de Historia Social*, la década del noventa vio florecer y apuntalarse, entre otras, a la revista *Historia Crítica* de la Universidad de Los Andes y la revista *Historia y Sociedad* de la Universidad Nacional de Colombia, seccional Medellín; de igual modo, un importante medio de difusión de los trabajos históricos ha descansado en la renovación del *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango. De esta manera, la historia alcanzó la estabilización de una disciplina profesional, consolidada en el ámbito universitario colombiano, y de una constante presencia en la vida social y cultural del país; aunque ya sin el impacto que ofrecía la novedad que suscitó en los años setenta. La existencia de ese “boom histórico” y la

---

<sup>15</sup> Cf. Los informes realizados por Germán Colmenares para la Comisión de Ciencia y Tecnología del Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología “Francisco José de Caldas” (COLCIENCIAS): “Estado de desarrollo e inserción social de la historia en Colombia” (1990) y “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia” (1991), en Germán Colmenares, *Ensayos sobre historiografía*, comp. Hernán Lozano, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República, COLCIENCIAS, 1997, pp. 97-120 y 121-266 respectivamente (Biblioteca Germán Colmenares, 9)

regularización de la presencia de la historia profesional sirvió para la consagración y la consolidación de muchas de las conclusiones e interpretaciones acuñadas en los años setenta, que hacen parte del panorama que se despliega en el desenvolvimiento de la historia profesional más reciente, a pesar de los intentos de las nuevas metodologías y los nuevos temas. Una muestra de esta continuidad se manifiesta en los fenómenos temáticos relacionados con “lo contemporáneo” y la política.

### **Huir del presente**

Pese a todas las consideraciones de una realidad conflictiva y caótica, el siglo XX no fue ni ha sido la prioridad de los estudios históricos profesionales. Este período fue abandonado a la suerte que podía depararles los trabajos realizados por los científicos sociales provenientes de ramas como la ciencia política y la sociología. No supone esto que las disciplinas sociales distintas a la historia no puedan o deban abordar el pasado. Lo que se quiere expresar es que la forma de hacerlo es distinta y los acentos son diferentes.

La relación historia y ciencias sociales, postulada por la escuela de los Annales en la época de Fernand Braudel, se entendió en Colombia como la adopción del lenguaje y la perspectiva de la economía. El fenómeno ha sido una constante en el mundo de la historia profesional en América Latina y se encuentra ligado al uso que hacen los historiadores de las categorías de comprensión acuñadas en las ciencias sociales para abordar los temas del pasado. No se percibió en Colombia los alcances de las reflexiones de Hobsbawm, uno de los historiadores más leídos en el país, cuando señaló:

La historia de la sociedad no puede ser escrita mediante la aplicación de unos cuantos modelos de las otras disciplinas sino que precisa

—como dirían los marxistas— el desarrollo de los esbozos existentes hasta convertirlos en modelos.<sup>16</sup>

La aplicación irreflexiva de los modelos y las categorías de las ciencias sociales para estudiar procesos históricos condujo a los historiadores, y a los científicos sociales, a crear confusiones de épocas conflictivas y muy complejas. Las aproximaciones a la década de los años treinta a los cincuenta del siglo XX, cuando se dio el llamado “populismo latinoamericano”, ofrece un buen ejemplo al respecto.

Los análisis de los politólogos y sociólogos parten simplemente de la oposición entre los valores de la democracia y los del autoritarismo, que están implícitos en las caracterizaciones de los casos estudiados, pero en los que se olvida totalmente las consideraciones sobre la “cultura política” nacional; es decir, se da la descalificación de antemano de los antecedentes y las formas de hacer y vivir la política en los países latinoamericanos con base en ciertas ideas generales sobre la democracia, la cultura cívica y el individualismo democrático que, además, son presentados, como fines que se “desean” y se “necesitan” alcanzar.

Desde estos puntos de partida, la confusión es la consecuencia para el análisis realizado desde las ciencias sociales sobre las realidades latinoamericanas. Los modelos de democracia de los que parten suponen el carácter sucesivo de etapas como “el atraso” y “la modernidad”, mientras los mundos latinoamericanos viven “la simultaneidad” de sus tiempos y sus experiencias, que llevadas al límite de los modelos sería hablar de “la contemporaneidad” del “atraso” y “la modernidad”. Esta peculiaridad hace evidente las contradicciones y la conflictividad de los análisis sobre el populismo en América Latina.

A estos hechos habría que agregarle la negatividad implícita en el tipo de valoraciones acerca de las nociones de “pueblo” y de sus

---

<sup>16</sup> Eric Hobsbawm, “De la historia social a la historia de la sociedad” (1970), en Eric Hobsbawm, *Marxismo e historia social*, trad. Diego Sandoval, Puebla, Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, 1983, p. 28

consabidas ramificaciones como la de “cultura popular” e “identidad nacional” tan ligadas al fenómeno populista. En últimas, como la ha formulado Ignacio Sosa, la pregunta de fondo de estas aproximaciones sobre los populismos latinoamericanos se ha hecho bajo el planteamiento no explícito de “si el nacionalismo, producto de la modernidad, es ahora, igual que el populismo, una vía equivocada para acceder al desarrollo.”<sup>17</sup>

Las consecuencias de un análisis realizado de esta manera, justifica una calificación negativa de los procesos latinoamericanos con vistas un final predeterminado y la inclusión de muchas de estas experiencias masivas dentro del despectivo rango de “experiencias de culturas precapilistas”. Estas conclusiones logradas a partir de la aplicación sistemática de las ciencias sociales a las realidades latinoamericanas —es muy revelador que los historiadores no hayan abordado este tema— carecen precisamente de una mirada histórica que precise el empleo político de “lo popular” dentro del contexto de las condiciones de la cultura política de cada país latinoamericano y las condiciones más generales de inclusión y exclusión de estas experiencias nacionales en un contexto mundial.<sup>18</sup> El reto que impone este período en toda América Latina es la necesidad de que la historia, y su perspectiva como disciplina, elabore otro tipo de categorías que expliquen esos procesos en su desenvolvimiento histórico y deslegitime el uso de un “ente conceptual” que sólo hace confusa a la realidad.

Este tipo de experiencias se pueden rastrear también en obras históricas que también hacen uso de conceptos venidos de las ciencias sociales para aplicarlos sin más a épocas pasadas, es tal el caso del empleo de términos como “clase media” o “elites” o el caso de la categoría

---

<sup>17</sup> Ignacio Sosa, “Nacionalismo y populismo, dos interpretaciones distintas de una experiencia única”, en *Política y cultura* (México), núm. 11, 1998/1999, p. 25

<sup>18</sup> Un sugerente ejercicio histórico de este tipo de miradas amplias y comparativas del populismo como un fenómeno latinoamericano se encuentra en William Rowe y Vivian Schelling, *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*, trad. Hélène Levesque, México, CONACULTA-Grijalbo, 1993 (Los noventa, 88) Específicamente el capítulo III: “Cultura popular y política”, pp. 181-228

del "desarrollo", que llegó a determinar el abordaje de períodos enteros como la Colonia.

El cultivo de la historia en Colombia, como en América Latina, no se ha planteado seriamente un diálogo con las ciencias sociales. Esto es manifiesto en dos aspectos que sirven para ejemplificar esta afirmación: la presencia de los sociólogos en el campo de los estudios históricos y la ausencia de los estudios históricos sobre la época contemporánea.

La relación de la historia con la sociología en Colombia, como sucedió con la economía, también encontró un claro distanciamiento en los años noventa. La presencia que alcanzaron los esfuerzos de algunos sociólogos por explicar los fenómenos regionales constituyó una piedra en el camino dentro de estas relaciones. El predominio de los sociólogos en las explicaciones sobre el fenómeno de la Violencia y los procesos regionales ha sido un tema incuestionado hasta ahora, pese a la existencia de un celebre debate sobre uno de los mas importantes estudios regionales realizados en Colombia.

La discusión entre historiadores y sociólogos se dio en torno a los estudios de Orlando Fals Borda que conforman la *Historia doble de la Costa* (1979-1986). Esta obra fue escrita durante varios años por el más importante sociólogo colombiano con la colaboración de un equipo que ayudó a recoger los testimonios sobre los que se desenvuelven los cuatro volúmenes que componen la obra. Este trabajo tiene como novedad un estilo peculiar de estructuración y la propuesta de lectura de dos canales, a la manera de las composiciones literarias de Julio Cortazar. Se anunció también como una gran innovación dentro de los estudios regionales colombianos, no sólo por el tema, que cubría un espacio cultural y geográfico poco estudiado como lo era la región caribeña colombiana, sino por su peculiar estructuración y por el recurso metodológico de la historia oral que no había hecho parte del bagaje de los historiadores colombianos. A pesar de que la obra se presentó y se leyó inicialmente como un estudio histórico, las consideraciones posteriores realizadas por Fals Borda le



dieron un giro a sus argumentos. Según Fals, su esfuerzo debía comprenderse por fuera de la constitución de la disciplina histórica. El sociólogo costeño afirmaba claramente:

En el caso de la *Historia doble* allí quedan expresados con nitidez sus propósitos: no se escribió como historia formal ni como historia final, para las elites o para los académicos, sino ante todo para suministrar a las clases subordinadas de la sociedad elementos de lucha ideológica que les permitan defenderse de las injusticias que padecen.<sup>19</sup>

El aislamiento de las fronteras disciplinares y el uso de metodologías de distintas disciplinas como el testimonio oral, herramienta de los sociólogos y los antropólogos, así como la apelación a toda clase de documentos: archivos y fotografías, herramientas de los historiadores, le dieron un aspecto especial de interdisciplinariedad a esta obra. Sin embargo, la *Historia doble* tiene una genealogía anterior que se remonta a principios de los años setenta cuando se iniciaron en Colombia las prácticas investigativas y políticas del grupo La Rosca (1972-1974). Esta fue una agrupación de científicos sociales que inauguraron la metodología de la Investigación-Acción Participativa (IAP) que pretendía abordar nuevas realidades nacionales a partir de las memorias locales, las entrevistas y todo aquello que permitiera valorar la acción de los "sujetos investigados". El sentido político de estos trabajos estaba inscrito en una actividad revolucionaria y reivindicativa de "los oprimidos".

La Rosca, como el CINEP, se constituyeron en organizaciones privadas de científicos sociales interesados en estudiar la realidad contemporánea del país a partir de los métodos científicos de la sociología y la antropología que sirviera de apoyo a la acción política.<sup>20</sup> A pesar de la

<sup>19</sup> Orlando Fals Borda, "Comentarios a la Mesa Redonda sobre *La historia doble de la Costa*", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núms. 16-17, 1988/1989, p. 236

<sup>20</sup> Una especie de combinación entre investigación y acción comprometida con la transformación de la sociedad se encuentra en el desenvolvimiento del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) fundado por los jesuitas en 1972. Este centro de investigación comprometido con "el socialismo abierto y democrático", promulgado por

breve duración de La Rosca, la actividad académica y la difusión permanente de las investigaciones de Fals Borda hizo popular este tipo de planteamientos que encontraron una entrada excepcional en el mundo académico colombiano a través de un importante congreso realizado en 1977 y se ratificó con la publicación de la *Historia doble*.<sup>21</sup>

La IAP encontró una importante aceptación en los logros metodológicos de sus trabajos basados en el uso de los testimonios orales y la revelación de realidades sociales y culturales del orden local y regional no abordadas anteriormente. Esta aceptación le permitió abrir nichos a sus practicantes en el medio académico colombiano. No sucedió así con los aspectos políticos de estos trabajos, especialmente el acento “revolucionario” y ciertas posturas de “mesianismo” y “vanguardismo

---

Antonio García, se abocó a estudiar el sector informal en el país y se ha ocupado con temas como el campesinado, los obreros y en realizar análisis coyunturales de los derechos humanos, el trabajo urbano, los servicios públicos y los cultivos ilícitos. Las actividades del CINEP también los llevaron a reflexionar sobre las relaciones entre conocimiento y política, en un ámbito interno del Centro, así como la reflexión sobre los paradigmas epistemológicos de las ciencias sociales aplicados al país. El CINEP se convirtió en los años setenta en una especie de laboratorio al que acudieron profesionales recién graduados para poner en práctica sus conocimientos, y desde el cual se abordó la realidad social colombiana aplicando las herramientas de las ciencias sociales, para generar acciones sociales colectivas que transformaran las condiciones adversas; por eso, también se constituyó en un núcleo donde se formaron, sin ser este el objetivo del Centro, investigadores del pasado inmediato. Las publicaciones del CINEP, como del IEPRI posteriormente, se convirtieron en la fuente de acercamiento a los problemas colombianos contemporáneos, de las cuales el trabajo de los historiadores profesionales representan claramente una minoría. Las excepciones a este señalamiento lo constituyen la obra de Mauricio Archila, en el caso del CINEP y en el caso del IEPRI, la valiosa obra de Gonzalo Sánchez sobre la Violencia. Cf. Fernán E. González, “La formación de investigadores en la acción investigativa: la experiencia del CINEP (1972-1997), en *Nómadas* (Santafé de Bogotá), núm. 7, 1997/1998, pp. 97-111

<sup>21</sup> El congreso al que se hace referencia es el Simposio Mundial sobre Investigación Activa y Análisis Científico realizado en Cartagena de Indias en el mes de abril de 1977. El uso militante del conocimiento producido por las ciencias sociales también alcanzó la práctica de la antropología, la cual encontró expresión en la *Escuela del Debate* y en publicaciones como la revista *La Rana* (1975-1976) y el periódico *Unidad Indígena* (1975-1978). El auge de los grupos de investigación en ciencias sociales privados correspondió también a las transformación de las universidades en los años setenta y en especial a las carreras de sociología y antropología, que pasaron de ser lugares de reclutamiento de profesionales para el fomento del “desarrollo” a ser los focos de “la resistencia revolucionaria”, que se expreso en los cierres sucesivos de estos programas.

intelectual” que pretendían sobrevalorar, a manera de un reduccionismo, “lo popular” y “lo vernáculo”.<sup>22</sup>

Las consideraciones más atinadas sobre los límites de este aporte indudable a la historia regional del Caribe colombiano, las hizo Charles Bergquist. El historiador norteamericano señaló tres puntos desde los cuales se podía hacer un análisis crítico de la contribución de Fals y precisar los distanciamientos que tiene con respecto a las características de una obra histórica, sin desconocer sus logros y aportes en otros campos disciplinarios. Esos puntos tienen que ver con las peculiaridades de la disciplina histórica: el dominio de la historiografía, entendida en el sentido de la tradición histórica, como prerrequisito de toda investigación histórica; la evaluación crítica y las referencias exactas de todas las fuentes primarias y la insistencia en la interconexión de todos los aspectos del cambio social.<sup>23</sup> Este análisis crítico reivindicó la peculiaridad del trabajo histórico y reconoció, con respecto a la sociología, los distanciamientos desde la disciplina histórica con respecto al trabajo de Fals Borda. Además, es importante destacar que es muy revelador que estas reflexiones no provinieran de los historiadores nacionales. Lo que puede suscribir este evento es la notable ausencia de la reflexión sobre el quehacer histórico y el modo en el que se da la recepción de la producción histórica nacional y extranjera en Colombia.

Si bien Fals Borda y la sociología colombiana en particular, ha hecho aportes muy valiosos a la historia nacional,<sup>24</sup> no existe un diálogo entre

---

<sup>22</sup> Al respecto, he tenido en cuenta las observaciones realizadas por Jaime Arocha, “Antropología en Colombia: una visión”, en Jaime Arocha et al., *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*, Bogotá, Etno, 1984, pp. 27-130 y Álvaro Camacho y Nora Segura, “En los cuarenta años de la sociología colombiana”, en Francisco Leal y Germán Rey (coords.), *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Santafé de Bogotá-Uniandes-Tercer Mundo-Fundación Social, 2000, pp. 179-197

<sup>23</sup> Cf. Charles Bergquist, “En nombre de la historia: una crítica disciplinaria de *La historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda”, en *ACHSC*, núms. 16-17, 1988/1989, pp. 205-229

<sup>24</sup> Cf. Alberto Mayor Mora, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (1984) y Carlos Uribe Celis, *Los años veinte en Colombia: ideología y cultura* (1984) y *La mentalidad del colombiano: cultura y sociedad en el siglo XX* (1992). En uno y otro caso, es explícito la

estas disciplinas. Como sucede al interior de la propia historia, según lo expuesto hasta aquí, en vez del análisis y la crítica existe las más de las veces, celos y sobre todo una coexistencia lindante con el desconocimiento o la descalificación irónica.<sup>25</sup> Dentro de la propia disciplina histórica no ha existido una propuesta dialógica y crítica más allá de los balances enumerativos, como queda en evidencia con respecto al aporte crítico de Germán Colmenares y Frank Safford, por ejemplo. No hay réplicas ni muestras de la recepción de los señalamientos que estos historiadores hicieron al desenvolvimiento de la disciplina.

En Colombia, ha sucedido en otras tradiciones históricas nacionales, ha pervivido al interior la contemplación de “los grandes historiadores”, como una especie de supervivencia de la teoría del gran hombre, que ha impedido que lo que se ha llamado análisis historiográfico vaya más allá de la enumeración o de la aproximación biográfica a “historiadores excepcionales”.<sup>26</sup> En este punto es necesario recordar que la acepción que he aplicado de la palabra “historiografía” hasta este momento es la de una reflexión sobre la ciencia histórica y no solamente como la descripción de los textos históricos. De esta manera, es difícil pensar que desde el interior de la ciencia histórica colombiana pudiera surgir una crítica disciplinar, en la medida que el desenvolvimiento de los estudios históricos profesionales tiende a desarrollarse en las zonas de frontera disciplinaria, debido al encuentro de temas y problemas comunes. Sin embargo, en este encuentro la historia en Colombia ha declinado a reafirmar su especificidad.

---

importancia de las aproximaciones sociológicas que han aportado segmentos de realidad que los historiadores se han negado, a veces sistemáticamente, a tratar como ha sido el tema del presente. Pero en muchas oportunidades, estas aproximaciones caen en las generalizaciones y la superficialidad pese a la novedad del tema, como ocurre evidentemente con Uribe Celis.

<sup>25</sup> Hay observaciones en este sentido con respecto a los trabajos históricos de los “no-historiadores”, en Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial*, Op. cit.

<sup>26</sup> Un indicativo bien importante al respecto es que los estudios más detallados sobre historiadores colombianos, excepto algunos de los textos de Melo y los trabajos de Tovar Zambrano, corresponden a los esfuerzos editoriales y sistemáticos de un sociólogo: Gonzalo Cataño, en el caso de Luis E. Nieto Arteta y Jaime Jaramillo Uribe o de dos poetas, Darío Jaramillo Agudelo con la antología de *La nueva historia de Colombia* (1976) y Juan Gustavo Cobo Borda para la obra histórica de Germán Arciniegas.

Al parecer los historiadores colombianos han dado por un hecho consumado la existencia de la especificidad de su disciplina, no obstante, los datos en contrario que expresan las reflexiones que suscitó la recepción del libro de Fals Borda, los textos teóricos elaborados por Colmenares y la hegemonía sobre el pasado inmediato de los estudios sobre la Violencia. En este punto, como lo señaló en alguna oportunidad Gonzalo Sánchez, es necesario que el perfil de la disciplina esté muy definido para que el encuentro con los demás saberes pueda ser más enriquecedor.<sup>27</sup>

De esta manera, es necesario tener en cuenta la importancia que le presupone a una disciplina el papel estratégico de los pregrados en la consolidación de un perfil preciso y en la clarificación de que el afianzamiento del conocimiento, como de la disciplina, no depende exclusivamente del crecimiento de la producción ni del ensanchamiento de las problemáticas. Estos requieren y plantean de por sí la necesidad de repensar los esquemas de representación.

La carencia de profundización en estos rasgos generales de la profesionalización de la historia en Colombia, ocasiona que las réplicas y los diálogos con las demás ciencias sociales, y la autocontemplación crítica, padezcan del silencio y la coexistencia sorda en el ámbito académico y cultural colombianos.

De otra parte, todo lo concerniente al mundo contemporáneo revela las dificultades para el sostenimiento de las fronteras disciplinares. Especialmente, en el caso de la historia que se asume como una comprensión de los procesos desde la perspectiva de la larga duración. La aproximación al presente le significa "el peligro", en esta perspectiva, de ceder al mundo de las coyunturas y los acontecimientos que pretendió criticar y, claramente, le teme al hecho de que este abordaje la conduzca a la fragmentación de los análisis de los procesos históricos, como lo hacen las ciencias sociales, y con ello caer en la tentación de la disgregación de

---

<sup>27</sup> Gonzalo Sánchez, "Diez paradojas y encrucijadas de la investigación histórica en Colombia", en *Historia Crítica* (Santafé de Bogotá), núm. 8, 1993, p. 77

cualquier esfuerzo de comprensión con un mínimo “grado de verdad”. Es decir, el presente representa, para muchos historiadores — entre los que incluyo a buena parte de los historiadores profesionales colombianos—, la disolución de cualquier intento por establecer comprensiones amplias y “objetivas”.

En conjunto, el gremio de los historiadores en América Latina durante el siglo XX adoptó de los modelos europeos, que les sirvieron de referentes, la idea de la objetividad y la distancia temporal que debía conservar el historiador. La negación de su subjetividad permaneció de manera explícita en la historia Académica cuando se privilegió al documento, pero también en la historia profesional cuando se concedió especial aceptación a las miradas de “larga duración”. En ambos aspectos, la preocupación por la coyuntura fue abolida por el rigor y la “cientificidad” del conocimiento histórico. Curiosamente esta postura se contrapone al contexto y la función que tuvieron las obras históricas decimonónicas que inauguraron las tradiciones de historia nacional en toda América Latina. Una rápida aproximación a ellas delata inmediatamente el abordaje de temas contemporáneos, pese a la intención de remontarse a los “orígenes” y la coyuntura en la que pretendían cumplir un papel como relatos fundadores.

La historia en Colombia mantiene un prejuicio sobre el presente que en muchos aspectos no atiende algunos desenvolvimientos en el orden teórico y práctico que se desarrollan en el ámbito europeo, de donde casi siempre pretende alimentarse teóricamente. Si bien la historia contemporánea no es la más cultivada de las tendencias actuales en la disciplina histórica es una corriente que existe abiertamente al interior de la disciplina histórica después de las reflexiones elaboradas por el historiador británico Geoffrey Barraclough, *Introducción a la historia contemporánea* (1964). En ellas, Barraclough, precisa que “lo contemporáneo” puede delimitarse desde el momento en el que se determinan “los problemas del mundo de hoy” de una manera clara, con lo

cual puede reconocerse, a partir del contraste con el pasado, la novedad de estos problemas y las radicales diferencias desde sus características hasta sus implicaciones. Es decir, el historiador británico crítica la tendencia de los historiadores a privilegiar “los elementos de continuidad” que consideran el periodo cronológico más próximo a nosotros, lo contemporáneo, como “la fase más reciente de un proceso continuo”. Un análisis histórico y comparativo permitiría reevaluar esta conclusión y definir “el presente” como una época completamente distinta a la anterior y, no necesariamente, como una continuación de la misma. Por eso, Barraclough invita a “discernir las fuerzas que actúan de hecho en el mundo que nos rodea” y poder contrastar sus estructuras con las que existieron en el pasado; de ahí que “el estudio de la historia contemporánea exige nuevas perspectivas y una nueva escala de valores.”<sup>28</sup>

La actitud crítica y la necesidad de apertura del quehacer histórico para abordar el tema del “presente”, más allá de la tarea de subordinación a la acción política, propone un reto para la disciplina histórica en Colombia. El propio manifiesto de Melo indicaba con certeza que una de las tareas más urgentes de la historia profesional era el tema contemporáneo ya que “hoy no parece existir ningún curso de historia de Colombia durante el siglo XX en las universidades del país, y esto es bien sintomático”.<sup>29</sup>

El tema del presente resultaba más urgente por su importancia intrínseca para el accionar político que por sus implicaciones metodológicas. Sin embargo, casi diez años después, otro de los miembros renovadores de la historia nacional, Jesús Antonio Bejarano, indicaba que

---

<sup>28</sup> Cf. Geoffrey Barraclough, *Introducción a la historia contemporánea*, trad. Cecilio Sánchez, Madrid, Gredos, 1965

<sup>29</sup> “El estudio de la historia reciente parece estar consignado a ‘political scientist’ norteamericanos” y cita algunas obras y autores como Fluharty, Martz, Dix y Payne, en Jorge O. Melo, “Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes”, en *Universidad Nacional. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural de la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá), núm. 2, 1969, p. 27

el período republicano, incluido el siglo XX, era un tema del que se descartaba la presencia de los historiadores colombianos y en la que abundaban los trabajos de científicos sociales estadounidenses.<sup>30</sup>

Diez años después de Bejarano el abandono del “presente” como un tema de la historia profesional colombiana seguía siendo una realidad inmodificada. Álvaro Tirado Mejía coordinó un proyecto editorial masivo que se tituló: *Nueva historia de Colombia* (1989). Terminado en 1986, pero determinado por los estudios de mercadeo, tuvo que esperar casi cuatro años para su publicación. Editada en ocho volúmenes, ricamente ilustrados con textos muy legibles, no ocultó las dificultades propias del trabajo colectivo: desigualdades, repeticiones y, sobre todo, la evidencia de las áreas inexploradas y abordajes iniciales; además, de la participación minoritaria de los historiadores entre un gran número de colaboradores venidos de otras disciplinas sociales. El tema de este esfuerzo colectivo estaba dirigido a desentrañar y comprender el siglo XX colombiano. La ausencia de lo contemporáneo en la pluma de los historiadores era la carta de presentación de este esfuerzo colectivo:

De la historiografía colombiana podría decirse que a pesar de sus notorios avances ha tenido temor a lo contemporáneo (...) Así, lo que en otras latitudes se abrió para el análisis desprevenido del investigador, entre nosotros siguió cubierto por el velo del silencio temeroso, no obstante que nuestra sociedad en muchos aspectos es abierta y que no se trataba de una censura oficial sino de una especie de compromiso privado para crear una amnesia colectiva.<sup>31</sup>

La reticencia para abordar el tema contemporáneo dentro del círculo de los historiadores profesionales colombianos demuestra la permanencia de un problema no resuelto aún dentro del conjunto de la disciplina histórica a nivel mundial. La postulación del tema “contemporáneo” exige

<sup>30</sup> Cf. Jesús Antonio Bejarano, “Prólogo”, en *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*, comp., prol. y n. de Jesús A. Bejarano, Medellín, La Carreta, 1977, pp. 7-19

<sup>31</sup> Álvaro Tirado Mejía, “Introducción”, en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 1, Bogotá, Planeta, 1989, p. XI



una autoevaluación rigurosa que las condiciones de un gremio como el de los historiadores en Colombia, no parece posible de plantear.

A la historia colombiana, como a la latinoamericana, le hace falta todavía asumir críticamente las tradiciones de su propia disciplina para fortalecer los distanciamientos y las novedades que pretende desarrollar como disciplina. En este aspecto descansan muchos de los reclamos por la presencia de las “modas intelectuales”, con la carga de ausencia crítica que ello implica, dentro del desenvolvimiento más reciente de los historiadores.

Los tres últimos Congresos Nacionales de Historia, realizados entre 1995 y el 2000, dan un indicio de la ausencia del “presente” y de “lo contemporáneo.

Las *Memorias* del IX Congreso realizado en Tunja en 1995, destacan que una buena parte de las ponencias estuvo dedicada al período histórico comprendido entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Este lapso temporal fue abordado desde las más variadas perspectivas: historia de la educación, historia religiosa, historia política, historia económica; mientras que hay un claro retroceso en los esfuerzos realizados sobre el período Colonial. De otra parte, los intentos por abordar la historia de la segunda mitad del siglo XX están mediados por los temas políticos y no hay tal diversidad de aproximaciones, aunque, su proporción es de las más importantes en cuanto a la cantidad de trabajos publicados en estas *Memorias*.<sup>32</sup>

En el X Congreso, realizado en Medellín en 1997, la mayoría de las ponencias estuvo dedicada al siglo XVIII, seguido de cerca por la historia regional y económica centrada en la segunda mitad del siglo XIX, confirmando la tendencia anterior.<sup>33</sup> Mientras tanto, en el XI Congreso realizado en Santafé de Bogotá en el año 2000, es relevante la constante y

---

<sup>32</sup> Cf. la colección “Memorias de Historia” (1995) publicadas en cinco volúmenes y coordinadas por el historiador Javier Guerrero.

<sup>33</sup> Cf. Beatriz Patiño M., “Balance del Décimo Congreso de Historia de Colombia, Medellín, 1997”, en *Historia y Sociedad* (Medellín), núm. 4, 1997, pp. 17-31

creciente presencia de estudios sobre la segunda mitad del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX. Se ratifica la disminución sensible con respecto a la historia Colonial y de los estudios de historia socioeconómica, aunque hay una notable reformulación de los métodos y los problemas que le interesan a los estudiosos de aquel período donde destacan los estudios de mentalidades y especialmente se reflexiona en lo que tiene que ver con los modos de la historia de la cultura y de género. Existe un pequeño resquicio para los estudios de coyuntura, de historia contemporánea de otros países y nuevamente una importante presencia de los estudios sobre la política de mediados del siglo XX.<sup>34</sup>

Es necesario aclarar que si bien los Congresos son indicativos de la situación de la disciplina, no siempre corresponde a la producción que se despliega posteriormente. En esta situación influye notoriamente el lugar donde se realiza el evento, por ejemplo es contrastante la cantidad de ponencias que se presentaron al Congreso de Bogotá con respecto al de Medellín realizado tres años antes. Igualmente la calidad de las ponencias es dispar y debido a las circunstancias de los autores, pocos de estos trabajos concluyen en una publicación o en una línea de investigación seguida sistemáticamente. A pesar de estas limitaciones, la relación que hacen las *Memorias* de los Congresos permiten hacerse una idea de los horizontes por los que transita el oficio histórico en Colombia.

La tarea, pues, señalada por el manifiesto de Melo sigue pendiente:

(...) es preciso seguir ampliando los límites cronológicos y temáticos de la investigación histórica, estudiando aquellos periodos que han sido abandonados casi por completo (el siglo XVII, por ejemplo, o, lo que resulta más urgente por sus implicaciones metodológicas y por su importancia intrínseca, el siglo XX: hoy no parece existir ningún curso de historia de Colombia durante el siglo XX en las universidades del país, y esto es bien sintomático) y enfrentando los temas esenciales de la historia económica y social.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Cf. *Memorias del XI Congreso Colombiano de Historia*, CD-Rom elaborado por la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia y Karisma Digital, Santafé de Bogotá, agosto de 2000

<sup>35</sup> Jorge O. Melo, "Los estudios históricos en Colombia", Op. cit, p. 27

## Esquivar a la política

Con respecto a la política, la historia profesional tuvo su mayor aproximación a través de la publicación de los textos reunidos por Mario Arrubla en *Colombia hoy* (1978). Como proyecto editorial *Colombia hoy* fue otro de los esfuerzos colectivos de gran éxito comercial. El origen del mismo radicó en un programa llevado a cabo a fines de los años setenta por la editorial Siglo XXI de México que trató de promover una especie de síntesis de historias contemporáneas de los países latinoamericanos para el “gran público”. La mayoría de estos trabajos tiene una clara tendencia de izquierda y fueron elaborados por científicos sociales, a la manera del trabajo coordinado por Pablo González Casanova: *América Latina: historia de medio siglo* (1977).<sup>36</sup>

*Colombia hoy* se presentó como un texto de ruptura en la interpretación de la historia política colombiana. Afirmaba Mario Arrubla: “Los autores que colaboran en esta obra forman parte de una corriente que rompe como grupo con una tradición que dominó por mucho tiempo en Colombia”.<sup>37</sup> La ruptura claramente se establecía a través del acento sistemático en “el examen de las tensiones sociales y económicas que constituyen la subsistencia de las empresas políticas.”

---

<sup>36</sup> El coordinador del proyecto en Colombia, Mario Arrubla, en los años sesenta hizo parte de la Organización Marxista Colombiana que lideraba Estanislao Zuleta. Para aquella época, este grupo encabezó la tendencia conocida como “el marxismo culto”, posteriormente una buena parte de sus miembros, encabezados por Zuleta, desembocaron en una especie de anarquismo intelectual: carencia de títulos académicos, mucha producción oral y poco trabajo escrito. A principios de los años sesenta, la Organización quiso difundir trabajos marxistas a través de la revista *Estrategia*. La breve duración de la publicación, tres entregas, no impidió que los trabajos “dependentistas” de Arrubla alcanzaran notoriedad porque representaron una importante novedad en las interpretaciones sobre el subdesarrollo estructural colombiano. Una de las facetas más importantes de Arrubla fue la creación, en los años setenta, de la editorial La Carreta, donde se publicaron buena parte de los trabajos de los primeros historiadores profesionales.

<sup>37</sup> Mario Arrubla, “Presentación”, en Mario Arrubla et al., *Colombia hoy*, 6ª ed., Bogotá, Siglo XXI, 1980, p. 7 (Historia inmediata)

El análisis de estas tensiones debía radicar en dos artículos sobre economía realizados por Jesús A. Bejarano y Salomón Kalmanovitz, centrados en el tema de la industrialización y el problema agrario. Pero el fuerte del texto debían ser los trabajos de Álvaro Tirado Mejía, sobre el bipartidismo en Colombia; de Jorge O. Melo, sobre la "República Conservadora (1880-1930)" y el ensayo interpretativo de Arrubla, sobre la historia política contemporánea. A excepción del texto de Arrubla, los otros trabajos ya habían sido publicados anteriormente como escritos de síntesis.<sup>38</sup>

La idea que permea estos estudios está centrada en la perspectiva que llevaba a enjuiciar a la "clase política" colombiana, entrabada en el sistema del Frente Nacional, como la fuente de los problemas de la violencia y la intolerancia en el país. Este interés llevó a los autores a realizar varias generalizaciones, especialmente a Arrubla, sobre los distintos periodos que abordaron, las cuales han sido matizadas paulatinamente en años más recientes a partir de los trabajos sobre la cultura política de los círculos de obreros y los trabajos sobre la Violencia; aunque, aquellas interpretaciones y generalizaciones han dominado el abandonado espectro de la historia política del país.

*Colombia hoy* se complementaba con un artículo de Jaramillo Uribe y otro sobre literatura de Juan Gustavo Cobo Borda, que parece más un apéndice. Ambos escritos también se publicaron como síntesis de los esfuerzos individuales que cada uno de estos autores había realizado, pero están bastante alejados de la postura ideológica de los demás colaboradores.

La historia política en Colombia, a la manera de los estudios de la Nueva Historia de la que habla Peter Burke, es una novedad dentro de la

---

<sup>38</sup> La reedición de estos artículos en otras obras anteriores y posteriores a *Colombia hoy* indican lo poco que se avanzó en el tema de la política de parte de la historia profesional. Al respecto es revelador las conclusiones de Médofilo Medina, "La historiografía política del siglo XX en Colombia", en Bernardo Tovar (coord.), *La historia al final del milenio*, vol. 2, Op. cit., pp. 433-532

historia profesional colombiana. El impulso dado a la preocupación por los procesos de violencia vividos en buena parte del siglo XX, la atención a las protestas sociales, que se entremezclaron con el establecimiento del sistema político moderno, la inquietud que despertaron las formaciones regionales en contraste con el Estado central que se consagró a fines del siglo XIX, trajeron a colación el tema de lo político y la necesidad de abordarlo desde una perspectiva histórica.<sup>39</sup>

La política como objeto de estudio de la historia no es un espacio en el que los historiadores colombianos tengan una representación mayoritaria. Como se anotaba en páginas anteriores, la historia profesional colombiana rehuyó al tema y dejó el espacio abierto a los politólogos y los sociólogos para que lo estudiaran. Al respecto el siglo XIX colombiano ofrece un buen ejemplo. Este siglo se convirtió en el patrimonio de tres historiadores extranjeros: el británico Malcolm Deas y los estadounidenses David Bushnell y Frank Safford.

Cualquier estudio de esta época debe contar con las conclusiones elaboradas por estos historiadores que abrieron perspectivas nuevas en el panorama de la comprensión del pasado colombiano, en especial en la formación de los partidos políticos. Bushnell, por ejemplo, dedicó sus esfuerzos a analizar la época de Francisco de Paula Santander. Safford estudió la formación académica e ideológica de los grupos de elite colombianos y Deas estudió con detalle, aunque sin dedicar estudios muy amplios a sus agudas observaciones, los delgados lazos que construyeron la conflictiva cultura política colombiana.<sup>40</sup>

---

<sup>39</sup> Estos estudios son pocos si se tiene en cuenta las dificultades que implica la delimitación de la historia política con respecto a temas como el de la violencia; sin embargo, creo que el trabajo más útil en este aspecto es el balance realizado por Medófilo Medina, "La historiografía política del siglo XX en Colombia" y el subsecuente comentario crítico de Malcolm Deas, en Bernardo Tovar (coord.), *La historia al final del milenio*, Op. cit.

<sup>40</sup> Me refiero a David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, trad. Jorge O. Melo, Bogotá, Tercer Mundo-Universidad Nacional, 1966; Frank Safford, *El ideal de lo practico. El desafío de formar una elite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional-El Áncora, 1989 y entre otras cosas es reveladora la compilación de

Entre los historiadores colombianos, el abandono de la política era parte de la ruptura con la que se presentó la historia profesional. Mientras que el tema por excelencia de la historia Académica tenía que ver con “lo político”, independientemente de cómo entendieran el fenómeno, la actitud de los nuevos historiadores “debía” conducirlos a otros horizontes temáticos. El gesto era revelador de las relaciones de la escritura de la historia en Colombia con los trabajos que le servían de modelo y de las actitudes que sostenían con respecto a la tradición histórica nacional.

En los pronunciamientos de Jorge O. Melo se hizo evidente la urgencia de no abandonar a la política como tampoco de hacer a un lado lo que ya se había hecho. En ambos casos, sus llamados fueron infructuosos. La ausencia de diálogo con la tradición o las tradiciones históricas nacionales dejaron un vacío incapaz de ser llenado por los historiadores profesionales. El diálogo tampoco existió con las ciencias sociales, lo cual se agravó por el predominio en la disciplina histórica de los prejuicios metodológicos sobre “el presente”, no sobre “el uso” político del conocimiento histórico en el presente, que planteaban un serio dilema ético y epistemológico dentro de la conflictiva realidad colombiana del siglo XX: ¿tenía algún sentido estudiar a los virreyes o a los negros mientras que morían miles de campesinos cada año? El conflicto se resolvió de una manera menos dramática: el historiador debía aclarar el pasado, nada más. Todo lo coyuntural y contemporáneo no correspondía a los temas de la historia. Su deber debía ser el de esclarecer los procesos que generaron la situación actual para que quien debiera tomar las decisiones, las tomara. En este sentido es relevante la situación que desarrolló Germán Colmenares.

Si bien el historiador profesional de más influencia en las décadas posteriores dedicó su primer trabajo al tema político, lo abandonó rápidamente. El primer estudio de Colmenares giró en torno a los:

---

los ensayos de Malcolm Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1993

*Partidos políticos y clases sociales* (1968).<sup>41</sup> La aproximación del historiador bogotano está muy mediada por la asociación entre actividades económicas y la pertenencia partidista, pese a que llegó a manifestar que:

Las relaciones de un grupo político con un sector económico suelen en efecto ser más complejas que las señaladas por una simple coincidencia o identificación y por eso es legítimo hablar de las *tendencias* de un grupo político que por otra parte puede actuar de una manera realista frente a las condiciones económicas, o favorecer a un sector económico por razones no económicas.<sup>42</sup>

Colmenares estaba convencido de que a los partidos políticos en Colombia no se les podía identificar ni por sus afirmaciones doctrinales ni por un determinado accionar constante. La base de este temprano estudio y de sus conclusiones radicaba en desmitificar la idea de que los partidos constituían entidades homogéneas y claramente discernibles, como lo consideraban aquellos que trataban de criticarlos y aquellos que los respaldaban. En buena medida, esta fue una interpretación claramente sostenida por la primera historia profesional en los enunciados implícitos de las historias socioeconómicas.

La mayor parte de los trabajos del historiador bogotano estuvieron encaminados a trazar un sendero crítico y una postura reflexiva sobre las interpretaciones realizadas por los historiadores colombianos, no siempre bien acogidas por los colegas que le fueron contemporáneos. La presentación de estas aproximaciones se oponían a “la versión oficial del documento”, al papel pasivo y mudo del historiador y a la elaboración de “historias provincianas y generalizadoras”. Desafortunadamente, este temprano esfuerzo fue abandonado por Colmenares que apenas al final de

---

<sup>41</sup> Este trabajo se publicó inicialmente por entregas en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* entre 1966 y 1967 bajo el título: “Formas de la conciencia en la Nueva Granada de 1848 (1848-1854)”

<sup>42</sup> Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Uniandes, 1968, p. 187. El subrayado es del original. Es curioso también, como lo anota Melo al referirse a esta obra que en ella no se incluya ningún comentario a la obra de Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, que le es contemporánea.

su vida volvió a redescubrir y sobre el que empezaba a trabajar antes de su muerte.

Sólo las aproximaciones de los historiadores extranjeros mantuvieron un especial énfasis sobre el tema político. Entre ellos el trabajo de Herbert Braun, un historiador nacido en Colombia, de padres alemanes y de formación y desempeño en los Estados Unidos, mantuvo viva y sugerente la temática política a partir del caso Gaitán.

En Colombia, el gaitanismo representó un surgimiento significativo de la participación popular en la vida política. Pese a ello, el gaitanismo se ha estudiado más desde la descripción de los desmanes en la capital, en términos puramente periodísticos, así como las narraciones de su vida y el anecdotario de su accionar político, y no tanto en las repercusiones y los límites dentro de la sociedad colombiana de las ideas de Gaitán. En este punto, es muy valioso el trabajo realizado por Braun que combina todas estas perspectivas.

Braun aprovechó con enorme efectividad el recurso a los testimonios orales para construir uno de los estudios más completos sobre el célebre líder liberal. La parte más sugerente del estudio radica en la tesis del “convivialismo” como característica fundamental de la cultura política colombiana de la época y el notable esfuerzo por analizar la composición del “pueblo bogotano” que participó en los acontecimientos del 9 de abril de 1948 y que es la fuente testimonial de su trabajo.

Las explicaciones de Braun junto a los planteamientos del sociólogo francés Daniel Pécaut han sido uno de los referentes más solicitados sobre este período de la historia colombiana,<sup>43</sup> de la que existe un consenso bastante amplio en el sentido de que “partió la historia de Colombia en

---

<sup>43</sup> Cf. Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, 2ª ed., trad. Hernando Valencia, Norma, 1998. Especialmente los capítulos III, IV y V. Igualmente, *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán 1919-1948*, 2ª ed., sel. y prol. de Jorge Villaveces, Bogotá, Jorvi, 1968. Sobre el accionar de Gaitán, en especial con los sindicatos, se puede consultar el estudio de Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, trad. Jesús M. Castaño, Bogotá, Siglo XXI-CEREC, 1987, particularmente el vol. I.



dos". Las implicaciones de una tesis como esta parecen bastante discutibles si se tiene en cuenta las descripciones del propio Braun acerca de las consideraciones que hicieron los distintos sectores sociales sobre los acontecimientos en la capital. El "temor al pueblo" y su desconocimiento en las esferas políticas y en las epistemológicas que le servían de sustento a aquella, son una constante que impide ver en las movilizaciones de Gaitán la ruptura del "verdadero" caudillo popular. Es muy precario el sostenimiento de un "parteaguas" como este si se parte del punto de vista con el que la política y los historiadores, en este caso, representaron y representan al "pueblo" y cómo se imaginaron a la nación colombiana.

Si se retoma la postura que sostenía José Manuel Restrepo acerca de las fuerzas sociales que se desataron durante las guerras de la Independencia destaca la desconfianza que le despertaba "el pueblo". El célebre historiador antioqueño acusaba a "los demagogos" y "los bandidos" como los culpables de sus movilizaciones, las cuales sólo conducían al desorden y al pillaje. Además, en los momentos más importantes de los acontecimientos de la Independencia, su relato utilizó a los miembros anónimos del ejército y del "pueblo" sólo como un elemento inerte de la tramoya de las acciones patrióticas de los héroes.

Posteriormente, la movilización de los artesanos a mediados del siglo XIX ratificó una vez más "la barbarie" de "los guaches". Sin embargo, el Estado republicano que se estaba construyendo requería como uno de sus pilares de legitimación la elaboración de una nación. Este esfuerzo fue iniciado con lucidez por los trabajos de la Comisión Corográfica, pero la tarea quedó inconclusa tras la muerte de su director Agustín Codazzi. La imposibilidad de la geografía requirió otro referente de unidad. Los líderes políticos del siglo XIX encontraron en la religión una fuente y garantía de las relaciones sociales; es decir, la base del orden general de la República. Este criterio fue impuesto políticamente por el accionar de la Regeneración y aceptado como la característica esencial de la nación colombiana

durante el siglo XX, tanto por el funcionamiento político de todas las vertientes, como por los análisis de los historiadores.

La percepción del atributo esencialmente cristiano se desplegó desde los primeros brotes socialistas de los años veinte hasta las inclinaciones más radicales de la agitada vida política de los años sesenta del siglo XX en Colombia. En un período en el que la palabra “revolución” llenó todo el espacio político con miras a conseguir la etapa decisiva del desarrollo, en los círculos universitarios del país se encontraban unidos sin desfado “la revolución”, “la hispanidad” y “el cristianismo”.

El vínculo que posibilitó esta convivencia sin que fuera problemática se remonta a la aceptación de la tendencia que difundió la Regeneración sobre la comprensión y delimitación de la nación. La nación colombiana tuvo su origen en las consideraciones generales sobre la ciudadanía, tan caras al liberalismo decimonónico colombiano --no al partido liberal exclusivamente--, pero que tras los enfrentamientos de las guerras civiles, se pudo entrever el peso problemático del patriotismo regional. Por eso, el elemento unificador de la nación al que apelaron la mayoría de los políticos decimonónicos se constituyó de nuevo a partir de la dimensión del ciudadano pero cobijado ahora por la religión. El elemento religioso fue el nuevo germen de la unidad nacional porque sirvió para identificar a los miembros de la colectividad en construcción, mientras la política se comprendió como una instancia divisora.<sup>44</sup>

El rasgo divisorio de la política fue preponderante en Colombia. La política desempeñó un importante papel en los sentimientos de pertenencia entre la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del siglo XX. A pesar de la hegemonía de este tipo de pertenencia como base de los

---

<sup>44</sup> Cf. Germán Colmenares, “La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino”, en *BCE*, vol. 27, núm. 22, 1990, pp. 3-19 y Margarita Garrido, “Propuestas de identidad política para los colombianos en el primer siglo de la República”, en Javier Guerrero (comp.), *Iglesia, movimientos y partidos: política y violencia en la historia de Colombia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, pp. 59-70 (Memorias de Historia, 4)

enfrentamientos en este período, el desbordamiento de la violencia durante la segunda mitad del siglo XX demostró más que una “irracional” militancia política, la debilidad del Estado nacional y la ausencia de un control político y militar de todo el territorio; además, comprobó el surgimiento de diferentes elementos novedosos que ya no generaron una violencia teñida sólo de partidismo. Los nuevos factores de enfrentamiento fueron múltiples y complejos como la venganza, el narcotráfico y la expropiación de tierras por medio del uso de la fuerza. Por eso, apelar sólo a las identificaciones políticas como criterio de explicación de los enfrentamientos violentos durante la vida republicana colombiana no es suficiente. Como concluyó Daniel Pécaut:

La división política organiza identidades colectivas: al no tomar a su cargo las divisiones sociales, se traduce en una separación entre la esfera política y la social y contribuye finalmente a que esta última parezca regida por la pura fuerza.<sup>45</sup>

Si bien la política constituye un modo de explicar el desenvolvimiento de muchos procesos claves del siglo XX en la sociedad colombiana, ella no puede explicar todos los fenómenos violentos ni todas las situaciones de crisis. Mucho menos, se puede hacer la operación mental que confunde los resultados electorales como la traducción de una explicación sobre la identidad regional: los antioqueños son conservadores, los vallunos y los costeños son liberales. En esta lógica se mueven todavía la mayoría de las afirmaciones periodísticas y los análisis del accionar de los políticos profesionales. Estas formas de referirse a la nación colombiana y los modos de su constitución dan la idea de que las personas que conforman a la nación sólo deben tener como criterio de pertenencia, como lo supone Pécaut, la violencia generada por el

---

<sup>45</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, Op. cit, vol. I, p. 24

enfrentamiento político ya que sólo él habría permitido “la visibilidad de las clases populares”.<sup>46</sup>

Las limitaciones de las explicaciones políticas coincide con el surgimiento de un grupo renovador de la escritura de la historia profesional encabezado por César Augusto Ayala. Esta corriente de trabajo pretende mantener vivo el interés por el papel crucial de la política. Desafortunadamente es una línea de trabajo que, por lo menos en su expresión más elaborada como son los trabajos de Ayala, no expresa con claridad los supuestos metodológicos ni la definición de lo que se entiende por política. No pretendo que la delimitación de la política se haga de una vez para siempre, pero sus trabajos suponen que lo político se reduce exclusivamente al análisis metódico de discursos y programas. Como elaboración documental, son trabajos bien elaborados que proponen el estudio de fuentes inéditas y exploradas cuantitativamente de una manera bastante acuciosa. Pero ¿esto es lo político?

Los trabajos de Ayala abrieron la brecha de una etapa bastante abandonada en la historia del país, quizás por la misma militancia de los primeros historiadores profesionales que lo desdeñaron sin evaluarlo críticamente. El episodio del movimiento de oposición al Frente Nacional conocido como la Alianza Nacional Popular ANAPO (1961-1972?), que fue encabezado por el general Gustavo Rojas Pinilla, revela las potencialidades y también las limitaciones en la forma actual en la que se lleva a cabo el cultivo de la historia política en Colombia.

El espacio que representó la ANAPO en el espectro político del Frente Nacional ratificó una serie de elementos sobre el papel y la figuración que se tenía sobre la nación colombiana. El desenvolvimiento de los intentos políticos de Rojas Pinilla estuvieron mediados por una imagen de la nación que se había plasmado con una radical especificidad en el

---

<sup>46</sup> Sobre esta perspectiva, recientemente Marco Palacios escribió: “Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de la nacionalidad”, en Gonzalo Sánchez y María E. Wills (comps.), *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura-ICANH-IEPRI, 2000, pp. 419-453

momento mismo que surgió la ANAPO: la unión de la palabra revolución a la de nacionalismo.

El nacionalismo de la época, que no fue formulado de manera sistemática, se empleó como sinónimo de revolución, en la medida que se entendía por tal “una mística del desarrollo nacional”. Esta postura permitió criticar a los partidos políticos tradicionales y a la “burguesía” por la inexistencia de la democracia en el Frente Nacional y por la evidencia de una crisis económica manifiesta en el subdesarrollo. También realizaba la denuncia de la pérdida de representación y legitimidad de los partidos tradicionales a partir de este pacto. Este nacionalismo reclamaba “el poder” porque tenía en su seno la “auténtica clase dirigente”, formada por hombres de todas las clases sociales, que habían sido capacitados “por el estudio, por la emoción patriótica, por su desprendimiento de todo interés particular, por la vocación de servicio y por el don de mando”; además, el nacionalismo no deseaba “ser un partido único, pero tampoco un partido más.”<sup>47</sup>

El movimiento nacionalista que promulgaban los editores de *La Nueva Prensa* requería contenidos para ese nacionalismo. Por ello, los editores reclamaron el uso de la imaginación para revisar la realidad colombiana y plantear soluciones a la situación crítica que describían.<sup>48</sup> Este fue el más grave problema que encontraron y, quizás, por ello, la temática del nacionalismo no cuajó como parte de un amplio movimiento político. Como tal, apenas hubo destellos en las fugaces campañas de 1964 de Alberto Ruiz Novoa y Álvaro Uribe Rueda, que posteriormente se replegarían a la amplia actividad desarrollada por la ANAPO. La imaginación se encontró con la ignorancia del país y recurrió a un esfuerzo que concitó la característica de la nueva presencia del “populismo político” en Colombia: la conjunción de la Hispanidad y la Revolución.

---

<sup>47</sup> “Ahora y aquí: Nacionalismo”, en *La Nueva Prensa. Informe semanal de Colombia y el mundo*, núm. 7, 31 de mayo a 6 de junio de 1961, p. 54

<sup>48</sup> Cf. “¿Cuál Revolución?”, en *LNP*, núm. 6, 24 al 30 de mayo de 1961, pp. 21-26

En uno de sus números de 1961, los editores de *La Nueva Prensa* consideraron que “Nuestra manera de ser hombres está cifrada en la hispanidad”. Esta esencialidad no era sólo de los colombianos sino de todos los pueblos que conformaban La Patria Grande: “Para nuestros pueblos, su patria está en su tierra: Hispanoamérica.” Por eso, concluían:

Si ser revolucionario significa liberar las energías latentes del pueblo, y encauzarlas hacia un nuevo orden social que se ciña sin esfuerzo a la personalidad histórica de ese pueblo, el sentido de hispanidad es esencial a toda revolución. Quienes insisten aún en denostarla como mito reaccionario, están bajo la influencia intelectual de potencias rivales a la nuestra. Y todo lo antinacional es reaccionario.<sup>49</sup>

Esta perspectiva sería la base de la convocatoria popular de la ANAPO y de algunos intentos, de breve duración, de disidencia del partido liberal como el Movimiento Revolucionario Liberal. El análisis del discurso que elaboró Ayala descubrió a la ANAPO como un movimiento que se enfrentó al Frente Nacional, al cual caracterizaba como “la oligarquía”, en los términos de Gaitán, que traía implícita las ideas de la exclusión, los monopolios, la corrupción. Ante esto, la ANAPO se consideró una síntesis de los ideales cristianos que eran los ideales “populares” y “nacionalistas”, los cuales empleó dentro de un marcado lenguaje de confrontación directa. A diferencia del discurso gaitanista, Ayala también halló que la ANAPO apeló constantemente en sus discursos al “pueblo liberal”, al “pueblo conservador” y al “pueblo rojista”.<sup>50</sup>

<sup>49</sup> “La Hispanidad y la Revolución”, en *LNP*, núm. 26, octubre 11 al 17 de 1961, p. 54

<sup>50</sup> Estas conclusiones están cuantificadas por los análisis numéricos a los que sometió Ayala los discursos de Rojas Pinilla y de otros miembros del Partido. También hace un diagnóstico del referente al que apelaron todas las fuerzas disidentes de la época, incluida las declaraciones de fundación de los grupos guerrilleros. Excepto las FARC, que desde esta época hasta el presente considera que su destinatario son los campesinos — en un país mayoritariamente urbano desde los años sesenta—, todos los demás movimientos tuvieron como su receptor “al pueblo”, obviamente, sin definirlo. Las características y programas de estos movimientos permiten suponer que una buena parte de ellos se referían a las personas de la ciudad. Para el efecto basta constatar las tablas elaboradas por Ayala en *Nacionalismo y Populismo. ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia 1960-1966*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1995, pp. 105-145

Una de las tácticas de la campaña anapista que comprueba la imagen que tenían del “pueblo” consistió en repartir pequeñas estampas con la figura del Sagrado Corazón de Jesús, en las cuales se insertó una imagen del general Rojas Pinilla con su atuendo militar. Esta era la apelación real a los sentimientos religiosos como un mecanismo de adhesión popular.<sup>51</sup>

### **El retorno a la nación**

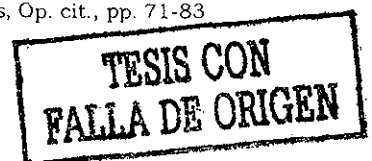
La crisis de la ANAPO después de las fraudulentas elecciones de 1970 permiten suponer, entre muchos otros factores, las limitaciones de aquellos recursos y los alcances de las consideraciones implícitas sobre las características de la nación colombiana. A pesar de ello, historiadores como Marco Palacios cuando se aproximan al tema de la nación parten de la idea de que “el pueblo colombiano” es esencialmente hispánico y cristiano. Esta perspectiva enmarca los esfuerzos maduros del historiador bogotano por tratar de comprender el problema de la definición colectiva de la nación y la necesidad de dar una respuesta para orientar, nuevamente, la acción política.

La mayor parte de la obra de Marco Palacios se inscribe en los análisis de una renovada historia política. Dentro del desenvolvimiento intelectual de Palacios la preocupación por la nación no es reciente. Desde mediados de los años ochenta casi todas las compilaciones de ensayos que ha realizado hasta el presente tiene por tema la constitución de la nación colombiana y la comprobación de las consecuencias de su debilidad.

Las aproximaciones a la historia política esbozada por los trabajos más recientes de Marco Palacios están mediadas por el siguiente interés:

---

<sup>51</sup> César A. Ayala, *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) Colombia 1953-1964*, Santafé de Bogotá, COLCIENCIAS-Universidad Nacional de Colombia, 1996, p. 192. Con variantes y algunos otros datos se encuentran referencias en un artículo del mismo autor; “Cultura política y discurso religioso en Colombia 1961-1966: el caso de la Alianza Nacional Popular ANAPO”, en Javier Guerrero (comp.), *Iglesia, movimientos y partidos*, Op. cit., pp. 71-83



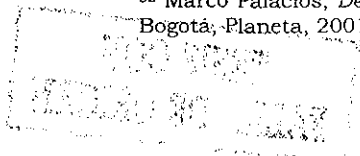
Al referirnos a la nación, llegamos por fuerza al asunto de las identidades y memorias colectivas. Como resultado de nuestra frágil formación como nación moderna, soportamos agudos problemas de identidad colectiva. De este modo, el conflicto interno bloquea en lugar de liberar las energías colectivas, puesto que los valores y prácticas culturales y los mecanismos institucionales que eventualmente podrían conducir a una solución creativa son prácticamente inexistentes.<sup>52</sup>

Desde el riguroso ensayo sobre “La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica” (1980) hasta “Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de la nacionalidad” (2000) quedan explícitas las dificultades que tiene la sobrevaloración de los procesos partidistas e institucionales para resolver el problema de la constitución nacional. Problema que está primeramente ligado a una percepción cultural.

El tema de la nación es un tema de síntesis. Quizás, por eso, la mayoría de los historiadores colombianos profesionales le han rehuido para quedarse con los esfuerzos limitados de López de Mesa. Otros como Palacios, cayeron en apreciaciones aventuradas como las que pueblan su trabajo sobre “La clase más ruidosa. A propósito de los Reportes Británicos sobre el siglo XX colombiano” (1982), en el que suelta una serie de aseveraciones, a veces bastante sugerentes, sobre “el estilo Cachaco”. Sus afirmaciones sobre los “Cachacos” dan cuenta de ciertos grupos sociales asentados en la capital pero no pueden explicar al país en su totalidad.

El empleo que hace Palacios de sus herramientas más conocidas: la política y la economía, no le ha permitido todavía encontrar una concepción radicalmente nueva para enfrentar el tema de la nación. La debilidad estatal no es un descubrimiento reciente. Buena parte de esta constitución crónica del Estado colombiano proviene de la ignorancia

<sup>52</sup> Marco Palacios, *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*, Santafé de Bogotá, Planeta, 2001, p. 21 (Grandes Temas, 9)





sobre la sociedad colombiana que padecen los políticos y quienes les asesoran, así como aquellos que elaboran las herramientas educativas.

Existe un desconocimiento del territorio nacional y la composición social y cultural de la nación como se manifiesta en el recorrido que he tratado de hacer sobre la disciplina histórica en Colombia. Esta situación también se puede percibir claramente en el seguimiento detallado de los conflictos desatados durante la constitución incompleta del Estado nacional colombiano.

El accionar del Estado colombiano para resolver el tema del narcotráfico durante las dos últimas décadas deja al descubierto la ausencia de un sentido claro con respecto a los problemas campesinos. Hace más de diez años un informe del CINEP demostraba cómo los problemas en las recientes zonas de colonización eran el producto y la repetición de conflictos anteriores de las zonas campesinas agravados por la presencia de dos actores nuevos y ricamente complejos: la guerrilla y el narcotráfico. La forma de enfrentar estos problemas por parte del Estado y sus funcionarios plantea en buena medida la clave para entender la persistencia y su agravamiento hasta hoy. Los “palos de ciego” en los programas estatales para enfrentar la pobreza y la marginación sólo comprueba “el escaso conocimiento (que existe A. B.) de las diversas regiones y de sus respectivas comunidades.”<sup>53</sup>

### **El legado de los estudios extranjeros sobre Colombia**

Los trabajos elaborados por estudiosos extranjeros sobre Colombia están inscritos en una serie de tradiciones académicas de sus respectivos países sobre América Latina. La forma como los estudios latinoamericanos se desenvuelven en el ámbito académico europeo y norteamericano es una

---

<sup>53</sup> Cf. Consuelo Corredor, José J. González y Fabio Zambrano, “Un país en construcción. Poblamiento, problema agrario y conflicto social. Informe parcial de la investigación: ‘Colombia: conflicto social y violencia’ del Centro de Investigación y Educación Popular CINEP”, en *Controversia* (Bogotá), núm. 151-152, 1989

tarea que apenas se comienza a vislumbrar como necesaria. De ahí que no estoy todavía en capacidad de señalar aquí un marco preciso y sólo puedo vislumbrar de una manera general cómo desde 1960 hay un giro en la forma como se desenvuelven los estudios de la historia de América Latina, tanto desde los Estados Unidos como de la Europa occidental.

Desde los años treinta hasta los sesenta la mirada sobre América Latina estuvo determinada por el proyecto Panamericano y la posibilidad de elaborar historias de las Américas. En Europa hubo una indiferencia general en la época de las guerras. Sin embargo, la emergencia de Cuba y del proyecto socialista dio un giro a la visión de las Américas unidas y planteó el enfrentamiento entre las Américas. De otro lado, esta misma coyuntura originó la eclosión de trabajos realizados por los científicos sociales que se aproximaban a las realidades del Tercer Mundo. Por eso, la historia apareció como una necesidad dentro del ámbito de las ciencias sociales, pero el enfoque histórico en este ámbito ya no se detuvo en la historia diplomática y política sino en el campo de la geopolítica. Este tipo de trabajos producidos por especialistas norteamericanos y europeos rescató la dimensión contemporánea pero llevó al abandono de las tradiciones históricas nacionales imponiendo esquemas y cortes arbitrarios como puede notarse en el caso del uso de categorías como la dependencia, que se generaliza hacia el pasado, o la de populismo que se aplica a los más diversos fenómenos políticos de los años treinta y cuarenta.<sup>54</sup>

---

<sup>54</sup> Los aspectos referidos a estos temas los hemos discutido en las sesiones del seminario *Historiografía comparativa sobre América Latina: enfoques y métodos contemporáneos*, que dirige el Dr. Ignacio Sosa realizados en el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Buena parte de estas apreciaciones se pueden justificar en textos como los de Charles C. Griffin, "The project on the History of America of the Comision on History", en *Revista de Historia de América* (México), núm. 34, 1952, pp. 469-489; Alan Knight, "Latin America", en Michael Bentley (ed.), *Companion to historiography*, London and New York, Routledge, 1997, pp. 728-758 y Thomas E. Skidmore, "Studying the history of Latin America: a case of hemispheric convergence", en *Latin American Research Review* (Albuquerque, New Mexico), vol. 33, num. 1, 1998, pp. 105-127

En este marco general se inscriben las aproximaciones hechas por un conjunto de historiadores extranjeros que han estudiado la historia colombiana. En este sentido, no se puede perder de vista que la mayoría de los trabajos anteriores a los años sesenta estudiaron el tema político, los trabajos posteriores que mantuvieron cierto interés político estuvieron mediados por el tema de la Violencia. Sin embargo, es importante anotar que una buena parte de estos trabajos elaborados por extranjeros o por colombianos que estudiaron o trabajaron en el extranjero, dependen de los intereses y tendencias que se desenvuelven y compiten en las distintas universidades. De allí la importancia de reconocer con claridad la forma en la que los temas latinoamericanos se inscriben dentro de las instituciones universitarias extranjeras y, posteriormente, delimitar el campo que alcanzan los estudios colombianistas dentro del más amplio mundo de los Estudios Latinoamericanos. Al respecto, los únicos esfuerzos que conozco relacionados con estos aspectos son los cuatro trabajos convocados para participar en *La historia al final del milenio* (1994).<sup>55</sup>

Los trabajos en cuestión coinciden en señalar que el ámbito colombiano dentro de los Estudios Latinoamericanos es muy inferior en comparación con los estudios sobre México, Argentina y Brasil; lo cual procura situaciones de "aparición" esporádica de los autores extranjeros con respecto al tema colombiano; es decir, que trabajan un tema y publican una monografía y no vuelven a desarrollar temas colombianos o lo hacen con espacios muy largos en el tiempo. Son pocos los historiadores extranjeros que mantienen esa continuidad. De igual modo, muchos de los trabajos realizados sobre Colombia no llegan ni a publicarse en el extranjero. Cuando sucede, generalmente por razones de

---

<sup>55</sup> Me refiero a los trabajos de Frank Safford, "La historiografía norteamericana sobre Colombia: la Colonia y el siglo XIX"; Georges Lomné, "El laboratorio francés de historiografía colombiana durante los últimos veinte años"; Malcolm Deas, "Nota sobre la historiografía inglesa relacionada con Colombia" y Hans-Joachim König y Dagmar Kusche, "Literatura, investigaciones y fuentes sobre la historia de Colombia en Alemania".

mercado no llegan a conocerse en el país. Además, de acuerdo a las tendencias que se manejan en las distintas coyunturas que enmarcan la aproximación hacia Colombia, hace que los temas no mantengan necesariamente una continuidad cronológica. Quizás uno de los rasgos más característicos de los estudiosos extranjeros sobre el pasado reciente colombiano es la presencia de otros científicos sociales distintos a los historiadores, en particular politólogos, geógrafos, economistas y sociólogos.

El balance realizado por los trabajos en cuestión revelan también los importantes aportes de los escritos históricos producidos por investigadores extranjeros sobre Colombia. Especialmente los estudios sobre los temas agrarios, económicos y más recientemente sobre las mentalidades.<sup>56</sup> Aunque el tema de los investigadores extranjero plantea una situación todavía por analizar más detalladamente, es necesario resaltar que los estudiosos extranjeros sobre Colombia han tenido una notable importancia en el impulso y orientación en la formación de postgrado de muchos historiadores colombianos y de otros tantos estudiosos extranjeros. Es así como puede resaltarse la estancia de historiadores colombianos desde fines de los años sesenta en la Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, la Universidad de Paris I y III; de allí la presencia del magisterio de François Xavier Guerra, Charles Minguet, Thomas Gomez, Daniel Pécaut y Thomas Calvo en la dirección de tesis de postgrado ocupadas con Colombia. Igualmente puede observarse la notable influencia del magisterio de Malcom Deas sobre los estudiantes que han asistido al St. Antony's College de la Universidad de Oxford;

---

<sup>56</sup> Sería inoficioso realizar una lista de obras realizadas por investigadores extranjeros que hayan abierto campos o líneas de investigación novedosas dentro de la escritura histórica en Colombia, pero a manera de ejemplo podrían citarse los textos de James J. Parsons, *Antioqueño colonization in western Colombia* (1949); William Paul McGreevey, *An economic history of Colombia 1845-1930* (1971); Catherine LeGrand, *Frontier expansion and peasant protest in Colombia 1850-1935* (1986); Daniel Pécaut, *L'ordre et la violence. Evolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953* (1987) y Hans-Joachim König, *Auf dem Wege zur Nation. Nationalismus im Prozeß der Staats- und Nation- bildung Neu-Granadas 1750 bis 1856* (1988).

aunque hay trabajos sobre Colombia dirigidos por Anthony McFarlane en la Universidad de Warwick. Por su parte, es mucho más diversificada la formación de los historiadores colombianos en los Estados Unidos. En este ámbito más disperso son importantes las figuras de David Bushnell, profesor de la Universidad de La Florida, y Frank Safford, de North Carolina. Recientemente en la Universidad de Notre Dame se han establecido algunos historiadores que tuvieron que salir del país por las actuales condiciones de violencia. Por último, en Alemania la Universidad Católica de Eichstätt ha impulsado los estudios sobre Colombia si se tiene en cuenta que allí laboran Hans-Joachim König y Dagmar Kusche.

Esta breve y somera enumeración hace necesaria una aproximación más precisa y sistemática que la mera descripción de los aportes que estos historiadores han hecho al conocimiento del pasado nacional. Es importante clarificar la constitución de sus trabajos y los referentes fundamentales de sus aproximaciones sobre la historia colombiana.

### **Los balances y las perspectivas de un oficio**

La pervivencia del oficio histórico y la renovación metodológica y temática expresan la madurez de una disciplina. Sin embargo, los diversos balances que se hicieron en la década de los noventa sobre la situación de la historia en Colombia diagnosticaron cierta "incertidumbre" en las direcciones que tomó el quehacer histórico.

En 1990, Jorge O. Melo plasmó una serie de reflexiones sobre la situación de la historia profesional colombiana.<sup>57</sup> La conclusión de dicho análisis fue que la historia en Colombia se desenvolvía en un marco de perplejidad debido a la crisis en los referentes políticos y teóricos dentro de los cuales se había formado y se había desplegado buena parte de la

---

<sup>57</sup> Jorge O. Melo, "Las perplejidades de una disciplina consolidada", en Carlos B. Gutiérrez (coord.), *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las ciencias sociales*, Bogotá, Uniandes, 1991, pp.

escritura de la historia profesional en la década de los setenta y los ochenta.

La crisis de “los paradigmas políticos” estaba unida a una crisis más profunda, relacionada con aquella: la fragmentación temática y temporal que llevó a los nuevos historiadores a la regionalización de los estudios históricos olvidando los esfuerzos y las perspectivas más globalizantes. Es decir, una especie de localización de la historia que pierde cada vez más, por la desconfianza en las generalizaciones anteriores, las intenciones de plantear miradas nacionales. Cada vez son menos frecuentes los trabajos de “historia total”. A este problema se le añadió la pérdida paulatina del perfil disciplinario de la historia cuando se movió en las fronteras de la cultura o de los estudios de la comunicación.<sup>58</sup> Por eso, los reclamamos de que “la historia debería estar más abierta hoy a la reafirmación de su especificidad, sin renunciar al diálogo interdisciplinario.”<sup>59</sup> No obstante, este aumento de la producción siguió conservando temáticas y modos de representación que se acuñaron en las décadas precedentes, por lo que los estudios regionales más recientes conservan, según esta perspectiva compartida por historiadores profesionales ya maduros, todavía los vacíos en torno a la parte teórica, a la reflexión y al acento en los factores de transformación de la sociedad.

Quizás el hecho más notable del desenvolvimiento de la disciplina histórica con respecto a las décadas anteriores fue la demostración palpable de un desplazamiento de los referentes económicos como base de las interpretaciones históricas. No deja de ser paradójico que la economía haya dejado de ser la ciencia social de referencia en el gremio de los historiadores justo cuando alcanzó la hegemonía en el ámbito de la

---

<sup>58</sup> Al respecto, Melo sostiene que los historiadores profesionales más jóvenes tienen una fascinación poco crítica por las nuevas modas y los nuevos lenguajes. En sus obras se impone “la jerga e imprecisión en los conceptos.” Cf. Jorge O. Melo, “Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial”, en Francisco Leal y Germán Rey (coords.), *Discurso y razón*, Op. cit., pp. 153-177

<sup>59</sup> Gonzalo Sánchez, “Diez paradojas y encrucijadas”, Op. cit., p. 77

administración estatal.<sup>60</sup> Una explicación de este fenómeno es del ámbito meramente disciplinar. El uso de la economía en la historia se encontraba estrechamente ligado a las expectativas políticas desde las cuales se escribieron los trabajos socioeconómicos, cuando esas expectativas cambiaron también tuvieron que transformarse las perspectivas desde las cuales se enfrentaron los nuevos y los viejos problemas que ocuparon a los historiadores profesionales.

La desazón en la realización de los balances encontró un punto culminante en las reflexiones que Jesús Antonio Bejarano presentó al X Congreso de Historia (1997). Bejarano detectó una crisis metodológica de la historia profesional más reciente que le llevó a concebir la idea de que la historia profesional en Colombia llegó a la fase de “una historia *light*” regida por la moda, la fragmentación y la des-politización. Es decir, consideró que a la más reciente producción histórica le cabría bien la afirmación de que era una “historia en migajas”. Para Bejarano, “el extravío” de la historia en Colombia:

(...) comprende no solamente los problemas de método, la significación de los temas, y por supuesto un nuevo sentido de la naturaleza del conocimiento histórico, sino también y como una cuestión más fundamental, la utilidad académica, social y política de ese conocimiento.<sup>61</sup>

Bejarano consideró que la historia en Colombia perdió su rumbo y la causa de ello se debió a la pérdida de identidad de la disciplina, la dispersión temática y metodológica, la inexistencia de una comunidad académica y la segregación de las ciencias sociales. Especialmente esta última acción constituyó para Bejarano la prueba de la postura aislacionista de los historiadores. Según su análisis, la ausencia de diálogo

<sup>60</sup> El tema de los grupos de elite técnica es recurrente en los trabajos más recientes de Marco Palacios. Hace poco elaboró un estudio en el que alcanzó mucha más precisión sobre este fantasma temático en “Saber es poder: el caso de los economistas colombianos” (2000), en Marco Palacios, *De populistas, mandarinés y violencias*, Op. Cit., pp. 99-158

<sup>61</sup> Jesús A. Bejarano, “Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”, en *ACHSC*, núm. 24, 1997, pp. 293-294

con la economía impidió a la historia plantear explicaciones generales que debería ofrecer.

Las tesis de Bejarano son extremistas y su exposición es confusa. Hay una sobrevaloración en sus análisis del modo de hacer la historia por los primeros historiadores profesionales y la utilidad de la economía para comprender la realidad nacional. Además, por los temas desarrollados hasta aquí es evidente la existencia de una comunidad de científica en el ámbito de la escritura de la historia en el país, independientemente del modo en el que esa "comunidad" se desenvuelva y enfrente limitaciones y dificultades. Estas posturas no pueden hacer a un lado la parte más valiosa de estas consideraciones, a veces atropelladas: las reflexiones sobre los balances históricos realizados anteriormente.

Al comienzo del escrito, Bejarano se preguntó por qué los historiadores colombianos no se percataron del viraje que se dio en la práctica del oficio y por qué no se reflexionó "lo suficiente sobre qué es lo que se ha ganado y lo que se ha perdido" con estas transformaciones. La dificultad, según él, radicó en la ausencia de la reflexión historiográfica. En 1994 los profesores de historia de la Universidad Nacional publicaron un par de volúmenes con el título: *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Este trabajo inédito en el país por su magnitud y por su utilidad no correspondió a lo que debería entenderse por reflexión historiográfica. Para Bejarano, como para mí, los esfuerzos que se reunieron en esta obra colectiva son ejercicios eruditos que plantean una reseña muy juiciosa de las obras que se ocupan, pero que no ofrece un balance del estado de los problemas ni los vacíos que existen. Es decir, no hay allí una reflexión sobre la validez de los conceptos y los métodos que usan las obras que se reseñan. Además, como sucede con el ensayo de Bejarano, la forma en que se impusieron las tendencias metodológicas y temáticas en las décadas de los setenta a los noventa en el ámbito universitario impidió el debate crítico al seno mismo del gremio de



los historiadores. Como en otros casos que se han reseñado aquí, el texto de Bejarano espera respuestas.

Las comprobaciones fáciles como que a la historia en Colombia le queda mucho por desarrollar en el campo comparativo, por ejemplo, que le permitiría superar su provincianismo y proponer una imagen mucho más integrada de las realidades nacionales, no bastan para responder la cuestión central formulada por Bejarano:

¿No estamos experimentando más bien una trivialización del conocimiento y en algunos casos una franca frivolidad que se confunde con una transformación temática y que a veces parece convertir a la historia en una respetable forma de la literatura, útil como divertimento, tal vez para conocernos a nosotros mismos, pero incapaz de proveer explicaciones sobre la sociedad en cualquiera de sus manifestaciones colectivas?<sup>62</sup>

Una posible respuesta al cuestionamiento y las conclusiones pesimistas de Bejarano se encuentra en la constatación del agotamiento de los esquemas de representación que defiende con tanto ahínco. Por ejemplo, es evidente la poca valoración de la tarea de reconocer los rasgos fundamentales de la nación colombiana en los esquemas usados por los primeros historiadores profesionales. Esa subvaloración no concuerda con los afanes de rastrear los procesos de la formación del Estado colombiano, la representación popular y el papel del conocimiento en el desarrollo democrático, que postulan muchos de esos estudios. Si no se aproxima desde el ámbito cultural a “la representación popular” para definir qué es y quienes conforman “lo popular” no se puede creer que sólo la explicación de los procesos políticos electorales proporcionarían una explicación adecuada del fenómeno. En este sentido, el carácter complementario del interés por los temas culturales no corresponde sólo a la recepción dogmática de una corriente de moda, como lo suponía Bejarano y como lo

---

<sup>62</sup> Ibid., p.291

demuestran trabajos de la calidad de Mario Aguilera, *Insurgencia en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil 1893-1895* (1995)

Después de los terribles acontecimientos que suscitó la emergencia del narcotráfico a fines de los años ochenta con toda la carga de incertidumbre, a la manera del fenómeno de la Violencia en los años sesenta, permitió creer en la utilidad de explorar una realidad heterogénea y conflictiva. Y como en aquella oportunidad, se creyó en la necesidad de “repensar el país” para poder “reconstruirlo”. De allí la “utilidad” de las ciencias sociales, incluida la historia que tanto le preocupa a Bejarano. El renacimiento del tema de la identidad y los clamores por explicar las razones que impidieron la constitución de unas prácticas y símbolos inclusivos dentro de los esfuerzos históricos son parte de la nueva situación.

La primera etapa de la historia profesional no le interesaban estos temas por las implicaciones metodológicas que le supusieron sus puntos de partida; además, daba por supuesta la realidad de un Estado nacional. Las carencias de los análisis económicos y políticos para comprender la compleja realidad colombiana, expuestas en las dificultades de estos historiadores para explicar procesos como la constitución de la nación, demuestran la necesidad de renovar las estructuras de comprensión utilizadas por los historiadores.

Como en otros aspectos, Germán Colmenares fue un precursor. En la etapa final de su vida retornó a los temas de la reflexión teórica y del estudio de la historia de las ideas. Desde los años sesenta había afirmado que

(...) si bien existe el peligro de incurrir en una interpretación histórica provinciana, parece más grave el de una generalización apresurada. Interpretación provinciana quiere decir en este caso la que se localiza demasiado estrechamente, es decir, aquella que se establece con respecto de factores que no trascienden el horizonte geográfico de América y ni siquiera de Colombia. La generalización consiste en vincular arbitrariamente un acontecimiento europeo de alguna

trascendencia con un fenómeno semejante en América. Este tipo de error está vinculado al intento de interpretación causal que liga siempre un antecedente al hecho que se trata de explicar.<sup>63</sup>

Por eso, en la última fase de su vida, dio los primeros pasos para analizar las complejas relaciones entre la historia y las ciencias sociales. Para Colmenares, los fenómenos que analizaban historiadores, antropólogos y etnólogos planteaban la necesidad de comprender los hechos desde “los códigos culturales dentro del cual se producen”.

El historiador tiene problemas de representación y comprensión similares a los del etnógrafo y el antropólogo porque debe construir una “interpretación de hechos inscritos en códigos culturales cuya clave no se posee.” Por eso, el historiador debería evaluar las posibilidades de emplear un concepto como el de cultura entendido, según Clifford Geertz, como las relaciones de integración y comprensión de los fenómenos sociales sintetizadas en símbolos transmitidos históricamente. Para Colmenares esta precisión del concepto “cultura” representa un punto de partida que enriquecería el trabajo histórico y permitiría dejar de lado el uso de categorías que no explican los procesos históricos o, por lo menos, preguntarse por las implicaciones de poner el acento sólo en un aspecto de la realidad como lo hacía la historia socioeconómica. Por ejemplo, permitiría renovar los estudios de la historia política porque

Si poseyéramos para cada época una red de significaciones a la cual pudiéramos referir cada gesto, cada ceremonia o cada uno de los actos sociales, es decir, si pudiéramos descifrarlos de acuerdo con un código establecido de antemano (o códigos, en el caso de la coexistencia de una multiplicidad de culturas, como en América Latina), desaparecería la extrañeza que produce el distanciamiento temporal.<sup>64</sup>

Este planteamiento supone una aparente determinación y dependencia de la historia de disciplinas como la antropología o la

<sup>63</sup> Germán Colmenares, “Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada de 1848 (1848-1854)”, en *BCB*, vol. IX, núm. 3, 1966, p. 396

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 12

etnología, pero Colmenares trató de diferenciarlas, especialmente al recalcar las consideraciones que mantienen aquellas disciplinas sobre la existencia de “una base inquebrantable de la sociedad humana” y el uso que hacen de modelos ahistóricos de comprensión de realidades históricas. Decía Colmenares que:

En cierta medida la historia se ha alimentado en los últimos cincuenta años de las expectativas que suelen crearse de vez en cuando en torno al resto de las ciencias sociales (...) Esto ha hecho ver a menudo a la historia como un campo de observaciones preliminares en espera del soplo vivificador de un espíritu teórico o como una especie de trasfondo susceptible de reforzar el alcance de los problemas definidos por otras ciencias sociales.<sup>65</sup>

La razón que encontraba el historiador bogotano para sustentar la dependencia de la historia con respecto a las ciencias sociales radicaba en el hecho de que “no existe una definición autónoma o propiamente histórica de los hechos en que se ocupa la historiografía.” Los hechos no existen “puros” sino como parte de una estructura de comprensión que elabora el historiador y que también lo hace el científico social. La apelación de la historia a las categorías de las ciencias sociales le dieron la posibilidad de ofrecer “un efecto de realidad”. De allí que fuera importante explorar los avances de estas disciplinas y las dificultades a las que se habían tenido que enfrentar para analizar al interior de la historia los efectos de los usos de esas categorías y a partir de esas conclusiones recalcar los rasgos característicos de la historia como disciplina. La riqueza de la historia sólo podría provenir de mantener abierto los canales de comunicación con las ciencias sociales. Por eso, insistía en la importancia de que los historiadores retomaran el aporte de disciplinas como la antropología y la etnografía, no sólo de la economía, la sociología y la ciencia política, que se ocupaban con el tema de la cultura.

---

<sup>65</sup> Germán Colmenares, “Sobre fuentes, temporalidad y escritura de la historia”, en *BCB*, vol. XXIV, núm. 10, 1987, pp. 5-6

Las preocupaciones y los acentos que indicaba el historiador bogotano, pusieron a Colmenares a la vanguardia en las nuevas formas de escribir la historia en el país, cuyos referentes teóricos ya no eran más los de la economía sino de disciplinas nuevas, no tenidas en cuentas anteriormente. Estos intereses tampoco lo pueden vincular mecánicamente a la adscripción de la historia de las mentalidades, porque trataba de mantener vivo el interés por la historia política, las reflexiones sobre los alcances metodológicos de estos ejercicios, la necesidad de confrontar estos planteamientos con la peculiaridad de las situaciones locales en América Latina y la necesidad de circunscribir estos fenómenos dentro de las relaciones de dominación, de resistencia y asimilación.<sup>66</sup>

### **Un horizonte de perplejidad**

El quehacer de la historiografía como se ha desarrollado en esta investigación pretendió reflexionar sobre las posibilidades que ofrecen las formas de representación sobre la nación elaboradas por los historiadores colombianos. Estas imágenes han sido aceptadas por buena parte de los colombianos y hoy requieren una aproximación crítica que no sólo permita confrontar nuestras consideraciones sobre el quehacer histórico sino que también posibilite preguntarse por el significado de la tradición de la escritura histórica en Colombia y pueda extenderse a contextos mucho más amplios.

Los discursos y las acciones políticas que son concomitantes a la composición y caracterización esencial de la sociedad colombiana desconocieron la compleja realidad de las zonas marginales y de frontera interior. Sus alcances se circunscribían a la imagen pacata y recatada del altiplano central colombiano que se impuso como “imaginario nacional”. Esta imagen de la colectividad nacional no tenía aplicación alguna como

---

<sup>66</sup> Comparto esta conclusión expuesta por Margarita Garrido, “Germán Colmenares: sobre investigación y escritura”, en *Historia y sociedad* (Medellín), núm. 4, 1997, p. 12

criterio de unificación tal como lo demostraron los prejuicios que expresaban los grupos letrados andinos por las llamadas “tierras calientes” y la permanencia de los regionalismos durante el siglo XX en el ámbito de todas las relaciones entre el Estado y la sociedad colombiana.<sup>67</sup> Tales prejuicios fueron acogidos por “los historiadores” decimonónicos. De esta manera, los proyectos políticos nacionales que encontraron expresión en los trabajos históricos del XIX forjaron los ideales de ciertos grupos sociales. Esta característica no es exclusiva de los textos colombianos sino que participaron de una tendencia de su tiempo en toda América Latina. Pese a estos rasgos tan visibles desde la posteridad y el clima de la multiculturalidad de este presente, no pudo hacernos perder de vista que aquellos relatos instauraron los mitos fundadores del actual Estado colombiano y sirvieron de sustento al moldeamiento de un pasado nacional, así como a la constitución de iconos en los cuales debía reconocerse la pertenencia a la nación que apenas estaba en consolidación. En este sentido, fueron muy relevantes las tareas que se le encomendaron a la Academia Colombiana de la Historia.

La primera mitad del siglo XX vivió la emergencia de nuevas interpretaciones del pasado nacional, especialmente acuñadas por militantes del Partido Liberal. Es decir, hay un repunte de la visión y el proyecto político que salió derrotado de las cruentas guerras civiles del XIX. Se hicieron evidentes las diferencias sobre la construcción del imaginario nacional en los niveles de la memoria histórica que se

---

<sup>67</sup> La Iglesia católica como institución se refería constantemente a las dificultades que tenía de abarcar la totalidad del territorio, especialmente las “tierras calientes” donde se establecieron los cultivos de agroexportación en el siglo XIX. Prácticamente estos territorios estaban por fuera de los alcances de las poblaciones urbanas desde la época Colonial y se constituyeron en refugio y espacio en el que surgieron sociedades que escapaban a todos los moldes de “civilización” que pregonaban las elites ilustradas urbanas. Los estudios de Virginia Gutiérrez de Pineda ilustran claramente sobre este punto en trabajos pioneros como *Familia y cultura en Colombia. Tipologías, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y las estructuras sociales*, 2ª ed., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975 (Biblioteca Básica Colombiana, 3) Editado por primera vez en 1963 y complementado con el trabajo *La familia en Colombia: trasfondo histórico*, Medellín, 2ª ed., Universidad de Antioquia, 1997. La primera edición es de 1968.

expresaban también en el mundo de la vida política. No obstante estas divergencias, la postura sobre la constitución de la nación siguió en pie. La colectividad colombiana seguía interpretada desde los prejuicios raciales y letrados que se expresaron en el XIX. El revisionismo histórico que se promovió desde esta perspectiva, sin duda no se presentó como un competidor de las versiones difundidas y consagradas por la Academia, pero a la larga, sirvieron para transformar la escritura de la historia nacional.

En las agitadas décadas de los sesentas y los setentas, predominó la tendencia a convertir el conocimiento del pasado como una plataforma de la estrategia política subordinó el conocimiento histórico a los intereses de la acción más que a la conformación de una tradición de conocimiento científico. En aquel periodo, como se ha dado recientemente en un contexto de crisis, pulularon los escritos de "testimonio" y "memorias" cuya labor inmediata fue la clarificación de la organización política y no el enfrentamiento con la realidad a partir del uso de metodologías acuñadas en el ámbito académico para el conocimiento del pasado. En ese momento emergió una nueva forma de escribir la historia: los relatos de los historiadores profesionales. Desde ese momento se estableció una clara diferenciación del quehacer histórico entre profesionales y aficionados. Quedaron expuestos los principios de interpretación que diferencian a la historia del ensayo o de la literatura. La profesionalización de la historia se hizo con base en la incorporación y apropiación de criterios metodológicos que se difundían a través de las universidades.

A partir del uso de categorías y metodologías claramente establecidas dentro de las comunidades académicas se distinguieron las formas de escribir la historia en Colombia. El evento que clarificó esta coexistencia de escrituras surgió en una esporádica y no sellada "batalla de los manuales" en 1985. Los periódicos fueron los mediadores de este encuentro, con lo que ello implica política y epistemológicamente para el desenvolvimiento de una profesión.

Si bien la mayoría de los historiadores profesionales colombianos lograron perfeccionar su oficio en Europa y los Estados Unidos esto no significó una rápida conexión de la producción histórica nacional en el ámbito internacional. El uso de las metodologías más contemporáneas no le llevaron a superar el marco local de sus intereses y su trascendencia. La historia colombiana sigue siendo todavía una historia ensimismada, lo que la hace proclive a seguir dogmáticamente los derroteros de las modas metodológicas y a inhibir los esfuerzos teóricos y de reflexión sobre sí misma. Este aislamiento se refleja también en lo poco que ha participado para establecer canales de comprensión del mundo latinoamericano del que hace parte.

En buena medida esos efectos inesperados y lacónicos surgieron de un problema que hasta ahora ha empezado a tenerse en cuenta: la existencia de facultades o departamentos de historia no garantizan la formación de investigadores en historia. Generalmente estos núcleos académicos son la fuente en la formación de profesores para la educación secundaria, mínimamente para la primaria —dada la condición subalterna de este campo dentro del gremio magisterial colombiano—, y para la renovación de los profesores universitarios. La inexistencia, por ejemplo, de un Instituto de Investigaciones Históricas es un buen rasgo de ello. La ausencia de un Instituto especializado ha imposibilitado las investigaciones continuadas y sistemáticas sobre el pasado nacional. De ahí que una buena parte de los historiadores formados en las licenciaturas en Ciencias Sociales descubran que su campo de trabajo se encuentra en el mundo de la docencia o de los cargos públicos. La profesionalización de la historia se ha reducido a la educación de docentes en historia y a instruir “profesores especializados” en el adiestramiento de otros profesores en estas materias, pero no en la formación y el auspicio de núcleos de investigación.

La historia profesional trajo consigo la renovación de los estudios históricos en el país. Su impacto fue enorme y su aceptación envidiable.



Desde una mirada generalizadora, este grupo de historiadores modificó las versiones que se tenían del pasado nacional, enriqueció las perspectivas y los alcances del oficio histórico. La heterogeneidad política de quienes integraron estos esfuerzos no impidió que pudiera percibirse la riqueza de las dimensiones del pasado nacional. Efectivamente, la historia profesional cambió las imágenes que se tenían del país, pero también desencadenó una serie de nuevos problemas. Si bien le abrió una importantísima aceptación al oficio del historiador en el ámbito social colombiano, el esfuerzo permanente de los primeros historiadores profesionales sucumbió a la participación de sus principales exponentes dentro del mundo burocrático estatal que impidió la continuación o terminación de obras de largo aliento. Hoy día, en plena madurez, muchos de esos “historiadores famosos” se conforman con la publicación reiterada de libros compuestos de ensayos de la más diversa índole.

De otra parte, la novedad de los primeros trabajos históricos ratificó la existencia de un importante mercado editorial que finalmente monopolizaron algunos historiadores y ciertas empresas editoriales. El desenvolvimiento de este fenómeno es un campo ignoto para las investigaciones en el país, pero se entrevé la necesidad de replantear los logros de esta industria si se tienen en cuenta los límites que dejó entrever “la guerra de las imágenes” que se vislumbró en “la batalla de los manuales” de 1985. Allí se percibió claramente cómo se entremezclaron la política y la historia dentro de la lucha por la imposición de una idea de la nación y de su proyección hacia el futuro. Los proyectos para delimitar una “cultura básica nacional” como el soporte de un propósito que conjuntara los elementos que son comunes a todos los grupos que conforman la sociedad colombiana, fallaron reiteradamente. La promoción de una “conciencia nacional” o de un “sentimiento de unidad nacional” pasó de la noción de un cuerpo social exclusivamente de blancos criollos a una sociedad abigarrada homogeneizada por el sentimiento religioso pero al empezar el siglo XXI el proyecto nacional es diferente al que se explicitó

en aquellos momentos, ahora urge precisarlo tanto hacia el pasado como hacia el futuro.

Por eso, este trabajo de revisión histórica dentro del ejercicio de la historia y de las imágenes que ofreció de la nación colombiana plantea sobre todos tareas a realizar, entre ellas la revaloración del diálogo interdisciplinar. En Colombia, como en América Latina, el oficio de la historia ha sido un ejercicio de la ideología y no un trabajo científico. El predominio de los dogmas, de las frases hechas sin contrastación empírica, la ausencia de discusión con la tradición de conocimiento en la que se insertan las obras, el uso irreflexivo de categorías, han terminado por ocultar la realidad a través de la consolidación paulatina de ciertos mitos historiográficos que se han vuelto moneda corriente, especialmente por el uso que de estos mitos se hace en la escuela y en la universidad. Es necesario no dejar de lado los legados recibidos y dialogar con ellos críticamente. De allí la necesidad de volver la vista nuevamente al problema regional pero armados de nuevas herramientas y de nuevos planteamientos críticos como los que sugiere la vinculación de los *procesos regionales con respecto a la conformación de una unidad nacional*. Es decir, repensar los problemas del multirregionalismo y la militancia política excluyente con respecto a la construcción de una identidad nacional y de una sociedad tolerante como la que añoramos hoy día.

**BIBLIOGRAFÍA****Revistas**

*Acción Liberal* (Bogotá)

*Análisis Político* (Santafé de Bogotá)

*Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá)

*Boletín de la Academia Colombiana de la Lengua* (Bogotá)

*Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango* (Bogotá)

*Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá)

*Controversia* (Bogotá)

*Credencial Historia* (Santafé de Bogotá)

*Cuadernos Americanos* (México)

*Deslinde* (Bogotá)

*Eco. Revista de la cultura de Occidente* (Bogotá)

*The Hispanic American Historical Review* (Durham)

*Historia Crítica* (Santafé de Bogotá)

*Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín)

*Journal of Latin American Studies* (London)

*Lecturas Dominicales de El Tiempo*, (Santafé de Bogotá)

*Maguaré* (Santafé de Bogotá)

*Mito. Revista bimestral de cultura* (Bogotá)

*Nómadas* (Santafé de Bogotá)

*Otras Quijotadas* (Medellin)

*Política y Cultura* (México)

*Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología*  
(México)

*Razón y Fábula* (Bogotá)

*Revista de América* (Bogotá)

*Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* (Bogotá)

*Revista Colombiana de Educación* (Bogotá)

*Revista Colombiana de Sociología* (Santafé de Bogotá)

*Revista de Estudios Sociales* (Santafé de Bogotá)

*Revista Mexicana de Sociología* (México)

*Revista de Occidente* (Madrid)

*Revista de la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá)

*Revista de la Universidad Nacional. Sede Medellín* (Medellín)

*Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales.* (México)

*Vanguardia Liberal Dominical* (Bucaramanga)

### **Periódicos:**

*El Espectador* (Santafé de Bogotá)

*El Siglo* (Bogotá)

*El Tiempo* (Bogotá)

### **Fuentes de Internet**

[www.banrep.gov.co/blaa](http://www.banrep.gov.co/blaa)

[www.icfes.gov.co](http://www.icfes.gov.co)

[www.oei.es/quipu](http://www.oei.es/quipu)

[www.presidencia.gov.co](http://www.presidencia.gov.co)

## Artículos:

**Abad Faciolince, Héctor, Gabriel García Márquez, Fernando Botero, Álvaro Mutis, Fernando Vallejo, William Ospina y Darío Jaramillo Agudelo**, *Carta dirigida al Presidente de España, José María Aznar, del 18 de marzo de 2001*, en *El País* (Madrid), 18 de marzo de 2001

**Acevedo Carmona, Darío**, "Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX" en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (Bogotá), núm 18-19, 1990/1991, pp. 125-144

**Acosta, Carmen C**, "Sobre la literatura del pasado: la novela histórica, vicisitudes de un género" en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (Bogotá), núm. 25, 1998, pp. 135-145

**Álvarez, Jaime y Néstor J, Rueda**, "Nación-Región: perspectiva histórica en tiempos de negociación", en *Vanguardia Liberal Dominicana* (Bucaramanga), 23 de abril de 2000

**Arciniegas, Germán**, "Los 80 años de la Academia", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, núm. 737, 1982, pp. 536-539

\_\_\_\_\_. "Hace 150 años regresó Santander y la República quedó restaurada", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, núm. 738, 1982, pp. 605-613

\_\_\_\_\_. "Historia a patadas", en *El Tiempo*, (Bogotá), 3 de octubre de 1985

\_\_\_\_\_. "La gallina Nicaragua", en *El Tiempo* (Bogotá), 14 de noviembre de 1985

\_\_\_\_\_. "Motilando próceres", en *Semana* (Bogotá) 23 de diciembre de 1985

- \_\_\_\_\_. "Pronunciamento de la Academia Colombiana de Historia sobre los textos 'Nuestra Historia' (Editorial Estudio) de Rodolfo de Roux y 'Historia de Colombia. Grado 9' (Editorial El Cid) de Salomón Kalmanovitz y Silvia Duzán", suscrita por Germán Arciniegas en *El Tiempo* (Bogotá), 24 de febrero de 1989
- Archila, Mauricio**, "¿De la revolución social a la conciliación? Algunas hipótesis sobre la transformación de la clase obrera colombiana (1919-1935)", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 12, 1984, pp. 551-102
- \_\_\_\_\_. "La otra opinión: la prensa obrera en Colombia 1920-1934", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 13-14, 1985-1986, pp. 209-238
- \_\_\_\_\_. "Entre la academia y la política: el movimiento estudiantil en Colombia 1920-1974", en **Renate Marsiske (coord.)**, *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México-CESU-Plaza y Valdés, 1999, pp. 158-174
- Arévalo, Decsi**, "Misiones económicas internacionales en Colombia 1930-1960", en *Historia Crítica* (Santafé de Bogotá), núm. 14, 1997, pp. 7-24
- Bateman, Alfredo D.**, "Una misión científica en los albores de la República", en *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá), vol. II, núm. 17, 1953, pp. 207-213
- Bejarano, Jesús A.**, "La necesidad del saber histórico" (1976), en **Jesús A. Bejarano et al.**, *El nuevo pensamiento colombiano*, Bogotá, Fedelco, 1977, pp. 173-186
- \_\_\_\_\_. "Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Santafé de Bogotá), núm. 24, 1997, pp. 283-329
- Beltrán, Miguel**, "Al rescate de Antonio García", en *La Jornada* (México), 11 de diciembre de 1994
- \_\_\_\_\_. "Breve panorama de la historiografía colombiana en el siglo XX" (2000), texto inédito
- Bergquist, Charles**, "En nombre de la historia: una crítica disciplinaria de *La historia doble de la Costa de Orlando Fals Borda*", en *Anuario*

*Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núms. 16-17, 1988/1989, pp. 205-229

**Buchbinder, Pablo**, "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* (Buenos Aires), 3ª serie, núm. 13, 1996, pp. 59-82

**Bushnell, David**, "Bolívar y Santander: dos vertientes de una sola política", en *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* (Bogotá), núm. 511, 1980, pp. 39-46

\_\_\_\_\_. "Conversación sobre Santander", en *Deslinde* (Bogotá), núm. 11, 1992, pp. 37-48

**Cacua, Antonio**, "Francisco de Paula Santander fundador de colegios y universidades", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, núm. 738, 1982, pp. 635-640

\_\_\_\_\_. "Historia del Instituto Universitario de Historia de Colombia", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 760, 1988, pp. 127-139

\_\_\_\_\_. "La enseñanza de la historia de Colombia", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 766, 1989, pp. 641-664

**Camacho Roldán, Salvador**, "Estudio de la sociología. Discurso leído en la sesión solemne de la Universidad Nacional para la distribución de premios a los alumnos, el 10 de diciembre de 1882", en *Cien años de la sociología en Colombia 1882-1982*, Bogotá, Universidad Nacional, 1982, pp. 1-32

**Cataño, Gonzalo**, "Un clásico de la historiografía nacional: *Economía y cultura* de Luis E. Nieto Arteta", en *Historia Crítica* (Santafé de Bogotá), núm. 15, 1997, pp. 13-29

**Colmenares, Germán**, "Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada de 1848 (1848-1854)", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. IX, núm. 3, 1966, pp. 388-410

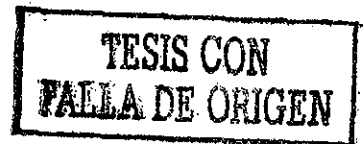
\_\_\_\_\_. "Ciencia histórica y tiempo presente", en *Razón y Fábula* (Bogotá), núm. 5, 1968, pp. 77-85

\_\_\_\_\_. "La historiografía científica del siglo XX. El caso de la Escuela francesa de los Annales", en *Eco. Revista de la cultura de Occidente* (Bogotá), tomo XXXI/6, núm. 192, 1977, pp. 561-602

- \_\_\_\_\_. "La Historia de la Revolución por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica", en **Germán Colmenares et al.**, *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 7-23 (Colección de Autores Nacionales: tercera serie, 7)
- \_\_\_\_\_. "Sobre fuentes, temporalidad y escritura de la historia", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. XXIV, núm. 10, 1987, pp. 3-18
- \_\_\_\_\_. "El concepto de región en la historia de Colombia", en *Otras Quijotadas* (Medellín), núms. 4-5, 1987, p. 9-12
- \_\_\_\_\_. "La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. 27, núm. 22, 1990, pp. 3-19
- \_\_\_\_\_. "La batalla de los manuales en Colombia", en **Michael Riekenberg (comp.)**, *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1991, pp. 122-134
- Cortés, José D.**, "Regeneración, intransigencia y régimen de cristiandad", en *Historia Crítica* (Santafé de Bogotá), núm. 15, 1997, pp. 3-12
- Cruz V., Danilo**, "El caso Arciniegas. De América y otras cosas", en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, (Santa Fe de Bogotá), 12 de diciembre de 1999
- de Roux, Rodolfo**, "Catecismos patrios", en el *Magazín Dominical de El Espectador* (Bogotá), 4 de junio de 1989
- \_\_\_\_\_. "Mémoire patriotique et modélisation du futur citoyen. Les manuels scolaires", en François Xavier Guerra (ed.), *Mémoires en devenir. Amérique Latine XVI-XX siècle*, Bordeaux, 1994, pp. 337-347 (Collection de la Maison des Pays Iberiques, 62)
- \_\_\_\_\_. "Historia, democracia, intolerancia. Un episodio colombiano", en *L'Ordinaire Latino-Americain* (Toulouse), núm. 162, 1996, pp. 76-80
- Deas, Malcolm**, "Algunas consideraciones sobre la historia del caciquismo en Colombia", en *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 127, 1973, pp. 118-140



- \_\_\_\_\_. "La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República" en **Marco Palacios (comp.)**, *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México, El Colegio de México, 1983, pp. 149-173
- \_\_\_\_\_. "Venezuela, Colombia y Ecuador" en **Leslie Bethell (ed.)**, *Historia de América Latina*, vol. 6, Barcelona, Crítica, 1991, pp.
- Delpar, Helen**, "Aspects of Liberal factionalism in Colombia, 1875-1885", en *The Hispanic American Historical Review* (Durham), vol. 51, núm. 2, 1971, pp. 250-274
- \_\_\_\_\_. "The liberal record and colombian historiography an indictment in need of revision" en *Revista Interamericana de Bibliografía* (Washington), vol. XXXI, núm. 4, 1981, pp. 524-537
- Devoto, Fernando**, "Relatos históricos, pedagogías cívicas e identidad nacional: el caso argentino en la perspectiva de la primera mitad del siglo XX", en **Javier Pérez y Verena Radkaw (coors.)**, *Identidad en el imaginario nacional. Reescritura y enseñanza de la historia*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanas- Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto Georg Eckert, El Colegio de San Luis, 1998, pp. 37-59
- Díaz, Oswaldo**, "Informe de labores correspondientes al año académico 1964-1965", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núms. 612-614, 1965, pp. 654-670
- Fals Borda, Orlando**, "Comentarios a la Mesa Redonda sobre *La historia doble de la Costa*", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núms. 16-17, 1988/1989, pp. 231-240
- Fischer, Thomas**, "Desarrollo hacia afuera y guerras civiles en Colombia 1850-1910", en *Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín) vol. 23, núm 1-2, 1997, pp. 91-120
- \_\_\_\_\_. "Antes de la separación de Panamá: la guerra de los Mil Días, el contexto internacional y el Canal", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (Santafé de Bogotá), núm. 25, 1998, pp. 73-107
- García, Antonio**, "El Instituto Indigenista y el problema indígena", presentación a Juan Friede, *Los indios del Alto Magdalena. Vida, lucha y exterminio 1609-1931*, Bogotá, Centro, 1943, pp. 3-8



- \_\_\_\_\_. "Colombia. Esquema de una república señorial", en *Cuadernos Americanos* (México), vol. CXIX, núm. 6, 1961, pp. 76-133
- \_\_\_\_\_. "La autonomía en el proceso de la Universidad colombiana", en Varios autores, *La autonomía universitaria en América Latina*, vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, pp. 125-188
- Garrido, Margarita**, "Germán Colmenares: sobre investigación y escritura", en *Historia y sociedad* (Medellín), núm. 4, 1997, pp. 7-15
- Garzón, Eduardo**, "Evolución histórico-economista en el país", en *Acción Liberal* (Bogotá), vol. 2, octubre, 1934, pp. 947-950
- Gómez, Gustavo**, "Ponencia sobre unificación de normas generales para la fundación y funcionamiento de Academias de Historia regionales y Centros de Historia", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núms. 660-662, 1969, pp. 549-560
- Gómez Hurtado, Álvaro**, "Recordando con ira", *El Siglo*, 30 de diciembre de 1980
- González, Fernán**, "Aproximación a la configuración política de Colombia" en *Controversia* (Bogotá), núms. 153-154, 1989, pp. 19-72
- \_\_\_\_\_. "La formación de investigadores en la acción investigativa: la experiencia del CINEP (1972-1997)", en *Nómadas* (Santafé de Bogotá), núm. 7, 1997/1998, pp. 97-111
- Griffin, Charles C.**, "The project on the History of America of the Comision on History" en *Revista de Historia de América* (México), núm. 34, 1952, pp. 469-489
- Gutiérrez Girardot, Rafael**, "La literatura colombiana en el siglo XX" en **Jaime Jaramillo Uribe (coord.)**, *Manual de historia de Colombia*, vol. 3, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980, pp. 445-536
- \_\_\_\_\_. "La ciencia conservadora", en *Gaceta de COLCULTURA* (Bogotá), núm. 35, 1981, pp. 21-24.
- \_\_\_\_\_. "El debate de los historiadores", en *La Prensa* (Bogotá), 13 de abril de 1989
- Gutiérrez Sanín, Francisco**, "La literatura plebeya y el debate alrededor de la propiedad (Nueva Granada 1849-1854)", en Hilda Sabato (comp.), *Ciudadanía política y formación de las naciones, Perspectivas*

*históricas de América Latina* México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México 1999, pp. 181-201 (Fideicomiso Historia de las Américas)

**Guzmán, Diego Rafael de**, "Importancia del espíritu español en las letras colombianas. Discurso leído en la Junta Inaugural de la Academia Colombiana de la Lengua, el 6 de agosto de 1877", en *Boletín de la Academia Colombiana de la Lengua*, (Bogotá), tomo XXI, núm. 132, 1981, pp. 87-90

**Halperin Donghi, Tulio**, "La historia social en la encrucijada" (1985), en **Tulio Halperin Donghi**, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp.

\_\_\_\_\_. "Situación de la historiografía latinoamericana", en *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá), núms. 17-18, 1988, pp. 53-82

**Havens, Eugene**, "Aspectos metodológicos en el estudio del desarrollo", en **Varios autores**, *Metodología y desarrollo en las ciencias sociales: efectos del crecimiento dependiente sobre la estructura social colombiana*, Bogotá, Presencia, 1977, pp. 33-70

**Helg, Aline**, "La educación primaria y secundaria durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) Proyectos y realizaciones", en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 6, 1980, pp. 9-36

\_\_\_\_\_. "La educación en Colombia 1958-1980", en *Nueva historia de Colombia*, vol. IV, Bogotá, Planeta, 1989, pp. 135-158

**Herrera, Martha C. y Carlos Low**, "Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida de pasión, investigación y docencia", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. XXIV, núm. 10, 1987, pp. 19-34

\_\_\_\_\_. "Roberto Pineda Giraldo: 40 años de antropología colombiana", en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 20, 1989, pp. 9-24

\_\_\_\_\_. "Las ciencias humanas y el ambiente académico en Colombia entre 1930 y 1950", en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 22-23, 1991, pp. 91-109

**Hobsbawm, Eric**, "De la historia social a la historia de la sociedad" (1970), en **Eric Hobsbawm**, *Marxismo e historia social*, trad. Diego Sandoval,

Puebla, Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, 1983, pp. 21-44

**Jaramillo Uribe, Jaime**, "Formas y vicisitudes del liberalismo colombiano en el siglo XIX", en *Eco. Revista de la cultura de Occidente* (Bogotá), tomo II, núm. 6, 1961, pp. 545-580

\_\_\_\_\_. "Liberalismo y conciencia burguesa en la historia de Colombia", en *Eco. Revista de la cultura de Occidente* (Bogotá), tomo III, núm. 5, 1961, pp. 457-471

\_\_\_\_\_. "Del liberalismo clásico al neoliberalismo. La obra crítica de Rafael Núñez", en *Eco. Revista de la cultura de Occidente* (Bogotá), tomo VI, núm. 1, 1962, pp. 83-107

\_\_\_\_\_. "Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 1, 1963, pp. 3-62

\_\_\_\_\_. "La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus transformaciones posteriores" en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 2, 1964, pp. 239-393

\_\_\_\_\_. "Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 3, 1965, pp. 21-48

\_\_\_\_\_. "La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económica y social de la esclavitud en el siglo XIX", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 4, 1966, pp. 63-86

\_\_\_\_\_. "Introducción", en **Jaime Jaramillo Uribe (coord.)**, *Manual de historia de Colombia*, vol. I, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, pp. 17-29 (Biblioteca Colombiana de Cultura)

\_\_\_\_\_. "Las ideas políticas en los años treinta. Corrientes, matices, influencias externas" (1982), en *Ensayos de historia social. Temas americanos y otros ensayos*, vol. II, Bogotá, Tercer Mundo-Uniandes, pp. 93-101

\_\_\_\_\_. "Gilberto Freyre" (1987), en *Ensayos de historia social. Temas americanos y otros ensayos*, vol. II, Bogotá, Tercer Mundo-Uniandes, pp. 247-250

- \_\_\_\_\_. "Génesis de los modernos estudios históricos en Colombia: de la Escuela Normal Superior al Departamento de Historia de la Universidad Nacional" (1989), en Jaime Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia*, comp. y pról. de Gonzalo Cataño, Santafé de Bogotá, Uniandes, 1994, pp. 155-169 (Grandes Maestros de Los Andes)
- \_\_\_\_\_. "Vicisitudes del pensamiento conservador colombiano", en *Credencial Historia* (Santafé de Bogotá), núm. 90, 1997, pp.5-8
- \_\_\_\_\_. "La historia de la cultura en Colombia y algunos problemas teóricos de la disciplina", en *Historia Crítica* (Santafé de Bogotá), núm. 21, 2001, pp. 139-146
- Jimeno, Myriam**, "Los procesos de colonización. Siglo XX", en *Nueva Historia de Colombia*, vol. III, Bogotá, Planeta, 1989, pp. 371-395
- Knight, Alan**, "Latin America", en Michael Bentley (ed.), *Companion to historiography*, London and New York, Routledge, 1997, pp. 728-758
- König, Hans J.**, "Los años veinte y treinta en Colombia: ¿época de transición o cambios estructurales?", en *Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín) vol. 23, núms. 1-2, 1997, pp. 121-155
- López de Mesa, Luis**, "Nuestros problemas nacionales", en *Cultura* (Bogotá), vol. 5, núm. 25-26, 1918, pp. 58-70
- Liévano, Indalecio**, "La estrategia política de la Revolución", en *Revista de América* (Bogotá), núm. 32, 1947, pp. 145-160
- \_\_\_\_\_. "Una política para América. (La concepción bolivariana y la santanderista)", en *Revista de América* (Bogotá), núms 47-48, 1948, pp. 314-334
- \_\_\_\_\_. "La generación del Centenario", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núms. 489-490, 1955, pp. 395-424
- \_\_\_\_\_. "Reflexiones sobre el Sesquicentenario" en *Mito. Revista Bimestral de Cultura* (Bogotá), año V, núm. 30, 1960, pp. 393-394
- Llano I., Rodrigo**, "La Sociedad Económica de Amigos del País en el Nuevo Reino de Granada" en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 801, 1998, pp. 557-575

- López Forero, Luis**, "La radio en Colombia", en *Introducción a los medios de comunicación*, 3ª ed., Bogotá, Universidad Santo Tomás, 1986, pp. 335-404
- López Michelsen, Alfonso**, "Discurso a los intelectuales", en *Mito. Revista Bimestral de Cultura* (Bogotá), año VII, núms. 39-40, 1961-1962, p. 180-183
- Martínez, Frédéric**, "En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín 1861-1894", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Santa Fe de Bogotá), vol. 32, núm 39, 1995, pp. 27-59
- \_\_\_\_\_. "Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia. Siglo XIX", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Santa Fe de Bogotá), vol. 34, núm. 44, 1997, pp. 3-45
- \_\_\_\_\_. "En busca del Estado importado: de los Radicales a la Regeneración (1867-1889)", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 23, 1996, pp. 115-142
- Medina, Medófilo**, "La historiografía política del siglo XX en Colombia", en **Bernardo Tovar (coord.)**, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, vol. II, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1994, pp. 433-532
- Melo, Jorge Orlando**, "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes" en *Universidad Nacional. Revista de la Dirección de Divulgación Cultural de la Universidad Nacional de Colombia* (Bogotá), núm. 2, 1969, pp. 1-27
- \_\_\_\_\_. "Proceso de modernización en Colombia, 1850-1930", en *Revista de la Universidad Nacional. Sede Medellín* (Medellín), núm. 20, 1985, pp. 31-41
- \_\_\_\_\_. "La literatura histórica en la última década", en *Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Angel Arango* (Bogotá), vol. XXV, núm. 15, 1988, pp. 59-69
- \_\_\_\_\_. "La literatura histórica en la República", en **Varios autores**, *Manual de literatura colombiana*, vol. II, Bogotá, Procultura- Planeta, 1988, pp. pp 589-663
- \_\_\_\_\_. "Academia vs Nueva Historia. Polémica mal planteada", en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 9 de abril de 1989

- \_\_\_\_\_. "Medio siglo de historia colombiana: notas para un relato inicial", en **Francisco Leal y Germán Rey (coords.)**, *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Santafé de Bogotá, Uniandes, Tercer Mundo, Fundación Social, 2000, pp. 153-177
- Mesa, Darío**, "Treinta años de nuestra historia", en *Mito. Revista Bimestral de Cultura* (Bogotá), año III, núm. 13, 1957, pp. 54-70
- Meyer Loy, Jane**, "Primary education during the Colombian federation: the school reform of 1870" en *The Hispanic American Historical Review* (Durham), vol. 51, núm. 2, 1971, pp. 275-294
- \_\_\_\_\_. "Los Ignorantistas y las Escuelas: la oposición a la reforma educativa durante la Federación colombiana", en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 9, 1982, pp. 9-24
- Molano, Alfredo y César A. Vera**, "La política educativa y el cambio social del Régimen Conservador a la República Liberal (1903-1930)", en *Revista Colombiana de Educación* (Bogotá), núm. 11, 1983, pp. 75-108
- Molano, Giovanny**, "La acción política bajo el Frente Nacional", en *Revista Colombiana de Sociología* (Santafé de Bogotá), vol. II, núm. 2, 1995, pp. 59-88
- \_\_\_\_\_. "Prensa y nacionalismo. Colombia años sesenta", en *Papel Político* (Santafé de Bogotá), núm. 3, 1996, pp. 75-92
- Moraes, Antonio C. R.**, "Notas sobre a identidade nacional e institucionalização da geografia no Brasil", en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* (México), vol. 8, núm. 3, 1991, pp. 349-360
- Moreno, Roberto**, "La ciencia y la formación de la mentalidad nacional en Alzate", en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* (México), vol. 6, núm. 1, enero-abril, 1989, pp. 93-107
- Moreno Durán, Rafael H.**, "MITO: memoria y legado de una sensibilidad", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. 26, núm. 18, 1989, pp. 19-29
- Múnera, Alfonso**, "El Caribe colombiano en la república andina: identidad y autonomía política en el siglo XIX", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Santafé de Bogotá), vol. XXXIII, núm. 41, 1996, pp. 29-49

- Núñez Sánchez, Jorge**, "La historiografía ecuatoriana contemporánea" en *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), vol. 53, núm. 1, 1996, pp. 277-308
- Obregón, Diana**, "La Sociedad de Naturalistas Neogranadinos y la tradición científica", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núms. 18-19, 1990/1991, pp. 101-123
- \_\_\_\_\_. "Medicalización de la lepra: una estrategia nacional", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Santafé de Bogotá), núm. 24, 1997, pp. 23-165
- Ocampo L., Javier**, "Santander y el civilismo colombiano", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 738, 1982, pp. 641-663
- \_\_\_\_\_. "Identidad de la realidad nacional colombiana e hispanoamericana" en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 746, 1984, pp. 671-719
- Ocampo, José A.**, "Comerciantes, artesanos y política económica en Colombia, 1830-1880", en *Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango* (Bogotá), vol. 27, núm. 22, 1990, pp. 21-45
- Ortiz, Carlos M.**, "Las guerrillas liberales de los años 50 y 60 en el Quindío", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 12, 1984, pp. 103-153
- Ortiz, Luis J.**, "Aproximaciones al concepto de región en la historia de Colombia", en *Otras Quijotadas* (Medellín), núms. 4-5, 1987, pp. 12-19
- Ortiz M., José**, "Los orígenes literarios de México a través de los siglos y la función de la historiografía en el siglo XIX" en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. (México), núm. 35, 1996, pp. 109-122
- Ospina, Juan Manuel**, "La Escuela Normal Superior: círculo que se cierra", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. XXI, núm. 2, 1984, pp. 3-16
- Palacios, Marco**, "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica", en *Revista Mexicana de Sociología* (México), año XLII, vol. XLII, núm. 4, 1980, pp. 1663-1689



- \_\_\_\_\_. "La clase más ruidosa. A propósito de los Reportes Británicos sobre el siglo XX colombiano.", en *Eco. Revista de la cultura de Occidente* (Bogotá), tomo XLII/2, núm. 254, diciembre, 1982, pp. 131-133
- \_\_\_\_\_. "Independencia y subdesarrollo. Notas sobre los orígenes del liberalismo económico en Colombia", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Santafé de Bogotá), vol. XXIX, núm. 31, 1992, pp. 3-23
- \_\_\_\_\_. "Presencia y ausencia de populismo: un contrapunto colombo-venezolano", en *Análisis Político* (Santafé de Bogotá), núm. 39, enero-abril de 2000, pp. 57-78
- \_\_\_\_\_. "Un ensayo sobre el fratricidio colectivo como fuente de nacionalidad", en **Gonzalo Sánchez y María E. Wills (comps.)**, *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 420-453
- Palau, Luis A.**, "Valenzuela, Mutis, Lozano y Caldas: alcances y limitaciones del saber de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1783-1816)" en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* (México) vol. 11, núm. 2, 1994, pp. 173-193
- Peñaranda, Ricardo y Gonzalo Sánchez**, "Los estudios sobre la violencia", en **Ricardo Peñaranda y Gonzalo Sánchez (comps.)**, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, 2ª ed., Santafé de Bogotá, CEREC-IEPRI, 1991, pp. 19-44 (Historia Contemporánea y Realidad Nacional, 5)
- Pi-Suñer L., Antonia**, "La generación de Vicente Riva Palacio y el quehacer historiográfico", en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales* (México), núm. 35, 1996, pp. 83-108
- Posada Carbó, Eduardo**, "Alternancia y República: elecciones en Nueva Granada y Venezuela", en Hilda Sábato (comp.), *Ciudadanía política y formación de las naciones, Perspectivas históricas de América Latina* México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México 1999, pp. 162-180 (Fideicomiso Historia de las Américas)
- Quattrocchi-Woisson, Diana**, "Rosistas y revisionistas: ¿los rivales de la historia académica?", en **Academia Nacional de la Historia**, *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, vol. I, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996, pp. 296-315

- Quevedo, Emilio y Amarillys Zaldua**, "Antecedentes de las reformas médicas del siglo XVIII y XIX en el Nuevo Reino de Granada. Una polémica entre médicos y cirujanos", en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* (México), vol. 3, núm. 3, 1986, pp. 311-334
- Restrepo, Olga**, "La Comisión Corográfica: un acercamiento a la Nueva Granada" en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología* (México), vol. 1, núm. 3, 1984, pp. 349-368
- \_\_\_\_\_. "Un imaginario de la nación. Lecturas de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Santafé de Bogotá), núm. 26, 1999, pp. 30-58
- Rivas, Raimundo**, "Los problemas de Colombia" en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 210, 1930, pp. 475-489
- Rivas G., Ángela**, "La educación pública y el sueño de la república liberal: tres intelectuales maestros en el proyecto de hacerse nación" en *Revista de Estudios Sociales* (Santafé de Bogotá), núm. 3, 1999, pp. 97-103
- Romero, Luis Alberto**, "José Luis Romero, Latinoamérica" (2001) Texto inédito
- Ruiz, Jorge E.**, "Situación del escritor en Colombia", *Mito. Revista Bimestral de Cultura* (Bogotá), año IV, núm. 35, 1961, pp. 256-266
- Safford, Frank.**, "In search of the practical: colombian students in foreign lands, 1845-1890" en *The Hispanic American Historical Review*, (Durham), vol. 52, núm. 2, may, 1972, pp. 230-249
- \_\_\_\_\_. "An interview with Jaime Jaramillo Uribe", en *The Hispanic American Historical Review* (Durham), vol. 64, núm. 1, 1984, pp. 1-15
- \_\_\_\_\_. "Acerca de la incorporación de las ciencias naturales en la periferia: el caso de Colombia en el siglo XIX" en *Quipu. Revista Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología*, vol. 2, núm. 3, 1985, pp. 423-435
- \_\_\_\_\_. "Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del siglo XIX: variaciones sobre un tema", en *Anuario de*

*Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núms. 13-14, 1985/1986, pp. 91-151

\_\_\_\_\_. "Race, integration and progress: elite attitudes and the indian colombian" en *The Hispanic American Historical Review* (Washington), vol. 71, núm. 1, 1991, pp. 1-33.

**Sánchez, Efraín**, "El arte y el proyecto de la nacionalidad a mediados del siglo XIX", en **Varios autores**, *El nacionalismo en el arte. Textos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1984, pp. 61-87

**Sánchez, Gonzalo**, "Violencia, guerrillas y estructuras agrarias", en *Nueva Historia de Colombia*, vol. II, Bogotá, Planeta, 1989, pp. 127-152

**Skidmore, Thomas E.**, "Studying the history of Latin America: a case of hemispheric convergence", en *Latin American Research Review* (Albuquerque, New Mexico), vol. 33, num. 1, 1998, pp. 105-127

**Smith, Anthony D.**, "Tres conceptos de nacionalismo", en *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 161, 1994, pp. 7-22

\_\_\_\_\_. "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales", en *Revista Mexicana de Sociología* (México), vol. 60, núm. 1, 1998, pp. 61-80

**Sosa, Ignacio**, "Nacionalismo y populismo, dos interpretaciones distintas de una experiencia única", en *Política y Cultura* (México), núm. 11, 1998-1999, pp. 7-28

\_\_\_\_\_. "Historiografía del desarrollo: entre el estatuto científico y el estatuto ideológico", en **Brian Connaughton e Ignacio Sosa (coords.)**, *Historiografía latinoamericana contemporánea*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 249-268

**Stoller, Richard**, "Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia", en *Journal of Latin American Studies* (London), vol. 27, núm. 2, 1995, pp. 367-397

**Tisnés, Roberto M.**, "Notas bibliográficas. *Manual de Historia de Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura, T. 1, varios autores, dirección e introducción general Jaime Jaramillo Uribe, Bogotá, Ed. Andes, 1978, 600 páginas", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 724, 1979

- \_\_\_\_\_. "Don Tomás Rueda Vargas (1879-1943)", en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), núm. 727, 1979, pp. 525-547
- Torres Carrillo, Alfonso**, "La enseñanza de la historia en Colombia. Aproximación historiográfica y búsquedas actuales", en **Javier Guerrero (comp.)**, *Etnias, educación y archivos en la historia de Colombia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, pp. 93-108 (Memorias de Historia, 3)
- Torstendahl, Rolf**, "An assessment of 20th-century historiography: professionalisation, methodologies, writings", en *Proceedings, reports, abstracts and round table introductions. 19th International Congress of Historical Sciences 6-13 august 2000*, Oslo, University of Oslo, 2000, pp. 101-122
- Tovar G., Mauricio**, "Archivo General de la Nación. Cuatro siglos y medio de papel-historia", en *Credencial Historia* (Santa Fe de Bogotá), núm. 106, 1998
- Tovar P., Hermes**, "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 5, 1970, pp. 65-103
- \_\_\_\_\_. "Colombia: lo diverso, lo múltiple y la magnitud dispersa" en *Maguaré* (Santafé de Bogotá), vol. 7, núm. 8, 1992, pp. 47-80.
- Tovar Z., Bernardo**, "El pensamiento historiador colombiano sobre la época Colonial", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá), núm. 10, 1982, pp. 5-118
- Urueña, Jaime**, "La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento colombiano: una mirada histórica", en *Análisis Político* (Santafé de Bogotá), núm. 22, 1994, pp. 5-25
- Vallejo, Arturo**, "Interpretación de la historia colombiana", en *Acción Liberal* (Bogotá), vol. 2, abril, 1934, pp. 609-617
- Vega C., Renán**, "Liberalismo económico y artesanado en la Colombia decimonónica", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. 27, núm. 22, 1990, pp. 47-65
- Velandia, Roberto**, "Informe de labores de la Academia Colombiana de Historia en el periodo de octubre 1998 a octubre 1999", en *Boletín de*

*Historia y Antigüedades* (Santafé de Bogotá), núm. 807, 1999, pp. 979-1000

**Villar B., Luis**, "Programas y convenciones históricas del liberalismo", en *Cuadernos Americanos* (México), núm. 74, 1999, pp. 193-204

**Zambrano P., Fabio**, "Cultura e identidad nacional, una mirada desde la historia", en *Nómadas* (Santafé de Bogotá), núm. 1, 1994, pp. 59-67

## Informes

*A propósito de una polémica: ¿nuestra historia?*, Bogotá, Editorial Estudio, 1985

**Acosta, Olga L. y George J. Borjas**, *Education reform in Colombia*, Santafé de Bogotá, Fedesarrollo, 2000 (Working Papers Series, 19)

**Alesina, Alberto**, *Institutional reforms in Colombia*, Santafé de Bogotá, Fedesarrollo, 2000 (Working Papers Series, 21)

**Aristizabal, Hugo, Manuel F. Castro y Juan Carlos Palau**, *Conflicto, región y desarrollo en el suroriente colombiano*, Santafé de Bogotá, Dirección Nacional de Planeación, 2000

**Berrio, Lina R., Lina M. Gómez y Adriana Vásquez**, *De la región a las regiones. Un análisis de la imagen en los textos escolares*, Santafé de Bogotá, 1994, 140 pp, con tablas y diapositivas, Tesis de Licenciatura de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana

**Bucio, Mónica**, *Identidad y autonomías indígenas en Colombia: de la lucha por la tierra a la lucha por la autodeterminación*, México, 2000, tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

**Colmenares, Germán**, *La nación y la historia regional en los países andinos 1870-1930*, Washington, Smithsonian Institution Building, 1982 (Working Papers, 121)

**Díaz Castañeda, Jaime y Jaime Ospina Ortiz**, *La enseñanza de la historia como estrategia de integración*, Santafé de Bogotá, Secab-Codecal-Convenio Andrés Bello, 1995

"El debate por la Historia: dialogar ante la intolerancia", en *Magazín Dominical de El Espectador*, 30 de abril de 1989

**González, Nelson A.**, *Formación y subversión del concepto oficial de historia y literatura nacional en Colombia*, 1992, Ph. D. Dissertation, University of Wisconsin-Madison

**Muggah, Robert**, *Capacidades institucionales en medio del conflicto. Una evaluación de la respuesta en la reubicación de la población desplazada en Colombia*, Santafé de Bogotá, Departamento Nacional de Planeación, 2000

**Roldán Oquendo, Ornán**, México, 1970, *La forja del espíritu nacional a través de la enseñanza de la historia de la Colombia*, tesis de Maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México

**Serrano C., Ángela L.**, *El ejercicio del sufragio de los colombiano residentes en el exterior*, México, 2001, tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México

**Serrano Arenas, Josué Hernán (coord.)**, *Sistema Educativo Nacional de la República de Colombia*, 1995, Santafé de Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES), Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), 1995

#### **Libros:**

*Academia Colombiana de Historia. 70 años de su fundación 1902-1970*, Bogotá: Kelly, 1972

**Academia Nacional de la Historia**, *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 2 vols., Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995

**Abel, Christopher**, *Conservative politics in twentieth-century Antioquia 1910-1953*, Oxford Maine, Latin American Centre, St. Antony's College, 1973

**Acevedo, Darío**, *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*, Bogota, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Áncora, 1995

- Acosta, Joaquín**, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*, París, Imprenta de Beau, 1848
- Arboleda, Sergio**, *La República en la América española*, Bogotá, A.B.C., 1951
- Aguilera P., Mario**, *Insurgencia en Bogotá. Motín, conspiración y guerra civil 1893-1895*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1997 (Premios Nacionales de Cultura 1996)
- Aguilera, Miguel**, *La enseñanza de la historia en Colombia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951
- Alape, Arturo**, *El bogotazo: memorias del olvido*, La Habana, Casa de las Américas, 1983
- Álvarez, Jesús M. y María T. Uribe**, *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana. 1810-1850*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987
- Annino, Antonio, Luis Castro , François Xavier Guerra (coords.)**, *De los Imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, Ibercaja, 1994
- Arango Ferrer, Javier**, *Raíz y desarrollo de la literatura colombiana. Poesía desde las culturas precolombinas hasta La Gruta Simbólica*, Bogotá, Lerner, 1965 (Historia Extensa de Colombia, 19)
- Arciniegas, Germán**, *La universidad colombiana*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1932
- \_\_\_\_\_. *Cosas del pueblo: crónica de la historia vulgar*, México-Buenos Aires, Hermes, 1962
- Archila, Mauricio**, *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*, Bogotá, CINEP, 1991
- Arocha, Jaime et al.**, *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. Bogotá: Etno, 1984
- Arrubla, Gerardo y Jesús M. Henao**, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, 2ª ed., Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán & Tamayo, 1926

- Arrubla, Mario et al.**, *Colombia hoy*, 6ª ed., Bogotá, Siglo XXI, 1980 (Historia Inmediata)
- Ayala, César A.**, *Nacionalismo y Populismo. ANAPO y el discurso político de la oposición en Colombia 1960-1966*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1995
- \_\_\_\_\_. *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) Colombia 1953-1964*, Santafé de Bogotá, Colciencias-Universidad Nacional de Colombia, 1996
- Bejarano, Jesús A.**, *Ensayos de historia agraria colombiana*, Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1987
- \_\_\_\_\_. *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*, comp., prol. y n. de Jesús A. Bejarano, Medellín, La Carreta, 1977
- Betancourt M., Alexander**, *Historia, ciudad e ideas. La obra de José Luis Romero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001
- Bethell, Leslie (ed.)**, *Historia de América Latina*, 13 vols., Barcelona, Crítica, 1991
- Bloch, Marc**, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, trad. María Jiménez y Danielle Zaslavsky, n. Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica-INAH, 1996
- Braun, Herbert**, *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana en Colombia*, 2ª ed., Santafé de Bogotá, trad. de Hernando Valencia, Norma, 1998
- Buisson, Inge, Günter Kahler, Hans-Joachim König y Horst Pietschmann (edits.)**, *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, Bonn, Inter Naciones, 1984
- Bushnell, David**, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, trad. Jorge O. Melo, Bogotá, Tercer Mundo-Universidad Nacional, 1966
- \_\_\_\_\_. *Colombia: una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*, trad. de Claudia Montilla, Santafé de Bogotá, 1996 (La línea del horizonte)
- Carrera Damas., Germán**, *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio*, sel., introd. e índices Germán Carrera, 2 vols.,



Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961 (Ciencias Sociales, IV)

\_\_\_\_\_. *Cuestiones de historiografía venezolana*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964, pp. 15-62 (Avance, 7)

\_\_\_\_\_. *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969,

\_\_\_\_\_. *La renovación de los estudios históricos: el caso de Venezuela*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (Sepsetentas, 281).

**Colmenares, Germán.** *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Universidad de Los Andes, 1968

\_\_\_\_\_. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo, 1989

\_\_\_\_\_. *Historia económica y social de Colombia I. 1537-1719*, 5ª ed., Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República-Colciencias, 1997 (Biblioteca Germán Colmenares, 1)

\_\_\_\_\_. *Historia económica y social de Colombia II. Popayán: una sociedad esclavista 1680-1800*, 2ª ed., Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República-Colciencias, 1997 (Biblioteca Germán Colmenares, 2)

\_\_\_\_\_. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes. Siglo XVIII*, 4ª ed., Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, 1997 (Biblioteca Germán Colmenares, 3)

\_\_\_\_\_. *Ensayos sobre historiografía*, comp. Hernán Lozano, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, 1997 (Biblioteca Germán Colmenares, 9)

**Colmenares, Germán; Zamira Díaz, José Escorcía, Francisco Zuluaga,** *La Independencia. Ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986 (Colección Autores Nacionales: tercera serie, 7)

**Connaughton, Brian e Ignacio Sosa (coords.),** *Historiografía latinoamericana contemporánea*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-Universidad Nacional Autónoma de México, 1999



- Cordell, Robinson**, *El movimiento gaitanista en Colombia 1930-1948*, trad. Eddy Torres, Bogotá, Tercer Mundo, 1976
- Chiaromonte, José C.**, *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1993 (Cuadernos del Instituto Ravignani, 2)
- Deler, J. P. e Y. Saint-Geours (comps.)**, *Estados y naciones en los Andes. Hacia una historia comparativa: Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú*, 2 vols., Lima, Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 1986
- Díaz Castro, Eugenio**, *Novelas y cuadros de costumbres*, 2 vols., Bogotá, Procultura, 1985 (Nueva Biblioteca de Cultura)
- Donoso, Ricardo**, *Diego Barros Arana*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1967
- Droysen, Johan G.**, *Histórica: lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia*, trad. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, 1983.
- Dutrénit, Silvia et al.**, *El impacto político de la crisis del 29 en América Latina*, México, Conaculta-Alianza, 1989
- Friede, Juan**, *Los indios del Alto Magdalena. Vida, lucha y exterminio 1609-1931*, Bogotá, Centro, 1943
- \_\_\_\_\_. *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Lerner, 1965, (Historia Extensa de Colombia, 2)
- Gaitán Jorge E.**, *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán 1919-1948*, editor y prologuista Jorge Villaveces, 2a. ed., Bogotá, Jorvi, 1968. La primera edición es de 1958.
- Gaitán Durán, Jorge**, "La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia" (1959) en *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán. Poesía y prosa*, Bogotá, comp. y prol. de Pedro Gómez Valderrama, Instituto Colombiano de Cultura, 1975, pp. 315-388 (Biblioteca Básica Colombiana, 6)
- García, Antonio**, *Gaitán y el camino de la revolución colombiana. Responsabilidad de las clases, las generaciones y los partidos*, 2ª ed., Bogotá, Camilo, 1974

- \_\_\_\_\_. *Una vía socialista para Colombia*, Bogotá, Cruz del Sur, s/f (América Andina, 1)
- Gellner, Ernst**, *Naciones y nacionalismo*, México, Alianza-CONACULTA, 1991
- Gómez, Laureano**, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá*, Bogotá, Revista Colombiana, 1970 (Populibros, 29)
- \_\_\_\_\_. *Obras Completas*, comp. y n. Ricardo Ruiz Santos, vol. II, Bogotá, Presencia, 1989
- Gómez Restrepo, Antonio**, *Historia de la literatura colombiana*, 2 vols., Bogotá, Imprenta Nacional, 1938
- González A. Leopoldo**, *La nacionalización de bienes extranjeros en América Latina*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969 (Estudios, 8)
- González C., Pablo (coord.)**, *América Latina en los años treinta*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977
- González O., Fernando**, *Mi Simón Bolívar*, Manizales, Cervantes, 1930
- \_\_\_\_\_. *Los negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia*, Medellín, Atlántida, 1936
- \_\_\_\_\_. *Santander*, Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1994
- \_\_\_\_\_. *Fernando González visto por sí mismo. Homenaje de la Universidad Pontificia Bolivariana al Maestro Fernando González en el centenario de su nacimiento*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 1995
- González S., Beatriz**, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1987
- \_\_\_\_\_. *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1985
- Groot, José M.**, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, 2 vols., Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1956 (Biblioteca de Autores Colombianos)

**Guerrero, Javier (comp.)**, *Colombia y América Latina después del fin de la historia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, (Memorias de Historia, 1)

\_\_\_\_\_. *Regiones, ciudades, empresarios y trabajadores en la historia de Colombia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, (Memorias de Historia, 2)

\_\_\_\_\_. *Etnias, educación y archivos en la historia de Colombia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, (Memorias de Historia, 3)

\_\_\_\_\_. *Iglesia, movimientos y partidos: política y violencia en la historia de Colombia. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, (Memorias de Historia, 4)

\_\_\_\_\_. *Cultura y mentalidades en la historia de Colombia. Ciencias, profesiones y vida cotidiana.. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia-Archivo General de la Nación-Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, (Memorias de Historia, 5)

**Gutiérrez G., Rafael**, *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*, sel. y n. de José H. Castilla, Bogotá, Temis, 1989

\_\_\_\_\_. *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, Maryland, Latin American Studies Center, 1990 (Latin American Studies Center Series, 3)

**Gutiérrez Sanín, Francisco**, *Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849-1854*, Santafé de Bogotá, El Áncora-IEPRI, 1995

**Guzmán, Germán, Orlando Fals, Eduardo Umaña**, *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, 2 vols., Bogotá, Tercer Mundo, 1963 (El Hombre, Monografías Sociológicas, 12)

- Guzmán, Germán**, *La violencia en Colombia. Parte descriptiva*, Cali, Progreso, 1968
- Guzmán E., Eduardo**, *Reseña de la Academia Colombiana de la Lengua*, Bogotá, Kelly, 1973
- Halperin Donghi, Tulio**, *El revisionismo histórico argentino*, México, Siglo XXI, 1970
- \_\_\_\_\_. *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996,
- Helg, Aline**. *La educación en Colombia 1918-1957: una historia social, económica y política*, Bogotá, CEREC, 1987
- Henríquez Ureña, Pedro**, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. Joaquín Díez Canedo, México, Fondo de Cultura Económica, 1949
- Hernández de Alba, Guillermo**, *Aspectos de la cultura en Colombia*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1947 (Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana)
- Hernández R., Guillermo**, *De los Chibchas a la Colonia y a la República. Del clan a la encomienda y al latifundio en Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975 (Biblioteca Básica Colombiana, 9)
- Hobsbawm, Eric**, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992
- Jaramillo S. Diego**, *Las huellas del socialismo. Los discursos socialistas en Colombia 1919-1929*, México, Universidad Autónoma del Estado de México-Universidad del Cauca, 1997
- \_\_\_\_\_. *Los discursos socialistas en Colombia 1930-1948*, texto inédito
- Jaramillo U., Jaime**, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, 3ª ed., Bogotá: Temis, 1983
- \_\_\_\_\_. *Ensayos sobre historia social colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional, 1968 (Biblioteca Universitaria de Cultura Colombiana)
- \_\_\_\_\_. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977 (Biblioteca Básica Colombiana, 28)

- \_\_\_\_\_. *Ensayos de historia social*, 2 vols, Bogotá, Tercer Mundo-Uniandes, 1989
- \_\_\_\_\_. *De la sociología a la historia*, comp. y pról. de Gonzalo Cataño, Santafé de Bogotá, Uniandes, 1994 (Grandes Maestros de Los Andes)
- \_\_\_\_\_. *Travesías por la historia. Antología*, pról. de Gonzalo Cataño, Santafé de Bogotá, Imprenta Nacional, 1998 (Biblioteca Familiar Colombiana, 14)
- \_\_\_\_\_. **(comp.)**, *Antología del pensamiento político colombiano*, 2 vols, Bogotá, Siglo XX, 1970
- \_\_\_\_\_. **(coord.)**, *Manual de historia de Colombia*, 3 vols, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978-1980 (Biblioteca Colombiana de Cultura)
- Jiménez P., David**, *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia- Instituto Colombiano de Cultura, 1992
- Jimeno, Myriam y Adolfo Triana**, *Estado y minorías étnicas en Colombia*, Bogotá, Cuadernos del Jaguar-Fundación para las Comunidades Colombianas, 1985
- König, Hans J.**, *En el camino a la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada, de 1750 a 1856*, trad. de Dagmar Kusche y Juan José de Narváez, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1994
- Lafuente, Antonio, Alberto Elena y María L. Ortega (edits.)**, *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*, Madrid, Doce Calles, 1993
- Langlois, Charles y Charles Seignobos**, *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, La Pleyade, 1972
- Leal, Francisco y Germán Rey (coords.)**, *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*, Santafé de Bogotá, Uniandes, Tercer Mundo, Fundación Social, 2000
- Liévano Aguirre, Indalecio**, *Rafael Núñez*, 3ª ed., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977 (Historia Viva, 2)

- \_\_\_\_\_. *Bolívar*, 2<sup>a</sup> ed., Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983
- \_\_\_\_\_. *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, 4 vols., Bogotá, Ediciones La Nueva Prensa, s/f
- López, Alejandro**, *Problemas colombianos*, Medellín, La Carreta, 1976
- \_\_\_\_\_. *Escritos escogidos*, Bogotá, sel. y prol. Jorge Villegas, Instituto Colombiano de Cultura, 1976 (Biblioteca Básica Colombiana, 16)
- López de Mesa, Luis**, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, Librería Colombiana, 1934
- \_\_\_\_\_. *Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo*, Bogotá, El Gráfico, 1944
- Luque Myriam, Montserrat Ordoñez y Betty Osorio (edits.)**, *Colombia en el contexto latinoamericano. Memorias del IX Congreso de la Asociación de Colombianistas*, Santafé de Bogotá, Imprenta Patriótica, 1997
- Marulanda, Valentina y Jorge E. Ruiz**, *La política cultural en Colombia*, París, UNESCO, 1976
- Mayor M., Alberto**, *Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilos de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1997 (Premios Nacionales Colcultura 1996)
- McFarlane, Anthony**, *Colombia antes de la Independencia: economía, sociedad y política bajo el dominio Borbón*. Santafé de Bogotá: Banco de la República- El Áncora, 1997
- Medina, Álvaro**, *El arte colombiano de los años veinte y treinta*, Santafé de Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1995 (Premios Nacionales de Cultura 1994)
- Meertens, Dony y Gonzalo Sánchez**, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora, 1983
- Mejía, Beatriz A.**, *El arte colombiano en el siglo XX*, Pereira, Gráficas Olímpica, 1988 (Humanística, 1)
- Melo, Jorge O.**, *Sobre historia y política*, Medellín, La Carreta, 1979

- Melo, Jorge O. (coord.),** *Colombia hoy: perspectivas hacia el siglo XXI*, Bogotá, 14<sup>a</sup> ed., aumentada y corregida, Siglo XXI, 1991 (Historia Inmediata)
- Millares C., Agustín,** *Rafael María Baralt (1810-1860). Estudio biográfico, crítico y bibliográfico*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969 (Ediciones de la Biblioteca, 38)
- Molina, Gerardo,** *Las ideas liberales en Colombia*, 3 vols., Bogotá, Universidad Nacional-Tercer Mundo, 1970-1977
- Mora, Luis M.,** *El alma nacional*, Bogotá, Cromos, 1922
- \_\_\_\_\_. *Los contertulios de la Gruta Simbólica*, Bogotá, Minerva, 1936 (Biblioteca Aldeana de Colombia)
- Morales B., Otto (comp.),** *Origen, programas y tesis del liberalismo*, Santafé de Bogotá, Lerner, 1997
- Múnera, Luis A.** *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Santafé de Bogotá, Banco de la República-El Áncora, 1997
- Naranjo Villegas, Abel,** *Morfología de la nación colombiana. Aproximación a su antropología cultural*, Bogotá, Lerner, 1965 (Historia Extensa de Colombia, XXII)
- Nieto Arteta, Luis E.,** *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá, 6<sup>a</sup> ed., Tiempo Presente, 1975
- \_\_\_\_\_. *El café en la sociedad colombiana*, Bogotá, Tiempo Presente, 1975
- \_\_\_\_\_. *Ensayos históricos y sociológicos*, Bogotá, sel. y prolog. Gonzalo Cataño, Instituto Colombiano de Cultura, 1978 (Biblioteca Básica Colombiana, 38)
- Novick, Peter,** *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, trad. Gertrudis Payás e Isabel Vericat, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1997 (Itinerarios).
- Obregón, Diana,** *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición 1859-1936*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1992 (Colección Bibliográfica)



- Ocampo, José A. (comp.),** *Historia económica de Colombia*, Bogotá: Fedesarrollo-Tercer Mundo Editores, 1987
- Oquist, Paul,** *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Instituto de Estudios Colombianos, 1978 (Biblioteca Banco Popular, 1)
- Orjuela, Héctor H.,** *Estudios sobre literatura indígena y Colonial*, Bogotá, Imprenta Patriótica, 1986
- Ortega R., Daniel,** *Índice general del Boletín de Historia y Antigüedades, volúmenes I-XXXVII, 1902-1952*, Bogotá, Pax, 1953
- Ortiz M., Julio,** *El hombre que fue un pueblo*, Bogotá, Carlos Valencia, 1980
- Ortiz, Carlos M.,** *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío años 50*, CEREC, Bogotá, 1985
- Ortiz, Carlos M. y Bernardo Tovar Z. (edits.),** *Pensar el pasado*, Santafé de Bogotá: Archivo General de la Nación-Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, 1997
- Osorio Lizarazo, José A,** *Novelas y crónicas*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978 (Biblioteca Básica Colombiana, 36)
- Ospina, Luis,** *Industria y protección en Colombia 1810-1930*, 3ª ed., Medellín, Lealón, 1979 (FAES, Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales, 1)
- Palacios, Marco,** *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*, 2ª ed., México, El Colegio de México-El Áncora Editores, 1983
- \_\_\_\_\_. *La delgada corteza de nuestra civilización*, Bogotá, Linotipia Bolívar, 1986 (Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura)
- \_\_\_\_\_. *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*, Santafé de Bogotá, Norma, 1995
- \_\_\_\_\_. *Parábola del liberalismo*, Santafé de Bogotá, Norma, 1999
- \_\_\_\_\_. *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*, Santafé de Bogotá, Planeta, 2001 (Grandes Temas)

- \_\_\_\_\_. **(comp.)**, *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México, El Colegio de México, 1983
- Pécaut, Daniel**, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, trad. de Jesús M. Castaño, 2 vols, Bogotá, Siglo XXI-CEREC, 1987
- Peñaranda, Ricardo y Gonzalo Sánchez (comps.)**, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, 2ª ed., Santafé de Bogotá, CEREC-IEPRI, 1995 (Historia Contemporánea y Realidad Nacional, 5)
- Pérez, Javier y Verena Radkau (coords.)**, *Identidad en el imaginario nacional. Reescritura y enseñanza de la historia*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanas-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Instituto Georg Eckert-El Colegio de San Luis, 1998
- Posada C., Eduardo**, *El Caribe colombiano (1870-1950). Una historia regional*, Santafé de Bogotá, Banco de la República- El Áncora, 1997
- Posada G., Joaquín**, *Memorias histórico-políticas*, 2 vols., Medellín, Bedout, s/f (Bolsilibros Bedout, 84)
- Rama, Ángel**, *La ciudad letrada*, Hannover, Ediciones del Norte, 1984
- Rama, Carlos M.**, *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, Tecnos, 1981
- Restrepo, José M.**, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Medellín, Bedout, 1969, (Bolsilibros Bedout, 48)
- Riekenberg, Michael (comp.)**, *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza, 1991
- Rivera, Silvia**, *Política e ideología en el movimiento campesino colombiano. El caso de la ANUC*, Ginebra, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, 1987
- Romero, José Luis**, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires: Paidós, 1970
- \_\_\_\_\_. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, Siglo XXI, 1976
- \_\_\_\_\_. *El pensamiento conservador en el siglo XIX 1815-1895*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978

- Rowe, William y Vivian Schelling**, *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*, trad. Hélène Levesque, México, CONACULTA-Grijalbo, 1993 (Los noventa, 88)
- Rueda Vargas, Tomás**, *Visiones de historia y la Sabana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976 (Biblioteca Básica Colombiana, 4)
- \_\_\_\_\_. *La Sabana y otros escritos del campo, de la ciudad y de sí mismo*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977
- Sábato, Hilda (coord.)**, *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica- El Colegio de México, 1999 (Fideicomiso Historia de las Américas)
- Sáenz Rovner, Eduardo**, *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-Uniandes, 1992
- Safford, Frank**, *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una elite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional-El Áncora, 1989
- Samper, José M.**, *Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada*. Bogotá: Incunables, 1984
- \_\_\_\_\_. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas)*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969
- Sánchez, Efraín**, *Gobierno y geografía: Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada, bibliografía*, Santafé de Bogotá: Banco de la República- El Áncora, 1998
- Sánchez G., Gonzalo**, *Guerra y política en la sociedad colombiana*, Bogotá, El Áncora, 1991
- Sánchez G., Gonzalo y María E. Wills (comps.)**, *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000
- Santa, Eduardo**, *Rafael Uribe Uribe, un hombre y una época*, Medellín, Bedout, 1968

- Santa, Eduardo, Carlos H. Uribe y Francisco M. Velásquez**, *Vida y obra del Profesor Luis López de Mesa*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1985
- Silva, Renán (ed.)**, *Territorios, regiones, sociedades*, Cali, Universidad del Valle-CEREC, 1994 (Historia y realidad nacional, 35)
- Smith, Anthony D.**, *Nationalism in the twentieth century*, New York, New York University Press, 1979
- \_\_\_\_\_. *La identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997
- Soriano L., Andrés**, *Itinerario de la Comisión Corográfica*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1968
- Stabb, Martín S.**, *América Latina: en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960*, Caracas, Monte Ávila, 1969
- Tamayo, Joaquín**, *Nuestro siglo XIX*, Bogotá, Cromos, 1941
- \_\_\_\_\_. *Núñez, Mosquera, José María Plata*, prolog. José M. de Mier, Bogotá, Banco Popular, 1975 (Biblioteca Banco Popular, 75)
- Thorp, Rosemary (comp.)**, *América latina en los años treinta. El papel de la periferia en la crisis mundial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Tirado M., Álvaro**, *Introducción a la historia económica de Colombia*, 11ª ed., Bogotá, La Carreta, 1979
- \_\_\_\_\_. *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo*, Bogotá, Procultura, 1981
- \_\_\_\_\_. **(coord.)**, *Nueva historia de Colombia*, 8 vols., Bogotá, Planeta, 1989
- Topolski, Jerzy et al.**, *Historia económica. Nuevos enfoques y nuevos problemas*, Barcelona, Crítica, 1981
- Torres F., Rutilio**, *La formación de la Banca Central en Latinoamérica. Casos de México y Chile. 1914 a 1932*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998. Tesis Doctoral
- Torres G., Ignacio**, *Los Inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, 5 vols., Bogotá, Margen Izquierdo, 1972

- \_\_\_\_\_. *La cuestión indígena en Colombia*, Bogotá, 2ª ed., La Rosca, 1975
- Tovar Z., Bernardo (comp.)**, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, 2 vols., Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1994
- Uribe Rueda, Álvaro**, *El nacionalismo motor de nuestro tiempo. Un replanteamiento de la política tradicional de la izquierda*, Bogotá, Síntesis, 1964 (Sol Naciente, 1)
- Uribe U., Rafael**, *Obra selecta*, comp. y pról. Jorge M. Eastman, 2 vols., Bogotá, Cámara de Representantes, 1979 (Pensadores políticos colombianos, 1-2)
- Varios autores**, *Academia Colombiana de Historia. 70 años de su fundación. 1902-1970*, Bogotá, Kelly, 1972
- Varios autores**, *Historiadores colombianos*, Caracas, Italgráfica-Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1981 (Opúsculos, 21)
- Varios autores**, *El nacionalismo en el arte. Textos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1984
- Varios autores**, *Tendencias actuales de la filosofía en Colombia*, Bogotá: Universidad Santo Tomás, 1986
- Varios autores**, *La filosofía en Colombia. Historia de las ideas*, Bogotá, El Búho, 1988 (Universitas)
- Varios autores**, *La nueva historia de Colombia*, comp. e introd. por Darío Jaramillo Agudelo, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976 (Biblioteca Básica Colombiana, 18)
- Varios autores**, *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia. Regiones, ciudades y violencia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1991
- Varios autores**, *Manual de literatura colombiana*, 2 vols., Bogotá: Procultura- Planeta, 1988
- Varios autores**, *Cien años de la sociología en Colombia 1882-1982*, Bogotá, Universidad Nacional, 1982

- Vega C., Renán**, *Crisis y caída de la República Liberal 1942-1946*, Ibagué, Mohán, 1988
- Vergara y Vergara, José M.**, *Historia de la literatura de Nueva Granada. Parte primera: desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*, 2 vols., Bogotá, Banco Popular, 1974 (Biblioteca Banco Popular, 63-64)
- Villegas, Jorge y José Yunis**, *Sucesos colombianos 1900-1924*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1976
- Zalamea, Alberto**, *La Nueva Prensa. 25 años después 1961-1986*, 2 vols., Bogotá, Procultura, 1986 (Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura)
- Zambrano, Fabio (coord.)**, *Colombia: país de regiones*, 36 fascículos, Medellín, El Colombiano-CINEP, 9 de mayo de 1993 al 6 de febrero de 1994
- Zamosc, León**, *La cuestión agraria y el movimiento campesino en Colombia: luchas de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos ANUC, 1967-1981*, Bogotá, CINEP, 1987
- Zapata, Francisco**, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990 (Jornadas, 115)